3 1761 05238601 8

EL PARNASO ORIENTAL

ANTOLOGÍA DE POETAS URUGUAYOS.

MADE IN MEXICO

Primer Medallón

LS.C
M7786p

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

EL PARNASO ORIENTAL

Antología de Poetas uruguayos

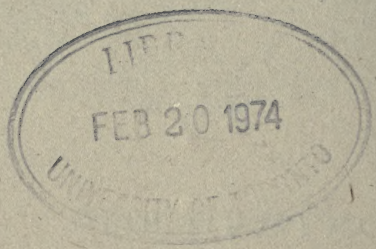
CON UN PRÓLOGO Y NOTAS CRÍTICO-BIOGRÁFICAS

369759
11.8.39

EDICIÓN ILUSTRADA
con varios medallones foto-grabados
de poetas uruguayos

MONTEVIDEO
1905.

PQ
8516
M6
cop. 2



PRÓLOGO

LA POESÍA DEL URUGUAY.
SUS ORÍGENES Y SU DESENVOLVIMIENTO.

La poesía nacional del Uruguay fué un producto genuino de la Revolución americana.

El cambio de régimen trajo una alteración absoluta en la vida de las antiguas colonias españolas. Dentro de las ciudades del Virreynato no había florecido el arte como expresión sincera del alma de aquellos pueblos; una imitación incolora de los autores en voga regía la escasa producción literaria.

Sin embargo algunos de los escritos de la época no dejan de tener su carácter. ***La Gazeta de Montevideo,*** *dirijida por Fray Cirilo de la Alameda y Bica, franciscano de vasta erudición* (1), *es una muestra elocuente de esa literatura, y aquel famoso discurso del Padre Larrañaga, pronunciado después de la primera independencia en la inauguración de la Biblioteca Pública, podría incorporarse sin vacilación alguna á cualquiera antología de clásicos castellanos.*

Ese arte rudimentario era reflejo directo de la educación de la época. Los establecimientos de enseñanza coloniales, lanzaban torrentes de doctores empapados en los clásicos griegos y latinos, é imbuidos en los hondos estudios teológicos de los programas de entonces.

La Universidad de Córdoba y el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires, donde se formaron casi todos los intelectuales del Río de la Plata, clérigos en su mayor parte, tenían instituidos cursos de filosofía, teología, latinidad, retórica, gramática, y una cátedra de Cánones.

Recién cuando á principios del siglo XIX, el deán Funes confeccionó los programas de la Universidad de Córdoba, se inició un movimiento favorable á las bellas letras.

En cuanto á la enseñanza que se daba en Montevideo, confiada primero á los padres de la Compañía y después á los regulares de San Francisco, ya lo dice nuestro viejo cronista don Isidoro De María, se reducía á nociones de doctrina cristiana, lectura, escritura y aritmética. Sinembargo en el Convento de San Francisco se educaron muchos jóvenes de la época, que brillaron posteriormente.

---

(1) FRANCISCO A. BERRA: *Bosquejo histórico de la República O. del Uruguay*, página 255.

(2) JUAN A. GARCÍA HIJO: *La Ciudad indiana*, página 219.

Sin embargo, á pesar de la falta de estímulo, el deseo de saber se había apoderado de la juventud. «El amor á los libros era general en toda América», dice Juan Agustín García (2), *y más adelante, cita las palabras de Depons: «Toda la juventud penetrada de la insuficiencia de su educación, procura suplirla buscando avidamente instrucción en los libros extrangeros. Se ven pocos jóvenes que no aprendan con el único auxiliar de diccionarios á traducir el francés y el inglés, haciendo toda clase de esfuerzos para aprender el primero de estos idiomas de preferencia* (1).

La producción literaria, aún no había hallado la forma rítmica, de expresión.

Cierto que el medio ambiente no era el más apropiado para el desenvolvimiento del sentido artístico de aquellos pueblos. A el bajo nivel de la educación común, uníase la monotonía y la tranquilidad casi monacal de la vida de los habitantes del Río de la Plata.

La primera faz de la vida colonial presentó todos los caracteres del sedentarismo automático de un pueblo dominado por la inercia y la pereza. Las ciudades arrastraban vida de holganza; su bonhomía y su flema, que recuerdan á la buena tierra flamenca, llegaban al grado máximo.

Recién cuando se sucedieron algunas generaciones de criollos, y la mezcla de sangre mestizó la raza, llevando nuevos elementos á la psicología de los habitantes; cuando las invasiones inglesas y las resonancias de los acontecimientos desarrollados en la metrópoli después de 1806 vinieron á fecundar el primer concepto de libertad que tuvieron aquellos hombres, dando origen al espíritu de rebelión, una fuerza más intensa, más propia empezó á regir los actos de aquellas multitudes simples y primitivas.

Probablemente entonces nació el carácter nacional de las futuras repúblicas sudamericanas, y con él se iniciaron las primeras manifestaciones del pensamiento criollo, que se tradujeron en balbuceos incompletos pero llenos de carácter.

Nada representaban las protestas de adhesión á los monarcas españoles; el espíritu rebelde palpitaba en todas las manifestaciones de aquellos pueblos, é imponía su sello á los actos públicos que congregaban á los antes pacíficos habitantes, convertidos en seres nerviosos é inquietos.

Sin duda hubo mucho de inconsciencia en eso. Las jornadas de Mayo lo dicen claramente. Las asonadas instintivas; las imposiciones colectivas de masas inconscientes atacadas del delirio tan bien estudiado por Ramos Mejía (2) *son pruebas evidentes del fenómeno que se generaba en el seno del alma nacional.*

La revolución americana rompió la anquilosis en que había permanecido la sociedad colonial durante más de un siglo. La psicología de aquellos pueblos parece que despertó de pronto, dando origen á una entidad nueva, con rasgos característicos y fisonomía propia. Todas sus manifestaciones exteriores tomaron relieve extraordinario.

La literatura local fué intimamente ligada á esa aventura de nuestra raza.

---

(1) JUAN A. GARCÍA HIJO: *La ciudad indiana*, página 219.

(2) JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Las multitudes argentinas.* — Buenos Aires 1899.

Ya el año 1807, con motivo de las invasiones inglesas, la exitación popular había encontrado su órgano de expresión en el Padre Juan Francisco Martinez, que escribió é hizo representar el drama en verso: **La lealtad más acendrada ó Buenos Aires vengada,** *obra de pésimo gusto, calcada en el teatro mitológico griego, pero que tiene su importancia por ser el punto inicial de nuestra literatura.*

Con el Padre Martinez, se iniciaba una tendencia clásica bien definida, que fué seguida por Acuña de Figueroa, Manuel Araucho, Carlos Villademoros y Bernardo Berro.

Junto á esa tendencia, producto genuino de la sociedad colonial, la Revolución de 1810 dió orígen al nacimiento de una forma nueva, original, llena de carácter y de color locales. Frente á la musa clásica de las ciudades, nacía la musa errante de las campiñas. Allí estaba el espíritu conservador de la metrópoli, aquí estaba el espíritu nuevo, el alma criolla, la expresión ruda pero sincera de una entidad que empezaba á formarse.

La poesía popular fué la primera forma original que halló el alma criolla para expresar sus anhelos.

La musa errante nació con los primeros vagidos de la Revolución. Latía ya en el alma bravía del **gaucho** *y el aborigen habíala presentido en la silenciosa melancolía que devoró á aquella raza formada de misterio, que cruzó sobre nuestros campos, vivió en nuestros bosques y murió en silencio.*

El génesis de la poesía popular del Uruguay es complejo; se pierde en el misterio del trasbase de las razas; venía ya en la sangre española, donde el moro la inoculó; allá vive aún en los cantares plañideros del medio día; aquí germinaba ya en el alma huraña del indio uruguayo; el africano la trajo en germen de sus tribus.

El **gaucho,** *que fué el producto característico de la conquista, le dió vida. En su alma dual y sacudida por los instintos congénitos á tres razas igualmente fuertes, obró á manera de reactivo la naturaleza, despertando los hidalgos ensueños de la raza española, las profundas nostalgias de los hijos del trópico, arrancados violentamente á sus selvas africanas y la tétrica «melancolía imperante entre esas masas de bárbaros, sin cánticos ni juegos, ensimismados en un silencio que sólo se rompe para emitir brevemente sus opiniones en las asambleas deliberantes, y para darse la palabra de orden frente al enemigo »* (1).

La soledad del desierto, las largas noches pasadas bajo la bóveda estrellada, el silencio de los campos, hablaron á aquella alma con elocuente lenguaje. Todos los instintos congénitos florecieron favorecidos por la naturaleza; el silencio, la soledad y la inmensidad del desierto avivaron, en el hombre aquel, el instinto sobrehumano de libertad del salvaje; el canto de los pájaros, el murmullo de los ríos, los soles ardientes y las noches tranquilas hablaron al alma castellana y engendraron los ensueños rudos y ásperos de la primera trova americana. La guerra hizo lo demás; el combate, el campamento, la vida errante, el sueño de libertad, todo cayó en el caos del

---

(1) FRANCISCO BAUZÁ: *Historia de la Dominación Española en el Uruguay,* tomo I, página 166.

alma del **gaucho** *y reventó en sus labios en una explosión rítmica de palabras y rudos afectos.*

Aquél era el fenómeno natural y lógico que se generaba en lo profundo del **alma mater** *nacional, donde se incuba silenciosamente y sin la conciencia de su propio destino, la personalidad, la entidad de la nación de Artigas.*

De la psicología oscura y aun no bien estudiada del **gaucho**, *es que brotó la trova, el grito de ternura y de guerra, de amor y de amargura, que nació áspero y gutural y luego se hizo suave y dulce, como la nota desacorde que se arranca á un instrumento para templarlo, que la tensión de la cuerda va suavizando, hasta darle el tono armónico y encerrarla en el pentagrama musical.*

El soldado poeta fué su primera manifestación, encarnada en Valdenegro, cantor de leyenda, de quien no se conoce á ciencia cierta más que una décima guerrera que fué presentada como cartel de desafío en el sitio del año 1811 en la punta de una lanza. (1)

Valdenegro y Bartolomé Hidalgo son los dos poetas que dieron vida á la poesía popular; Hidalgo sobre todo, cuyas composiciones han sobrevivido y en las cuales la musa contemporanea se ha inspirado más de una vez.

Esas fueron las dos tendencias perfectamente definidas con que halló origen la poesía uruguaya. De un lado, la musa errante, la trova campesina, la poesía nómade y salvaje, nacida en el campamento y la guerra y que prosperaba en la campaña convulsionada; del otro, la musa urbana del Seminario y las Universidades, la copia servil de los clásicos á que se dedicaban los clérigos y los seglares doctorados.

Francisco Acuña de Figueroa fué el primer poeta de personalidad definida que tuvo el país. Su influencia decisiva durante largos años dió la panta al gusto de la época. Su nombre es toda una tradición y por eso alguien lo ha llamado «el poeta de Montevideo». Procedía de la más alta cepa colonial y su bagaje literario había sido adquirido en los colegios de Buenos Aires. Su musa festiva y risueña, ó grave y serena educó aquel grupo de poetas surgidos después de 1811 formado por Villademoros, Berro y Araucho.

Imbuido en el estudio de los clásicos griegos, latinos, franceses y castellanos, fué el poeta más avanzado de su época. Su imperio fué largo, y sólo después de la constitución política del país, cuando el comercio de libros é ideas, y la inmigración porteña, trajeron á estas playas los ecos de la evolución que se operaba en Europa; y Lamartine, Victor Hugo, Espronceda y Manzoni revelaron la existencia de la nueva escuela á que pertenecen los versos incoloros de Adolfo Berro, su influencia se debilitó para dar paso al romanticismo apasionado y melancólico de Juan Carlos Gómez, el poeta hondo y humano que impuso al medio ambiente la inclinación hácia la poesía pasional y enfermiza de De Musset.

La tiranía de Rozas en la Argentina había arrojado al destierro á aquella pléyade de escritores que agrupados en Montevideo produjeron la evolución literaria en el Río de la Plata. Juan Cruz y Flo-

---

(1) Francisco Bauzá: *Estudios literarios.*

rencio Varela, Alberdi, Juan María Gutierrez, Miguel Cané, y sobre todo Esteban Echevarría, que acababa de asistir en París á la implantación definitiva del romanticismo y había revelado el molde en que se formó el gusto de la época, fueron los actores en aquellas justas literarias de la Defensa que dieron extraordinario brillo á Montevideo en el sitio memorable de 1842 á 1851.

En pleno esplendor romántico, excitados por el medio ambiente, dominados por la lírica arrebatadora de la nueva escuela, los poetas de la Defensa encarnaron en un momento determinado la musa continental.

Juan Carlos Gómez fué el heredero directo de ese movimiento literario. La tradición clásica local cedió al impulso del nuevo poeta, y hasta el mismo Acuña de Figueroa, seducido por la sinceridad de aquel artista singular, hubo de sufrir su influencia.

Desde entonces el imperio del romanticismo francés, preludiado por Adolfo Berro é importado por el autor de **La Cautiva,** *fué absoluto. El subjetivismo sentimental de Juan Carlos Gómez arrebató á todos, que desde entonces desdeñaron la corrección clásica de los tradicionalistas para entregarse al desaliño de aquella producción desordenada y triste.*

De ahí que la **Epístola á Doricio** *de Bernardo Berro, la pieza de corte clásico más correcta que posee el Parnaso nacional haya pasado desapercibida en su época. La misma musa de Figueroa que seguía dominando la poesía epigramática y festiva de entonces, debía de parecer extraña á aquellos oidos habituados ya á los inspirados alejandrinos de Gómez y del autor de* **El Peregrino.**

El romanticismo melenudo y lúgubre de 1830, que creó la leyenda de los vampiros, hizo beber vinagre á nuestros abuelos para dar al rostro la palidez de la muerte, y puso en todas las miradas ese sello de melancolía que tienen los retratos de la época, fué un delirio colectivo, que no solamente ejerció su dominio en la vida intelectual y espiritual, sinó que llegó á marcar su influencia en la vida social.

Los poetas vivían en íntima comunión con Espronceda, y se desvanecían ante los versos del inspirado cantor de **Varifa.** *Victor Hugo les llenaba de pasmo y la serena melancolía de Lamartine inspiraba aquellas estrofas en que todo era triste y lúgubre, como si el excepticismo romántico hubiera conquistado al medio ambiente.*

Pacheco y Obes en viaje á Buenos Aires, se despedía de Montevideo como un proscripto; Juan Carlos Gómez se quejaba amargamente de «la tempestad continua que asaltaba su vajel» y todos los versificadores de la época, en buenos ó malos versos cantaban al dolor.

Sólo Acuña de Figueroa y algunos versificadores influidos por Quintana permanecían apartados de la nueva escuela.

Las agitaciones políticas que sucedieron al pacto de paz de 1851, ahogaron el vigoroso espíritu literario nacido en la Defensa. La política activa y el periodismo reclamaron todas las energías del país. Sólo Acuña de Figueroa y algunos poetas como Acha, Arrascaeta y Bermúdez, ya colaborando en la prensa, ya escribiendo para el teatro, mantuvieron la tradición hasta la llegada al país de Alejandro Magariños Cervantes en 1855, que volvía de Europa, consagrado por maestros, para llenar casi 50 años de nuestra vida literaria.

Magariños Cervantes fué más una influencia que una entidad. Representante del romanticismo de Hugo, el que había bebido en sus fuentes, mezcló á éste algo que sin duda habían dejado en él los clásicos y los poetas castellanos de mediados del siglo. Su personalidad artística incolora, pero vigorosa por el entusiasmo, la fe, la fecundidad y la iniciativa, fué una bandera para tres generaciones.

Su musa ha cantado, durante treinta y ocho años, todos los acontecimientos habidos en la patria. En esto fué un continuador de Figueroa.

Tentó todos los géneros. La oda pindárica, la elegía, el poema, el ditirambo; todo lo ensayó con más ó menos éxito, pero en todo alcanzó la corrección, habiendo llegado á veces á los dominios de la inspiración y aún de la creación.

Emigrado Juan Carlos Gómez, él recogió su herencia y agrupó á aquel brillante núcleo de poetas formado por los Fajardo, Lapuente, Ferreira, y Artigas que recién balbuceaba sus primeras estrofas.

Hasta 1870, el nombre de Magariños Cervantes, al lado de Aurelio Berro y de aquel grupo de escritores que en compañía del autor de ***El capitán Albornoz*** *tentaba el teatro, llenan la historia literaria del país, y aparecen en todos los actos públicos, asumiendo la representación de la musa nacional.*

El carácter general de la poesía nacional hasta entonces, era pobre. La forma dramática iniciada por el Padre Martinez y seguida por Acha, Bermúdez, Bustamante, etc. no pasaba de ser una tentativa; la lírica que había irradiado en la Defensa y que Juan Carlos Gómez había elevado á una altura extraordinaria, declinaba con la generación de 1870, atacada por la fiebre de hacer versos y lanzada á una producción híbrida, en que no hubo una sola nota personal; la forma epigramática y festiva, cuyo más alto representante en América es, sin duda, Acuña de Figueroa, discípulo aventajado de Quevedo, continuaba tímidamente con Acha, para renacer más tarde con Wáshington P. Bermúdez.

La generación nacida á la vida intelectual, después de 1865 fué víctima de una desorientación absoluta. Sin sentido artístico, pero formada en la lectura de ***Los Girondinos*** *de Lamartine, fueron declamadores y retóricos, y tomaron frases hechas sin sospechar que el triunfo estaba en el propio temperamento, en la sinceridad, en la buena fe, en la individualidad propia, eclipsada por la imitación y el modelo fijo.*

Hay una gran laguna formada por toda esa literatura de pacotilla que sólo se cierra en 1879, con el certamen nacional de la Florida.

En ese acto en que Aurelio Berro triunfaba con el aticismo clásico de una silva compuesta de acuerdo con los cánones retóricos, hubo un triunfo singular que sacudió á todo el pueblo reunido en torno del histórico monumento.

Cuando Zorrilla de San Martín empezó á leer su ***Leyenda Patria*** *que había sido declarada fuera de concurso por exceder al número de versos del programa, todo el pueblo sintió que en aquel canto había un latido, una vida nueva, un algo divinamente humano que llenaba aquellas estrofas, les daba calor y las hacía palpitar como si un fluido singular circulara por ellas.*

Cuando el poeta terminó, y el pueblo jadeante y arrebatado por aquella armonía desconocida prorrumpió en aclamaciones, no era sólo al poeta, á quien aclamaba, sino al renacimiento del arte que, en aquellos instantes, hallaba otra vez la expresión intensa y verdadera.

Es que el pueblo jamás se equivoca; tiene la intuición de las cosas. En la Florida, al aplaudir **La Leyenda Patria,** *como después, al hacer lo mismo con* **Tabaré,** *el poema más grande escrito en idioma castellano, sentía que aquel molde nuevo, representaba la vuelta á la belleza, al arte, de que le había apartado aquella generación de falsos imitadores.*

Tabaré, *que apareció en 1886, pero que fué conocido por el público desde 1880, da la pauta á la poesía nacional, que con Zorrilla de San Martín toma por primera vez el carácter de las grandes literaturas, encauzándola en una corriente moderna, volviéndola á la sinceridad, á la expresión ingenua de la emoción, á la fuente serena y única de todo arte, al subjetivismo intenso y personal, al yo del poeta; dándole el calor y la fuerza del temperamento propio.*

Por primera vez, acaso, la influencia de las literaturas alemana é inglesa se dejó sentir en el medio ambiente. Los románticos franceses, y Quintana, José Zorrilla, Campoamor y Nuñez de Arce habían presidido la formación del gusto de la generación de Zorrilla de San Martín. Este buscó sus fuentes en Shakespeare, Ossian, Heine y Becquer sobre todo.

Zorrilla de San Martín es el poeta más grande que ha tenido la América española. Su verbo hondo y humano fué una revelación para el medio ambiente, que por primera vez sintió el influjo de las grandes literaturas, fundidas en un molde único de belleza, originalidad, sencillez y sinceridad. El recogió todos los sentimientos dispersos de su pueblo, los fundió en el crisol de un temperamento único, y formuló una síntesis amplia, humana, en una obra que es la expresión del alma de una raza.

Después de Zorrilla de San Martín, las tendencias se diseñaron claramente. El germanismo púsose á la moda y los poetas imitaron á Becquer, á Heine y cayeron en la delicuescencia triste y pesimista del «ruiseñor del Rin».

Rafael Fragueiro, un temperamento raro y complejo, siguió las aguas de Zorrilla de San Martín, cultivando la poesía lúgubre del autor del **Libro de los Cantares,** *y en general, no era raro ver á todos aquellos poetas que hasta el día anterior copiaban cuidadosamente la manera de Nuñez de Arce ó Campoamor, escribir rimas tristes ó irónicas, donde asomaba la hiel del maestro de Dusseldorf. Hasta el mismo Carlos Roxlo, poeta de la luz y del color, heredero directo de José Zorrilla, espíritu gemelo de Salvador Rueda, que por propio temperamento se sentía rechazado de la escuela de Becquer, dominado por su influencia, escribía una serie de rimas, talvez los versos más hermosos y humanos, del inspirado cantor de nuestros bosques.*

Roxlo, manteniendo su tradición, formóse una manera personal, que ha influido en algunos poetas actuales. Poeta objetivo por excelencia, ha cantado á la tierra nativa, ensalzando en ditirambos de corte clásico las bellezas de la naturaleza uruguaya. Como poeta erótico ha descollado también creando un estilo personal, lleno de color y frescura.

Hasta el presente, esas dos tendencias han luchado en el medio ambiente por imponer su dominio.

El lirismo intenso y hondo de Zorrilla que en la oda patriótica ha dado la nota más alta del poema héroico castellano y en la sentimental el grito de pasión más humano que ha escuchado la musa americana, y el arte hecho de color, sentimiento, frescura y ensueño, de Roxlo, el poeta de la naturaleza y de la vida silvestre.

El momento actual es de desconcierto. Los poetas se agrupan ó se repelen. Las influencias de la literatura francesa contemporánea han producido el dislocamento y el caos.

De un lado la tradición romántica mantiene unidos á una pléyade de coloristas, que aún se desvanecen ante las metáforas de Hugo y no desdeñan el martillazo de la octava real.

Papini y Zas, discípulo de Roxlo y Salvador Rueda es el representante genuino de ese grupo. Poeta de imaginación ardiente y exaltada, ha conseguido agrupar á su alrededor á una pléyade de brillantes rimadores. Su nombre ha sido, en más de una ocasión, una bandera.

Frente á esa tendencia tradicionalista, se alzan los influidos por las corrientes de la decadencia moderna, agrupados en pequeñas capillas literarias; artistas exquisitos, cultivadores de un arte mórbido; almas sutiles y complejas; temperamentos raros y funambulescos, prontos siempre á vibrar, ante un verso de Baudelaire, de Verlaine, de Verhaeren, de Mallarmé, de Rodembach, ó de cualquier poeta trashumante de la última hornada modernista.

Julio Herrera y Reissig en su **Torre de los Panoramas**, *consistorio secreto donde se reunen los discípulos de este nuevo Sar Peladan, preside un grupo de poetas admiradores de Samain y de Baudelaire, que ya se extasían y se arroban ante las blancas ingenuidades del autor de* **Aux Flancs du vase**, *ó vibran y se estremecen ante la aspereza sensual de Baudelaire, ó las grandes melancolías cristalizadas de Rodembach. Allí tiene entrada todo lo raro, todo lo exótico, todo lo* **snob**, *en una palabra.*

Hay otro grupo influenciado por Lugones, el poeta argentino; otro que mantiene la tendencia hoy casi olvidada de Heine; existen los descendientes de la lírica italiana moderna presididos por Emilio Frugoni; el poeta más correcto de la actual generación, y por sobre todas estas sectas están los solitarios, las almas inquietas y orgullosas que se sienten rechazadas por el medio ambiente.

El momento actual es de confusión y desconcierto. Los poetas erran al azar de la emoción personal. María Eugenia Vaz Ferreira, encarna el espíritu nórdico, la vida interior, sentimental é intensa; Julio Herrera y Reissig, presiente en sus versos extraordinarios la aparición de un estremecimiento nuevo; Armando Vasseur ha hallado una cuerda épica en su lira sentimental; Emilio Frugoni realiza una forma de arte noble y sereno; pero entre ellos falta sin duda el poeta de la síntesis, que como Zorrilla de San Martín en 1886, encuentre el acorde único que encierre todas esas notas dispersas; las ansiedades, los anhelos, los vagos estados de alma que forman este principio de siglo preñado de inquietud, de ensueño y de quimera.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

EL PARNASO ORIENTAL

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA (1)

HIMNO NACIONAL
DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

CORO.

¡Orientales, la Patria ó la tumba!
¡Libertad, ó con gloria morir!
Es el voto que el alma pronuncia,
Y que heroicos sabremos cumplir.

¡Libertad, libertad! Orientales,
Este grito á la Patria salvó,
Que á sus bravos en fieras batallas
De entusiasmo sublime inflamó.
De este don sacrosanto la gloria
Merecimos.... ¡Tiranos, temblad!
¡Libertad en la lid clamaremos,
Y muriendo, también libertad!

Dominando la Iberia dos mundos
Ostentaba su altivo poder,
Y á sus plantas cautivo yacía
El Oriente sin nombre ni sér.
Más repente, sus hierros trozando
Ante el dogma que Mayo inspiró
Entre libres y déspotas fieros
Un abismo sin puente se vió.

Su trozada cadena por armas,
Por escudo su pecho en la lid;
De su arrojo soberbio temblaron
Los feudales campeones del Cid.
En los valles, montañas y selvas,
Se acometen con ruda altivez,
Retumbando con fiero estampido
Las cavernas y el cielo á la vez.

Al estruendo que en torno resuena
De Atahualpa la tumba se abrió,
Y batiendo sañudo las palmas
Su esqueleto.... ¡Venganza! gritó.
Los patriotas, al eco grandioso,
Se electrizan en fuego marcial,
Y en su enseña más vivo relumbra
De los Incas el Dios inmortal.

---

(1) Francisco Acuña de Figueroa es el patriarca de la poesía nacional. Nació en Montevideo el 20 de setiembre de 1790. Su educación esmerada dióle ocasión para profundizar los autores clásicos griegos y latinos. Este estudio dejó hondas huellas en su espíritu, pues apesar de la época en que le tocó actuar, su inspiración se mantuvo siempre dentro de la serena corrección antigua. Desdeñó el desaliño romántico y no se embarcó en el movimiento de la época, por más que rindió culto al sentimentalismo tan en voga entonces. Este poeta presenta varias fases interesantes. Su musa festiva y epigramática puede colocarse al lado de los más grandes satíricos castellanos. Su fecundidad extraordinaria prodigó miles de piezas de este género, algunas de las cuales son bien populares. Como traductor de testos latinos es nota-

Largo tiempo, con varia fortuna,
Batallaron Liberto y Señor,
Disputando la tierra sangrienta
Palmo á palmo con ciego furor.
La justicia por último vence,
Domeñando las iras de un Rey;
Y ante el mundo la Patria indomable
Inaugura su enseña y su Ley.

¡Orientales! mirad la bandera
De heroísmo fulgente crisol;
Nuestras lanzas defienden su brillo:
¡Nadie insulte la imagen del Sol!
De los fueros civiles el goce
Sostengamos, y el código fiel
Veneremos inmune y glorioso,
Como el Arca Sagrada Israel.

Por que fuese más alta tu gloria,
Y brillasen tu precio y poder,
Tres diademas, ¡oh Patria! se vie-
Tu dominio gozar y perder.... [ron
Libertad, libertad adorada,
¡Mucho cuestas tesoro sin par!
Pero valen tus goces divinos
Esa sangre que riega tu altar.

Si á los pueblos un bárbaro agita
Removiendo su extinto furor,
Fratricida discordia evitemos:
Diez mil tumbas recuerdan su hor-
Tempestades el cielo fulmine, [ror
Maldiciones desciendan sobre él,
Y los libres adoren triunfante
De las Leyes el rico joyel.

De laureles ornada brillando
La Amazona soberbia del Sud,
En su escudo de bronce reflejan
Fortaleza, justicia y virtud.
Ni enemigos le humillan la frente,
Ni opresores le imponen el pie;
Que en angustias selló su constan-
Y en bautismo de sangre su fé. [cia,

Festejando la gloria, y el día
De la nueva República el Sol,
Con vislumbres de púrpura y oro
Engalana su hermoso arrebol.
Del Olimpo la bóveda augusta
Resplandece, y un sér divinal
Con estrellas escribe en los cielos,
¡Dulce Patria, tu nombre inmortal!

De las leyes el numen juremos
Igualdad, patriotismo y unión,
Inmolando en sus aras divinas
Ciegos odios y negra ambición.
Y hallarán los que fieros insulten
La grandeza del pueblo Oriental,
Si enemigos, la lanza de Marte,
Si tiranos, de Bruto el puñal.

SUPER FLUMINA BABILONIS.

SALMO.

Sentados á la margen
del babilóneo río,
allí, Sión, tu nombre
recordamos llorosos y cautivos.

Y las sonoras arpas
y címbalos festivos,
tristes ya y destemplados
de los frondosos sauces suspendimos.

---

bilísimo, y tal vez nadie haya alcanzado la intensidad de su traducción del salmo *Super flumina Babylonis*. En la elegía se mantuvo siempre dentro de la serenidad clásica, por más que algunas veces el dolor ó la pasión sentidos intensamente, le arrancaron gritos inspirados. La poesía seria la dominó con extraordinaria facilidad y en el género patriótico pocos le han aventajado. Sus obras han sido editadas en doce volúmenes (1890). La recopilación que fué hecha por el mismo autor, ha perjudicado al poeta. Una severa selección hubiera reducido la obra á dos de los mejores tomos de poesía castellana. Figueroa murió en 1862 á los 72 años.

Los que en vil servidumbre
nos llevaban; ¡ah indignos!
por escarnio intentaron
oír nuestras canciones allí mismo.

Ellos que nos trajeron
con ignominia uncidos,
«entonad,» nos decían,
«de Sión los cantares y los himnos.»

¡Cantar! ¿Cómo es posible?
¿cómo infamar impíos,
del Señor los cantares
en tierra agena y en agenos grillos?

No, Sión; y primero
que así te dé al olvido,
y en tu ignominia cante,
me olvide de mi diestra y de mí mismo.

Yerta mi lengua, y fija
al palador indigno,
si de tí me olvidare
pásmese inmóvil con letal deliquio.

Si no te antepusiere,
ó si indolente y tibio,
Jerusalén no fuese
de mi alegría el móvil y principio,

Tu ira, Señor, se acuerde
de esos infandos hijos
de Edón, cuando disfrute
Jerusalén su día apetecido.

Ellos son los que dicen
sedientos de exterminio:
«¡Hasta los fundamentos
asolad, asolad sus edificios!»

¡Oh hija desventurada
del pueblo aborrecido!
¡Feliz quien te dé el pago
del tratamiento vil que te debimos!

¡Oh bienaventurado
El que á tus parvulillos
Logre alzar en sus manos
y en la piedra estrellarlos vengativo!

LAMENTO PATRIÓTICO.

ODA.

Oh Musa del dolor! tú que enlutada
Tristes endechas mides;
Tú que al lamento y al dolor presides
Del mísero mortal, á la angustiada,
A la oprimida voz tu fuego inspira,
Y la luctuosa lira
Préstame ¡oh Musa! Y si al pesar que abrigo
En el pecho ardoroso
Quieres unir tu acento melodioso,
Verás cuán tierna gemirás conmigo.

Pues ya el monstruo tremendo
De la discordia, aleve,
La viborezna frente sacudiendo,
Sangre vierte feroz, y sangre bebe;
Y á desolar se atreve
El suelo patrio con furor infando.
Ya sus ojos agrestes
Lanzan llama sulfúrica y siniestra;
Ya en su horrorosa diestra,
Brilla el puñal del parricida Orestes,
Y en sus hombros se mira
La túnica fatal de Dejanira.

Mas ¡oh, bárbaro horror! Ya á las venganzas
Miro cruzarse fratricidas lanzas;
Oigo el bronce tronar... ¡oh ansias fatales!
¡Todos son orientales
Y van á destrozarse! El torpe acero
Patriotas deponed. El bello día
Alumbre placentero
De dulce unión... Mas ¡ay! ¡oh Musa mía,
¿Quién el abismo cierra,
Si á los ecos de paz responde: ¡guerra!

Ya se extiende el frénetieo alarido;
Ya estrepitoso suena
El hueco bronce que en los campos truena
Del Uruguay florido;
Y la patria infeliz dando un gemido
Fatídico y ansioso,
Que en *Sarandí* retumba,
Lanzándose en el Río victorioso,
«*¡Aquí mi gloria fué, y aquí es mi tumba!*
Dice; y al choque de su augusta frente
Salta en forma de llanto la corriente.

Mas todos gritan: ¡guerra! ¡Oh cruel infamia!
Renuévanse las bodas de Hipodamia,
Y el furor fratricida
Del cruel Tyeste, del sangriento Atrida!
¿Qué es esto, hados fatales?
¿Sangre quereis, y que la sangre sea
De hermanos, de orientales?
¡Odiosa lid, sacrílega pelea!
¿Quereis que el mundo vea
Derribarse los libres ciento á ciento?
¿Quereis almas frenéticas é insanas,
Holocausto cruento,
Y tributar de víctimas humanas,
Como más digna ofrenda,
Nueva ecatombe á Némesis tremenda?
No será tanto horror, ¡oh Numen sacro
Que á la patria iluminas!
Ya miro la centella que fulminas
De la discordia al fiero simulacro,
Y ya los corazones,
Abriéndose á las dulces emociones,
La voz de unión y de amistad pronuncian.

¡Oh día de placer! ¡día dichoso
Que anhelan y que anuncian
Los que aman á la patria, presuroso
Mueve tu curso y dora
Nuestro turbio horizonte con tu aurora!

El pérfido extrangero
Que aguza torpe el fratricida acero,
¡Cuál rugirá feroz! El exterminio
De este jardín de Edén es su esperanza,
Y fijar con su lanza
Sobre sus ruinas su fatal dominio.
¡Oh paz apetecida,
Cubre á la patria con tu hermosa egida,
Con tus alas brillantes!
Y el Numen tutelar del patrio suelo,
Con letrero de estrellas rutilantes,
Inscriba allá en el cielo:
«¡Hasta la muerte unión...!» y en eco fuerte
Repitamos: «¡Unión hasta la muerte!»

EL AJUSTICIADO.

Silencio...! ya se aproxima
El triste acompañamiento,
Ya se escucha sordo y lento
El enlutado tambor.
Ya con ecos de agonía
La triste campana gime,
Y en lo hondo del pecho imprime
Vibraciones de dolor.

En las calles y balcones
Varios grupos se aglomeran,
Otros en la plaza esperan
Donde un cadalso se vé.
De bayonetas cercado
Hácia ese objeto espantoso,
El séquito silencioso
Se mueve con tardo pié.

Allí en medio encadenado
Se arrastra, que no camina,
El mísero á quien destina
A morir la sociedad.
En sus manos temblorosas
Lleva un crucifijo santo,
Que besa, y baña con llanto
Implorando su piedad.

Fúnebres salmos y preces
Entona en voz baja el clero,
Y él apura el cáliz fiero
De negra y amarga hiel:
Mientras la fatal campana
Que atormenta sus vidas,
Le anuncia en nuevos gemidos
Que la agonía es por él.

¡Hélo allí con la mortaja
Con que ha de ser sepultado;
Ya no tiene el desdichado
Ni esperanza de salud.
Delante va el pregonero
Publicando su delito,
La escolta marcha en circuito,
Y por detrás su ataud!

Ya sin tino sus miradas
Vuelve en torno ó alza al cielo,
Ya se anima, ó sin consuelo
Le abate su languidez:
Los pasos que dá quisiera
Deshacer... fatal destino;
¡Cuán corto le es el camino
Que anda por última vez!

Con rapidez espantosa
Vuelan para él los instantes,
Que hundido en los vicios antes
Malgastaba sin sentir
Mientras la tardanza acusa
El vulgo con impaciencia;
¡Ay, cuánta es la diferencia
De morir á ver morir!

De nuevo el pregón su crimen
Publica y también su pena;
Fué asesino! y le condena
La ley á nombre de Dios.
Y hoy ella para escarmiento
Le asesina de esta suerte,
Como si el mal de una muerte
Se remediase con dos.

Con blanca banda ceñida
La Caridad le rodea
Le asiste, y con él emplea
Ceremonias de piedad.
Caridad! Nombre ilusorio,
Cuando en su bien nada influye,
Ni le salva, ni destruye
La espantosa realidad!

En tan horrible conflicto,
Repelido ya del suelo,
Sólo un alivio, el consuelo
Encuentra en la religión.
El sacerdote le exhorta,
Su alma se ablanda, se mueve,
Y para el cáliz que bebe
Dios le da resignación.

Pálido como un cadáver
Lleva de la muerte el sello,
En desorden el cabello
Se vé en sus hombros flotar.
Un sudor de hielo en gotas
Baña su lívida frente,
Cuando oye sordo, y repente
Otro tambor redoblar.

Ya el convoy fúnebre llega,
Y entra con marcha pausada
Al cuadro de tropa armada
Que se abre y lo encierra en él.
Cual serpiente que á su presa
Fascina, arrastra..., y traidora
La traga viva, y devora
Con diente ansioso y cruel.

A esa víctima en sus lazos
Ya la serpiente asegura,
¿Quién la salva, ¡oh desventura!
De entre ese abismo de horror?
Alza el mísero la vista
Y sus fibras se estremecen,
Cuando infaustos le aparecen
Cadalso y ejecutor.

Allí está el fatal banquillo
Que será su último asiento,
Allí el horribie instrumento
Que quebrante su cerviz!
Allí vé la horca infamante
Que por mas horror se emplea,
Donde su cadáver sea
Espectáculo infeliz.

Un sordo murmullo entonces
Vaga entre el necio gentío,
¿Si sabrá morir con brío?
¿Si estará tranquilo ó no?
Curiosidad insensata
En ocasión tan funesta,
Expresión bien manifiesta,
Del que sin alma nació.

¿Qué tranquilidad se exige
Del que criminal se advierte,
Ante una afrentosa muerte
Y el juicio de la Deidad?
Esa quietud en tal reo
No es posible interiormente;
Si la goza está demente
O no cree en la eternidad.

Bien puede con faz serena
Marchar al suplicio infausto
El que muere en holocausto
Por su patria ó su opinión:
Mas el que al cadalso lleva
El sello vil de un delito,
Apenas, si está contrito,
Logrará resignación.

***

Mas ya el mísero reo cuya vista
Divaga en azorada estupidez,
Para oír su sentencia en medio al cuadro,
Se postra de rodillas ante el juez.

Y aunque cada palabra le atraviesa
Como un dardo de plomo el corazón,
Quisiera el desgraciado á ese martirio
Sin moverse de allí dar duración.

Triste y vano deseo! ya oficiosa
Le levanta y conduce la Hermandad,

Le sirve de sostén.... Fatal servicio,
Que para él es rigor, no caridad!

Mas él detiene el paso, su cabeza
Bambolea abrumada en su cerviz,
Y un licor que le embriague ó le conforte
Pide á los que le llevan... infeliz!

Ese frágil cristal que al labio llegas
Tendrá más duración que no tu sér;
Ya no verás el prado, el mar, las flores,
Ni ese sol para tí vuelve á nacer!

La lámpara que débil te alumbraba
De la triste capilla ante el altar,
Aun exhala destellos, y tu vida
Primero que su luz se ha de apagar!

Fatídico el reloj de la alta torre
Marca ya por instantes tu existir,
Hoy temblando sus horas has contado
Mas la que va á sonar no la has de oír!

Temerosos fantasmas los oídos
Te atormentan con eco sepulcral;
Y por doble suplicio ven tus ojos
Las víctimas, la sangre y el puñal.

Tu muerte y tus delitos, para ejemplo
Las madres á sus hijos contarán,
Mas los tuyos temiendo la ignominia,
Su nombre deshonrado negarán.

La muerte con la infamia y el recuerdo
De esa prole infeliz colman tu horror;
Bien puedes exclamar en tu amargura,
Que no hay dolor que iguale á tu dolor!

Alevosos bandidos, que en la sangre
De una víctima inerme os complaceis,
Desistid ó temblad! De un asesino
El premio y la lección aquí teneis!

Mas si luego la ausencia del cadalzo
Disipa en vuestras almas el terror,
Dios inflame mis versos, que os conmuevan
Cual presente patíbulo de horror!

Mas, oh lance fatal! Ya está sentado
Dó el cáliz vá á apurar de sangre y hiel,
Se horripila su cuerpo en el banquillo,
Y el verdugo prepara el torno en él.

Ya el férreo corbatín le ciñe el cuello,
Todos de allí se apartan con pavor,
Y el credo de la fe con voz pausada
Entona el sacerdote auxiliador.

Impasible y atento está el verdugo
Con la mano en el torno..., y al oír
La palabra fatal, al desgraciado
Las vértebras del cuello hace crugir.

Convulso se estremece...! de su boca
La lengua amoratada cuelga ya,
Dilátanse sus miembros, oh qué espanto!
He allí el *ajusticiado....* muerto está!

Á UN COPLERO PLAGIARIO.

— Vaya que es *original*
Al sol patrio tu canción!
Díjome en tono bufón
Un plagiario mi rival.
— Mi inopia, y cuanto tu vales
Conozco, le respondí;
Mas tus versos, eso sí,
Son copias *no originales.*

UN CALVO PELUDO.

— La gigantesca *Reforma,*
Dice un rival, no es *Pacífica;*
Bullanguera y no científica,
Ni aun quiere seguir mi norma.
— Federal!... No hablo por celos,
Dice otro, y calvo ademas!
Yo oigo, y callo.... y digo Blas,
Ese *calvo* tiene pelos!!!

NO PERDONAR NI AL DEMONIO.

Tuerta y vieja Estefanía
Demanda á Antonio ante el Juez,
Porque impudente, y soez
La persigue noche y día.
— Un sátiro es ese Antonio!
Exclamó el Juez impaciente;
Ya veo que el insolente
No perdona *ni al demonio!*

EMPADRONAMIENTO.

— Ya el padrón exacto y fiel
De habitantes se ha ordenado:
Sexo, edad, patria y estado,
Todo ha de constar en él.
— Eso, de fiel no es verdad,
Ni en punto á edades lo esperes.
—¿Porqué?—Porque las mujeres
Nunca declaran su edad.

TORÁIDA BOMBÁSTICA.

Sale Febo con pompa matutina,
Y un lejano rumor el aura llena;
Huye el sueño, descorro la cortina,
Salto del lecho, y el tambor resuena:
¿Será que el hado infausto en nuestra ruina
A *otra lid fratricida* nos condena?
¿Será extraña invasión, tendremos lloros?
¿Qué novedad, en fin?... ¡Tenemos toros!

¡Oh impertérrito Juancho! tú que un día
En el táurico circo fuiste asombro,
Oye mi voz desde la tumba fría,
Pues tus manes sumiso evoco y nombro.
De tu arte va á cantar la musa mía:
Venla tú á sostener, arrima el hombro;
¡Alzate de la tumba, heroico Juancho!
Y si no puedes, te alzaré con gancho.

¡Oh espectáculo grande á par que hermoso,
Imán del alma juvenil y fuerte!
Mal que pese al filantro-melindroso,
Y al moralista rígido é inerte.
Ellos mismos se ven con especioso
Pretexto allí acudir; y de esta suerte
La diversión que bárbara pregonan,
A par del pueblo entero la sancionan.

Llámanla destructora; mas yo infiero
Que es vana prevencion, cuando imagino
Que sin toros se muere el mundo entero:
Que á unos los mata el agua, á otros el vino;
Pues si vuela en las astas un torero,
O éste al toro mató por ser ladino,
¿A qué excitar de humanidad las leyes,
Si hay de sobra en el mundo hombres y bueyes?

Mas ya es hora, y repiten los palillos
Sobre el trémulo parche el ronco acento;
Ya anunciando los toros á novillos,
La celeste bandera azota el viento:
Hombres, mujeres, viejos y chiquillos
Con ansia acuden á ganar asiento;
Y bajo el peso enorme y el empuje,
El ancho andamio se blandea y cruje.

Del lado del toril que al Este yace,
Do alumbra Febo con sus rayos de oro,
La turbamulta en gritos se deshace
Que al respeto no halagan, ni al decoro;
El Juez á su demanda satisface
Y ordena la señal.... y sale el toro,
Baja los cuernos, enarbola el anca,
Y todos gritan: ¡*Entrale, Palanca!*

¿No has leido del toro que furioso
De Marathon los campos desolaba;
O el otro de Neptuno aborto odioso,
Que osó domar Alcides con su clava?
¿Viste en la margen del Guadiana undoso
Bramar la fiera que sus cuernos lava,
Vístela horrenda amenazar con ellos?
Pues bien... pero este toro no es de aquellos.

Sale airoso *Palanca* del apuro,
Y ceja el toro haciendo una gambeta,
Y asalta al lusitano que seguro
Aguarda á que en su pipa le acometa;
La torva frente inclina, al cuero duro
Préndese la flamígera saeta:
¡Guárdate, portugués, que te destripa,
Si llega el toro á desfondar la pipa!

Rueda el preñado casco, y se agazapa
El robusto gastul que tiembla adentro;
Mas vuela el *Malagueño*, y tras su capa
Vuela el toro también, dejando el centro.
Ya por la veste azul casi le atrapa,
Cuando vuelve *Palanca*, y á su encuentro
Se vió el nervudo brazo con pujanza
Postrar dos brutos y doblar la lanza.

El novel Casavalle con braveza,
Que de *Palanca* á la lección se aplica,
Con ánimo más grande que destreza,
Derriba al toro con la fuerte pica;
Luego, para ostentar la gentileza,
Del valor las hazañas multiplica,
Y logra en medio al circo con decoro
Banderillar desde á caballo al toro.

Era el cebruno corcel
Hijo del aire y del fuego,
Pues su sér no participa
De inferiores elementos.

El nervoso cuello encorva,
Bañando de espuma el pecho,
Según le excita ó detiene,
El acicate ó el freno.

Parte el bruto como un rayo,
Y entre giros y escarceos
Cubren al diestro jinete
Las crines que azota el viento.

Vuela, y las herradas manos
Que suelta y recoge á un tiempo,
Contra la cincha sacuden
El polvo que alzan del suelo.

La adornada banderilla
Con gallardetes diversos
Empuña el bravo, y la fiera
Sacude airada los cuernos.

En su carrera, repente
Dale un grito, y revolviendo,
Sintió el toro á un tiempo mismo
La herida, el grito y el trueno.

Corre *Repollo* y todo lo trabuca;
Pero acude Vellido mas ligero,
Y no hay ente pelón ni de peluca
Que no envidie las glorias de un torero.
Sale ambidextro Palma, y en la nuca
Planta su banderilla al monstruo fiero;
Y luego el *Paraguay,* con voz de pito,
Le planta otra, gritando: ¡Acá, torito!

Igual es la destreza y valentía
De *Coronita,* que su nombre abona;
Pues yo por cada suerte le daría,
En lugar de un bolsillo, una corona.
Mas ¿quién dirá del matador García
El brío heroico que el clarín pregona?
Vedlo, que al toque del tambor sonoro,
Apercibe la espada y llama al toro.

Acércase al combate, y destemido,
Presenta al animal la insignia roja;
Este escarba la tierra, da un bufido,
Cierra los ojos y al cendal se arroja;
Vuélvese al otro lado enfurecido,
Y la flotante capa más le enoja;
Arremete otra vez, pero, escondida
Le atraviesa la espada, y cae sin vida.

Aquí son el aplauso y patacones
(Que el no arrojar dinero es un desdoro)
Ni á su ninfa le ha echado más doblones
Júpiter convertido en lluvia de oro;
Aquí es el resonar de aclamaciones,
Y aquí yo acabo, pues se acaba el toro,
Hasta que otra función ofrezca asunto
Mejor que la presente.... ¡*Y fica punto!*

BARTOLOMÉ HIDALGO [1]

DIÁLOGO PATRIÓTICO.

Entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las Islas del Tordillo y el gaucho Ramón Contreras, vecino de la Guardia del monte.

Cont.—¡Con que amigo! ¿Diaónde dia-
Sale? Meta el redomón, [blos
Desencille, voto alante....
¡Ah pingo que dá calor!

Ch. — De las islas del Tordillo
Salí en este mancarrón,
¡Pero si es trabuco, Cristo!
¿Cómo está señó Ramón?

Cont. — Lindamente, á su servicio...
¿Y se vino del tirón?

Ch. — Sí, amigo; estaba de balde
Y le dije á Salvador:
Andá, traeme el azulejo,
Apretámele el cinchon,
Porque voy á platicar
Con el paisano Ramón;
Y ya también salí al tranco,
Y cuando se puso el sol
Cojí el camino y me vine;
Cuando en esto se asustó
El animal, porque el poncho
Las verijas le tocó....
¡Qué sosegarse este diablo!
A bellaquear se agachó,
Y conmigo á unos zanjones
Caliente se enderezó.
Viéndome medio atrasado,
Puse el corazón en Dios
Y en la viuda, y me tendí;
Y tan lindo atropelló
Este bruto, que las zanjas
Como quiera las salvó.
¡Eh p... el pingo ligero
Bien haya quien lo parió!
Por fin, después de este lance
Del todo se sosegó,
Y hoy lo sobé de mañana
Antes de salir el sol,
De suerte que está el caballo
Pavejo que da temor.

Cont.—Ah, Chano... pero si es liendre
En cualquiera bagualón!...
Mientras se calienta el agua
Y echamos un cimarrón,
¿Qué novedades se corren?

Ch. — Novedades... qué sé yo;
Hay tantas que uno no acierta
A qué lado caerá el dos,
Aunque le esté viendo el lomo.
Todo el pago es sabedor
Que yo siempre por la causa
Anduve al frío y al calor,
Cuando la primera patria
Al grito se presentó
Chano con todos sus hijos.
¡Ah tiempo aquel, ya pasó!
Si fué en la patria del medio
Lo mismo me sucedió,
Pero amigo, en esta patria...
Alcánceme un cimarrón.

---

(1) BARTOLOMÉ HIDALGO nació en el departamento de Soriano. Sirvió en las guerras de la independencia y en las luchas civiles argentinas. Es el creador, en compañía de Valdenegro, del genero poético criollo. Con el nació la trova americana y su musa original y llena de carácter local, dió sin duda alguna la pauta al nacimiento de la literatura nativa. Sus singulares composiciones se cantaban con acompañamiento de guitarra, en los campamentos militares, y corrían de pago en pago formando una aureola de popularidad al trovero. En 1816 hizo representar una producción dramática titulada «Sentimientos de un patriota». Pocos rastros han quedado de este singular personaje, como no sean sus *relaciones* que aún hoy se cantan en las campañas americanas.

Cont. — No se corte, dele guasca,
Siga la conversación;
Velay, mate: todos saben
Que Chano, el viejo cantor
A donde quiera que vaya
Es un hombre de razón,
Y que una sentencia suya
Es como de Salomón.

Ch. — Pues bajo de ese entender
Emprésteme su atención,
Y le diré cuánto siente
Este pobre corazón,
Que como tórtola amante
Que á su consorte perdió,
Y que anda de rama en rama
Publicando su dolor;
Así yo de rancho en rancho
Y de tapera en galpón,
Ando triste y sin reposo,
Cantando con ronca voz
De mi patria los trabajos
De mi destino el rigor.
En diez años que llevamos
De nuestra revolución,
Por sacudir las cadenas
De Fernando el baladrón,
¿Qué ventaja hemos sacado?
Las diré con su perdón,
Robarnos unos á otros,
Aumentar la desunión,
Querer todos gobernar,
Y de facción en facción
Andar sin saber que andamos:
Resultando en conclusión
Que hasta el nombre de paisano
Parece de mal sabor,
Y en su lugar yo no veo
Sino un eterno rencor,
Y una trapilla de pobres,
Que metida en un rincón
Canta al son de su miseria:
¡No es la miseria mal son!

Cont.—¿Y no se sabe en qué diasgues
Este enredo consistió?
¡La pujanza en los paisanos
Que son de mala intención!
V. que es hombre escribido
Por su madre digaló,
Que aunque yo compongo cielos
Y soy medio payador,
A V. le rindo las armas
Porque sabe más que yo.

Ch.— Desde el principio, Contreras,
Esto ya se equivocó.
De todas nuestras provincias
Se empezó á hacer distinción,
Como si todas no fuesen
Alumbradas por el sol;
Entraron á desconfiar
Unas de otras con tesón,
Y al instante la discordia
El palenque nos ganó,
Y cuanto nos descuidamos
Al grito nos revolcó.
¿Por qué nadie sobre nadie
Ha de ser más superior?
El mérito es quien decide,
Oiga una comparación:
Quiere hacer una volteada
En la estancia del Rincón
El amigo Sayavedra,
Pronto se corre la voz
Del pago entre la gauchada;
Ensillan el mancarrón
Más razonable que tienen,
Y afilando el alfajor
Se vinieron á la oreja
Cantando versos de amor.
Llegan, voltean, trabajan;
Pero amigo del montón
Reventó el lazo un novillo
Y solito se cortó,
Y atras del como langosta
El gauchaje se largó....
¡Qué recostarlo, ni en chanza!
Cuando en esto lo atajó
Un muchacho forastero,
Y á la estancia lo arrimó.
Lo llama el dueño de casa,
Mira su disposición,
Y al instante lo conchava.
Ahora, pues, pregunto yo:
¿El no ser de la cuadrilla
Hubiera sido razón
Para no premiar al mozo?
Pues siga la aplicación.
La ley es una nomás,
Y ella dá su protección
A todo el que la respeta.
El que la ley agravió
Que la desagravie al punto,
Esto es lo que manda Dios,
Lo que pide la justicia
Y que clama la razón:
Sin preguntar si es Porteño
El que la ley ofendió,
Ni si es salteño ó puntano
Ni si tiene mal color.
Ella es igual contra el crimen,
Y nunca hace distinción
De arroyos ni de lagunas,
De rico ni pobretón;
Para ella es lo mismo el poncho

Que casaca y pantalón:
Pero es platicar de balde,
Y mientras no vea yo
Que se castiga el delito
Sin mirar la condición,
Digo que hemos de ser libres....
Cuando hable mi mancarrón.

Cont. — Es cierto cuanto me ha di-
Y mire que es dolor [cho,
Ver estas rivalidades,
Perdiendo el tiempo mejor
Sólo en disputar derechos,
Hasta que ¡no quiera Dios!
Se aproveche algun cualquiera
De todo nuestro sudor.

Ch. — Todos disputan derechos,
Pero amigo, sabe Dios
Si conocen sus deberes:
De aquí nace nuestro error,
Nuestras desgracias y penas;
Yo lo digo, sí señor,
¡Qué derechos ni qué diablos!
Primero es la obligación,
Cada uno cumpla la suya,
Y después será razón
Que reclame sus derechos.
Así en la revolución
Hemos ido reculando,
Disputando con tesón
El empleo y la vereda,
El rango y la adulación.
Y en cuanto á los ocho pesos....
¡El diablo es este Ramón!

Cont. — Lo que á mí me causa espan-
Es ver que ya se acabó [to
Tanto dinero, por Cristo;
Mire que daba temor
Tantísima pesería!
¡Yo no sé en qué se gastó!
Cuando el general Belgrano
(Que esté gozando de Dios)
Entró en Tucumán, mi hermano
Por fortuna lo topó,
Y hasta entregar el rosquete
Ya no lo desamparó.
¡Pero ah contar de miserias!
De la misma formación
Sacaban la soldadesca
Delgada que era un dolor!
Con la ropa hecha miñangos,
Y el que comía mejor
Era algun trigo cocido,
Que por fortuna encontró;
Los otros, cual más cual menos
Sufren el mismo rigor.
Si es algun buen oficial
Que al fin se inutilizó,
Dá cuatrocientos mil pasos
Pidiendo por conclusión
Un socorro: No hay dinero,
Vuelva.... todavía no....
Hasta que sus camaradas
(Que están también de mi flor)
Le largan una camisa,
Unos cigarros, y á Dios!
Si es la pobre y triste viuda
Que á su marido perdió,
Y que anda en la diligencia
De remediar su aflicción,
Lamenta su suerte ingrata
En un mísero rincón.
De composturas no hablemos;
Vea lo que me pasó
Al entrar en la ciudad:
Estaba el pingo flacón
Y en el pantano primero
Lueguito ya se enterró,
Seguí adelante, ¡ah barriales!
Si daba miedo, señor!
Anduve por todas partes
Y ví un grande caserón,
Que llaman de las comedias,
Que hace que se principió
Muchos años, y no pasa
De un abierto corralón,
Y dicen los hombres viejos
Que allí un caudal se gastó,
Tal vez al hacer las cuentas
Alguno se equivocó,
Y por decir cien mil pesos...
Velay, otro cimarrón.
Si es en el paso del Ciego
Allí *Tacuara* perdió
La carreta, el otro día,
Y él por el paso cortó
Porque le habían informado,
Que en su gran composición
Se había gastado un caudal.
Con que, amigo, no sé yo
Por más que estoy cavilando
A dónde está el borbollón.

Ch. — Eso es querer saber mucho;
Si se hiciera una razón
De toda la plata y oro
Que en Buenos-Aires entró,
Desde el día memorable
De nuestra revolución,
Y después de buena fé
Se diera una relación
De los gastos que han habido,
El pescuezo apuesto yo
A que sobraba dinero

Para formar un cordón
Desde aquí á Guazupicúa;
Pero en tanto que al rigor
Del hambre perece el pobre,
El soldado de valor,
El oficial de servicios,
Y que la prostitución
Se acerca á la infeliz viuda,
Que mira con cruel dolor
Padecer á sus hijuelos,
Entre tanto el adulón,
El que de nada nos sirve
Y vive en toda facción,
Disfruta grande abundancia;
Y como no le costó
Nada el andar *remediado,*
Gasta más pesos que arroz;
Y amigo, de esta manera,
En medio del pericón
El que tiene es don Fulano,
Y el que perdió se amoló;
Sin que todos los servicios
Que á la patria le prestó,
Le libren de una roncada
Que le largue algun pintor.

Cont. — Pues yo siempre oí decir
Que ante la ley era yo
Igual á todos los hombres.

Ch. — Mesmamente, así pasó,
Y en papeletas de molde
Por todo se publicó;
Pero hay sus dificultades
En cuanto á la ejecución.
Roba un gaucho unas espuelas,
O quitó algun mancarrón,
O del peso de unos medios
A algun paisano alivió.
Lo prenden, me lo enchalecan,
Y en cuanto se descuidó
Le limpiaron la caracha,
Y de malo y salteador
Me lo tratan, y á presidio
Lo mandan con calzador;
Aquí la ley cumplió, es cierto,
Y de esto me alegro yo,
Quien tal hizo que tal pague.
Vamos, pues, á un señorón:
Tiene una casualidad....
Ya se vé.... *se remedió....*
Un descuido que á cualquiera
Le sucede, sí señor.
Al principio mucha bulla,
Embargo, causa, prisión,
Van y vienen, van y vienen,
Secretos, admiración.
¿Qué declara? que es mentira,
Que él es un hombre de honor.
¿Y la mosca? no se sabe,
El Estado la perdió,
El preso sale á la calle
Y se acabó la función.
¿Y esto se llama igualdad?
La perra que me parió.
En fin, dejemos amigo,
Tan triste conversación,
Pues no pierdo la esperanza
De ver la reformación.
Paisanos de todas layas,
Perdonad mi relación:
Ella es hija de un deseo
Puro y de buena intención.
Valerosos generales
De nuestra revolución,
Que en todas vuestras acciones
Os dé su gracia el Señor,
Para que enmendeis la plana
Que tantos años se erró:
Que brille en vuestros decretos
La justicia y la razón,
Que el que la hizo la pague,
Premio al que lo mereció,
Guerra eterna á la discordia,
Y entonces sí, creo yo
Que seremos hombres libres,
Y gozaremos el don
Más precioso de la tierra:
Americanos, unión,
Os lo pide humildemente
Un gaucho con ronca voz,
Que no espera de la Patria
Ni premio ni galardón,
Pues desprecia las riquezas
Porque no tiene ambición;
Y con esto hasta otro día,
Mande usté amigo Ramón,
A quien desea servirle
Con la vida y corazón.

Esto dijo el viejo Chano
Y á su pago se marchó,
Ramón se largó al rodeo
Y el diálogo se acabó.

MANUEL DE ARAUCHO [1]

Á LA BATALLA DE ITUZAINGÓ.

(FRAGMENTOS).

Llegaste aurora hermosa
Cuya divina faz mostrara al mundo
La suerte desastrosa
De un opresor funesto é iracundo.
Hoy bañará la muerte
En sangre humana la lijera rueda
Del carro diamantino,
Que antes que Febo iluminarnos pueda,
Tu bella luz nos vierte
Y anuncia el bueno y el fatal destino.

Mil sepulcros se abrieron
Ante los ojos míos
Que en el Rincón y en Sarandí los vieron
Y en los amenos ríos
El Plata y Uruguay á las legiones
Brasileras. Los libres pabellones
De la patria flamearon.
Al tiempo procedieron
Y á la victoria en su poder llevaron.
¡Oh sol de Ituzaingó! Tu lumbre de oro,
Brillando esplendorosa
Sobre los campos del precioso Oriente,
Conduce presurosa
Donde la seña del clarin sonoro
Llama á la lid la hueste combatiente.
Muy breve tiempo queda:
Y en cuanto el fuego del fusil preceda
Empezará el horror, y trasvenarse
La sangre se verá. Así en el Plata
La corriente arrebata
Consigo cuanto encuentra sin que pueda
Con el poder del hombre restañarse
Hasta que el mismo suyo la convierte.
Ya levanta la muerte
La mano destructora que amenaza
La ilustre vida del heroico y fuerte.
Y empuñando la clava con que arrasa
En un momento ejércitos enteros

(1) Don Manuel de Araucho es autor de un tomo de poesías aparecido en 1835 con el título: *Un paso en el Pindo*. Pertenece, pues, á los poetas de la Independencia. Hizo la campaña del año 25 y llegó al grado de Coronel. Cultivó el género heroico, y sus odas llaman la atención por la fuerza lírica, la inspiración, el buen gusto y la corrección clásica.

La revuelve: mil vidas
Van á no ser, de intrépidos guerreros,
Y entre la furia y el horror perdidas
¡Se concluyó el amago!
Revienta el trueno del cañón y el rayo
Que al combatiente lustra la coraza,
Disemina el estrago.

. . . . . .

El argentino y oriental unidos
Ocupan á la vez la inmensa frente
Del enemigo, y en furor ardiendo
La *Alemana legión* más imponente
Que en filas erizadas
Repele con el plomo y el estruendo
Los golpes que fulminan las espadas.
Si á la fuga se libra
El servil imperial en la batalla,
Fiando su vida á su corcel ligero,
El robusto oriental tras él aun vibra
El vengador acero
O la pistola que á su espalda estalla!...
Empero la segur enrojecida
Se melló, en fin, de la inhumana muerte;
La sangre es retenida
En los cuerpos heridos, do la vierte
El libre vencedor... ya los tiranos
Huyen dejando al oriental la gloria.
Esos campos, un día tan lozanos,
Encendidos se ven, están cubiertos
De miembros palpitantes y de muertos.
El clarín penetrante
Precursor de los triunfos ha sonado;
El corazón de gozo enagenado
Salir quiere del pecho en ese instante
Al solo ver llegar los vencedores
Que al Ecuador ardiente
Llevaron libertad y que triunfantes
Hoy la colocan en el bello Oriente.

¡Salud, héroes! ¡Salud, libertadores,
Alzad en vuestras manos
El sagrado estandarte
A cuyo aspecto tiemblan los tiranos!

.... El hálito guerrero
No circula en la trompa belicosa,
Ni la voz espantosa
De *¡Muerte á los tiranos!* ya resuena
En el plácido Oriente....

. . . . . .

En la campaña amena
Surca el arado, y en la paz dichosa
Las naves que el divino río argenta
Conducen á la arena
De los puertos de Oriente la industriosa
Riqueza, que los pueblos hoy fomenta.

Las artes y la ciencia
Fecundan la lumbrera
Con que en la senda del saber camina
El hombre pensador; y la experiencia
Muestra la perspectiva lisonjera
Que á la pingüe fortuna determina

¡Ciudadanos! Guerreros inmortales,
Fuertes columnas de la patria amada:
¡Escribid de la historia en los anales
Nuestra carta sagrada!...

. . . . . .

Y vosotros, soldados valerosos;
No permitais que en el feroz Oriente
Coloque el extrangero férrea planta.
Y el día que los déspotas lo insulten,
Bajo la espada que al servil espanta
Los tronos y sus siervos se sepulten!
Y antes que el cetro del tirano fiero
Otra vez nos oprima,
Descendamos gustosos al abismo
Y sobre las cenizas del guerrero
El mismo cielo nuestra muerte gima!

ADOLFO BERRO (1)

EL ESCLAVO.

De luna que espira la luz macilenta
Las vías aclara del ancha ciudad:
Silencio, do quiera, la noche sustenta,
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto á la puerta de humana morada
Un hombre infelice se mira llorar;
Sus ojos que brillan en faz atezada
Parecen del cielo justicia implorar.

¡Ay mísero, exclama, con flébil acento,
De aquel á quien roba destino fatal
Amigos y deudos, en solo un momento,
Y lejos arroja del suelo natal!

Sus lágrimas corrien ardientes, en vano,
Y en vano con ellas procura mover,
Que el blanco no mira con ojos de hermano
Al triste á quien negro le cupo nacer.

(1) ADOLFO BERRO nació en Montevideo el 11 de Agosto de 1819. Cursó jurisprudencia é hizo su práctica al lado de Florencío Varela, cuya amistad sin duda decidió la vocación del poeta. Su nombre, que ha quedado estrechamente vinculado á la histo-

***

Nada queda á mi existencia,
Arrojada con violencia
A esta tierra de dolor.
El recuerdo me devora,
Que me dice á toda hora
Soy esclavo y fuí señor.

Como sigue al condenado
Del verdugo ensangrentado
Fiera imágen ideal,
Que acrecienta los tormentos
De sus últimos momentos
En la vida terrenal.

Así acosa al africano
El aspecto del tirano
Que cautivo le llamó,
Y que injusto le condena
A arrastrar servil cadena
De que el cielo le eximió.

¡Pobre negro! Tus pesares
Se redoblan á millares
En la torpe esclavitud!
Que tu bárbaro destino
Es llorar y de contino
Ver abierto el ataud.

***

¡Por qué un alma noble me dieras, oh Cielo!
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,
Si miro do quiera mil rostros de hielo
Y escucho palabras de muerte, ¡infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible
Del Dios sempiterno de paz y de amor,
Y en todos la llama prendió inextinguible,
Destello sublime del almo Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente
El blanco codicia llevára y maldad
Cautivo el inerme condujo insolente
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirle en sus aguas al mar no le plugo
Que senda espaciosa tranquilas le dan,
Y al negro condenan á bárbaro yugo,
A vida infecunda de mísero afan.

***

Escucha la plegaria
¡Oh padre de natura!
Que en llanto y amargura
Eleva el alma á tí.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

Celebran tu justicia
En coros reverentes,
Mil pueblos diferentes
Del Sur al Setentrión.
¿Y sólo tus miradas
No alcanza al africano?
¿Le apartas de tu mano
Le libras al dolor?

---

ria literaria del país, representa la tradición de toda una época. Sinembargo su gloria no está en lo que ha sido, sino en lo que hubiera podido ser. Sus composiciones tiernas y melancólicas, inspiradas en el incoloro romanticismo de principio del siglo, son frutos de una sensibilidad exquisita. No hay en ellas arranques épicos ni gritos inspirados; un sentimentalismo sereno y dulce guía al poeta. Pero en todos sus versos hay una suma de candor y sinceridad que los hace adorables. Poco tiempo antes de morir reunió sus composiciones en un volumen titulado *versos*. Su temprana muerte produjo verdadero duelo. Falleció en 1841, á los 22 años. Sobre su tumba Juan Carlos Gómez se reveló recitando unos hermosos versos. La juventud de la época erigió un monumento en la necrópolis al poeta. Su lema dice: «A la memoria de Adolfo Berro. La juventud de su patria. — Año 1841. — R. I. P.»

Reservas al que ofende
La vida de tu hechura,
Tras larga desventura
La muerte de Caín:
Y al blanco que en crueza
Excede al tigre fiero,
¿Tu rayo justiciero,
Señor, no alcanzará?

Escucha la plegaria
¡Oh padre de natura!
Que en llanto y amargura
Eleve el alma á tí.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

EL AZAHAR.

Flor sencilla á cuya vida
Breves horas marca el cielo,
Para imagen en el suelo
Del contento mundanal.
Es tu aroma regalado,
A mi espíritu doliente
Cual de virgen inocente
El cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas
Te dió grata la natura,
Y á tu caliz la amargura
De las hieles del amor.
En su negra cabellera
La hermosura te ensortija,
O tu trono alegre fija
En sus labios de rubí.

En tí encuentra blando alivio
El ausente que padece,
Tu belleza se le ofrece
La que su alma cautivó.
Y mirándote arrobado
Mil recuerdos en su mente
Se despiertan blandamente:
¡Mil recuerdos de placer!

¡Cuántas veces mis temores
Flor querida, disipaste!
¡Cuántas veces mitigaste
De mi amada la esquivez!
Hoy de nuevo la esperanza
En ti el alma deposita,
¡La esparanza! que marchita
Veré luego con la flor.

LA RAMERA.

I.

Tierna mujer que la lozana frente
Graciosa eleva de carmín teñida,
Suelto el cabello que feliz desciende
Al albo seno do el placer se anida.

En danza alegre, sobre alfombra roja
El pié lijero, como el aura, mueve;
Gota luciente sus mejillas moja,
Que blanco lino en el instante bebe.

Mil lazos forman en voluble juego
Sus altos brazos con primor velados,
Mientras ardiendo en revoltoso fuego
Los ojos giran, por amor formados.

Cual vaga nube que sus alas tiende
Sobre las aguas á la luz primera,
Vuela la veste, que en el talle prende
Con jalde broche, de gentil manera.

Imagen de los seres que la mente
Del poeta adormido vé en la esfera,
¿Quién eres, dí, mujer resplandeciente?
¿Un ángel? no ¡gran Dios! una ramera.

II.

¡Ramera! nombre execrado
Que nacido en la torpeza,
Es baldón de la belleza
Que le lleva por el mal.

Nombre de halago y misterio,
De perdición y ventura,
Que muere en la desventura
Como el arista en el mar.

¿Y tú le llevas, hermosa,
Sin confusión y sin pena,
Riendo de ese anatema
Que la sociedad te echó?

¿No lloras, mujer, no lloras
Cuando pasando altanera,
La esposa dice « ¡Ramera! »
Trémulo el labio de horror?

¿No lloras, cuando á tu rostro,
Do nieve y rosa atesoras,
Ves qual marchitan las horas
Que pasas en embriaguez?

¿No tiemblas cuando procuras
Rasgar el espeso velo
Del porvenir, y tu anhelo
Desprecios, miseria vé?

¡Terrible, cierto, es en medio
De la festiva velada,
Oír esa voz helada
Que marca el tiempo que fué:

Terrible tras danza loca
Dormir en lecho de amores,
Y despertar en dolores,
En la horfandad y vejez!

¿Y ríes, y herido el suelo
Bajo tu planta retumba,
Ramera, mientras derrumba
Su carro el tiempo veloz?

En vano hermosa te ostentas,
En vano en gozo te bañas,
Que abrigan hiel tus entrañas,
Veneno tu corazón.

¡Ay! ese cuerpo elegante
Que adornas con tanto anhelo,
Pronto despojo del suelo,
Será un objeto de horror;

Y en infernales orgías
Tu cráneo hueco y maldito,
Capa será del precito
Do beba negro licor

III.

Deja, loca mujer, la danza impura;
Arroja tanta gala mundanal,
Y en vez de la brillante vestidura
Toma de penitencia ancho sayal.

Desecha los deseos que se abrigan
En tu seno, que vela ya el pudor:
Rompe esos torpes lazos que te ligan
Cual parásita hiedra á tierna flor.

Elévense tus preces ejemplares
Al Dios que « la luz sea », dijo, y fué:
Arrójate á los piés de sus altares,
Y exclama en mar de llanto « ¡yo pequé! »

Vuela, que un solo instante de tardanza
Las sendas de salud te cerrará;
Y do buscaba aliento tu esperanza
Reprobación eterna encontrará!

EL RUEGO DE UNA MADRE.

Jamás negaste tu amparo
A la inocencia que llora
¡Ay! tú lo puedes, señora,
Alivia tú su dolor. *Romeo.*

En bóveda estrecha
De negra capilla,
Al pié de la esposa
De Dios sin mancilla,
Mujer enlutada
Se mira postrada
De hinojos orar.

Virgen, dice, lacrimosa,
De Dios padre tan querida,
Por la sangre que vertida
Los humanos rescató,
Vuelve á mí tus dulces ojos
Ten piedad de quien te implora,
Que la culpa roedora
Me consume sin cesar.

¡Yo pequé! Bebí en la copa
Rebosada de impureza,
Con que brinda á la belleza
La maldita corrupción.
Hubo un hombre que en mis labios
Derramó infernal veneno;
Yo le abrí mi incauto seno
Y él.... ya madre me dejó.

Mil desprecios me aguardaban
En un mundo sin clemencia,
Que seduce á la inocencia
Y se burla de su afán:
Un horrible pensamiento
Brilló entonces en mi mente;
Yo dí á luz un inocente,
Y á este templo le arrojé!

¡Hijo mío! El seco labio
Te dió aquí el adiós postrero;
Un quejido lastimero
De tu boca se exhaló.
¡Ah perdón! de entonces siempre
Resonando está en mi oído
Ese lúgubre gemido
Que me acuerda mi maldad.

¿Te dió amparo algun cristiano?
¿Vives, hijo, acá en la tierra?
O tal vez — ¡gran Dios! — te encierra
¡El abismo del no ser!
¿No me ves, hijo del alma,
No me ves aquí humillada,
A la virgen adorada
Que me absuelva, demandar?

Torpe madre, impresas llevo
Del delito las señales;
Me desprecian los mortales
Y me aguarda el ataud.
¡Ah! morir sin esperanza
De abrazarte en ese cielo
De do acaso el desconsuelo
De tu madre viendo estás!

¡Imposible! que me abrumen
En el mundo los pesares,
Que se aumenten á millares....
Soy indigna de perdón.
Mas ¡oh virgen! un instante
Vuelve á mí tu rostro pío,
Logre ver al hijo mío,
Santa madre de Jesús.

CANTO DE LA PROSTITUTA.

Jazmines albos y purpúreas rosas
Adornen hoy mi peregrina sien;
Baje el cabello destrenzado al seno
Que, mal velado, palpitando esté.

Inquietas brillen las pupilas negras
Como agitadas por intenso ardor,
Y en torno al lecho, do la frente pose,
Inciensos ardan de embriagante olor.

Venid, doncellas de rubor teñidas,
Esposas fieles, que bendijo Dios,
Venid — testigos de su dicha quiere
La vil ramera que os inspira horror.

Venid — Arturo, el de los labios rojos,
De las palabras con sabor de miel,
El prometido de la hermosa Elvira,
Que mil de veces la juró ser fiel;

Hoy en mis brazos buscará el delirio
Que no consigue vuestro amor causar,
Que no se encuentra en vuestros besos tibios,
Ni en vuestro rostro se pintó jamás.

También Eduardo, de Lucía esposo,
En mis halagos buscará el placer,
Y reclinado en mis desnudos hombros,
Verá las horas, sin afan correr.

¡Con cuánto gozo beberé su aliento
Para templar esta insaciable sed,
Que los desprecios de la amante esposa
En mi alma hicieron, por su mal, nacer!

Ella, la vana! que al pasar volvía
Para no verme la encendida faz,
Cual si temiera que mi vista ardiente
Le arrebatara su envidiable paz:

Y recogía los flotantes pliegues
De su vestido, como el cielo azul,
Porque la brisa, revolando inquieta,
No le rozara con mi leve tul.

Pensaba, acaso, que su dicha eterna,
Sería siempre como el mismo Sol,
¡Y un solo instante se abrigó en su seno,
Como el perfume en la cortada flor!

Tal vez, en tanto que su ingrato esposo
Raudales de oro verterá á mis piés,
Y con guirnaldas ceñirá mi frente
Para besarla con ardor después;

Sola, anegada en perdurable llanto,
Ella los ojos tornará al Señor,
Sustento pobre demandando, en vano,
Para los frutos de su triste amor!

Venid, doncellas de rubor teñidas,
Esposas fieles, que bendijo Dios,
Venid — testigos de su dicha quiere
La vil ramera que os inspira horror.

DOLOR.

En los primeros años de la vida
Cuando el mundo nos brinda con su amor,
La sonrisa del tedio está en mis labios,
En mi pecho el veneno del dolor.

La copa donde rápidos placeres
Dióme un día á beber la sociedad,
Está exausta á mis ojos, que anegados,
Del cielo en vano imploran la piedad.

Locuras de las horas que pasaron
Atribulan mi pobre corazón,
Y el negro pensamiento de la muerte,
Detiene el vuelo audaz de la razón.

¡Morir, cuando en redor todo respira,
Cuando todo sonríe en el solaz,
Sin que un ángel de gracia en la agonía
Me dé pasando el ósculo de paz!

¡Morir, sin que entre el polvo los tiranos
Haya visto en el mundo de Colón,
Demandando al eterno en mis plegarias
Para los abatidos el perdón!

¡Morir, cuando se agita el orbe entero
En pos de esa deseada libertad,
Sin que pueda el camino, arrebatado,
Mostrar á la obcecada humanidad!

¡Y dejar en el suelo por memoria
El recuerdo fugaz de un ataud,
Con los truncos acentos arrancados
En horas tribuladas al laud!

¡Ay! yo pensé que acaso ablandarían
Las lágrimas vertidas al Señor,
Y que al dar á mis labios sed de canto
Era signo primero de su amor.

Ensueños de ventura tuve entonces
Como los de la esposa juvenil,
Que el deseado hijuelo en sus entrañas
Por la primera vez siente latir.

Mas se apagó en naciendo mi esperanza
Cual en la noche roja exhalación....
Y las hondas ideas de la tumba
De nuevo han inundado la razón.

LA VIRGEN BAÑÁNDOSE.

Non creo las rosas
De la primavera
Sean más fermosas.
Santillana.

Sobre la playa extendida
El mar sus ondas desliza,
Y en la arena movediza
Templa el ímpetu fugaz.

Riela en las verdes aguas
Del sol la luz placentera:
Cruza en tanto la ribera
Doncella de blanca tez.

No es más hermosa en el Cielo
De amor la fúlgida estrella:
No el azahar que descuella
En el florido jardín.

Sueltos los cabellos viene,
Desnudo el pié torneado,
Y el albo cuerpo velado
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas
Templar el ardor de Enero,
Por eso al rayo primero
Dejara el paterno hogar.

Llega á la orilla y se pára,
Que frío el líquido siente;
Córtale luego impaciente
Como veloce alción.

Mirábala yo embebido
Perderse en alegre juego,
Y sobre las aguas luego
Húmedo el cuello mostrar.

— Dichoso el mortal, la dije,
Que amor encuentre en tus ojos;
Disiparás sus enojos,
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata
De un ángel de paz al lado,
Para en su seno arrullado,
Dormir exento de afán:

Beber el hálito suave
Que exhala inocente boca,
Cuando el halago provoca
Con sus palabras de amor:

Mirar el rostro sereno
Contino de la hermosura
Que á ser del hombre ventura,
Predestinada nació:

El porvenir es, sin duda,
Que aguarda, niña hechicera,
A quien la diestra sincera
De virgen esposa dés.

Mas ¡ay! que si á lazos profanos
Sujetas el débil cuello,
Verás cual vano destello,
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga
Por siempre, niña, en el pecho,
Si cae una vez deshecho
Muro que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso
Las seductoras miradas,
Que van en ellas mezcladas
Venturas y perdición.

Así la rosa, que aromas
Esparce en el prado ameno,
Perece si el tierno seno
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta,
Vuelve á tu pobre morada,
Y allí, del mundo olvidada,
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío
La ruborosa violeta,
Y nunca mano indiscreta
La roba al suelo feliz.

JUAN CARLOS GÓMEZ (1)

¿TE ASUSTA MI EXISTENCIA?

¿Te asusta mi existencia, el mar en que navego,
la tempestad continua que asalta mi bajel,
y por mi vida elevas desconsolado ruego,
perdida la esperanza de que me salve en él?...

No temas, tierna amiga; dentro del pecho siento
el corazón más fuerte, más alto que ese mar;
aunque la barca es frágil, la vela ciño al viento
y en el timón batido firme la mano va.

Si el huracán arrecia y aligerar el leño
es fuerza á cada instante para poder bogar,
iré arrojando al piélago, ya una ambición, ya un sueño,
una afección querida, una esperanza más.

(1) El doctor JUAN CARLOS GÓMEZ nació en Montevideo en 1820; él mismo lo ha dicho, «nací en la época de las montoneras y las independencias» Fué un producto genuino de la democracia americana. Eterno peregrino de la libertad, su vida es una larga cadena de desventuras; proscripto desde su juventud, arrastró á través de tierras extrañas sus tristezas y sus sueños, dejando en todos los sitios en que posó la planta, el recuerdo de su melancolía incurable. Era una alma enferma, sufría

Y he de llegar al puerto, he de pisar la orilla,
al templo de la patria he de llevar honor.
¿Qué importa que en la playa deje la rota quilla,
si pongo en sus altares la vela y el timón?

Á.....

No, tu no curas mi mortal tristeza
Aunque sea tu bálsamo el mejor,
Y ángel reclines la gentil cabeza
Sobre la almohada, tú, de mi dolor.

Dame tu calma, dame tu inocencia;
Dame tu bella, inquebrantable fé:
Quítame duda, quítame experiencia,
Quítame, sí, tanto del mal que sé.

Siempre correr, siempre sondar el mundo,
¿No he de saber el fondo de ese mar?
En una inmensidad de lodo inmundo
Suele una perla el marinero hallar.

¡Ay del que nace en tiempos sin bonanza
Y navegando entre borrascas mil,
Forzado á echarle su ancla de esperanza,
La pierde pronto en ese fango vil!

Perla del mar, que en nácar escondida
Otro dichoso en su camino halló,
¡Ah! por qué tanto te busqué en la vida,
Tu precio sé, como ninguno, yo!

Á LA ESPERANZA.

Encantadora maga que del terrestre yermo
Puedes hacer morada de celestial Edén,
Ven á la cabecera del lecho de un enfermo,
Que necesita el bálsamo de tus halagos, ven!

Derrama á manos llenas los dulces embelesos,
Las perspectivas abre de la felicidad,
Mi espíritu adormece con voluptuosos besos,
Vuelve á encender la hoguera de la primera edad.

---

de nostalgias indecibles; llevaba en la frente el sello indeleble de su destino adverso. Era talvez el único que quedaba de aquellos hombres formados al calor de la literatura del año 30, y amamantados en las ideas de la Revolución de 1789. Periodista, tribuno, diputado, ministro, todo lo fué de paso; nunca pudo detenerse á reposar, nuevo Asveherus llevado por fuerza oculta á través de la vida. Fué el poeta más grande de su generación, y nadie le ha aventajado en la intensidad del sentimiento y en la sincera emoción de sus versos. Su romanticismo hondo y subjetivo, dió la pauta á la poesía de su época. Murió en Buenos Aires el 25 de mayo de 1884. La muerte del viejo poeta enlutó el altar de la patria; todos sus hijos fueron á depositar su recuerdo sobre la tumba del romántico proscripto, pero la posteridad ha sido ingrata. Sus restos reposan aún en el extrangero.

Suelta en la blanca espalda la negra cabellera,
Desprende el casto broche del talle seductor.
¡Hechízame!... la vida huye de mí, lijera,
Y de la eterna noche siento el glacial pavor.

Pero la tierna lágrima de la melancolía
Empaña de tus ojos la clara brillantez.
¿Es una despedida? ¿Me anuncias otro día
En que mi umbral no salve tu delicado pié?

Si vas á abandonarme, hurí de la esperanza,
Ven, al partir reclínate sobre mi corazón;
Ven, al sediento labio tu copa de oro alcanza,
Dame tu postrer gota en tu postrer adiós!

Embriaga mis sentidos en un placer supremo,
Inunda el alma en júbilo de un inmortal amor;
Venga la muerte entonces, venga en tu abrazo extremo,
Y de tus brazos, mi hada, caiga en la tumba yo!

DESCONSUELO.

Vas á cruzar el Plata, cuando veas
En el confín azul del horizonte
La cabeza de un monte
Levantarse del mar;
Al rebosar de júbilo tu alma
Ante el nativo suelo,
Juzga si es desconsuelo
Vivir sin patria en emprestado hogar!

Á LA ESPOSA DE MI HERMANO.

¡Adiós hermana, adiós! Tiendo la vela
Otra vez á la mar embravecida;
No deben las tormentas de mi vida,
Azotar las paredes de tu hogar;
Postrado de tristeza y de fatiga,
Quise buscar en la familia asilo;
Y sólo vine de tu hogar tranquilo
A perturbar la sosegada paz!

¡Vuelvo, hermana, á la mar! Dios no lo quiere,
Me niega un día de descanso, un día!
Fuerza es seguir la dolorosa vía,
A mi Calvario con la cruz llegar!
Deja cumplir la voluntad del cielo;
Vuelve á tus hijos y á tu padre anciano
¿Oyes bramar furioso el oceano?
Está impaciente porque tardo ya!

Cierra la puerta de tu hogar que á abrirme
Te apresuraste generosa; cierra....
Ya bendije á tus hijos,... en la tierra
No sé si podré verlos otra vez!

Enséñales á amarme, y mi memoria
Guarde también tu corazón de madre,
Que el mismo seno que nutrió á su padre,
Me dió esta vida que tan triste ves!

EL TIEMPO.

Témate, ¡oh tiempo! viajador amigo,
Quien no tiene memorias, quien no espera.
Apresura tu rápida carrera:
Aunque tú haces morir, yo te bendigo.

Te llevas en cada hora una tristeza,
Traes en cada minuto una esperanza,
A cada nuevo sol, en lontananza,
Una ilusión del porvenir empieza.

Si destroza tu mano bienhechora,
Su destrucción consagra, y en la puerta
De una mansión por el amor desierta,
El serafín de los recuerdos llora.

Tuya es la religión del sentimiento,
Que para siempre el corazón conserva
Una huella de un pié sobre la yerba,
El timbre de una voz hiriendo el viento.

Tuyo es el musgo que á la ruina viste,
La flor nacida en la muralla rota,
La yedra fiel que junto al tronco brota,
El Canto dulce y la sonrisa triste.

La poesía de tu mano asida,
Va por la tierra consolando el duelo,
Hada gentil, que en su misión del cíelo,
Rasga el cendal para vendar la herida.

¡Tiempo amigo del bien! el alma llena
De un paraíso, en sus melancolías
Tu le presentas los soñados días
Del horizonte en la región serena.

¡Padre de la esperanza! con sus galas
Deja un momento que al dolor encante;
El Edén de la vida está delante:
Llévame al porvenir sobre tus alas.

IDA Y VUELTA.

Hija del campo, la luna
Hace en su noche de plata
Vagar las melancolías
Como visiones de nácar;
Al unison de la noche
Templa la dulce guitarra,
Y cántame unas endechas
Que salgan tristes del alma!

Yo pasé aquí, cuando niña,
En estos sitios jugabas,
Lijera como la brísa,
Risueña como la infancia;
La primavera de flores
Todo el camino alfombraba,
Acariciando mi frente
Ebrias de aromas sus auras.

El pobre hogar de mis padres
Dejando solo á la espalda,
Iba á pasear por el mundo
Mis pesadumbres sin causa.

Aquí te encuentro de vuelta,
Cual genio de esta morada,
No ya como antes risueña,
Sí como nunca gallarda;
Y miro tus pensamientos,
En tus inquietas miradas,
Volar hasta el horizonte
De algún suspiro en las alas.
Después de tantos inviernos
Nada ha cambiado aquí, nada,
Verde está el campo, y el Cielo
Como hoy entonces brillaba;
Porqué te encuentro más triste
Y voy más triste á la patría?...
. . . . . .
Hija gentil del desierto
Pulsa la tierna guitarra,
Y en sus cadencias el viento
Lleve el dolor de dos almas.

RUEGA.

(Á MI HERMANA).

Virgen cristiana, póstrate
Ante el altar y llora:
Para tu hermano en lágrimas,
Del corazón implora
Del mártir de los mártires
Resignación y fé.
Una esperanza pídele
Para tu tierna vida,
Bella de santos éxtasis,
Que no lloró perdida
La calma de la infancia,
Ni devoró una sed.

Ayer no más dos éramos
En una simpatía:
El ruego de mi labio
Tu labio repetía,
Y en un acorde unísono
Volaban al Señor.
Después... llegará el término
De la tormenta ruda:
En la plegaria unámonos
Durante nos sacuda,
Como dos gotas de agua
Se unen en una flor.

REMINISCENCIA.

Por qué posó en mis ojos tu mirada
Quemando de pasión en mi agonía?
Por qué si una existencia afortunada
Derramar en tu pecho no debía?

Otra era tu esperanza, tu destino:
Y de alegría y de hermosura llena,
¡ Por qué te plugo oír al peregrino
El monótono canto de su pena !

En vano me rodeaste de caricias:
Empapando mi vida en tu ventura,
Llenabas mi infortunio de delicias,
El vacío de un alma, de dulzura;

Pero de amor, jamás, siempre tu beso
Buscaba palpitante el labio mío;
Siempre la irradiación de tu embeleso
Pudo solo encender mi desvarío.

En pago á tanto bien como me diste,
Por tantas horas de inefable encanto,
Sólo te dejo una memoria triste,
Y me separo de tu amor sin llanto.

Yo amaba otra mujer. El tiempo rudo
Clavó en mi juventud su zarpa airada,
Desgarró el corazón, pero no pudo
La imagen arrancar allí estampada.

Yo amaba otra mujer. Mientras los días
Amontonaban nieve en mi cabeza,
El ángel de las dulces simpatías
Abrigó en las alas su belleza.

Ella es la imagen que flotó indecisa
De bienestar en la primera idea,
En la edad en que el alma una sonrisa
Sobre la entera creación pasea.

Quizás un rayo del vivir lejano
Al pensamiento la alumbró del niño:
Quizás errante al corazón temprano
La trajo el ángel del primer cariño.

En él vivió de la inocencia mía,
En él durmió, velada en mi sosiego,
Hasta mostrarse en mi camino un día
Para mirarla y conocerla luego.

Que aparecióse á mi cariño incierto
Como memoria del Edén sentida,
En las noches de luna del desierto
Y en las blancas auroras de la vida.

Ella fué mi universo: la mañana
Siempre en su dicha me encontró pensando;
Siempre una estrella, misteriosa hermana,
Tuvo en la noche para mi brillando.

Siempre un rayo de luz su frente clara,
Siempre una sombra negra sus cabellos;
Flor nacida en la tierra los manchara....
Sólo la flor del aire enredé en ellos.

Yo ante sus pasos me lancé sin tino
Tras de un albergue á su ilusión propicio,
Yo trepé las montañas sin camino
Por brindarle la flor del precipicio.

Luego por las orillas de los ríos
Encaminamos nuestro paso á solas,
Sus brazos enredados en los míos
Escuchando el silencio de las olas.

Las aguas la espejaban seductora,
Cantaban á sus pies en dulce arrullo,
La besaban el pié como á Señora,
Y su homenaje revelaba orgullo.

¡Ah! la paz de mis dias fué y mi gracia,
Mi fresca linfa, mi verdosa palma;
Sus recuerdos de amor, en la desgracia
Son el rico tesoro de mi alma.

¡Ah! ¿qué me has dado tú, tú que me adoras?
¡Aparta, aparta! que está en mí su imagen;
No dejaré acercar las tentadoras
Ilusiones livianas que la ultrajen.

Ya todo el tiempo arrebató en su huida,
Mi primavera ennubleció serena,
Déjame solo caminar la vida
Rayando un nombre con el pié en la arena.

¿TE OLVIDARÁS DE MÍ?

Un presentimiento me dice
que no le volveré á ver más.
(*Emilia*).

¡Adiós! Y si es por siempre
Adiós por siempre, Emilia!
En este ingrato mundo
Los goces breves son,
Para el viajero errante
Sin patria y sin familia,
Donde abrigar del tiempo
Su pobre corazón.
Envuelto en las tormentas
El pájaro del polo,
Recorre infatigable
La procelosa mar;
Así sobre las ondas
Acongojado y solo,
Sin esperar descanso
Me lleva el huracán.

En tan inquieta vida
Hay sólo una dulzura:
Pensar que á los que amamos
Veremos otra vez;
Y en esa ilusión bella
La copa de amargura,
Ha derramado entera
Presentimiento cruel.
Si es cierto, si está escrito
Que bajo extraño cielo,
Me cubrirá de olvido
Polvo extrangero así;
Privado de las lágrimas
De la amistad en duelo,
¡Ay! tú también, Emilia,
Te olvidarás de mí?

LA LIBERTAD.

I.

En las ardientes horas de juventud temprana
Mi mente entusiasmada soñó la libertad:
Envuelto en mis delirios espero la mañana
Que alumbre al mundo todo de eterna claridad.

Acaso nunca, nunca tan suspirado día
Veré yo pobre niño sobre mi sien lucir!
Acaso nunca, nunca la tierna patria mía
Los sueños realizados verá del porvenir!

¿Será que las pasiones en perdurable lucha
Sus bellas esperanzas en flor agostarán?
¿El Ser Omnipotente mis súplicas no escucha,
O manda fecundante rodar el huracán?...

El giro seguí siempre de tu carrera inquieta
Buscándote en los pueblos, querida libertad;
Y atravesando siglos la mente del poeta
Rasgó de lo pasado la densa oscuridad.

La mano de Dios mismo te colocó en las leyes
Dictadas en la cumbre del alto Sinaí;
Mas cuando en vez de jueces el pueblo pidió reyes,
En vano yo te busco, tú ya no estás allí.

De Marathon los llanos , los campos de Platea
Te vieron esplendente las filas recorrer;
La Grecia se alzó tanto durante la pelea
Que el peso de su nombre no pudo sostener.

Solón dió ciudadanos á la indolente Atenas;
Solón les predicaba los dogmas de igualdad;
Los pueblos sujetaban en tanto á sus cadenas:
Solón no les decía también, humanidad.

Celosa de sí misma fulmina el ostracismo,
La carcel es el premio del hijo de Cimón,
Ministra la cicuta su ciego fanatismo,
Y quedan sin sepulcro los huesos de Foción.

Más lejos, en la orilla del silencioso Eurotas
Esparta en tu ara pone su acero vencedor;
Y gimen entre hierros los míseros Ilotas,
Los campos fecundando con llanto de dolor.

En ese hermoso suelo sembrado de memorias
Corrió de las pasiones sangriento el huracán,
Y en páginas de crimen, escritas con victorias,
La libertad en vano los hombres buscarán.

Allá del ancho Tíber en la desierta orilla
De Bruto te abre paso la punta del puñal;
En su mirada altiva tu fuego santo brilla
Detrás de las señales del duelo paternal.

Alzando la cabeza la poderosa Roma
Doblada bajo el peso de la corona ayer,
Invicta sobre el mundo sua águilas desploma,
Y el mundo entero llora su bárbaro poder.

¡Y libres los romanos audaces se decían
En tanto conquistaban esclavos para sí:
En tanto que los Gracos valientes sucumbían
Bajo el puñal patricio por invocarte allí!

Sentada sobre el mundo, brillante, jigantea,
Ceñida de trofeos, el tiempo avasalló;
Mas Roma sólo es grande durante la pelea,
La libertad sus huellas en Roma no estampó.

De Griegos y Romanos los nombres nos quedaron
Que abulta lo remoto de su existir talvez,
Las sombras de los siglos su nada nos velaron,
Su gloria por el prisma pasó de la niñez.

Oh libertad, en vano mi corazón te implora,
Me esfuerzo en procurarte mis ojos no te ven!
No, que ya miro leda resplandecer tu aurora
Sobre el pajizo techo del mísero Belén.

Jesús para el martirio desde él sale triunfante:
Sellando con su sangre la ley del Sinaí;
Al hombre la presenta diciéndole adelante,
No harás lo que no quieras que hicieran para tí.

Entonces se convierten los hombres en hermanos,
Unidos por el lazo de santa religión:
Entonces el destino descubre sus arcanos,
Y empieza á realizarse mi espléndida ilusión.

Mas vano fué tu brillo, la Europa estaba ciega
Y tu verdad suprema no pudo valorar....
Si el homenage, impía, de adoración te niega,
Preciso es una Patria para nacer buscar.

II.

América desploma sus ríos como mares,
Las cumbres de sus montes se ocultan al mortal,
Sus bosques están llenos de místicos cantares,
Que acaso son los ecos del coro celestial.

América es sin duda la tierra prometida,
América la virgen del universo es....
¡Oh libertad, quién sabe si para darte vida
La mano de Dios mismo no la formó después!

Al fin te he descubierto, ya contemplarte puedo.
La imagen de mis horas ardientes de ilusión.
Te anuncias á los hombres del Sinaí remedo
Con la impotente pompa del fuego del cañón.

De Washington el brazo te clava en las orillas
Que abraza el Misisipí, que besa el Delawar;
Y entonces tan inmensa, con tanto fuego brillas,
Que fuiste en las pirámides tu luz á reflejar.

Colérico sus olas subleva el ancho Plata,
Y el grito que en sus aguas solemne resonó,
De sus floridas playas por la extensión dilata,
Y libres de sus playas naciones levantó!

En vano desplomaba soberbio sobre ellas
Sus bélicas falanges el déspota Español:
Quedaban de sus pasos para marcar las huellas
En el camino nuevo que les mostraba un Sol.

Los hielos de los Andes cayeron á pedazos,
Al reflejar en ellos su celestial pendón:
Naciones al empuje nacieron de sus brazos,
De la más bella gloria dignísimo padrón.

¡Ah! tú también estabas, valiente Patria mía,
Siguiendo ese camino sin nombre, sin pendón,
Tu sable, sin embargo, manchaba todavía
La sangre de los hijos intrépidos de Albión!

Los ecos del desierto tus pasos repitieron,
Tu brazo levantado mostrabas en Maypú,
Los Andes á tus plantas sus moles dividieron,
Y al pié del Chimborazo también estabas tú.

No importa si tu nombre no suena en la victoria,
Bastante en la pelea, bastante se escuchó:
No importa, que las páginas brillantes de tu gloria
Del Sarandí se extienden hasta el Ituzaingó.

III.

Silencio reina solo, tristísimo, profundo,
En la distancia hermosa del mar al Uruguay;
Al triunfo la agonía siguió del moribundo,
Al viva del combate de servidumbre el ay!

No bien el horizonte vaticinó la aurora,
Las nieblas amagaron de su claror el fin,
Y reventó talando los campos destructora
La guerra maldecida, la herencia de Caín.

Monarca advenedizo lanzóse poderoso
Clavando en todas partes su lábaro triunfal;
Yo vengo á dar, decía, felicidad, reposo,
Vuestra miseria cubra mi túnica imperial.

Y revolvió su manto sobre la Patria mía
Que débil y cansada sintió su pesadez....
¡Imbécil, que pensaste que siempre dormiría!
Los pueblos son esclavos durante la niñez.

¡Imbécil, que en herencia con despreciante orgullo
Cual joya de familia legaste una Nación!
¡Imbécil! ¿No sentiste eléctrico el murmullo
Del libre que aprestaba la lanza y el bridón?

¡Pasad horas impías, abortos del destino!
¡Pasad! no vengais ora mi sien á oscurecer.
¡Dejadme el rayo bello que rompe diamantino
Las ominosas nieblas en el Oriente ver!

Dejadme ver del Plata la libertad brotando
Como la diosa antigua, bellísima del mar!
¡Dejadme ver los tronos atónitos rodando
Cuando al poner en tierra su pié, la hizo temblar!

El Plata levantaba sus olas tempestuosas;
En débil navecilla la libertad se vé;
Las preces en silencio la siguen fervorosas,
Camina por las aguas; no se hundirá, que hay fe.

Con víctores el pueblo la aclama en la rivera,
El brillo de los sables á su esplendente luz,
Relámpagos semejan que cruzan en la esfera
De tenebrosa noche, rompiendo su capuz.

Tiranos, detenéos, probad, probad la suerte,
No pretendais cobardes sin batallar huír!
La lucha de los pueblos es una lucha á muerte,
La tiranía impugne no quedará á vivir.

Mirad! es un puñado, como decís, de escoria,
Porque no traen dorados el casco y el corcel:
Las armas de los libres se tiñen con la gloria
En las sangrientas charcas de orillas de laurel.

Del rol de las Naciones el Uruguay se borre:
De vuestro Rey el día celebraréis así;
¡Mirad qué hermoso campo, qué cristalino corre
Para el solaz del triunfo, por él, el Sarandí.

El sol nació... marchaban legiones y legiones,
Con los ensueños ébrias de la victoria ya;
Se vieron, y al combate lanzaron sus bridones....
¡La hechura de tus manos proteje Jehová!

Los libres entre nubes de polvo y de metralla
Peleaban á los gritos de Patria y Libertad;
La música más grande del día de batalla,
Sublime himno de triunfo para la humanidad.

El sol se hundió... sus rayos no hallaron un acero
Donde poder decirles el postrimer adiós,
De la imperial falanje no revolvió un guerrero
Para apartar la lanza que le ostigaba en pos.

Huyeron de su paso dejando por despojos
Recuerdos en lecciones á la posteridad:
No es, no, que sean cobardes... los enervados ojos
A sostener no alcanzan del Sol la claridad.

¡Oh patria! si al amago de nueva tiranía
Sintiese mi entusiasmo, mi fé disminuír,
Presenta de tus hechos á la memoria mía
Tan sólo ese gran paso que diste al porvenir!

Preséntame, ya enjuto de esclavitud el llanto
Tu faz serena y noble delante del poder;
Preséntate triunfante... levantaré mi canto,
Y volverá mi frente de patriotismo á arder!...

Huyeron, mas ya tocan el suelo del Imperio
Sus verdes estandartes refleja Ituzaingó:
¡Tened, tened que es fuerza cumplir el ministerio
Que al brazo de sus hijos la Patria encomendó.

Los reyes y los pueblos volvieron al combate,
La lucha fué espantosa, la sangre la empapó,
Los pueblos la recuerdan con el laud del vate;
Los reyes nunca osaron nombrar Ituzaingó.

Salud hermanos nuestros, guerreros Argentinos,
Que vuestro nombre dísteis en el festín triunfal;
Mi patria lo dió al libro que encierra sus destinos;
La ingratitud no mancha su nombre celestial.

IV.

Doblados bajo el yugo, los ojos en el suelo
Durante la ignominia tuvimos que fijar,
Erguimos ya la frente y altivos en el cielo
Podemos enclavarlos y en su color gozar.

Podemos á los aires confiar nuestro lamento
Cuando el vivir oprima la mano del dolor;
Podemos con los gritos poblarlos del contento
Sin atentar al muelle descanso de un Señor.

Dormir en nuestro lecho, sin que planta profana
Las penas ó placeres sorprenda del hogar;
Dormir, sin el asiduo temor de que mañana
Vendrán de nuestros labios el pan á arrebatar.

Vivir en la ventura, tener una esperanza,
Poder libar un ósculo en la querida faz.
Pasaron, sí, pasaron las horas de venganza,
La sangre derramada santificó la paz.

Hermanos encontramos do vimos enemigos,
Hermanos que invocaron la libertad también,
No fueron impasibles de nuestro bien testigos,
Que hicieron la corona rodar desde una sien....

Mas ¡ay! el horizonte de nuevo se oscurece,
La tempestad sordísona retumba en el confín;
Abrasador el viento laureles aridece,
¿Dónde encontrarlos luego de la contienda al fin?

No sonarán, no, cantos despues de la pelea,
Para el vencido lágrimas, al vencedor cipré;
¡Oh libertad! ante ellos tu pabellón ondea;
Si todos le contemplan unidos los veré!

Le mirarán sin duda, del cielo los colores
El luto deponiendo, por siempre han de vestir,
Y entonces los vestijios que dejen los dolores
La senda habrán marcado del grande porvenir.

Yo sé que vendrá un día para la Patria mía
De paz y de ventura, de gloria y de hermandad;
Lo espero, sí, lo espero, yo sé que vendrá día
Que alumbre todo el mundo de eterna claridad!

Entonces ¡ay! de aquellos que se apellidan reyes!
Coronas y cabezas en trozos saltarán.
Entonces ¡ay! de aquellos que toquen á las leyes,
Escritas en sus cráneos los pueblos las verán!

Te espero, sí, te espero: recién eres la estrella
Do fija la mirada del universo está:
Mañana cuando alumbres omnipotente y bella
Sus alas destructoras el tiempo plegará.

FOR EVER.

Oh! l'amour de cette femme, avec toutes les energies de la force et de la santé, dans tout l'orgueil de la jeunesse et de la vie.... quel rève! et quel vertige!
GOETHE.

La pasión que tú sola me inspiras,
No es como otra fugaz llamarada,
Flor de un día que cae deshojada
De su tallo al más leve vaivén:

Es amor, y de un alma que sabe
Hacer frente al furor de la suerte,
Desafiar al dolor y la muerte,
Provocar al martirio en su fe.

No me culpes, si al labio la copa
Del placer he llevado sediento;
Solo, y triste, y atado á un tormento,
Me aturdía en su loca ebriedad;

Fugitivas dulzuras, pasando
Han dejado tras sí más hastío,
Más sin fe el corazón, más vacío,
Más deseo de amor, más afán.

Sobre flores revuelca su herida
En sus ansias el león del desierto:
Vé la herida que el mundo me ha abierto,
No las flores en que halla solaz.

Tal vez, ¡ay! ponzoñosas la encantan,
Tal vez hacen mortal esa herida,
Ven, arráncalas tú de mi vida,
Con mi sangre bañadas están.

Yo se bien que el amor, para el hombre
En que así la desgracia se ceba,
Es un nuevo martirio, una prueba
Más cruel que las otras aún.

Pero á veces también en la tierra
El Edén prometido se alcanza,
Y jamás apagó la esperanza,
En la noche del alma, su luz.

Recompensa — castigo — ¿qué eres?
Para espiar otra vez el pasado,
O premiar un tormento acabado,
Puso Dios en mi pecho este amor?

¿Qué me guarda en el tiempo? ¿qué encargo
Mi destino confió á tu hermosura?
¿Renovar la agotada tortura?
¿Redimirme de tanto dolor?

BERNARDO P. BERRO (1)

EPÍSTOLA Á DORICIO.

I. PAISAGE.

¡Cuánto vario placer, cuánto recreo
Te espera en este sitio deleitable,
Do es alhagüeño todo lo que veo!

Oye su descripción, aunque no es dable
Hacerla cual merece, porque entiendas
Si el habitar en él es deseable.

Vense á un lado montañas estupendas
De hacinados peñascos, do ferinas
Bestias moran en hórridas viviendas:

Y al otro, unas bellísimas colinas,
Revestidas de flores y verdura
Se extienden por las tierras más vecinas.

Por entre estas y aquellas su agua pura
En sesgo curso Casupá derrama,
Llenando sus riberas de frescura;

Que ya la alfombra de tejida grama,
Ya el bosque ostentan, cuyo toldo espeso
Jamás penetra la febea llama.

No aquí del arte el monótono exceso
Sus simétricas calles manifiesta,
De natura estragando el embeleso.

De diferentes árboles compuesta,
Los varios grupos desigual levanta
En hermoso desorden la floresta.

El grueso lauro de soberbia planta,
El duro *Molle,* el *Canelón* frondoso,
La excelsa Palma que la vista encanta,

(1) La poesía fué lo accidental en la vida de Don BERNARDO PRUDENCIO BERRO, al extremo que muchos ignoran que el ilustre Presidente del año 1860, dedicara los ocios que le dejaba su agitada vida al cultivo de las letras. Sin embargo, su *Epístola á Doricio*, por el sabor clásico, es una de las piezas de la poesía nacional, que posee más carácter. Nació en Montevideo á fines del siglo XVIII ó principios del pasado. Dos veces ministro, senador y Presidente de la República, la entrada del general Flores en Montevideo, lo alejó del escenario político hasta 1868 en que aparece al frente de una revolución que es dominada al mismo día de estallar. Tomado prisionero en las calles de la ciudad, jamás se supo de su destino, por más que se supone que ese mismo día 19 de Febrero, fué fusilado. La personalidad de don Bernardo Berro, respetada por amigos y adversarios, tiene rasgos que pueden presentarse como ejemplo de abnegación y de civismo.

Enlazados en vínculo amistoso
Mezclan sus capas, cobijando el suelo
Húmedo con sombrío delicioso.

Aquí mil avecillas sin recelo
De flecha ó lazo ó escopeta fiera
Cruzan de rama en rama el libre vuelo.

Aquí gime la tórtola arrullera,
Aquí sus tonos la calandria agita,
Aquí canta la dulce ratonera;

Música suave que en el alma excita
Plácido desvariar, y blandamente
A leves sueños alhagüeña invita.

Ni menos embeleso halla la mente
En la alta loma y el florido prado,
Y en el cerro riscoso y eminente.

Por éste con ligero pié el venado
Trepa, llevando en su gentil cabeza
El ganchoso cornaje enarbolado;

Y en aquellos do Flora su riqueza
Entre el verde tapiz vario y hermoso
Derramara con pródiga largueza;

El hato mugidor, el perezoso
Paso mueve, paciendo la crecida
Yerba con diente rígido y goloso.

¡Cuán sencilla, cuán bella, cuán lucida
Se muestra aquí natura, no viciada
Por la mano del hombre corrompida!

Con qué gusto la vista embelesada
Aquel vigor contempla primitivo,
Aquella majestad simple, elevada,

Que el querer del Señor potente, activo,
La dió cuando sacó el terráqueo mundo
Del caos ciego, inerte, improductivo!

La misma soledad muda, el profundo
Silencio deste bosque son muy cierto
Del dulce imaginar gérmen fecundo.

Puro, claro, sereno, descubierto,
Siempre el cielo se mira noche y día,
Espléndida techumbre del desierto:

Y un blandísimo céfiro á porfía
Do quier lleva en sus alas vagarosas
Más suave aroma que el que Arabia cría.

En suma estas campiñas deliciosas,
Este monte, esta selva, estas riveras
Si bien no conocidas ni famosas;

No ceden en belleza á las primeras,
Que la fama celebra de la ardiente
A las frígidas zonas postrimeras.

II. VIDA CAMPESTRE.

Excursiones á caballo — Caza á bola: el avestruz, el venado — Lucha de toros — Comida — La siesta.

No habrá vida á la nuestra comparable,
A gozar dedicados solamente
Y ejecutar no más que lo agradable.

Una serie continua y permanente
De gustos, diversiones y recreos,
Llenarán nuestras horas dulcemente.

Desde que Oriente asome los febeos
Rayos, hasta que Diana su carrera
Nocturna siga en pálidos arreos;

Satisfechos y alegres, de manera
El tiempo emplearemos que un instante
No habremos de disgusto tan siquiera.

Si hubiera de decirte lo bastante
Esta vida feliz, materia habría
Para henchir sendos pliegos abundante:

Mas aunque temo que la carta mía
Te pueda fastidiar daréte dello
Una noticia breve todavía.

No bien asome el cándido destello
De la risueña aurora, el lecho blando
Dejaremos por ver su rostro bello.

Y cuando ya las sombras disipando
Claro se muestre Febo, mil gustosos
Ejercicios iremos repasando.

Unas veces subiendo en los briosos
Cuanto dóciles brutos de Neptuno,
De pasear la comarca deseosos,

Después del abundante desayuno,
Correremos en curso descansado
Los sitios más amenos de uno en uno.

Y otras á guisa de escuadrón formado
Con la cuadrilla de campestre gente,
Diestra en la equitación en sumo grado;

Iremos á la caza alegremente,
Ya del ave sin par en la corrida,
Ya del venado de cornuda frente.

¡Oh! cuál place á la vista embebecida
Mirar tras la primera á darle alcance
Los ginetes correr á toda brida!

Ella azorada en tan amargo trance,
Huye veloz haciendo varios giros,
Con que se libra de uuo y otro lance:

Hasta que al cabo siente entre suspiros,
Prender sus alas con correa fuerte
De triples bolas los certeros tiros:

Y presa sin remedio de esta suerte
Entre rústica burla y algazara,
Maniatada recibe pronta muerte.

Que es ver también el otro cual dispara
En rápida carrera sin aliento
Huyendo por guardar su vida cara!

Mas á la postre frústrase su intento;
Pues por común industria, en estos casos,
De los que van á tal divertimiento,

Tómanle en derredor todos los pasos,
Y así por todas partes perseguido,
Cada vez en espacios más escasos;

Por último en un cerco reducido
Sin poder escapar, luego perece
De los crueles canes mal herido.

Ni menor diversión que esta que ofrece
Motivo al alma de placer tan grato,
Y al enervado cuerpo fortalece,

Hallaremos en ver, en medio al hato
Bramar celoso el toro, combatiendo
Con la enastada frente largo rato.

Mientras que de otra parte se estén viendo
Los lindos ternerillos retozones,
Ya en diversas parejas ir corriendo;

Ya los cándidos jugos á tirones,
Néctar almo, extraer con diestra boca
De los maternos fértiles pezones.

Así de la mañana no muy poca,
Parte se irá, hasta el punto en que ya abrasa,
Y á tomar sombra y fresco el sol provoca.

Vueltos entonce á nuestra humilde casa,
Do la sencilla mesa nos presenta
Comida simple y sana aunque no escasa,

Mataremos el hambre, no violenta
Ni débil, sino aquella suficiente
Que con sobrios manjares se contenta.

La pura linfa de una clara fuente,
Y algún sorbo talvez del generoso
Serán nuestra bebida comunmente:

Y esto nos placerá más que el suntuoso
Cortesano festín, que tanto cuesta,
Perdición del magnate poderoso.

Al tiempo en que el calor ya no molesta,
Después de haber dormido un breve sueño
En las estivas horas de la siesta,

Tornaremos de nuevo con empeño
Al oficio de andar sólo en procura
De lo que es dulce al alma y halagüeño.

III. CAZA CON ESCOPETA.

Las perdices — Las cotorras — La pesca.

De la perdiz sencilla mal segura
Darános gran placer la fácil caza
Y aquella del chorlito en la llanura.

Las negras pavas de silvestre raza
Tampoco escaparán á nuestro anhelo,
Ni tú, tortola triste, ó tú, torcaza.

En vano el anzar doblará su vuelo
Girando en torno á la fatal laguna;
El plomo matador traerálo al suelo.

Ni á ti, social cotorra, tu importuna
Desagradable voz podrá librarte;
Que tendrás como aquél igual fortuna.

Ni á ti menos, sabrosa sin el arte
Preciada becasina, anunciadora
De la cercana lluvia en toda parte.

En suma de esta gente voladora
Ha de ser lo mejor blanco inerrable
De nuestra carabina acertadora.

La pesca descansada y agradable,
Del imaginativo pensamiento,
Callada compañera inseparable.

La pesca en fin filósofa, fomento
Al hondo meditar también serános
De igual, sino mayor divertimiento.

¡Oh qué gusto será mirar ufanos
Colgando el pez de la flexible caña,
Haciendo por soltarse esfuerzos vanos!

No te libertará de nuestra maña
Ni el bosque marginal del arroyuelo,
Ni su tupida juncia y espadaña;

Que al dulce cebo de falaz anzuelo,
De sus húmedas cuevas atraido
Vendrá al fatal engaño sin recelo.

Ya ves si son de precio bien subido
Los gustos de que hacerte referencia
En tan breves razones he querido:

Pues otros hay aún cuya excelencia
No cede á la de aquellos anteriores,
Según me lo acredita la experiencia.

A explicártelos voy de mil amores
Para que veas tú por lo que siento,
Si son, como te digo, superiores.

IV. CASUPÁ.

La tarde — Puesta del Sol.

No lejos del humilde nacimiento
Deste río, una altura que domina
A toda la comarca, tiene asiento.

A ella con frecuencia se encamina
Mi planta vagarosa y esforzada,
Cuando el sol á su ocaso se avecina.

Y allí desde su cumbre de do nada
A la vista se oculta, deleitado
Admiro la campiña dilatada.

Aquí el río con curso sosegado,
En estrechas orillas recogido,
Serpea alegre por el verde prado.

Allá el bosque sombroso y escondido,
De negra oscuridad el valle baña,
Por eminentes cerros circuído.

Más allá una magnífica montaña
Eleva hasta el Olimpo su alta cima,
Y á las etéreas nubes acompaña.

Aun más allá, muy lejos, do se estima
Por la engañada vista que á la tierra
La bóveda del cielo se aproxima,

Se vé de excelsos montes una sierra,
Que parece la armada fabulosa
De Titanes marchando á la impía guerra.

Aumentan esta magia deliciosa
Los diversos vivientes que al reposo
Dirígense al venir la noche umbrosa.

Cual hendiendo los aires presuroso
Bate las leves alas procurando,
El bosque retirado y silencioso:

Cual los pesados pasos estirando
Camina do le ordena la costumbre,
O de rústica voz el bronco mando.

Y cual el dócil bruto á la techumbre,
Pajiza casa, galopando guía,
Lo que vé ya en su hogar brillar la lumbre.

Pues si de estos objetos se desvía,
Y se encumbra á la parte de Occidente
Goza encanto mayor la vista mía.

Del claro día el luminar fulgente
Tras los últimos montes escondido,
El horizonte tiñe en rojo ardiente.

Sobre el cual leves nubes de lucido
Oro bordadas, trazan mil informes
Figuras varias con pincel fingido.

Ves allí en confusión montes enormes,
Hondas cimas, peñascos herizados,
Descomunales moles disconformes.

Encima de aquel pico, al aire alzados
Los colosales miembros, un gigante
Semeja el Genio, rey de los collados.

En aquella otra punta que distante
Sale á un lado, un anciano venerable
Tiende su larga barba hácia adelante.

A otra parte un castíllo inespugnable;
A otra miro soberbios torreones;
A otra ruinas de fábrica espantable.

Tan bellas, tan magníficas visiones
Exaltando mi ardiente fantasía,
La entregan á sublimes ilusiones;

Y en ellas abismada todavía
Está cuando su manto tenebroso
Tiende la noche pavorosa umbría.

A veces también suelo vagaroso
Internarme del bosque en la espesura,
Al calor vespertino molestoso.

V. LA GRUTA — CONTEMPLACIÓN.

Un peñón circundado hasta el altura
De hojosas ramas, forma en sus entrañas
Una gruta de rara arquitectura;

No habitada de fieras alimañas,
Dulce reposo y dulce fresco ofrece
Con sus bellas alcobas cuanto entrañas.

Allí al ruido del céfiro que mece
Los circunstantes árboles sombríos,
Mi cuerpo poco á poco se adormece;

Y al fin vencidos los sentidos míos,
Fugaces sueños la adormida mente
Halagan en risueños desvaríos.

Tal vez donde bullendo la corriente
Mansamente murmura, luego acudo;
Lugar do reina siempre un fresco ambiente:

Y á la sombra de un ceibo alto y copudo,
Que cerca de ella se halla, me recuesto
Sobre el césped suavísimo menudo.

Un airecillo entonce en vuelo presto,
Triscando entre las hojas susurrante
Baña en grato frescor aqueste puesto:

En tanto que con voz dulcisonante
Modulan en mil quiebros y trinados
Los pájaros su música brillante.

Callan luego los sones acordados;
El aura apena espira desmayada;
El susurro disípase por grados;

Natura toda en calma reposada,
Y en un hondo silencio mudo y quieto,
Yace lánguidamente sepultada.

Empapada mi alma en un completo
Estado de placer indefinible,
Vagamente se espacia sin objeto.

Suben después al ánimo sensible
De tropel las ideas agolpadas,
Una emoción causándole indecible.

Blandas, afectuosas y elevadas,
Le tienen en continuo movimiento
Del no muy breve rato apoderadas.

Hierve entonces mi pecho al sentimiento
Interno, cual venero de ternura
Y amores, derramado de su asiento.

¡Oh amor universal, caridad pura,
Dulce afecto que siente la inocencia
Para con el Creador y la criatura!

¡Divina celestial benevolencia,
Que el tierno corazon del hombre justo
Inflamas poderosa sin violencia;

Tú aquí del bosque en el silencio augusto
Siempre en mi seno dominar supiste,
Causando en él inexplicable gusto;

Siempre á la compasión que en mí encendiste
Blanda y suavemente conmovido,
Lágrimas dulces derramar me hiciste!

Y así también entonces sometido
A tu influjo potente, se conmueve
La tierna exaltación de mi sentido.

Do quier la mente enardecida lleve
Allí objetos de amor tan sólo mira,
Tan sólo amor sin fin allí la mueve.

. . . . . .

MELCHOR PACHECO Y OBES (1)

EL CEMENTERIO DE ALEGRETE.

EN LA NOCHE.

Los que en las dichas de la vida ufanos
Correis jugando su azarosa senda,
Ceñidos de fortuna con la venda,
Que os muestra eternos sus favores vanos.

Los que de risas y ventura llenos,
Orlada en flores la altanera frente,
Cruzais por esa rápida corriente
Que en barca de dolor surcan los buenos.

(1) El coronel MELCHOR PACHECO Y OBES, nació en Buenos Aires el 20 de Enero de 1809. Fué una personalidad hecha de violentos contrastes, un alma dual ya iluminada por un relámpago de genio, ya presa de pasiones bravías; ya arrastrada por uno de esos arranques que hacían de nuestros abuelos verdaderos héroes, ya inquieta

Los que libais en la nectárea copa
De los placeres sus delicias suaves,
Como los trinos de dorades aves,
Como los besos de una linda boca:

Volved la espalda á la suntuosa sala,
De orgullo y oro y corrupción vestida,
Venid á este salón á que os convida
La muerte ornada de su eterna gala.

Venid á este salón á cuya puerta
Malgrado tocaréis en algún día;
Aquí de los vapores de la orgía
Vuestra alma libre se verá despierta

Y es bueno conocer una posada
A que hemos de llegar precisamente,
Ya se marche en carroza refulgente,
Ya arrastrando entre zarzas la pisada.

Y es útil levantar esas cortinas
Que la heredad envuelven más preciosa,
Y del que planta solamente rosa,
Y del que coje solamente espinas!

Y es justo contemplar lo que nos queda
De todos los regalos que da el mundo,
A los que estamos en dolor profundo
Y á los que ensalza la voluble rueda.

¡Oh! no tardeis los favoritos de ella!
Lujo hay también en el palacio helado;
Cada astro le es un artéson plateado,
Cada horizonte una columna bella.

Allí está el leño redentor del hombre,
Trono de un Dios y de su sangre lleno;
Y de esas tumbas en el yerto seno,
Hay riqueza y poder, beldad y nombre.

Todo es sublime como el Dios de todo,
Y de su lampo la verdad os alumbra,
La eternidad en pompa se columbra
Salve humana soberbia que ya es lodo.

---

y llena de duda, vacilante ante el porvenir. La psicología de este personaje es compleja. Nacido en plena revolución, su alma se modeló en las ideas y los sentimientos que agitaron á los hombres del año 10. La literatura romántica, concluyó de formar su espíritu y le lanzó en plena crisis á la vida pública, á donde llevó sus sueños girondinos. Fué uno de los tantos enfermos de lirismo. A la manera de Juan Carlos Gómez que hizo de su vida un poema, él hizo de la suya una epopeya. Poseía la frase fulgurante y gráfica de los convencionales del 89 y sabía dominar las muchedumbres con la actitud dantoniana y la palabra tonante y llena de fuego de Robespierre. Pudo ser un hombre sublime, porque tenía la inconsciencia que es la primera virtud del héroe. Amaba el peligro; era un pájaro de tempestad; así como el albatros que vive en las tormentas, él también para su vida tenía necesidad de la lucha. Sus proclamas y sus discursos parecen desprendidos de la tempestad de las asambleas revolucionarias. Tuvo frases como esta, que bien pudo recordar á un orador del 89: « no traigo aquí sinó un sentimiento: la ira; un pensamiento: la venganza; una esperanza: la liberdad ». Sér nacido para la batalla, cuando esta le faltó murió de nostalgia como el águila salvaje robada á la libertad de sus montañas. El poeta, fué lo accidental en él. Sus versos, expresan sus íntimos pesares, ó las ideas melancólicas de un espíritu cansado de la lucha. Murió en Buenos Aires, el 21 de Mayo de 1851.

Lodo y no más dichosos de la tierra
Seremos y sereis! ¿Es un consuelo
Que nos permite compasivo el cielo,
A los que el templo de fortuna cierra?

Sí, que en dolor el alma desgarrada
Al reino de la muerte nos llegamos,
Y en su espejo infalible divisamos,
Que gloria, pena, dichas, todo es nada!

Sí, que en este lugar se os vé temblando
Palidecer entre congoja y miedo,
Y del manto del tiempo, el viejo ruedo
Con mano desperada asegurando.

Quisiérais detenerle en su carrera
Que os arrastra tranquila y magestuosa,
Y al batir de su pié se abre la fosa
Que inevitable al término os espera!

Y si de regia pompa precedido
Llega á esa puerta el ataud fastuoso;
Es que el mundo que os fué tan engañoso,
Os arroja de sí con gran ruido.

Y si se abre altanero en el momento
Para albergar vuestro despojo helado,
De la humanal prudencia es un legado
Que á la soberbia manda el escarmiento.

Y si preces sin fin se oyen en coro
A la fúlgida luz de mil hachones;
Es remedar sin fe las oraciones,
Para pedir á vuestras arcas oro.

¿Lo dudais? Preguntad al prócer fiero
Que entre mármol y bronce allí reposa,
Al Creso que recubre aquella fosa,
Al bravo che aquí duerme con su acero.

A dónde está el poder, dónde la gloria
Que en tanto de la tierra era preciada;
Dó la opulencia que brilló envidiada;
A dónde el himno audaz de la victoria?

Todo pasó cual humo disipado,
¡Todo pasó! pero quedó el ólvido,
Y ¿en la tumba infeliz del que ha sufrido
Un instante ese bien habrá faltado?

Ahora... volved á vuestro mundo hermoso
Y en medio del festín y sus cantares,
Incensad de fortuna los altares,
Envueltos en su brillo esplendoroso.

Adormecéos en sitial dorado
De la lisonja al embriagante acento:
« Caigan virtud y honor para el contento
De quien en noble cetro está apoyado ».

Hollad al débil si piedad os pide,
Y el mísero que gima en vuestra sala,
No le deis ni aún la sobra de la gala,
Que donde quiera vuestra planta mide.

Alzad la espada sanguinosa y fuerte,
Que doma al pueblo esclavitud sembrando,
Y de las leyes el altar pisando
Poblad la tierra de orfandad y muerte!

Que yo, sobre las tumbas recostado,
De vuestras dichas y poder me río;
En la justicia del Señor confío,
Que sólo el que la ofende es desgraciado.

¡ADIÓS!

Desprende el ancla el bergantín velero,
Vuelve la espalda á la ciudad querida,
Y tranquilo contempla el marinero
La blanca vela del noroeste henchida.

Sobre las olas del inmenso Plata
Osado cruge la espumante prora;
Ay! del que en brazos de fortuna ingrata
Vé de su patria la postrer aurora!

En el mastíl un pabellón ondea,
Y el desterrado con dolor le mira!
No es el de nueve fajas que flamea,
Amor del libre y del tirano ira!

Cautivo va sobre extrangera nave
A demandar al extranjero « *tierra* »
Dios á la patria de la mancha lave!
Le dé victoria en su gloriosa guerra!

El alma siente estremecer de pena,
Que el llanto embarga su doliente voz;
El hado injusto contempló serena;
La abate sólo el angustiado adiós!

***

Adiós te doy, augusta patria mía;
El te abra inmenso, bello porvenir...
La triste vida, en la feral porfía,
Perdóname si en vano te ofrecí!

¡Adiós! ¡Adiós! suelo querido, en donde
Sentí de amor el inmortal poder;
Donde reside la divina hermosa,
Que las hermosas á sus plantas vé.

Mi labio quiere recorrer tu arena,
Que allí ella posa su pulido pié,
Y luego nace la violeta suave,
Para besarle y hermosearse en él.

Mis brazos quieren estrecharte, suelo,
Porque ella vive y se reposa en tí:
Concha sin precio de tan rica perla,
El cielo te haga sin cesar feliz!

Decirte ¡adiós! es apartarme de ella,
De ella... el imán, el norte de mi sér:
La armonía dulcísima de mi alma,
La ilusión más dorada que formé!

¡Guardamelá! como el umbroso bosque
En medio al día guardará el frescor;
Como el pimpollo de la rosa pura
Guarda cuidoso su fragante olor.

¡Guardamelá! sobre sus ojos bellos
Jamás un grano de tu polvo dé;
Ni toque el cierzo de tu crudo invierno
A los claveles de su fresca tez!

Ante ella brille en esplendor tu cielo,
Y entre celages de oro apaga el sol,
Para que corran sus sereños días
Y el trueno no le asuste el corazón!

Para admirarla en regalados sueños,
Abre el tesoro de tus ricas galas,
Y el lindo picaflor sobre su frente
Para darle frescor bata sus alas.

Envíale tus brisas perfumadas
En deliciosa esencia de azahar,
Y de su boca en la carmínea taza
El almíbar pon que á tus manzanas das.

Guardamelá! como la tierna madre
Al primer fruto de su casto amor,
Como ella guarda en su alma delicada
Blandas ideas, celestial candor.

El viajador se acercará á tu orilla
A los impulsos de su dulce fama:
Que en vano esconde su fragancia y nieve
La flor del aire sobre la alta rama.

Irá el poeta y el pintor altivo
Que de inmortales obtendrán el lema,
De ignotos climas á admirar su encanto
Y á pretenderla por hermoso tema

¡Guardamelá! como el avaro ansioso
Guarda y esconde su mejor tesoro,
Como el Brasil sus esmeraldas ricas,
Como en mi pecho su beldad que adoro.

¡Guardamelá! sobre su nívea frente
Jamás asome inquietador cuidado:
Dále ilusiones como el cielo hermosas,
Que de ella sean sin igual traslado!

En ara pura de esplendor velada,
Guardamelá con amoroso afán!
En derredor tus tórtolas entonen
Cantos de amor en nidos de arrayán.

¡Yo te lo pido en lágrimas bañado!
¿Será que en vano gemirá el dolor?
Levantaré los ojos á otro mundo,
Y lo que á tí, demandaré á mi Dios.

A Dios, que la ama como su obra hermosa,
Que quiso en ella su poder probar;
Y la formó más bella que los seres
Que entre las nubes de su gloria están.

¡Ay de mí! que por eso la amo en vano!
No es para un paria tanta perfección!...
¿Qué importa? siempre reinará en mi pecho,
Que gime penas al decirle ¡adiós!

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES (1)

¿SE FUÉ?

Al Cantor de la « *Leyenda Patria* » en la muerte de su esposa Elvira Blanco de Zorrilla de San Martín.

Cerró sus negros ojos, y mas bella
En el lecho quedó como dormida...

Cruzó el aire una forma vagarosa
Que una estela de luz tras sí dejaba...

— ¡Elvira! ¡Elvira! ¿á dónde vas?... ¿A dónde?
En silencio gimiendo preguntaba
Tu corazón ansioso, y como herido
De un vértigo febril al ver que ella
A tu sordo llamado no responde,
Los brazos tiendes y el vacío abrazas!...

Un ¡ay! desgarrador, indescriptible,
Se escapa de tu pecho,
Y sollozando el Plata,
Que siente á tu dolor su cauce estrecho,
Lo lleva al Uruguay entre sus ondas.

(1) El nombre del doctor ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES, ha llenado cincuenta años de nuestra historia literaria. Durante ese lapso de tiempo su fecondidad extraordinaria prodigó con mano generosa las concepciones de su talento robusto. Nació en Montevideo el 3 de Octobre de 1825. En España, donde intimó con Cánova del Castillo, Sarra, José Zorrilla, Castelar y otros, inició su carrera literaria, escribiendo prosa y verso y colaborando en periódicos de la península. Luego se estableció en París, donde fundó *La Revista de ambos mundos*. En 1855 regresó á la patria donde ya habían tenido eco sus obras, y desde entonces su influencia sobre el medio ambiente fué decisiva. Hasta su muerte produjo sin cesar, siendo una suerte de maestro al que los jóvenes iniciados rendían culto entusiasta. Fué ministro, senador y profesor de derecho internacional. Sus obras principales son: « *Celiar* », *Caramurú, Violetas y Ortigas, Palmas y Ombúes, Veladas de invierno*, etc. Poco antes de su fallecimiento ocurrido en 1893, se lanzó la idea de coronarlo como á Zorilla, consagrándolo como el gran bardo nacional, pero él se opuso tenazmente. Sus poesías empapadas en el sentimiento romántico de la época, sobresalen por su corrección elegante y en general están inspiradas en hondos pensamientos filosóficos.

El alma de la patria se dilata
Y llega hasta tu hogar enlutecido
Torva nube que en lágrimas revienta;
Cual de eléctrica chispa al estallido,
En noche de tormenta,
La bóveda sombría se entreabre
Despeñada en inmensa catarata.

Al abrazar á tu angustiado padre,
Vuela á unirse á la tuya el alma mía:
En mis brazos te estrecho,
Y aquí sobre mi pecho
Reclino dulcemente tu cabeza
Para que escuches íntimas sus notas,
Y ellas te digan, infeliz amigo,
Lo que el laud talvez no acertaría;
Que yo amo y aborrezco con el alma;
No sé llorar á gotas,
Ni querer con medida ni tibieza...

Solícita á mi ruego
Acude aquella Musa
Que á tu heroica *Leyenda* dió su fuego
Su estro divino y épica armonía;
Y en tu inspirada frente
Que iluminan geniales resplandores,
Pone el beso inmortal que da á sus Bardos
La virgen uruguaya Poesía,
Cuando el pueblo los alza vencedores,
Coronados de palmas y de flores.
Mas de la gloria al beso lisongero,
¿Qué corazón, poeta, no prefiere
Aquel místico beso postrimero
Que sin llegar al labio nace y muere?

Al apagarse plácido y sereno
El dulce rayo de tus bellos ojos,
Al sentir que la muerte entrecortaba
El *Adiós* que en sus labios trepidaba;
Como una llama que al morir se enciende,
Estrechando la mano del esposo,
Enternecida contempló la cuna
Do el pequeñuelo infante,
Ultima prenda del regazo amante,
Sus manecillas trémulas le tiende
Y al beso maternal tierno provoca,
Aún húmeda la boca
Con el lácteo licor del puro seno.

¡Casta unión del amor y de la gloria
Con la virtud, el genio y la belleza,
Rosas entretejidas con laureles,
Derramad los perfumes que atesora
Vuestra urna de nácar y joyeles!

Alejandro gentil, grave María,
Juan Carlos decidor, Gerardo humilde
Cariñosa Elvirita, almo destello,
Frutos de bendición, santas delicias,
De la nívea, aromada

Diamela en flor tronchada;
Nido de amor, oasis de frescura,
Que de la vida en el mortal combate
Dió sombra, inspiración, paz y ventura
Al luchador y al vate;
Al genitor que ahora
Por gracia singular sumiso vierte
Lágrimas dulces al llorarla muerta!
Ceñid vuestros bracitos á su cuello,
Colmadle de caricias,
Y vuestros infantiles regocijos,
Gratos recuerdos en su mente evoquen,
De la época dichosa
En que *Ella* vuestros juegos presidía.

Aunque sangre la herida siempre abierta,
Resignado verá que si la muerte
Robarle pudo el cuerpo, entera el alma
De la adorada madre de sus hijos,
En vosotros palpita y se despierta!

Sombras de Artigas, Lavalleja, Blanco,
Héroes de la Agraciada y la Florida,
Puñados de titanes cuya historia
Es de la Patria perennal grandeza;
Llora vuestro cantor... en su cabeza
Verted el soplo que al bajar del cielo
Templa los corazones en el suelo
Para luchar, sin tregua, heroicamente,
Contra el mal victorioso
Que se alza prepotente:
Y dadle vuestro aliento y fortaleza!

Arrullad su dolor en el destierro,
De su mente rasgad la opaca bruma,
Al contemplar las ruinas y extravíos
Que en la tierra Oriental ha amontonado
El destino infeliz que nos abruma;
Angel de los Charrúas, indomable
Tabaré, que salvando á tu española
Caes al tocar la meta,
El generoso pecho atravesado
Por golpe fementido,
Como sucumbe á veces el más bueno
En este mundo falso,
Traidoramente herido
Por la oculta y cobarde, ruin saeta
De la calumnia, el odio ó el veneno,
El puñal, el exilio ó el cadalso!
¡Ah! bien lo sabes tú, valiente atleta:
Cárcel de prueba el mundo en que vivimos,
Donde eternos del mal arden los focos,
Nuestra mísera estirpe, aún redimida,
(— ¡Arcano impenetrable!)
Entregada parece al desenfreno
De bandidos, de histriones y de locos!

Cual tentador demonio, negra duda
En hora abominable asalta fiera
La soberbia razón del hombre vano;

Mas la blasfemia en la garganta anuda
La humildad resignada del cristiano.

¿Es verdad ó ilusión?... ¿Somos juguete
De un poder infernal?... Oh... no... es mentira.
Vela tu providencia, Hacedor mío,
Y cada sol que en los espacios gira
Alumbra cada día, vengadora,
En el *Rancho* á la par del *Palacete*,
Del fallo divinal severa y justa
La suprema sanción: tu ley augusta!

Instrumentos no más son en tus manos
El desorden, el crimen,
La muerte, y el dolor, y los tiranos:
Esfinge aterradora,
Aguijón que al deber nos llama austero,
Fantasma que nos hiere y desparece,
En la vida inmortal de las naciones
Ellos pasan malditos, cual la mancha
Que refleja un *carancho* en un gran río,
Y su triunfo y poder se desvanece
Como espuma que hierve en el vacío.
Blasfeme como quiera algún sectario
De la ciega, letal filosofía
Que confunde el abismo con la cumbre,
Mientras radiosa alumbre
La Cruz del Redentor nuestro Calvario;
Mientras lleven su ofrenda á los altares
De la fe, la virtud, y el patriotismo,
El apóstol, las vírgenes, los mártires,
Faro y columna de la grey mundana;
Mientras el llanto que encendido brota
Vierta en el corazón fecundo riego;
Mientras cada ilusión nos brinde mágica
En encantada copa su ambrosía,
En cáliz ideal fragancia ignota,
Y fascinante estrella,
Más allá del sepulcro, la esperanza,
Reanime el polvo de la tumba fría;
Iluminando la conciencia humana
Eterna vivirá la Poesía!

¿Cómo dicen entonces que se ha ido,
Si dentro de tu sér y el de tus hijos
Cual numen protector vive tu Elvira?

. . . . . .

Tal vez su blanca mano
Tocó al pasar las cuerdas de mi lira,
Y es este humilde canto
El rumor apagado de su huella...
Yo abracé á sus dos padres... y mi ruego
En férvida oración subió á la altura,
Por tí, por vuestros ángeles, por *Ella*,
Amantísima esposa, digna madre,
Celeste criatura,
Modelo de piedad y de ternura!

Segundo Medallón

LO QUE SINTIÓ MI ALMA AL DIVISAR LAS COSTAS URUGUAYAS VOLVIENDO DE EUROPA.

Al fin te ven mis ojos; oh dulce patria mía!
Delirio de mis sueños, imán de mi deseo;
Al fin tras nueve años, al fin Montevideo,
Puedo aspirar tus brisas, llorando de alegría,
Llorando de alegría, que al fin tus playas veo!

Recuerdos candorosos de la apacible infancia,
Primicias de la Musa que me abrazó hechicera,
Ardientes emociones de la pasión primera,
Verted en torno mío la virginal fragancia
Que exhala el puro cielo de mi oriental ribera!

¡Cuán leve y grata el aura! Cuán bello el sol anega
Las rocas orientales con fúlgidos reflejos!
Desnuda y tan hermosa como la Venus griega,
Saliendo de las ondas, la tierra de amor ciega:
¡Cuál sus amantes brazos me tiende desde lejos!

Dejádme que la mire, y solo, en la ancha popa,
Las fibras de mi pecho sentir una por una
Vibrando cual ramaje que agita inmensa copa,
Contar al manso viento que me arrulló en la cuna,
Por qué á mi dulce patria nunca olvidé en Europa.

Porque yo codiciaba gloria, renombre, fama,
Porque con sed no exhausta, la noche como el día,
Al genio y á la ciencia su inspiración pedía;
Porque mi cabellera quemó la interna llama,
Y anubla mi sien pálida febril melancolía.

Lo sabes tú, y me hablas con tu murmullo ¡oh Plata!
Que mi alma de poeta comprende y adivina;
Y mustia ya, á tu acento, revive y se dilata
La flor de mi esperanza, magnífica, divina,
Como la azul esfera que tu cristal retrata.

Mas ay! que contemplando tus aguas, de repente
No sé qué negra nube cubrió su faz tranquila;
Una ardorosa lágrima cayó de mi pupila....
Ideas encontradas reluchan en mi frente,
Y entre el placer y el llanto mi corazón vacila.

Tus hijos, patria mía, libre, opulenta, hermosa,
En una región nacen que á todos causa envidia.
¡Podía su existencia correr tan venturosa!
Pero ellos ¡ay! uncidos á su cadena odiosa
Verdugos son ó mártires, en cruel y eterna lidia.

Opresos ú opresores, mas nunca ciudadanos
De su deber esclavos, modelos de civismo;
Que el sacrificio hagan de sus rencores vanos,
Y hasta de sus agravios con noble patriotismo,
Antes que armar el brazo de hermanos contra hermanos.

No acuso á nadie.... Lloro la inútil experiencia,
De la que no aprendemos ni escarmentamos nada!
Lo que sanciona el crimen y usurpa la violencia,
La sangre derramada, la mísera existencia,
Que á todos nos reserva la ley atropellada!

No acuso á nadie... todos, y yo como el primero,
En días lamentables de vértigo y delirio,
Sañudos esgrimiendo la pluma ó el acero.
El seno de la patria rasgamos lastimero,
Hiel á su hiel mezclando, martirio á su martirio.

¿Y siempre será el mismo nuestro destino impío?...
¡Oh! no! Dios es piadoso, y el bien al alma domina:
En tempestad deshecha, yo he visto el mar bravío,
Y aunque dudé un momento, roto el celaje umbrío,
Al suspirado puerto mi nave se encamina.

Así en virgínea selva del suelo americano,
Cual ráudo meteoro, de pronto hirviente llama
Se extiende, centellea, salta, se enrosca y brama
En lenguas mil de fuego; flamígero oceano,
Que destrucción y muerte por donde va, derrama!

Cae la gigante palma y el arazá rastrero;
El fuego al par devora la ortiga y el aroma;
La tórtola inocente y el tigre carnicero;
La sierpe y la flor pura que su veneno doma;
El vil carancho imbécil y el trinador jilguero!

¿Por qué tan ciego encono? furor tan implacable?...
Cual torvos enemigos, la selva y el desierto
Tendían sobre el hombre su manto impenetrable;
Y el hombre entre sus pliegues, anonadado, yerto,
Auxilio pidió al fuego, verdugo inexorable.

Él sacudió sus crines, y el ígneo torbellino,
Giró por el espacio cumpliendo su destino,
Que era cubrir la tierra de fecundante abono,
Y dar al genio humano, ya expedito el camino,
Nuevo horizonte inmenso donde elevar su trono!

. . . . . .

Acoje, Patria mía, y da en tu seno abrigo
Al hijo siempre tierno, que vuelve á tus hogares,
Que compartir anhela tu gozo y tus pesares,
Y si eres desdichada, llorar quiere contigo,
Y si feliz, tu dicha doblar con sus cantares!

ALMAS HERMANAS.

AL EMINENTE ORADOR JUAN CARLOS BLANCO.

En prosa ó verso, es una la potencia
Que arrebata las palmas del combate:
Hay siempre poesía en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

De Bolívar la frase audaz retumba
Como el canto sublime de Tirteo,
Y en Carabobo y Ayacucho, tumba
Abre al coloso ante su voz pigmeo!

Libre ó ceñido el armonioso metro
El verbo de las almas se apodera;
Y á pié ó sobre el Pegaso, lleva cetro
El que incendia los pechos en su hoguera!

El sol del Ideal, el rayo estético,
Inundan á la par su altiva frente:
Cuanto eleva el espíritu es poético;
Cuanto llega hasta el alma es elocuente.

No vibra con mas fuerza y ardimiento
Del laud creador la íntima nota,
Que el ademán y el varonil acento
Con que el tribuno á la maldad azota.

Poder del genio!... inmortaliza Homero
A lo que ruina fué de los Troyanos;
La túnica á Fhriné rasga el vocero
Que airados vé á los jueces inhumanos.

« *Condenad, si lo osais,* grita Hyperide,
A Venus que ha bajado de los cielos! »
Y con un golpe que la audacia mide,
Al suelo arroja los flotantes velos.

De admiración los jueces confundidos
En un clamor exhalan su embeleso,
Y en vez del mortal fallo, estremecidos,
En su labio el perdón imita un beso....

Así cuando genial chispa desciende,
Y eléctrica sacude cuanto halla,
El pueblo—níveo alud que se desprende—
Cruje, y en grito formidable estalla!

Mentiras, odios, móviles menguados
Que interceptan la luz con velo denso,
Hácia el abismo ruedan, sepultados
Bajo el aplauso popular inmenso!

En la Prensa, en el Foro, en la Tribuna,
Su látigo de fuego alza tonante
La palabra, que mágica se auna
Con el estro que vence al consonante.

En prosa ó verso, es una la potencia,
Que arrebata las palmas del combate:
Hay siempre poesía en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

EN LAS PIEDRAS.

—A la *cuchilla* vamos, hijo mío,
Y verás como allí no tienes frío.

—Todo es recogimiento en esta hora
Que el rayo postrimero del sol dora.

— ¿Ves el Cerro, la mar, el hondo valle,
Las Piedras... más allá Santa Lucía?

— ¿Dónde volver la vista que no halle
Un cuadro de sublime poesía?

—Pero hable el corazón, y el labio calle
Cuando al llano bajemos, alma mía.

—Apresuremos, padre mío, el paso,
Que el moribundo sol toca al ocaso.

—Por allí, tras aquellos membrillales,
Tras aquella olvidada y ruin tapera,
Arrollados los leones castellanos
Por sus hijos los leones orientales,
Buscaron un refugio en su carrera,
Y otra vez á las manos
Con arrogancia fiera,
Volaron como rayos
Sosteniendo el honor de su bandera.

Valientes á la par unos y otros,
Del fusil y cañón al centelleo,
De los sables al rudo martilleo
Y al salvaje relincho de los potros,
Caían en confuso remolino
Como bajo la hoz del campesino
Caen segadas del tallo las espigas.

Mas á la voz de Artígas
Que horrísona retumba,
Los bisoños reclutas uruguayos
Siguiendo el rojo brillo de su acero,
Terrible cual pampero
Que todo lo derrumba,
Embisterion sedientos de venganza,
Y cada bote de su fuerte lanza
A un soldado español abrió la tumba!

— ¿Por qué el paso detienes, y qué miras,
Padre, con tanto afán?... ¿por qué suspiras?

— En este campo que inmortal hiciera
Del indomable Artígas la victoria,
No se vé un monumento, ni siquiera
Levantada una piedra á su memoria!

—Pero tiene una página en la historia!

— Niño, en tu pecho el entusiasmo late,
En tu rostro infantil se pinta el brío,
Vamos que es tarde....
— Ya no tengo frío:
Llévame al sitio donde fué el combate!

LA PALMA DEL SACRIFICIO.

En la inmortal jornada de Marathon, el día
Que hundió el poder del persa, Milciades con su acero,
De la falange heroica digno un soldado había,
Que al pueblo suyo quiso la nueva dar primero.

En alas del sublime delirio que le inflama,
De lauro un gajo arranca, que en alto, al correr, gira;
Llega, saluda al pueblo con la triunfante rama;
Venció la Grecia, dice; cae, y aclamado espira.

Oh! quién como él pudiera dormir el postrer sueño,
De su ideal la antorcha llevando dentro el alma,
Y al caer, ya realizado su generoso empeño,
Al cielo de la gloria trepar con su ardua palma!

DUDA.

¿Dónde acaba la vida?... ¿dó la muerte?...
¿Al morir viaja el hombre peregrino,
Y mejorando en ser, en forma, y suerte,
De astro en astro prosigue su camino?....

¿O sin romper el misterioso lazo,
Que encadena á la tierra el alma humana,
Renace de la tumba en el regazo,
Ayer flor, ave hoy, mujer mañana?...

AL PIÉ DEL MONUMENTO DE LOS 33 EN LA AGRACIADA. (1)

* * *

¡Oh raza de Titanes, que asombrado
Vió el mundo, tremolando su oriflama
De *Libertad* ó *Muerte!* — Fulminado
Rayo que al bosque, súbito incendiado,
Hace hasta el cielo reflejar su llama!

Sagrado emblema de inmortal victoria,
Así ese mármol que sus nombres muestra,
Cuando lo eleva el genio de la historia,
Ilumina con rayos de su gloria
El mundo de Colón, la Patria nuestra!

(1) Composición inédita, leida al pié de la pirámide de la Agraciada por el señor Alberto Gómez Ruano, iniciador de las romerías patrióticas.

PEDRO P. BERMÚDEZ [1]

EL CHARRÚA.

Yo canto el ínclito esfuerzo
De la jigantesca raza,
Que hiciera trescientos años
Pié firme, frente á la España,
Llevando diversa suerte
A diferentes batallas.
Esa, no bien conocida
Ni aun aquí en su misma patria,
Pero que en hechos gloriosos
Se muestra, en ella, abultada,
Burilando en nuestra historia
Su nombre á punta de lanza,
Y la que también pudiera
Competir con la Araucana,
Si Don Alonso de Ercilla
Fuese aquel que la cantara.
Esa, que siendo señora
De nuestra vasta campaña,
Con planta fácil, ligera,
Indómita la paseaba,
O en sus boyantes canoas
Sutiles, leves y largas,
Nuestros arroyos y ríos,
A todas aguas surcaba.
Esa, de pecho salido,
Ancha de hombros, de alta talla,
De cabeza firme erguida,
De fisonomía animada,
Y cuya corva nariz
Copia era de la Romana,
De cuerpo recto y flexible,
En ademanes gallarda,
De breve andar altanero,
Y de nervuda pujanza;
Esa, que por todo traje,
A la cintura llevaba
Un tonelete de pieles,
Sueltas á fuer de sobadas,
Y un quillapí, que á los hombros
Por sobre el pecho, anudaba,
Mientras que su cabellera
Negra, extendida, poblada,
Dejaba caer al descuido
Sobre el pecho, hombros y espaldas,
Y allá á nivel de la frente
En redondo, la apretaba
Con un jirón de colores
Ancho y á guisa de faja;
Esa, de mirar severo,
De tez brillante y tostada,
Que el cuello, brazos, muñecas
Y tobillos, se adornaba
Lo mismo en fiestas que en lides,
Con ajorcas emplumadas,
Esa, que briosa en el llano,
En el aduar, ó en la caza,
Airada, quieta ó corriendo,
Traía consigo, por armas,
Arco, carcaj, y en él flechas,
Y en la mano larga lanza,
Y boleadoras, de á dos,
Que á la cintura reataba;
Con estas, al escondido
Tras de alguna espesa mata,
Atisbaba el avestruz,
Al guazubirá ó la gama,
Y alzándose de improviso
Al aire las revoleaba,
Y despedidas, en giros
Al animal alcanzaban,
Concluyendo su carrera
Cuanto le envolvían las patas;
Esa que del lazo hiciera
Serpiente negra, enroscada,
Que al desrizar sus anillos
Hasta la presa llegaba,
Para rodeársele al cuello
Y detenerla, ó ahogarla:
Y la que también sabía
Desafiar, y que retaba,
É iba al campo, y cuerpo á cuerpo
Esgrimiendo, en él, sus armas,
Lidiaba tenaz y fiera
Llena de fé y esperanza.

(1) El coronel PEDRO P. BERMÚDEZ, nació en Montevideo en 1816. Es uno de los pocos representantes del teatro nacional. Su tragedia «*El Charrua*», que fué representada con éxito en Montevideo, es una de las piezas de verdadero mérito de nuestra literatura dramática. Cultivó el género patriótico descollando entre los poetas de su época. Falleció en 1860.

Mas si el destino alevoso,
Al trance la abandonaba,
Maldiciendo su destino,
Moría sin pedir gracia.
Esa, que al potro bravío
De aquella cría de España,
Dominándolo, á su antojo,
Le quitara ó diera alas,
Tal ó como le placía,
Dueña era de su arrogancia;
Y, ó ya lo paraba, inmovil,
O ajitándolo volaba.
Pues con un leve bocado
No de hierro sí de huasca
Como lo nombraba ella,
Trepándose á sus espaldas,
Iba en el crinado potro
Recorriendo la campaña,
Cruzando ríos y arroyos,
Y bosques y hondas quebradas,
Y pantanos y chircales,
Y lagunas y montañas....
Siempre respirando, bríos,
Siempre vomitando, saña,
Siempre blandiendo su pica,
Siempre soñando venganza,
Sobre el fogoso potro
Al combate se arrojaba,
Y en él, allí, á los cristianos
De la América ó de España,
Con indomable entereza,
Aunque desigual en armas,
Arremetiéndolos, lista,
Bizarra, los afrontaba,
Y les disputaba el campo,
Palmo á palmo, cara á cara,
Y golpeándose la boca
Que espuma, en copos, manaba,
Con ella, al viento, entre gritos
Parte de su rabia enviára,
Mientras, el campo, en su potro
Caracoleando, rodeaba,
Mostrándoseles á todos
Con él, y en él, con su lanza,
Donde una espada filosa
Embutida traía, al asta,
Y cuyo aguzado extremo,
Húmedo en sangre cristiana,
Cada vez que se blandía
Rojas gotas salpicaba.
Que así iba, rebosando
Crudas y cerriles ansias
Por todas partes, y en todas
Lidiando jadeante, airada,
Siempre ansiando el exterminio
Nunca hastiada de matanza....
En fin, yo canto, la tribu,
Que hoy es polvo, menos, nada:
Esa que fuera preciso
Para vencerla, acabarla.

FRANCISCO XAVIER DE ACHA [1]

MATER DOLOROSA.

Con el alma atribulada
Por el dolor traspasada
En tu triste soledad;
Virgen Santa te contemplo
Abismado en el ejemplo
Que me das en tu horfandad.

Ya no brilla la luz bella
Que iluminaba tu huella,
Ya tu delicia acabó!
Aquel Sol, cuyos fulgores
Alentaba tus amores,
Madre mía se eclipsó.

El Divino Salvador,
Hijo Santo de tu amor
En la Cruz al espirar,
Te dejó en llanto sumida
Huérfana, triste, abatida
Abismada de pesar.

De aquel suplicio terrible
Que tu corazón sensible
Tanto y tanto desgarró,
¿Cómo el dolor resististe,
Como Madre no moriste
Cuando tu Hijo espiró?

(1) Francisco Xavier de Acha nació en Montevideo en 1828. Después de Acuña de Figueroa, es considerado como el primer poeta festivo que haya tenido el país. Sus

En la angustiosa aflicción,
Virgen Hija de Sión
¿A quién te compararé?
Si tanto sufriste tanto
Y es como el mar tu quebranto
¿Cómo te consolaré?

¿Quién podrá nunca explicar
El dolor tuyo sin par,
En trance tan duro y cruel?
¿Qué Madre jamás libó,
El vaso aquel que apuró
Tu labio de amarga hiel?

Del martirio que te labra,
Ni siquiera una palabra
Se te escucha articular;
Sólo una lágrima amante
Se ve, Virgen, tu semblante
Entristecido surcar.

Tu dolor no lo permite
Porque tu piedad no quite
Su fuerza virginal;
Elevas tu vista al cielo
Y en tu mismo amargo duelo
Eres Madre sin igual.

Rugió sobre tu cabeza
Con aterrante dureza
La terrible tempestad,
Y aunque el dolor te anonada
Le dice á Dios tu mirada
Hágase tu voluntad!

En tan triste desconsuelo
¡Oh Virgen Reina del Cielo!
¿A quién te compararé?
En la inmensidad Señora,
Del dolor que tu alma llora
¿Cómo te consolaré?

Grande como tu aflicción
Es ¡ay! la resignación
De tu divina piedad.
No en valde bendita eres
Entre todas las mujeres,
Madre de amor y bondad.

Nu en valde tú la escogida
Puiste para dar vida
En tu seno al Redentor;
Si eres capaz, Madre mía,
De soportar su agonía
Con tan heroico valor!

En tu extremada grandeza
Y de tu amor en la alteza
¿A quien te compararé?
Si eres Reina de la gloria
Y yo polvo y vil escoria
¿Cómo te consolaré?

¡Ay! sólo puedo, Señora,
En la congojosa hora
De tu triste soledad,
Caer á tus piés angustiado
Con el corazón tocado
Por tu excelsa magestad.

Sólo puedo, Madre mía,
¡En la sin par agonía
De tu inmenso padecer,
Recordar que tu Hijo amado
Por librarme del pecado
Quiso la víctima ser!

Por eso triste y contrito
Tomo parte en el conflicto
De tu angustioso dolor,
Asombrado Virgen Santa,
De que sufras pena tanta
Con tan heroico valor!

En tu triste soledad
Madre de amor y piedad
¿A quién te compararé?
Si tanto sufriste, tanto
Y es como el mar tu quebranto
¿Cómo te consolaré?

---

composiciones de carácter serio, también son muy estimadas. Escribió varios dramas, obteniendo éxitos lisonjeros, sobre todo con el famoso « *Una víctima de Rosas.* ». Ha sido periodista distinguido y ha ocupado puestos públicos de importancia.

Á LA JUVENTUD URUGUAYA.

Después de la guerra de nueve años que terminó el 8 de Octubre de 1851.

En aridez trocado nuestro jardín se mira,
Del infortunio el viento sus flores agostó;
Y en vano la mirada por él ansiosa gira,
El huracán violento yermado le dejó!

De nuestro hogar querido las galas se cambiaron
En lazos funerarios, emblemas del dolor!
De nuestro ayer dorado los sueños se trocaron
De desaliento en horas preñadas de dolor!

¿Quién sabe si aun nos queda algún vestigio triste
De lo que fuera un día del niño el dulce Edén,
Donde su infancia tierna desenvolverse viste,
¡Oh Dios! donde tan sólo escombros hoy se ven?

En esas tristes ruinas, generación presente,
La historia del pasado, con sangre escrita está!
Venid, pisad conmigo ¡oh juventud doliente!
La senda en que nos deja la ruda adversidad.

Venid! sí, vuestro acento enmudecido queda
Al contemplar, hermanos, estragos por doquier;
Yo de mi lira un eco sabré arrancar que pueda
Deciros esa historia de nuestro infausto ayer!

Venid! la voz del poeta, de vuestro llanto el eco
Sabrá de esos escombros la voz interpretar;
Mi corazón aun tiene, desencantado y seco,
Sus fibras para amaros, su voz para llorar!

Las flores sois vosostros que el huracán violento,
Al derrumbarse airado con furia arrebató;
Vosostros sois el mártir y noble pensamiento
Que del naufragio pátrio tan sólo se salvó!

Alzad, alzad la frente, sin que la faz colore,
No hay manchas en vosotros de oprobio ni maldad!
Cuando la patria libre su pabellón arbore,
Vosostros su cruzada sereis de libertad!

Alzad, alzad la frente, generación bendita,
Que envuelta en sus escombros la patria ve surgir,
Alzadla, que grandiosa, vuestra misión escrita
Está en la hoja gloriosa de nuestro porvenir!

Afrentas del pasado, baldón y mengua y duelo,
Lecciones son amargas, estudios son de hiel;
Son páginas que encierran tristeza y desconsuelo,
Vil fruto de un pasado, ignominioso y cruel!

Son el legado infausto que al espirar nos deja
De su miseria ingrata nuestro sangriento ayer!
De la vejez que pasa son la doliente queja,
Y de la patria en ruinas el grito también es!

Venid! cruzada hermosa de porvenir y gloria,
Vasallos de la virgen, bendita libertad!
Venid! y conjuremos de esa sangrienta historia
La página de sangre, de ruina y horfandad!

Venid! que un solo eco nuestro dolor pronuncie,
Que un solo pensamiento conmueva nuestro sér!
Que nuestro acento, hermanos, sentido al mundo anuncie
Grandioso el dia de patria que empieza á amanecer!

ENRIQUE DE ARRASCAETA (1)

ALABANZA AL SEÑOR.

Alabad al Señor en su santuario: alabadle en el firmamento de su poder.
Salmo CL.

Héme, Señor, en tu sagrado templo,
Aquí vine de tí solo inspirado,
Desde mi hogar tranquilo y olvidado,
A alabarte en tu inmensa excelsitud.
Héme, Señor, aquí, ante tus aras,
Del profeta la voz presente tengo,
Y con su unción á tu santuario vengo,
Si no pulso su armónico laud.

Héme solo, Señor, en tu presencia,
Familia, esposa, amigos y afecciones,
Intereses mundanos y pasiones
A las puertas del templo las dejé.
Allá quedan, también, mi vana ciencia,
Rota y sin cuerdas la profana lira,
Del mundo, y su egoismo, y su mentira,
Para llegar á tí me despojé.

¡Bendito seas, Señor, en tu santuario,
Bendito el Dios que es todo Omnipotencia,
Todo bondad, justicia, todo ciencia,
Todo hermosura, todo perfección!
A tí solo mi labio da alabanza,
Y en tu infinito sér mi sér se expande,
Porque sólo, Señor, eres tú grande,
Arbitro de la inmensa creación.

(1) El nombre del doctor don ENRIQUE DE ARRASCAETA ocupa lugar distinguido entre los de los hombres públicos del país. Nació en 1819, cursó jurisprudencia, perteneció á la Asamblea de 1858 y fué Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del Presidente Berro. En 1850 publicó un tomo de versos, y en 1881 una antología de poetas americanos, muy apreciada. Sus composiciónes se registran en los diarios y periódicos de Montevideo, durante largos años. No fué un poeta de gran inspiración, pero sus versos en general son correctos. Pertenece á la época romántica.

¿Quién sino tú, Señor, formó esos mundos,
Que sin chocar en torno del sol giran,
Y desde el nuestro los mortales miran
Brillando lejos en el cielo azul?
Sólo por tí ese Sol, la tierra alumbra,
Y por tí en el espacio se sustenta,
Por tí vive la planta, el hombre alienta,
Todo es, Señor, porque lo quieres tú.

¡Bendito seas, Señor, en tu santuario,
Bendito el Dios que es todo Omnipotencia,
Todo bondad, justicia, todo ciencia,
Todo hermosura, todo perfección!
A tí solo mi labio da alabanza,
Y en tu infinito sér mi sér se expande,
Porque sólo, Señor, eres tú grande,
Arbitro de la inmensa creación.

¡Oh, plegue á vos, Señor, que cuando muda
Calle mi voz al soplo de la muerte,
Y pueda ya más mi labio inerte
Mi débil alabanza á Dios decir,
Que un ángel de los tantos que te adoran,
El himno que ahora entono, aunque insonoro
Alce por mí desde el celeste coro,
En su plectro de oro y de marfil.

Á UNA NIÑA.

Il sorriso che il labbro t'abbella
D'Eva il primo sorriso assomiglia.
REGALDI.

Niña de los lindos ojos,
La aurora vas de la vida,
Sin conocer sus enojos,
Ni los ocultos abrojos
Que hay en su senda florida.

De jazmines el cabello
Piensas tan sólo en ornar;
Ajustarte un traje bello,
Y al torneado y blanco cuello,
Ceñir vistoso collar.

Y de ensueños halagada,
Niña te dejas llevar
Como piragua confiada
Por la corriente impulsada
Se engolfa en el ancho mar.

Como antes de abrir la flor,
En su capullo plegado
Contiene esencia y color,
Angel al mundo bajado
Abriga tu alma candor.

Tú no puedes alcanzar,
Que hay en esta vida mieles,
Muy dulces al paladar;
Después de gustadas, hieles,
Que nos llenan de pesar.

Tú no sabes qué es amor,
Aunque á veces hablas de él,
No sabes cuánto dolor,
Cuánta pena y sinsabor,
Da, niña, un amante infiel.

Si una historia te contara,
De una niña como tú,
A quien su amante olvidara,
De cierto el llanto inundara
Tu blanca faz de querub.

¡Oh nunca tu casto oído
Escuche promesa aleve
De mancebo fementido,
Que de la niña, atrevido
Burlar el candor se atreve!

Que si acaso, tú, mi lirio,
Otro prefieres á mí,
Si te ama con mi delirio,
Será menos mi martirio
Viéndome lejos de tí.

Poséate, niña, un hombre,
Que tus virtudes proclame,
Que como á su vida te ame,
Que su ángel de bien te llame,
Te dé ventura y su nombre.

FERMÍN FERREIRA Y ARTÍGAS (1)

ROSA.

Al pronunciar tu nombre, se agolpa á mi memoria
Tristísimo un recuerdo de mi perdido amor;
Yo te contára, hermosa, tan peregrina historia,
Mas temo herir en tu alma la fibra del dolor.

También ella era joven, espiritual, hermosa;
Era la flor más pura y esbelta del pensil;
Reinaba entre las flores y la llamaron Rosa,
¡La tempestad un día la marchitó en su Abril!

Con ella concluyeron mis célicas visiones,
Los mágicos ensueños de amor y juventud;
En llanto se trocaron mis blancas ilusiones,
Y hallé en lugar de un ara, su fúnebre ataud.

Desde tan cruel instante, sin brújula ni estrella,
Yo me lancé del mundo por el revuelto mar;
O atravesé el desierto para dejar mi huella,
Sobre movible arena, que el tiempo ha de borrar.

Sin fe ¿qué puedo hablarte de dicha y esperanza?
Mi estrella está en su ocaso, mi luz sin porvenir,
Pasó ya la tormenta, mas vino la bonanza,
Remedo de la calma siniestra del morir.

Así nada le queda ya al pobre peregrino,
Sinò reminiscencias de su primera edad;
Sus rosas deshojaron las brisas del destino,
No tiene ni una sola que dar á tu beldad.

Perdón, si en vez de un canto radiante de alegría,
No exhalo, niña hermosa, sino ecos de dolor,
Marchita la flor bella de la esperanza mía,
Se destempló en mi lira la cuerda del amor.

MARÍA.

En la cumbre del Gólgota se mira
El santo leño do espiró Jesús;
Hermosa una mujer gime y suspira
Guardando el pié de la divina cruz.

(1) Fermín Ferreira y Artígas nació en Montevideo en Diciembre de 1837. Su existencia fué una lucha apasionada contra el destino, ante el que por fin se rindió. Víctima desde temprana edad de un hondo desencanto, buscó en el vicio, el olvido, y sòlo halló nuevas desventuras. Sus versos, sòlo son reflejos de esa existencia bohemia, donde una nota dolorosa vibra siempre. Orador elocuente, ocupó un puesto distinguido en el Parlamento; periodista de combate, vibró verdaderas batallas desde las columnas de «El Siglo». Su existencia se agostó lentamente, marchitado por los excesos. Falleció en 1872 á los 35 años de edad.

¿Quién es esa mujer que en triste duelo
Muestra de su alma el desigual dolor?
¿Es acaso mortal? ¿Es de este suelo
Su imponderable y entusiasta amor?

¿O es algún ángel que con forma humana
De su alto trono nos enviara Dios,
Para que llore de la raza humana,
Su horrendo crimen, su barbarie atroz?

Es mas hermosa que la blanca luna,
Pura como el acento del Señor,
Nunca en la tierra vi belleza alguna
Ni más hermosa ni con más dolor.

Es la madre de Dios, la virgen pura,
Que le plugo en sus juicios elegir,
Radiante como el sol en hermosura,
Imposible al mortal de describir.

Es la inocente y celestial María,
Llorando al hijo de su casto amor:
¡Mortales, inclinad la frente impía,
Su llanto respetad y su dolor!

BRISAS.

Venid, venid, ¡oh, brisas fugitivas!
Con vuestras alas á rozar mi sien;
Venid trayendo al pensamiento mío,
Recuerdos ¡ay! de su perdido Edén.

Siento al pasar que refrescais mi frente,
Seca y marchita por interno ardor;
Y que esas auras que en mi torno giran,
Fueron las auras del primer amor.

¿Venís, oh brisas, de la patria mía
Tristes huyendo á su dolor talvez?
¿Temeis acaso que el destino ingrato
Cual su fortuna humille su altivez?

Decid á mi alma una palabra tierna
Que rememore su ilusión de ayer,
Que un eco dulce de la patria amada
Puede tan sólo reanimar mi sér.

¿La tumba vísteis do tranquila duerme
De mi existencia la aromada flor,
Y me traeréis una reliquia santa
De mi primero inextinguible amor?

¿O de mi madre en los sagrados labios,
Habeis robado un beso maternal,
Que me compense de su triste ausencia
A que el destino me obligó, fatal?

Brisas errantes de la patria mía,
No disipeis mi célica ilusión;
Habladme de ella en vuestro mudo acento
Que traduce tan bien el corazón.

Mas no, cesad de revolar inquietas,
Rozando alegres mi abrasada sien;
Quiero olvidar! que los recuerdos matan,
Estando ausente del supremo bien.

HERACLIO C. FAJARDO (1)

LA MAGA.

¿Por qué cubrir con antifaz de raso,
Y externos atributos de hechicera
La realidad con visos de quimera?...
¿Que no eres maga, acaso?

¿Y hay quien al ver tu cabellera blonda
Pueda dudar, oh máscara indiscreta,
Que la maga en efecto no se esconda
Detrás de la careta?

Aquella lluvia de cabellos de oro
Cayendo en profusión sobre tu cuello,
¿No era el indicio más veraz y bello
Del mágico tesoro?

Y aquellos hombros de color de nieve
Y aquel túrgido seno de alabastro,
Y aquella gracia que á seguirte mueve
Con la atracción del astro!

Y aquel acento de sirena que hizo
Emociones brotar tan halagüeñas...
¿No eran divinas y evidentes señas
De tu real hechizo?...

(1) HERACLIO C. FAJARDO, pertenece á aquel brillante grupo de poetas encabezado por Fermín Ferreira y Artigas, herederos de la musa doliente y melancólica de Juan Carlos Gómez. Nació en San Carlos el 30 de Octubre de 1833; desde muy corta edad ingresó al periodismo, redactando «El Nacional.» Es autor de un tomo de versos hoy agotado, titulado *Arenas del Uruguay*, y además escribió el drama *Camila O'Gorman;* amén de su canto laureado «*América y Colón*,» y las composiciones sueltas que publicó en la prensa del país. Proscripto en Buenos Aires, falleció en 1867. Sus versos, aun cuando no posean mérito extraordinario, son en general buenos y se caracterizan por ese romanticismo exagerado y de mal gusto que predominó en el segundo tercio del siglo pasado.

No! no ejercía tu argentina vara
Un prestigio tan dulce y soberano,
Como el de un dedo que al acaso alzára
Tu primorosa mano.

Ni las estrellas de tu ondeado velo
Con tan blandos efluvios relucían
Como tus claros ojos, que vertían
La luz del mismo cielo!

Hoy, al ver el angélico conjunto
Que ayer cubría el antifaz de raso,
Atónito me postro, y te pregunto:
¿Que no eres maga acaso?

¿No dan tus gracias, al que logra verlas,
En éxtasis de amor gratos desmayos?
¿No dan tus ojos sibilinos rayos?
¿No dan tus labios perlas?

¿No es tu rostro el de un hada encantadora?
¿Tu voz, una hechicera melodía?
Y hasta tu nombre, que el querube adora,
¿No es mágico, María?

¡Oh! para darte el cetro que concierne
A tu prescelsa dignidad de Hada,
Basta aspirar la atmósfera encantada
Que á tu alrededor se cierne!

---

30 DE OCTUBRE.

La mañana era bella, pero el viento
Soplaba en los cipreses con furor,
Imitando el fatídico lamento
Del hombre en estertor.

. . . . . .

Ya el sol doraba las marmoreas urnas
Con que el rico su tumba decoró,
Cuando entraron dos almas taciturnas:
Un buen amigo y yo.

Mudos los dos marchamos un momento,
Clavándose de súbito mis piés,
Al oír de mi amigo el grave acento
Diciéndome: — Esa es!

Su mano me indicaba un promontorio
De tierra removida, fresca aún:
Una especie de fúnebre cimborio,
De aspecto asaz común.

¡Aquello era su humilde sepultura!
¡La fosa de su gloria y su elección!
¡El tálamo glorial de su hermosura!
¡Su lóbrega mansión!

No había en ella ni marmórea losa,
Ni epitafio, ni signo redentor;
No adornaba siquiera aquella fosa
Una olvidada flor!

. . . . . .

Era una tumba de esplendor vacía,
Allí, do tantas arrogantes hay...
Pero llena de amarga poesía
Para mis ojos, ay!

Yo caí de rodillas, y mi frente
Aquella tierra con pasión besó...
Y algo mi labio balbució doliente,
Pero blasfemo no!

No!... ni un grito, ni un cargo, ni una queja
Te dirigí, Señor!
Ni un reproche al destino que me aleja,
Y ni cerrar los párpados me deja
Del ídolo querido de mi amor!

Ni un reproche, Señor, por tantos daños
Que rugan ya mi sien;
Por tanta hiel y tantos desengaños
Que me atosigan, al cumplir treinta años,
Sobre la tumba de mi amado bien!

. . . . . .

Considera, Señor, que era mi hechizo,
Mi arcángel bienhechor!
Que *ella* adorarte en mi horfandad me hizo,
Porque el santo precepto satisfizo
De consolar al triste con su amor!

Que fué mártir de pérfidos amaños,
Santa y digna de tí;
Que el vicio, el dolo, el mal fuéronle extraños!
Que no tenía más que veinte años,
Y que murió sin trepidar por mí!

. . . . . .

Por eso en este aniversario, día
De mi natal, Señor,
En que ella tantas flores me ofrecía,
Viene á poner sobre su tumba fría
Una corona fúnebre mi amor.

¡Enlázala, oh mi mártir, en tu palma!
De *siemprevivas* es,
Y, á par que emblema de mi muerte calma,
Expansión de las flores de mi alma,
Que, *siempre vivas*, lanzaré á tus piés.

CARLOS A. FAJARDO (1)

PON EN TU ESPÍRITU HIELO!

Mortal, errante Ashaverus,
Que anda y anda sin destino,
De la vida en el camino
Macilento peregrino
Condenado á no gozar;
Bella! aparta apresurada
La atracción de tu mirada
De la copa envenenada
Que no puedo desechar!

Virgen de amor, huye! aparta
Tu corazón de mi duelo!
Cubra tus ojos un velo,
Pon en tu espíritu hielo
Y en tus palabras desdén;
Y, venero de delicias,
De tus ardientes caricias
Las pudibundas primicias
Siempre incógnitas estén!

De una voz, de un sér, de un hado
Sigo el indómito impulso,
Que de fatiga convulso
Vanamente lo repulso
Cuando quiero reposar;
¡Siempre me lleva tirano
Con su fatídica mano
Ese poder, ese arcano
Que no puede contrastar!

¡Pon en tu espíritu hielo,
Angel puro! que es mi suerte,
Sin amor, hácia la muerte
Rasgado, lánguido, inerte
Conducir el corazón!
Y en cada instante de vida
Tras una ilusión perdida,
Con hechizos revestida
Concebir otra ilusión!

Hado! impulso que me llevas
Como una debil arista,
Quita, aparta de mi vista,
Si te ofende que persista
Maldiciendo tu rigor;
Quita! y cúbreme de duelo
Todo el encanto del suelo,
Toda la lumbre del cielo
A toda imagen de amor!

(1) CARLOS A. FAJARDO, es hermano de Heraclio y como éste, desde temprana edad escribió para el público. Magariños Cervantes, tuvo para él frases de encomio. Sus versos, más correctos y de una inspiración más pura que los de su hermano, son poco conocidos. Se inspiró en buenos modelos romànticos y cultivó con éxito el género.

RAMÓN DE SANTIAGO (1)

DOLOROSO RECUERDO.

De dos hermanos que el rencor ahogaba
Sangrienta vi la lucha cierto día,
Mientras la madre, que infeliz gemía,
Por separar sus armas se esforzaba.

Insensata, la turba les llamaba
Lidiadores heroicos, y aplaudía;
Pero la madre de pesar moría,
Y su llanto de sangre derramaba.

Cayó el uno, por fin, desfalleciente;
Muy digno el otro se creyó de gloria,
Y hácia los cielos levantó la frente.

¡Ay! Algún día nos dirá la historia
Que aquella madre en su dolor vehemente
La derrota maldijo y la victoria.

AUDACIAS DEL GENIO.

KEPLER.

Moraba en este átomo del cielo,
Pero vivía en la región inmensa
Del misterio y la luz: en ella piensa,
En ella estudia y lucha con anhelo

Para rasgar su impenetrable velo
Y explicársela al hombre, que compensa
Su amor con el sarcasmo y con la ofensa.
Al fin triunfa; en su divino vuelo

(1) Don RAMÒN DE SANTIAGO es un poeta y un escritor de valer. Modeló su espíritu en las luchas ardientes de la política que agitaron á la Repùblica después de la independencia. Nacido á la vida en pleno deslumbramiento romàntico, las audacias de la nueva escuela lo subyugaron y á ella ha permanecido fiel durante toda su ya larga carrera literaria, lo cual le coloca entre los viejos y queridos poetas, que cantaron en romance castellano los diversos episodios de las luchas civiles. Sus producciones, tanto en prosa como en verso, llenan las páginas de todas las revistas y periódicos que han aparecido en el país desde cincuenta años atrás. Ya en 1854 funda con los Pérez Gomar, Ferreira y Artígas, García Lagos, Magariños Cervantes, Fajardo y Barbosa, el «Eco de la juventud oriental», é ingresa en la redaccion de «El Orden»; en 1855 funda y redacta con Pérez Gomar, Fernández, Castañé, Tomé y Basañez el diario «La Libertad», al cual se agregó después el doctor José María Muñoz y producen el movimiento sensacional de aquella fecha, que guarda memoria en los anales políticos del país; en 1859 colabora en «La Nación»; en 1864 funda y redacta con don Federico de la Barra el diario «El Plata»; en 1865 toma la redacción

De la grandiosa máquina del orbe
Sorprendió los misterios, y en tres leyes,
Eternas como Dios, la ve y la encierra.

Y ese gran sabio que la mente absorbe,
Más grande que el más grande de los reyes,
Miserable murió. ¡Oh ingrata tierra!

Franklin.

Negra la nube y de su rayo armada
En fatídica sombra el mundo encierra;
Sereno Franklin la provoca á guerra,
Valiente el corazón, la frente alzada.

Por la atmósfera lúgubre y pesada
Retumba el trueno que al mortal aterra;
Franklin por arma esgrime de la tierra
Su cometa en los aires remontada.

De repente la nube, iluminando
Con su mirada el tenebroso cielo,
Lanza su flecha, que veloz serpeando,

Baja iracunda con sulfúreo vuelo,
Y, la frente del genio amenazando,
Besó á sus piés el conmovido suelo.

Morse.

Ilustre americano, de el momento
Que por tu genio el rayo fué domado,
Y con freno de alambre destinado
Para raudo corcel del pensamiento,

Ya la idea no encuentra ni en el viento,
Ni en huracán furente desatado,
Ni en el seno del mar, nunca surcado,
Valla capaz de detener su acento,

Abarcando en su vuelo sin medida
Todo el imperio de la humana vida;
Y el imantado hilo prodigioso,

En cada vibración, Morse glorioso,
Repetirá tu codiciado nombre
Mientras duren el mar, el aire, el hombre.

---

de «La Reforma Pacífica», cuando la deja don Nicolás Calvo; en 1865 redacta la tercera época de «La República», luego «El Correo» y después «El Republicano», en todos los cuales sigue la política de oposición al gobierno, que iniciara «La Reforma», que le valen ataques á la imprenta y destrucción de sus materiales tipográficos: desde 1887 á la fecha redacta en jefe «El Telégrafo Marítimo», que es el decano de la prensa periódica y órgano de los intereses comerciales del país. Además ha colaborado en el «Album» que la República presentó á la Exposición Continental de Buenos Aires; en el gran Diccionario Enciclopédico Histórico Americano, así como en «La literatura del Plata», «El eco uruguayo», «El panorama», «La aurora», «Ecos americanos», «El indiscreto», «El Plata ilustrado», «La ilustración del Plata», «El pensamiento» y la «Revista nacional de literatura y ciencias sociales.»

FLORES DE VIEJO.

En un álbum.

Abatido marchaba el peregrino
Con la nieve del tiempo en el cabello,
Sin risa el labio, frente sin destello,
De hojas secas sembrado su camino.

Confusos ya veía en lontananza
Primorosos paisajes de otra vida,
Que alumbró con encantos sin medida
El opulento sol de la esperanza.

Y marchaba infeliz, desfalleciente,
Bajo mortal abrumadora calma
Con un peso de dudas en el alma,
Con crepúsculos tristes en la mente.

Pero en dichosa, inolvidable hora
De su senda al costado vió parada
A la bondad en joven transformada
De dulces ojos y de voz canora:

—Dadme una flor, oyó que le decía,
De esas que versos los poetas llaman,
Que los pechos sensibles tanto aman
Y son del corazón la simpatía.

—Aquel jardín do cultivé esas flores,
El peregrino respondió, los vientos
Del dolor y la edad crudos, violentos,
Para siémpre quemaron destructores.

Tallos quedan no más hechos carbones,
Alguna hoja en un rincón perdida,
Y sobre todo triste y extendida
La sombra de las muertas ilusiones.

Ya no tengo más flores que estos hielos
Que ves rodear y entristecer mi frente,
Últimos hilos de agotada fuente,
Que juventud manó, y amor y anhelos.

Mas si no puede el fatigado vate
Darte una flor de su jardín perdido,
Escucha al menos el deseo sentido
Que aquí en su corazón sincero late.

Sé feliz, sé feliz con esa calma
Que sólo siente la conciencia pura,
Con esa tierna mística dulzura
Dicha del cuerpo, perfección del alma.

Feliz en tus afectos, y que el cielo
Te los conserve, cual conserva hermosos
De la luna los rayos candorosos
Y de los soles el fulgente velo.

Feliz en tu bondad y tu ternura;
Que siempre caigan sobre noble seno,
Y nunca sientas el letal veneno
Que ante el ingrato el corazón apura.

Feliz en tu virtud; que luminosa
Domine siempre la calumnia fiera,
Como domina el sol desde su esfera
La negra nube de su luz celosa.

Feliz en tu ilusión; que siempre maga
Pinte á tus ojos de la dicha el sueño,
Y no veas jamás que el torvo ceño
De cruel desengaño la deshaga.

—

¿Has encontrado, Zoa,
Entre esos versos que arranqué á mis años
Algunas tiernas y modestas flores?
¿Dices que sí? ¿Lo dices bien sincera?
¿A conservarlas buenas, las destinas?
Guárdalas, pues: son obra verdadera
De tu bondad, que á su calor nacieron
Como nacen también en las ruïnas
Bajo un rayo de sol de primavera.

RAFAEL XIMÉNEZ (1)

FRAGMENTOS.

Blanca ya despoblada mi cabeza
Pensamientos encierra todavía
¿Qué me importa del cuerpo la pobreza
Si es de vida inmortal el alma mía?

Cual se separa en el crisol la escoria
Del precioso metal, así en la frente
Que guarda la labor de la memoria
Depúrase mi espíritu y lo siente.

Mas no lo alcanza sin el vivo fuego
Del horno abrasador de la existencia
Que gasta la materia rudo, ciego,
Pero respeta la inmortal esencia

. . . . . .

(1) Don Rafael Ximénez nació en Montevideo el 6 de julio de 1825 y falleció el 14 de noviembre de 1904. Se educó en Europa y regresó al país en 1842 para ponerse á los órdenes del Gobierno de la Defensa, sirviendo durante el sitío. Ocupó diversos puestos públicos y fundó la oficina de Estadística Nacional. En 1840 fué condecorado con la encomienda de comendador de la orden de Isabel la Católica. Es autor de algunos tomos de poesía y de varios dramas y comedias, entre ellos: « *Vasco Nuño de Balboa* » y « *La Campana de las Diez* ».

¡Infancia y juventud, soplos fugaces
Preludios, nada más, de la vejez
Hoy me sirven los dos como solaces
Ya que volver no pueden otra vez!

Mas ¿qué digo? ¿no soy tan venturoso
Que renacer me siento sin morir?
¿No rodea mi sér un coro hermoso
Para hacerme olvidar lo que es sufrir?

Los hijos de mis hijos son mi infancia,
De mis hijos queridos la virtud
Hoy compensa mi amor y mi constancia,
Dando al alma dorada juventud.

Juventud misteriosa, porque es de alma
Que trozando del sórdido egoismo
Las pesadas cadenas, vive en calma:
Nace en el puerto, lejos del abismo....

. . . . . .

El grupo tumultuoso de crespones
Que agitado se cierne por la esfera
Se disipa, se rompe en mil girones
Cuando en los aires la borrasca impera.

La serpiente del rayo lo hace trizas
Y lo quema y abrasa con afán
Y barre, rebramando, sus cenizas
Con sus alas tremendo el huracán.

Del fantasma después todo el amago
Tórnase en limpia lluvia desprendida
Para llevar al suelo nó el estrago
Sino un germen benéfico de vida.

Así al alma la agitan las pasiones,
La alegría, el dolor y la esperanza,
Un tropel turbolento de emociones
Con que el joven jamás sosiego alcanza.

Pero el tiempo que todo modifica
Pone coto á la ruda tempestad
Y lo mismo que tanto mortifica
Al fin nos da la luz y la verdad.

¡Santa verdad que Dios ha revelado
Al hombre sometido á la aflicción
Y que el labio del hombre ha proclamado
Llena el alma de fe, de religión.

Sublime, sin igual, consoladora,
Como una antorcha, la inmortalidad
Abriga con sus rayos y hasta dora
El tiempo de la breve ancianidad!

ANTONINO LAMBERTI [1]

¡DAME MÁS!

Si supieras qué espléndida te veo,
Al primer rayo de la luz incierta,
En el revuelto lecho, mal cubierta,
No dirías que es hora de partir.
No te vayas, que aun brilla en tu mirada
El fuego che una noche no ha extinguido;
Pálida por las fuerzas que has perdido,
Convidas á gozar hasta morir!

Dame más! hoy me amas! Otra suerte
Á robar este amor vendrá mañana!
Llevo en mi frente la vejez temprana;
Otras huellas las mías borrarán!
La dicha que juraste para siempre,
La quiero toda entera en un instante:
¡Mira las ondas de tu seno amante
Cómo pidiendo mi caricia están!

Sí, dame más! y lúbricas visiones
Pueblan mi mente al beso de tu boca;
Quiero otra vez entre mis brazos, loca,
Sentirte convulsiva estremecer.
Dame más; dame más! Llena mi oído
De ese tu ardiente entrecortado ruego.
Así, delirio del amor de fuego,
La vida desmayada en el placer!

SIEMPRE.

Yo siempre tengo para ti armonías,
Mi corazón por ti siempre se queja;
Entre la ortiga del jardín, marchitas,
Siempre mis flores para ti se encuentran:
Las flores por hermosas conocidas
Que tú en la dicha triunfadora ostentas!
¿En qué día mi amor sin esperanza
Un tributo celeste no te lleva?
A pesar de las canas que me dicen:
El tonto de la vida es el poeta.

(1) Ha vivido desde años atrás en el extrangero. Todas sus composiciones están empapadas en un sentimentalismo dulce é intenso. De este poeta, ha dicho Daniel Martínez Vigil:

«Ni la ausencia prolongada de la patria, ni el silencio persistente de su musa, privada, por el alejamiento del bardo, de las inspiraciones del hogar nativo, han logrado hacer olvidar las estancias de uno de los cantores que, con Adolfo Berro, el delicado modulador de las congojas juveniles, y con Matías Behety, el Edgar Poe del Sur, forman entre nosotros la trinidad hipostática del culto rendido á la belleza en os altares del sentimiento humano».

RIMA.

El ángel, ¿qué buscaba
Cuando del cielo de su bien partía
Y á la tierra venía
Que el paso del dolor hondo mostraba?
El grito de mi vida no escuchaste,
Socorro aunque muriendo no pedía.
Desierta la pendiente
Y la hora sola y triste...
Ah! por qué te asomaste
A escuchar los rumores del torrente!
Perdido allí me viste,
Y por salvarme á mí también caiste!

LA TOCADORA DE ARPA.

En ti escuché el murmurio
Del sauce con las auras,
La queja de las olas
Besando las arenas de la playa;

Esa armonía incierta
Del mar dormido, en calma
En la hora que la sombra
Con el silencio sobre el mundo avan-
[za;
Ecos tiernos, lejanos,
Que en el espacio vagan,
Y vienen al espíritu
Con el lamento de una voz hermana;

El rumor del desierto;
La silbadora ráfaga
De los vientos que cruzan
Su llanura salvaje y desolada;

Los cantos que saludan
Al asomar el alba;
Rugidos de torrente;
El toque de oración en la montaña;

El acento, el suspiro
Del corazón que se ama
Vibrando en el recuerdo
Los himnos de la vida en su maña-
[na;
Del labio amante, trémulo,
La promesa jurada;
En la noche serena
El acorde gentil que al amor llama;

Allá, como un ensueño,
Onda doliente y rápida...
En el torreón sombrío,
Endechas de cautiva solitaria;

La voz de la inocencia
Que á la ternura encanta;
El ruego de la madre
Por el hijo que corre á la batalla;

Del infeliz proscripto
La despedida amarga,
Dejando cuanto adora
Para morir ausente de la patria.

Tristezas y dulzuras,
Sollozos y plegarias,
En confusión sublime
Cruzaron como nubes por mi alma.

Y en mi delirio plácido,
Me pareciste un hada,
El genio de las musas
Arrullando al poeta en la desgracia.

Y un rayo de consuelo
Sentí que me inundaba,
Como entre ruinas tristes
La suave lumbre de la luna pálida.

Y el mundo de recuerdos
De muertas esperanzas,
Historia de la vida
Que el corazón en su sagrado guar-
[da;

Todo se estremecía,
Al sonido de tu arpa,
Y te aclamé llorando
¡Yo que creía no tener más lágrimas!

LAURINDO LAPUENTE [1]

EL HONOR DE LA FRANCIA.

Fiero el cañón del despotismo truena,
Celebrando de un pueblo el cautiverio;
Y la justicia en alas del misterio,
Al libre alienta, al opresor condena.

Levantad vuestra frente, hijos del Sena,
Que honor y gloria diste á un hemisferio;
Y destronad al monstruo del Imperio,
Que os obliga á arrastrar la vil cadena.

No es la egregia victoria que engrandece,
La que anuncia á los pueblos el soldado
Del genio del espanto y la tiniebla;
Es el triunfo del crimen que envilece,
El honor de la Francia sepultado
Bajo las ruinas de la heroica Puebla!

PERÚ Y MÉJICO.

¡España no escarmienta! De su mortal caída,
Airada se levanta con ímpetu feroz;
Y á *América* se lanza para vengar la afrenta,
Que á su poder hicieron la Libertad y Dios.

Armada de las furias que trajo á la conquista,
El Nuevo Mundo anhela volver á encadenar;
Y al golfo mejicano dirije su estandarte,
Seguida por el vuelo del águila imperial.

De Méjico los libres á defender se alzaron,
La santa independencia, la libertad y el bien;
Y España retrocede, y avanzan las legiones
Astutas y traidoras del déspota francés.

¡Baldón! para la patria del Cid y de Pelayo,
¡Baldón! para las glorias que en Mayo conquistó;
La España vencedora de Napoleón el Grande,
Hoy sufre del Pequeño, nefanda humillación.

(1) LAURINDO LAPUENTE perteneció al grupo de Heraclio Fajardo y Fermín Ferreira. Residió largo tiempo en la República Argentina. De él no se conocen más que las poesías sueltas publicadas en diarios de la época.

El clero y los traidores al agresor infame
Alientan con el crimen en Méjico infeliz;
Y es *Puebla* el apoteósis de los insignes héroes,
Que en medio de sus ruinas supieron combatir.

Y en vano el mal patricio y en vano el extrangero,
Y en vano los hipócritas sin ley ni religión,
Intentan la República matar impunemente,
A fuerza de maldades y á fuerza de cañón.

Que el degradante *Imperio* que establecer pretenden
Los déspotas en Méjico, veránlo desplomar,
Cual frágil edificio basado sobre arena
Al ímpetu primero del libre vendabal.

. . . . . .

La táctica del fuerte ya está bien conocida,
Los déspotas enseñan la ciencia del dolor;
La flota de la España, la manda un descendiente
Del criminal famoso que traicionó á Colón!

Pirata de los Reyes, invade el territorio
De un pueblo democrático, con bélica actitud,
Y en nombre de sus amos, cual nuevo *Don Quijote*
Embiste con la prora las *Islas* del Perú.

¡República Peruana! defiende tus derechos,
Que triunfen ó perezcan tus hijos en la lid;
Que arrasen tus ciudades las llamas del incendio,
Primero que á los Reyes dobleguen la cerviz!

¡Repúblicas de América! la monarquía avanza,
Y avanza por los flancos de la discordia vil;
Unidas seréis fuertes, pero en el aislamiento,
El despotismo os bate y os vencerá por fin!

Abajo los gobiernos que á realizar se opongan
La alianza entre los pueblos del mundo de Colón,
Perjuros y tradidores, reciban por castigo,
La iras de la patria, la maldición de Dios!

La tregua ha terminado—La fiera Monarquía
Con nuevos atentados, provoca á nueva lid;
¡De pié está la República! sus héroes son los hijos
De Washington, Bolívar, Belgrano y San Martín.

EDUARDO G. GORDON [1]

EL TRABAJO.

La aurora de la vida
Empieza para el arte,
La unión le hará potente
Del mundo en la extensión;
Sin el trabajo, hermanos,
Que tanta luz reparte,
No habría á la familia
La santa protección.

Agítese el martillo
Que es cetro prepotente,
Con ese va la idea
Que encarna la virtud;
Obreros, al trabajo,
Vuestro taller es templo
Do la honradez se anida
En plácida quietud.

Obreros, al trabajo
Con fe y perseverancia!
Volved á vuestras casas
Cubiertos de sudor;
¿Qué importa la fatiga
Si el alma está contenta,
Si el pan es amasado
Con verdadero amor?

Obreros, al trabajo!
¿Qué importa la fatiga
Si vuestros hijos duermen
Al ruido del taller?
No desmayeis, hermanos,
Que la labor obliga.
¡Obreros al trabajo:
Ya empieza á amanecer!

JOSÉ PEDRO VARELA [2]

ÍNDICE DEL HOMBRE.

I.

Introducción. — El pabellón dorado
De un misterioso lecho nupcial.
. . . . . .
El porvenir naciendo del pasado!
Qué profundo misterio, humanidad!

II.

Capítulo primero. — El nacimiento...
Un gemido, una lágrima, un pañal...
Qué bonito! qué lindo! Es un portento...
Un indecible abrazo maternal!

(1) EDUARDO G. GORDON, murió hace ya muchos años. Fué periodista, dramaturgo y poeta. Redactó por largo tiempo varios de los principales diarios de la capital, é hizo representar diversas obras dramáticas que tuvieron aceptación. Algunas de sus composiciones se han popularizado, habiendo sido adaptadas á cantos escolares. Murió en la oscuridad después del año 1878.

(2) La celebridad de JOSÉ PEDRO VARELA no se basa sin duda en sus versos, sino en la obra de la reforma escolar que él llevó á cabo en el país y que le valió que álguien le llamara el Horacio Maun uruguayo. Nació en Montevideo el 19 de Marzo

III.

Capítulo segundo. — La inocencia...
Las risas y el colegio y la lección...
¿Por qué lloras? Estoy en penitencia!
Seguid! es la cartilla del dolor!

IV.

Capítulo tercero. Los veinte años...
Alma mía te quiero más que á Dios...
Y la infame me vende. Nó, me engaño!
Me duele horriblemente el corazón.

V.

Capítulo cuarto. — El egoismo!
Magnífico! Se aumenta mi caudal...
¿Un mendigo? mi casa no es asilo...
¿Un enfermo? Que aquí no es hospital....

VI.

Y capítulo último. — La muerte.
Un momento de llanto funeral...
Un nombre que se graba en una piedra...
Unos meses de luto y... nada más!

---

* * *

¡Qué lindos son tus ojos y qué lindo
El color de tu tez inmaculada!
¡Qué suave es el calor de tu mirada!
¡Qué puro debe ser tu corazón!
¡Cómo adornan tu cuello nacarado
Las ondas de tu negra cabellera!
¡Cómo en tu sien hermosa reverbera
La poética luz de la ilusión!

¡Ah! ¡dichoso el que pueda un solo instante
Ocupar tu sencillo pensamiento;
El que aspire el aroma de tu aliento
Y beba la ambrosía de tu amor;
El que haga que tu frente se colore
Con el santo rubor de la inocencia;
El que pase á tu lado la existencia
Oyendo palpitar tu corazón!

---

de 1845 y desde temprana edad se dedicó al comercio. Llevado á Estados Unidos por motivos de su oficio, intimó allí con Sarmiento, quien le inspiró la idea de la reforma escolar que, de vuelta á la patria, inició y realizó con grandes sacrificios. Ya entonces había escrito y publicado versos y con un tomo de poesías inéditas había visitado á Victor Hugo, quien alentó al joven poeta. Sin embargo, más que sus versos han vivido sus obras de pedagogía, *La Educación del pueblo*, *La legislación escolar*, *Enciclopedia de la educación*. Fué también periodista distinguido y fundó y redactó *La Paz*. Nombrado Inspector Nacional de Instrucción pública, realizó ampliamente y con verdadera videncia el plan concebido en Estados Unidos. Murió junto al yunque, el 24 de octubre de 1879, agotadas las fuerzas de su espíritu por la labor desplegada y amargado el espíritu por la magnitud del sacrificio, desconocido entonces, y que la posteridad ha puesto de manifiesto como el mejor título de su gloria.

Á.....

Como el recuerdo que guarda el alma
De las risueñas horas de calma
En que mil sueños de amor forjó;
Así en mi mente cándida y pura,
Se alza la imagen de la hermosura,
De tu pureza, de tu candor.

Como el arrullo de la paloma,
Como el concierto que, cuando asoma,
Saluda al astro que luz nos da;
Así en mi alma, cuando te miro,
Se eleva un himno, que es un suspiro,
Que es una queja, tal vez un ¡ay!

Como el pampero que al mar agita
Y que en los bosques el árbol quita
Todas sus hojas y su frescor;
Así en mi pecho se alza la duda,
Que roe lenta, que roe muda
Mis esperanzas, mi corazón.

Y como el ave vuelve á su nido;
Como al recuerdo de un bien perdido
Se vuelve el hombre lleno de amor;
Así mi alma, cuando suspira
Lejos del mundo, de su mentira
Se vuelve al cielo, se vuelve á Dios!

VICTORIANO E. MONTES (1)

EL TAMBOR DE SAN MARTÍN.

I.

Con los héroes de todo un continente
La muerte ha hecho sacrílego botín!
Pero aun lucha con ella frente á frente,
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,
El anciano Tambor de San Martín!

II.

Los esclavos se arrancan la librea:
« Termine, gritan, nuestra suerte ruín:
Sea Nación independiente, ¡sea!
La colonia infeliz.....» Y á la pelea
También corre el Tambor de San Martín!

(1) El doctor VICTORIANO E. MONTES con las pocas poesías que publicó desde 1877, época en que se inició en las letras, ha conseguido consagrarse como poeta de verdadero vuelo. Dentro de su época descuella por la originalidad de sus composi-

III.

Escala, en son de guerra las inmobles
Montañas, un brillante paladín;
Y se enardecen los campeones nobles,
Al vibrante compás de los redobles
Que lanzaba el Tambor de San Martín!

IV.

Allá van los bizarros batallones!...
Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín,
Destrozan las ibéricas legiones,
Arrollando artilleros y cañones
Al toque del Tambor de San Martín!

V.

Cuentan que, en lo más recio de un combate,
Incendia una granada al polvorín!...
Firme y de pié, su fibra no se abate,
Y entre montañas de humo el parche bate,
Impasible el Tambor de San Martín!

VI.

Joven y hermoso, en Lima y sus afueras
Lucía su uniforme y su espadín,
Su airoso porte y bélicas maneras,
Crugiéndole las botas granaderas
Al rumboso Tambor de San Martín!

VII.

Qué tiempos! Qué aventuras! Cuántas *cholas*
De alma angélica y tez de serafín,
Suspiraban llorosas, mustias, solas,
Por que oyeron las dulces mentirolas
Del galante Tambor de San Martín!

VIII.

Enfermo yace el invencible atleta,
Relegado de un pueblo en el confín;
Ya no hay dianas ni toques de retreta....
¡Pasó, pasó la juventud inquieta
Del ardiente Tambor de San Martín!

IX.

Por él son hombres libres los ilotas....
Y lleva un traje de raido brin!
Vive en un rancho y en lugar de botas
Miserables y rústicas ojotas,
Sólo lleva el Tambor de San Martín!

---

ciones, la audacia de las figuras y lo atrevido de la rima. Poeta de verdadera inspiración, ha escrito composiciones que han quedado en el alma popular. *El tambor de San Martín* ha sido reproducido por todos los periódicos americanos. El doctor Montes, vinculado desde muchos años á la República Argentina, no ha vuelto á escribir, por más que los pocos versos que ha dejado es lo bastante para que su nombre quede incorporado al grupo de nuestros verdaderos poetas.

X.

¡Pan y ropas y techo al veterano
Escapado al sacrílego botín!
Patria de Monteagudo y de Belgrano,
¡Basta de ingratitud! Tiende tu mano
Generosa al Tambor de San Martín!

XI.

Que se yerguen las sombras inmortales
De los bravos de Maipo y de Junín,
Y estrechen con abrazos fraternales,
Necochea, Las Heras y Arenales,
Al ilustre Tambor de San Martín!

EL PINTOR DE BATALLAS.

¡Salve artista con alma de patricio,
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que anhela el sacrificio,
Y sucumbe en la lid gallardo y fiero!

Te dió su inspiración Echeverría,
Castelli el alma, Necochea el brazo,
Mármol su tormentosa fantasía,
Su indómita altivez el Chimborazo.

Tu muerte, como un sol, está irradiando,
¡En himnos mil la admiración estalle,
Oh pintor, que has caído batallando,
A los piés de la estatua de Lavalle!

De la patria del alma el vilipendio
Tu noble corazón de angustia crispa,
Como crispa á los robles el incendio,
Esa prole siniestra de una chispa.

¡Cómo tu pecho enardecido late
Al oír de la patria los clamores,
Al entonar los himnos del combate,
Sirenas de la guerra, los tambores!

En explosiones bélicas estallas
Y el pintor se transforma en el soldado,
Como hombre que ha pintado las batallas
Y que ama las batallas que ha pintado.

¡Salve, artista con alma de patricio
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que amaste el sacrificio,
Y caiste en la lid gallardo y fiero!

El generoso joven de alma fuerte
Que adore el arte y como tú batalle,
Suspirará por tu sublime muerte
Al pié del monumento de Lavalle.

¡Cuál soñaría tu alma de gigante
Al trasladar al inspirado lienzo,
Lleno de unción, con el pincel vibrante,
Los muertos de tu Maipo y San Lorenzo!

Y juraste en transportes peregrinos,
De una visión profética á los lampos,
Lidiar como esos héroes argentinos,
Y hallar la muerte en tan gloriosos campos.

¡Oh, pintor! en tus cuadros opulentos
Vibra el clarín y ondean los pendones,
Vuelan á combatir los regimientos
Y vomitan la muerte los cañones.

¡Cómo tu inspiración relampaguea
Al trazar la silueta de los bravos,
Que hicieron fulgurar en la pelea
El sable redentor de los esclavos!

Tú, con corceles de tremantes crines,
Con morriones, penachos y oriflamas,
Y arengas de tambores y clarines,
En patriótico ardor el pecho inflamas!

Se ve, se asiste al bélico torneo;
Ruedan allí las armas hechas trizas....
Oh, del pincel altísimo Tirteo,
Tú apostrofas, tú incendias, tú electrizas!

En tu paleta y tu pincel hay rayos,
Tempestades, catástrofes, escombros,
Antros, cumbres, hipérboles, desmayos,
Estampidos, relámpagos y asombros.

Siguiendo al Héroe en su triunfal carrera,
¡Cuál tu númen el vuelo audaz ensaya!
Si tu no hubieras muerto... el mundo viera
Al Andes saludando al Himalaya!

Huérfanos de tu mano cariñosa,
¡Ay! ¿qué harán tu paleta y tus pinceles?
Ellos debieran coronar tu fosa
Convertidos en bosques de laureles!

Y allí, al silencio nocturnal profundo
Dando el ramaje al huracán que zumba,
Publicar, sollozando por el mundo
Los poemas que duermen en tu tumba.

Tus cuadros y la sangre de tus venas
Conquistaran, de Grecia en el recinto,
La admiración de Apeles en Atenas,
Y el lauro de los héroes en Corinto!

Dále ¡oh, gloria! un mirífico destello,
Dadle, ¡oh, poetas! vuestro excelso canto,
Pintar los triunfos de la patria es bello,
Y morir por la patria es noble y santo.

AURELIO BERRO (1)

AL MONUMENTO.

¡Pára, cálido sol, tu raudo vuelo!
Que la onda brillante
De benéfica luz que adorna el suelo
Con la espiga y la flor, ciña radiante
Ese grupo de mármoles y bronces,
Barrera levantada al hondo olvido,
Y alto padrón de gloria
Donde graba el esclavo redimido
La primer frase de su libre historia!
Truene el ronco cañón, no ya de muerte
Mensajero fatal; su acento augusto
Al amor de lo grande y de lo justo
Eleve el corazón del hombre fuerte.
Vibre en el viento el címbalo sonoro:
En armonioso coro
La voz de los levitas, retumbando
Bajo las anchas bóvedas, difunda
Allá en el templo el cántico ferviente;
Y mientras, vuelto en vaporoso velo,
Del turíbulo ardiente
En lentas nubes el incienso humea,
Aquí bajo la bóveda del cielo,
La plegaria del pueblo alzada sea!
¡Dios y la libertad! Tal era el grito
Que el corazón de Lavalleja henchía,
Cuando el bravo proscrito
A la victoria rápida y segura
Su indómita falange conducía.
¿Lavalleja clamé? Grande figura,
¿Por qué no estás aquí? ¿Por qué el Eterno
Los días de los héroes no prolonga
Aún más allá del término marcado
A la vida vulgar? ¡Ah! Yo te viera
Sobre ese frío pedestal alzado,
Con el roto girón de tu bandera,
Trémulo el brazo, trémula la planta,
Ornar esa columna,
Que la justicia á la virtud levanta,
Yo te saludo, venerada sombra

(1) AURELIO BERRO nació en Montevideo en 1834. En el país ha sido Ministro y Diputado. Como poeta pertenece á la tradición clásica, y su verso correcto y pulido no está exento de cierto delicado aticismo. En el certamen nacional de 1879, su « *Canto al Monumento de la Independencia* » obtuvo el primer premio. Su inspiración se mantiene siempre dentro de la serenidad clásica, pero su verso es fluido. En la actualidad reside en Buenos Aires.

(Y las lágrimas saltan á mis ojos
Cuando mi voz te nombra)
Si allá, en el éter que circunda el suelo
Donde yacen sepultos tus despojos,
Tu espíritu flotante se pasea
Al contemplar el pueblo que apiñado
Ese mármol rodea,
Al fruto de tus obras consagrado.
Séale dulce la gloriosa ofrenda,
No menos justa porque fué tardía,
Y desde el eter, de tu amor en prenda
A tu patria tu espíritu sonría!
¡Salve otra vez al bueno entre los buenos,
Y para mí el mejor!... Si entusiasmado
En la homérica historia me absorbía
De tus ínclitos hechos,
No era sólo el valor lo que veía!
Bravo te hallé cuando en la ansiada arena
Del primer paso al estampar la huella,
Con los tuyos juraste
«Salvar la patria ó perecer por ella».
Héroe te ví de Sarandí en la pugna,
Lanzando á la carrera á tus bridones,
Animado de aliento soberano,
Gritar á las legiones:
«Carabina á la espalda y sable en mano»
Pero aún más grande y noble
Te pude contemplar!... Cuando tu frente,
Con el laurel de la victoria orlada,
Inclinaste tranquila y reverente
En el recinto de la ley sagrada,
Y el invencible acero
Con digno continente depusiste
Ante esa misma ley... ¡cuánto creciste!
Tú fuiste, sí, el primero
Que dejó entre nosotros en la historia
Esta lección á la futura gente:
«Para alcanzar los timbres de la gloria
No le basta al soldado ser valiente».
En láminas de bronce burilado
Mirad ahí del inmortal caudillo
El nombre venerado:
Con él están sus ínclitos campeones
Y allí, á la par, nuestro primer Senado.
. . . . . .
Salve ilustres varones,
Y tu también inolvidable día!
. . . . . .
El valor y el saber ¡oh patria mía!
Aquí, bajo este sol, sobre este suelo,
Fundaron tus destinos soberanos:
Al recordarlo, aquí, bajo este cielo,
Descubramos la frente, ciudadanos!
Por fin, lo ves alzado
Ese padrón de honor, bella Florida!
Tardo recuerdo de favor gozado,
Por que el dolor hasta el deber descuida!
Mármol, granito y bronces

Relatan un poema en sus labores:
Las memorias de entonces
Aparten del artista y sus primores
La plácida atención del pensamiento;
Bronce, mármol, granito,
Despierten de virtud el sentimiento
Y eleven nuestra mente al infinito,
Por que El estaba allí: sin El, ¿qué fuera
La obra de los hombres? ¡Polvo inútil
Que flotando en espacios sin espacio,
En abismos de sombra se perdiera!
Con El, todo se viste y se colora,
Y en las formas eternas de la idea
Sobrevive la fuerza creadora,
Aunque de polvo el instrumento sea.
. . . . . .
Vivos están los hechos de los héroes!
¿Qué importa que cegado
El odio vil por la pasión los tuerza?....
Todos eran hermanos!
¡Pura fraternidad, hija divina
De un Dios de amor y sacrificio santo,
Fruto feliz de la sin par doctrina
Que alienta el corazón y endulza el llanto:
Tu eres la roca inmoble
Donde el torrente rujidor se estrella;
Tu eres el fuerte roble
Que entre el furor del huracán descuella,
Sin que el furor del huracán lo doble!
El amor es la unión, ella la fuerza,
Y en ese incontrastable fundamento,
En medio á los embates que la acosan,
La humana sociedad halla su asiento,
Y *honor, poder* y *libertad* reposan.
Necio aquel que pretenda,
Tejiendo el interés y el egoismo,
Cubrir su prole con instable tienda!
En su infecundo anhelo,
¡Ay! será vano que prolijo imite
De la fraternidad la trama santa:
Va laborando en hielo
Que el primer sol de la pasión derrite,
O el primer golpe del dolor quebranta.
¡Dios y la libertad! Allí aspiremos
El aura de verdad que nos anime
Delante de ese noble monumento,
Que en nuestras almas el respeto imprime,
De un génesis divino el juramento,
De la fraternidad la idea fecunda;
¡Que el germen puro derramado al viento,
Fertilizando nuestras almas cunda!
Fraternidad—el estandarte sea
Que muestre á nuestros hijos el camino
Do en cada paso aproximar se vea
El ideal de su feliz destino;
Y si un día, tal vez desfalleciendo
Con el polvo y el sol de la jornada,
Sienten que su valor va decayendo

Y que se dobla su cerviz cansada,
Vengan aquí, pregunten á ese mármol
Cuánta es la fuerza que en la unión se esconde,
Y escuchen en la voz de los recuerdos
Lo que el pasado al porvenir responde!

Á RIVADAVIA.

Tardas, Justicia; pero, al fin, tú llegas!

No era mi voz, que, resonando ahora
debiera alzar de inspiración desnudo
el canto de loor; grave y sonora,
el arpa de los bardos Argentinos,
ansiára yo escuchar, atento y mudo.
Pero reina el silencio; el tiempo avanza,
llega la hora propicia,
yaudaz mi acento á levantarse lanza
y el grito que le arranca la justicia.

Para el sabio y el bueno
cabe, á la vez, idolatrar la Patria
y amar la humanidad: el noble seno
acoge todo bello sentimiento,
y del genio profundo,
abarca un pensamiento:
la extensión del hogar y la del mundo.
¡Tal fuiste, Rivadavia!
¿qué importa, pues, si se meció mi cuna
donde la tuya no? De la fortuna
fué disponerlo así: su brazo fuerte
un pedazo de tierra nos designa
para ir á la vida ó á la muerte.
Quédale á la virtud, severa y digna,
salvar con su poder el linde estrecho,
y la fibra mover del entusiasmo
en suelo ageno y en extraño pecho.

No temas, Rivadavia, que mi canto,
con lisonja falaz, tu nombre ofenda
y el brillo fulgurante de tus hechos,
fuera del campo de su luz extienda.
Pródiga fué tu mente generosa
en gérmenes de bien; pero, no siempre
la cosecha abundosa
recoje el sembrador; — voraz, impía,
la discordia surgió; luchaste en vano,
y, largos años, despertaste al día
ausente de tu suelo Americano.

¡Cuántas veces pensando
En el desierto lar, tu mente inquieta
volaría tras él — tras esa Patria
á que rendiste fervoroso culto,
y en cuyos hijos, por su mal, hallabas
indiferencia que rayó en insulto!

Mas ese corazón que tu alentabas,
sólo á grandes impulsos respondía;
allí, del rencor vil ó la venganza,
ni la sombra, cabía.
Ambas, y en las horas de esperanza
volviendo tu bajel al Plata undoso,
por un momento contemplaste ansioso
el tibio sol y la ciudad querida.
¡Ay! de las patrias ondas
alzóse, contra tí, la hirviente espuma;
partiste; y tu vista humedecida,
tu Buenos Aires se perdió en la bruma
. . . . . .
. . . . . .

Y mientras que las páginas oscuras
de la Argentina historia
se iluminan al brillo de ese nombre
envuelto en luz de inmarcesible gloria,
Tú, en el hondo letargo de la muerte,
término oscuro de la humana guerra,
descansa en paz! y á tu ceniza inerte
cálida sea la materna tierra!

PAN Y LÁGRIMAS.

Eleviam fra le lacrime i cuori,
Sosteniamo gli scossi intelletti,
Siam colpiti ma non maledetti,
Man paterna è la man del Signor.
SILVIO PELLICO.

En medio de los tristes pensamientos
Que la propia desgracia nos inspira,
Húmedo aún de sangre,
El yermo suelo de la patria amada;
Cuando la diestra airada del hermano,
Contra el hermano alzada,
En lucha estéril se fatiga en vano;
Cuando apenas allá en el horizonte
Brilla la tenue luz de una esperanza,
Vaga como la vela salvadora
Que el náufrago infeliz en sus delirios
Cree siempre ver, y que jamás alcanza;
Nuevos gemidos de dolor resuenan
Nuevo horror nos abruma,
Y otro pueblo enlutado
Sus ayes moribundos nos envía
Del mar sonoro en la brillante espuma.

¡Infeliz Buenos Aires!
La celebrada emperatriz del Plata
Yace en el lecho del dolor cruento.
Sus hijos desparecen
Al hálito fatal del morbo impío
Como las hojas qne arrebata el viento,
Como gotas de lluvia
Que absorbe en su corriente el ancho río.

Buenos Aires perece
Pero luchando aún, su noble esfuerzo
A la medida de su mal se acrece;
La caridad sublime por do quiera
Frente á frente al peligro se presenta,
Y la patria sonríe en sus dolores
Cuando á sus héroes por sus hijos cuenta.

Entretanto la muerte inexorable
Su espantosa labor sigue inclemente,
Las víctimas humildes
Al par de las más altas van cayendo,
Y al vicio y la virtud hiere igualmente.
El ministro de Dios y el de la ciencia,
Consuelo y esperanza del que sufre,
Allí á su cabecera
Perecen con la muerte del Apóstol,
Con la del bravo al pié de su bandera.
No hay humano poder que el mal detenga
Y nada - nada - su furor mitiga:
La segur va cortando,
Cual la del segador que abate á un tiempo
La yerba humilde y la dorada espiga.

El noble corazón que ayer latía
De caridad y amor dando el ejemplo,
Ya no latirá más. — Las anchas frentes
Que antes sirvieron de morada al genio,
Donde hervían grandiosos pensamientos
Que el mundo y los espacios abarcaban,
No piensan ya: quebráronse las alas
Al águila altanera,
Y el foco ayer de ideas eminentes
Es hoy una vacía calavera!
La beldad juvenil que antes brillaba,
Viva imagen del ángel en la tierra,
Vertiendo en torno suyo ese perfume
Que puso Dios en ella y en las flores,
Cesó de sonreír; sus tiernas gracias
Ya no inspiran amores,
Fuése... voló... como la flor marchita,
Que á la brisa más débil se desprende,
Como la débil rama que en su seno
El vórtice insaciable precipita.

Ayer no más una mujer dichosa,
Con profundo cariño,
Las gracias inocentes contemplaba
Del ternezuelo niño
Que jugando á sus plantas sonreía.
¡Oh! ¡Con cuánto placer le acariciaba
Y á sus calientes haldas le atraía!
Ensenábale á orar, y él, balbuciente
Juntando sus pequeñas manecillas,
Mirábala entre serio y asombrado,
Y en palabras cortadas repetía
Las mismas oraciones
Que del labio materno recogía.

Pura felicidad! — Mas, ¡ay! la hora
En que debe concluír está sonando....
La fiera hambrienta percibió ese niño,
Y al dintel de la puerta está llamando.
¡Horrible transición! ¡infeliz madre!
Héla allí con los ojos espantados,
Suelto el cabello, descompuesto el rostro,
Sin pensamiento fijo,
Y llorando y riendo al mismo tiempo
Abrazada al cadáver de su hijo.
¡Cuánta desolación! Por todas partes
Un cuadro desgarrante se presenta.
Nada le basta al monstruo; donde quiera
Deja caer su garra despiadada,
Y víctimas sin cuento
Arranca del bullicio de la vida
Y arroja en el silencio de la nada.

Buenos Aires perece,
Pero luchando aún; los sufrimientos
Son la piedra de toque
Donde el valor del alma se aquilata,
Y la excelsa virtud el mal no teme,
Que solamente la materia mata.
Los hijos de esa patria generosa
En la más pura caridad se inspiran,
Y velando incansables al doliente,
Con voluntad serena
El veneno mortífero respiran:
Están con el que muere,
Y mueren á su vez. — ¡Paz á su tumba!
Y para eterno ejemplo de los hombres,
En letras imborrables,
Guarde la historia al porvenir sus nombres.

Pero, no es todo aún; cuando el azote
Se aleje ya de víctimas hartado,
Nuevos males vendrán: aquí una turba
Hambrienta y desvalida
Llegará en vano á la mansión desierta
Del opulento que perdió la vida,
Y con paso cansado
Seguirá por un pan de puerta en puerta.
Allá un débil anciano,
A quien la muerte le quitó sus hijos,
Con temblorosa mano
Procurará secar la ardiente lágrima,
Que el arrugado párpado le quema,
Y solitario vivirá muriendo....
Y el huérfano infelice
¿Quién le devuelve la infantil sonrisa
Que en sus labios vagaba,
Y que el dolor primero borra impío?
¿Quién cubrirá sus ateridos miembros
Cuando gimiendo exclame: «tengo frío?»
¡Y las madres! ¡Para ellas no hay consuelo!
Mirad, allí está una
Al pié de aquella cruz siempre llorando.

¿Porqué, dime, en tu llanto inextinguible
Ese sepulcro bañas?
Y ella en trémulo acento....
«Regando estoy la flor de mis entrañas».

Basta, mi corazón destroza el pecho!
¡Alma mía, ten fuerza! Dios, inspírame
Para que tenga mi postrer acento
La verdad que conmueve,
Cuando al hablar á un pueblo generoso
Le grite el labio mío:
¡Compasión, compasión para el hermano
Que en sus dolores al hermano implora,
Abre tu corazón, tiende tn mano
Pan al que pide pan.—¡Llanto al que llora!

JOSÉ M. SIENRA CARRANZA (1)

Á UNA PARAGUAYA.

I.

Imagen de tu patria desolada,
Ahí vas con paso tembloroso, incierto,
Resto de otra mujer, virgen violada,
Noble señora ayer, sierva hoy ajada,
Cargando en vano un corazón que ha muerto

Ahí vas llevando en tu mirada escrito
El poema infernal de tus dolores,
¡Guay! víctima expiatoria sin delito,
Ahogando acaso en la garganta el grito
Que podría turbar á tus señores.

Vana reliquia de la lucha ruda
Salvada á los embates de la suerte,
Huérfana, madre solitaria, viuda,
Bien sé que tu alma permanece muda
Desde que en otro sér te hirió la muerte.

(1) El doctor José Manuel Sienra Carranza, nació en Montevideo el 4 de Julio de 1843. Es un hombre público que ha ocupado puestos de importancia. Ha sido ministro diplomático, diputado y miembro del Consejo de Estado de 1898. Como orador se ha distinguido por sus convicciones, su palabra elegante y el concepto de sus discursos. Como periodista y literato, ha colaborado en diversas publicaciónes y ha redactado *La Democracia*, *El Plata*, *El Pueblo* y *La Tribuna Popular*. Es autor de varios folletos históricos y jurídicos. Sus versos, inspirados y correctos, le han valido á su autor verdadero prestigio literario. Su composición « *A una paraguaya* » se ha popularizado, llegando á ser una de las poesías más en voga en el Paraguay. Actualmente es Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad, de la cual fué Rector por breves horas en 1875.

¿Era el padre?... ¿Era el hijo?... ¿Era el esposo?...
Curupaytí talvez le vió asombrado,
Tinto en sangre el acero, valeroso,
Alzando el patrio pabellón radioso
Sobre el campo de muertos alfombrado.

¡Guay! y tú que del triunfo en los laureles
No pudiste soñar que hubiera espinas,
Viste del enemigo los corceles
Sobre el tendal girando de los fieles
Hechos trizas en Lomas Valentinas.

Fué allí el instante de la lid tremenda
Fué allí el relampaguear de los cañones!
No hubo cuartel en la feroz contienda!
Cayó!... cayó del Paraguay la tienda,
Y su estandarte se aventó en girones!

El ¡ay! del moribundo paraguayo
Del *cambá* se confunde con el ¡hurrah!
Y el genio de la gloria en su desmayo
En vano forja un postrimero rayo
En Cerro-Leon, Piribebuey y Azcurra!

¡Guay! del pueblo infeliz en la derrota!
¡Guay! del pueblo que á lid retó al imperio!
¡Guay! la viuda del paria, la hembra ilota,
¡Guay! que en el llanto que en sus ojos brota
Ha de aplacar su sed, en cautiverio!...

¿Era el padre?... ¿Era el hijo?... ¿Era el esposo?...
Fueron todos tus hijos, desgraciada,
Fué la madre y la hermana, fué el brioso
Doncel apuesto, y el anciano añoso,
Fué tu Jerusalen, rota y saqueada!

Y ora, ahí estás, sobre tu mismo suelo,
Expatriada en la patria, junto al templo
Donde el incienso se levanta al cielo,
Donde se entona el himno del consuelo
De Aquidabán por el sangriento ejemplo.

Cristiano vencedor, al Dios bendito
«¡Gloria!» Canta entre músicas y flores...
Tu cargas un dolor que nadie ha escrito
Ahogando acaso en la garganta el grito
Que podría turbar á tus señores!...

II.

¡Ah! marcha taciturna tu camino,
Arrastra resignada tu cadena,
Para el pesar que tu alma ha recojido
No hay bálsamo en la tierra.
¡No hay límite al dolor de tus dolores!
No hay en tu hogar sin lumbre
Sinó aliento de muerte,
Silencio y soledad y servidumbre!

IMPOSIBLE.

Imposible! imposible! hay un secreto
Que á nuestro mutuo amor se opone impío,
Hay un misterio funeral sombrío,
Que nuestra suerte para siempre hirió.
En vano los recuerdos seductores
Vendrán á acariciarnos con su halago,
En vano, en vano, quejumbroso y vago,
Flotará entre dos almas el amor.

Virgen al desencanto y los dolores
Cruzabas el vergel de la existencia,
A la cándida luz de tu inocencia
Vislumbrando sereno el porvenir.
Pura eres tú como la flor del aire,
Como la luz de la mañana, bella,
Era la estrella del amor tu estrella,
Eva en el día del Edén feliz.

¡Ay! ufana una noche con tus galas
Los salones del baile recorrías,
De la danza en los giros parecías
La prometida silfa del amor.
¡Ah! ¿por qué en medio de la alegre fiesta
Fueron contigo á tropezar mis ojos,
Y la sonrisa de tus labios rojos
Vino á hacerme temblar el corazón?

Fuiste el delirio de mi alma entonces,
Fuiste la encarnación de mi destino,
Yo me forjaba un porvenir divino
Para darte divino el porvenir.
Y tu delirio, y mi delirio, locos
Y tu destino á mi destino atamos,
Y luminoso el porvenir juramos
A los transportes del amor abrir.

Tranquila iba tu vida solitaria
Como entre flores plácida corriente,
Yo desaté las furias del torrente
Que en sus ondas tu calma arrebató.
Y ora como un sarcasmo hay un secreto
Que á nuestro mutuo amor se opone impío,
Hay un misterio funeral, sombrío,
Que nuestras almas para siempre hirió.

---

* * *

Del *aroma* entre los gajos
La flor del *cactus* he visto
Mezclando rojas corolas
Con botones amarillos,
Como un infortunio encuentra
En otro infortunio abrigo,
Como de dos corazones
Que el dolor tiene cautivos
Las melancólicas quejas
Se confunden en un himno.

No sólo espinas brotaron
Sobre tu agreste camino,
Cuando en noche de silencio
Te tocó mi desvarío.
Ah! No me culpes si el cielo
Turbó con mi voz tu olvido
Y en el hielo de tus venas
Volvió á poner fuego vivo...
Yo dí toda mi ternura
En tributo á tus hechizos
Y á tu corazón enfermo
La sangre febril del mío.
Mi desventura y la tuya
Estrechó secreto instinto
Porque entre grietas de ruinas
Abriesen cándidos lirios,
Y en medio de los dolores
La flor del amor divino
Diese al árido desierto
Perfumes del paraíso!

Ah! no me esquives buscando
A tus pesares alivio,
Que donde quiera que vayas
Irán mis penas contigo.
Deja otra vez que tu frente
Repose en mi seno herido
Fecundizando las almas
La unión de los dos martirios
Que sobre la tierra ingrata
Estrechó secreto instinto,
Y cuyas quejas simpáticas
Se confunden en un himno,
Como se hermanan los pétalos
Y los colores distintos
Cuando se injerta la tuna
En el pié del espinillo!

CARLOS MARÍA RAMÍREZ (1)

LA GUERRA.

—Oh! nube que recorres el desierto
¿Qué ves en la cuchilla, en la llanura?
—Allí del prócer el cadáver yerto,
Allá el vivac con su mesnada impura!

Oh! tierra inculta del fecundo llano,
¿Cuál es tu surco y tu abundante riego?
—La tibia sangre del caído hermano
Y del vivac el dilatado fuego!

. . . . . .

(1) Carlos María Ramírez, ha sido uno de los primeros ciudadanos del Uruguay. Su personalidad extraordinaria necesitó un escenario más vasto que su medio ambiente. Periodista, orador parlamentario, hombre público, ha sido una influencia decisiva en el desenvolvimiento social de su país. Nacido á la vida pública en medio del huracán de sangre de la guerra civil, volvió de ella, á donde había marchado

Fulmina, hórrida nube, el rayo ardiente,
Y tú la lava, profanada tierra,
Para abatir la abominable frente
Del sanguinario genio de la guerra!

ESCRITOS EN «LOS CASTIGOS» DE V. HUGO.

Y el poeta también tiene sus armas!
El poeta también hace temblar!
El puede con sus cantos sublimados
La frente del tirano lapidar.

Oh! sublime poder de los espíritus
Que en vano abate el ensañado mal!
Convertir la armonía en una lira
En la lava terrible del volcán.

El poeta es hermano en el destino
Sacrosanto del héroe redentor.
Víctor Hugo es el trueno que retumba,
Garibaldi es el rayo destructor.

Cuando al alma anhelante de justicia
Ufano se alza el victorioso mal,
El héroe toma la luciente espada,
Y el poeta la lira del ideal.

Y el Dios de la justicia los bendice!
Él consagra la espada y el laud,
Y prémia el alma de sus dos cruzados
Como premia el trabajo y la virtud!

EN LAS POESÍAS DE BERRO.

Es el trovador que canta y llora
Al pié de las desdichas dulcemente,
Y en su tierno laud sólo atesora
El brillo de la lágrima ferviente.

Su dulce poesía, bella maga
Parece que ilusiona nuestra vida!
Es el bálsamo santo de la llaga!
Es la venda piadosa de la herida!

---

como secretario de uno de los generales enemigos, con la visión profética del porvenir. Abandonó la divisa y fundó *La Bandera Radical,* desde donde fustigó á los partidos políticos tradicionales y á la revolución. Desde entonces dictó á diario á sus conciudadanos el evangelio de sus convicciones. Sus artículos más brillantes están en *La Razón.* Su actuación en la política del país ha sido fecunda. Fué senador, diputado, ministro de estado, diplomático y catedrático de derecho. La literatura fué en él lo accidental. Sinembargo en ella se formó, escribiendo desde niño versos llenos de pasión y de entusiasmo y fantasías literarias. Ya maduro, publicó una novela, *Los amores de Marta.* Es autor de un libro, *Artigas,* que vindicó la memoria del ilustre fundador de la nacionalidad uruguaya, y de una serie de conferencias de derecho constitucional. Murió en 1898.

Tú, que sufres, Narcisa, tú que lloras
Como la tuya la desdicha agena,
Abre este libro en tus desiertas horas,
Si quieres mitigar alguna pena.

De todo lo que tu alma ha sublimado,
Un eco encontrarás en sus acentos.

. . . . . .

Tú la devota de los sentimientos
Estudia al sacerdote, al inspirado!

Á UN POETA CRISTIANO.

¡Poeta! ¡vé adelante! ¡Derrumba la mentira!
¡Derrama de tu genio la santa claridad!
¡Consagra á la justicia tu poderosa lira,
Tal dulce en los acentos, tan ruda en la verdad!

¡Fulmina así, poeta, con fe, con osadía,
Los rayos del Eterno que rugen en tu sien!
¡Desplega la bandera! Con tus cantares guía
La homérica cruzada de la verdad y el bien.

¡Cruzado! yá á la lucha te siguen decididos
Hermanos en creencias, hermanos en amor,
Apóstoles secretos, soldados esparcidos
Que esperan solamente la seña del Señor.

Que en medio de las sombras con tu severa mano
Ya bruñen y revuelven la idea — ese puñal,
Puñal que no derrama la sangre del tirano,
La tumba con su rayos y sólo hiere al mal.

Del fondo de las almas: *¿ qué has hecho de tu hermano?*
Ya gríta la conciencia, y tiembla ya Caín!
El día del combate quizá no está lejano,
Confusos los rumores se escuchan del clarín.

¡Tu corazón, soldado, rebose de alegría!
Te espera en el combate la palma celestial.
La lucha es la victoria, porque Jehová te guía,
Porque Jehová te ha dado sus armas — el ideal.

Y la victoria santa disipará el pasado,
Tiniebla del espíritu con su fulgente luz;
Y diáfanas las almas del pueblo libertado,
Desnuda y magestuosa se elevará la cruz!

. . . . . .

GONZALO RAMÍREZ (1)

SALUDO Á LA ESPERANZA.

Bajando la pendiente de la vida
Que marca el fin de la primer jornada—
El alma triste, pero no abatida,
Yo te saludo ¡juventud dorada!

Con la fé inconmovible de un creyente
Te hablo, y al alma, por la vez primera—
Lo dice el labio, el corazón lo siente—
Ruda será mi voz, pero sincera.—.

No conquisté jamás ese derecho
Con la lisonja vil del cortesano,
No soy un mercader: late en mi pecho
Humilde corazón de ciudadano.—

Ni oculto en la revuelta muchedumbre
La gloria me negó sus altos dones,
No soy de los que suben á la cumbre,
La cívica virtud hecha girones.

La suerte ruda con su mano impía
No profanó el ideal de mi existencia—
Ni aprendí á cohonestar la apostasía,
En el libro moderno de la ciencia.

Cubierto con el polvo del camino,
Lleno de fe, la mente soñadora,
Viajador ignorado y sin destino,
Torno la vista hácia la nueva aurora.

Saludo á la esperanza que palpita
De la edad juvenil en los albores—
La patria en su infortunio necesita,
Hombres de bien, un tanto soñadores.

Si en los menguados tiempos que corremos
Triste lucha es la lucha por la vida,
Con cívicos ejemplos conjuremos
El desastre moral de la caída.

(1) El doctor GONZALO RAMÍREZ pertenece á una familia de intelectuales. Es hermano de Carlos María y José Pedro Ramírez, ilustres hombres públicos del país. Como ellos, su actuación ha sido brillante, llegando á ser decisiva en momentos de verdadera tribulación nacional. Jurisconsulto de nota, le tocó presidir el Congreso Jurídico Internacional reunido en Montevideo en 1899. Ha sido Ministro diplomático en la Argentina, donde dejó sentada su reputación de economista con su obra sobre finanzas argentinas. También ha colaborado en la obra de la legislación nacional. Desde jóven escribió versos correctos é inspirados, y aún en la edad madura su estro ha solido producir con largos intervalos.

Si el fango se acumula en las alturas,
Alcemos en el valle los altares
Reverdece el laurel en las llanuras,
Al soplo de las auras populares.

Jamás abatas tu radiosa frente
Ni arrastres por el cieno tu alborada—
Nada iguala la fuerza prepotente
De un alma en la virtud acrisolada.

En la hora glacial del desaliento
Reta al audaz que el deshonor te brinde—
Sé la guardia de honor del pensamiento
Que muere en la demanda—no se rinde.

Con la corona cívica ceñida
Tú no darás al porvenir la espalda—
No valen las miserias de la vida
El último laurel de esa guirnalda.

Á MI MEJOR AMIGO

(EN LA MUERTE DE SU IDOLATRADA ESPOSA).

Comprendo tu dolor, la frente inclinas
Ante la tumba de la tierna amada,
Y lloras con el alma lacerada
El encantado hogar mirando en ruinas.

Comprendo tu dolor,—la pena horrenda
Que labra á tu alma en tan supremo instante;
Tribulación,—catástrofe tremenda
Del desolado corazón amante.

Comprendo tu dolor—mido el abismo
Que insondable á tus piés abriera el cielo—
Hay días de amargura en este suelo
En que vivir es acto de heroismo.

El ronco trueno con fragor retumba,
Brama la tempestad en tu camino,
Para luchar con fe contra el destino
No olvides ¡ay! su ruego de ultratumba.

Resignación, amigo, ella lo manda,
Fué de su amor la súplica postrera,
Acata el fallo de la ley severa,
Honre la fe su sombra veneranda.

Llena con su recuerdo eternamente
La amarga soledad que te rodea;
Su memoria inmortal por siempre sea
Símbolo de tu fe pura y ferviente.

Muerta á los rayos de la luz del día
Eternamente en el recuerdo viva:
Dile á la muerte con la frente altiva,
Ven á matarla en la memoria mía!

MATÍAS BEHETY (1)

MARÍA.

Hácia tu hogar encaminé mi paso
Y me detuve trémulo en su puerta!
El sol se sepultaba en el ocaso,
Y al abrazarme me dijiste: ¡muerta!

La sombra me inundó. El alma entera
En un sollozo se agitó doliente,
Al mirar esa hermosa primavera
Desmayada en el rayo de su oriente.

¡Muerta! exclamé, y respondiste: ¡muerta!
Delante su ataud caí postrado....
Cerré los ojos y la ví despierta,
Su angelical semblante iluminado!

Me hablaba, y sonriendo enternecida,
Envuelta en nubes de flotantes velos,
¡Ah! no lloreis, me dijo, mi partida:
Yo era la desposada de los cielos!

LAS DOS ALMAS.

Del triste cementerio en la capilla
En su blanco ataud tendida estaba,
En cruz las manos, y la casta frente
De rosas coronada.

La incierta luz de amarillento cirio
Su pálido cadáver alumbraba;
Era joven y hermosa; y muerto había
De un hombre por la infamia.

* * *

Del triste cementerio tras el muro
Sobre la fría tierra muerto estaba;
Las negras sombras de la oscura noche
Su cadáver velaban.

(1) MATÍAS BEHETY fué un poeta sentimental y noctámbulo que erró al azar, por las tavernas, escribiendo sobre las mesas, versos de una melancolía casi mística. Todas sus composiciones están impregnadas de una compasiva ternura, de una tenue idealidad alada. Su extraño destino tiene algo del de aquel espíritu delicado que se llamó Gerardo de Nerval. Como Verlaine, escribió sus mejores estrofas, sobre la mesa del café. Nacido en Montevideo en cuna humilde, emigró á Buenos Aires, donde antes de los 20 años se recibió de abogado. Fué redactor de « El Nacional », de « La Tribuna ». En la capital argentina descolló bien pronto, pero él desdeñó la gloria y siguió viviendo una existencia nómade de bohemio. El vicio le mató. Murió alcoholizado en edad temprana. El crítico francés Arsenio Houssaye, ha hablado con verdadera admiración de este poeta.

Era joven y hermoso; y muerto había
En desafío, del que fueron causa
El vicio, el desenfreno y el desorden
De su vida agitada.

* * *

Allá del infinito en el espacio
Cruzáronse dos almas:
Era la una cual la noche negra,
Y era la otra cual el día blanca.

Se miraron, y alzóse de una de ellas
Compasiva plegaria.
Después bajó la negra, hondo, muy hondo,
Y la blanca subió, alta, muy alta!

LUIS PIÑEYRO DEL CAMPO [1]

EL CANTO DE LA CALANDRIA.

Há dos años que vino, con las flores,
Con los brotos tempranos, con la savia
Que al bullir en la médula del árbol
Hace temblar las adormidas ramas;

En la dulce estación de los amores,
En que todo lo bello se engalana,
Y las brisas se impregnan de perfumes,
Y las nubes se ponen encarnadas.

Y vino con la luz: detuvo el vuelo
En el ombú vecino una mañana,
Cuando aun el alba del cercano día
Entre las sombras tímida flotaba.

Inquieta giró en torno su cabeza,
Ocultóse en las hojas azorada,
Voló luego á la cima, donde erguida
Peinó sus plumas y batió sus alas.

Y cantó susurrando blandamente
Sus gorjeos, remedo de las auras,
Leve rumor del tímido aleteo
De pájaros saltando entre las ramas.

(1) Luis Piñeyro del Campo, nació en Montevideo y se educó en Chile, de donde regresó en 1876 con su título de doctor en jurisprudencia. En Santiago comenzó á publicar sus primeros versos, colaborando en *La Estrella de Chile*. En su patria ha colaborado en diversos periódicos y ha publicado algunos folletos de poesías. Sus versos son tiernos é inspirados en un delicado sentimentalismo. Ha ocupado puestos de importancia, habiendo sido ministro de Estado. Actualmente, dicta una cátedra de derecho en la Universidad de la República.

Y luego era el murmurio de hondo cauce,
En que, en hilo finísimo, las aguas
A través de enlazados camalotes
Y de abatidos troncos se resbalan.

Y más tarde fué un trino alborozado,
Un saludo á la luz de la mañana....
Y luego, como quejas de una ausencia
En amargos suspiros expresadas....

Há dos años que vino, y, desde entonces,
La vuelta de mi artista solitaria
Aguardo en la estación de los amores
Al romper de las frescas alboradas.

Y acude con la luz, y yo la escucho,
Desde el balcón de mi callada estancia,
Dar al aire sus voces melodiosas,
Del ombú columpiándose en las ramas.

Y para mí sus notas son sentidas,
Su acento para mí tiene palabras,
Que dicen cómo el ave aquella ríe,
Goza y sufre y se queja cuando canta.

Tan sólo luego, cuando crece el día
Y las gentes, cruzándose afanadas,
Pasan bajo el ombú do se cobija
Mi artista solitaria, sin mirarla,

Y entre el ruido febril que desde abajo,
En ondas tumultuosas se levanta,
El dulce acento de aquel ave muere,
El eco débil de su voz se apaga.

Dudo á solas y pienso y me pregunto:
¿Cómo pueden pasar sin admirarla?....
¿No será que talvez el ave es muda
Y yo tengo la música en el alma?

VOCES....!

De pié el viajero, con febriles ansias,
En su pupila brillan los deseos;
Huella el umbral, su pecho se estremece:
¿Qué le murmuran los lejanos ecos?
—« Mi copa llena está de vino ardiente;
Eres joven y bello:
Bebe en mi copa, goza de la vida
Y duerme tu embriaguez sobre mi seno! »
Y la Gloria le dice:
—¡Noble frente,
Para inundarla en todos mis destellos,
Asciende, aunque las zarzas despedacen
Las carnes de tu cuerpo,
Aunque las huellas de tus plantas queden
Estampadas con sangre en el sendero.
Yo arrancaré allá arriba tus espinas....
Yo curaré tus llagas con mis besos!—

Y la Ciencia:
—Tu rostro empalidezca
De fecundas vigilias al misterio;
Si tu espíritu noble se agiganta,
¿Qué importa que encanezcan tus cabellos?
Mis alas te daré; la tierra estrecha
Será á tu osado vuelo,
Y audaz sorprenderás en sus entrañas
El espléndido idioma de los cielos!—
Una voz de mujer:
—¡Tus sienes laten!
¡Cómo sube á torrentes desde el pecho
La sangre á tu cabeza!
Ve con ellas,
Sigue la voz que inflama tus deseos!
Yo esperaré tu vuelta en el retiro,
Que el amor llenará de tus recuerdos!
Olvídate de mí, déjame sola,
Mientras la fiebre bulla en tu cerebro!
Mas, cuando sientas que tu fe vacila,
Y gimas de la duda al desaliento,
Cuando allá sientas frío,
¡Oh! vuelve á este calor, vuelve al silencio
De la tranquila estancia en que te aguardo,
Sentada del hogar á los reflejos!
Vuelve á mi amor entonces! En mis brazos,
Sin que el mundo sorprenda tu secreto,
Tú contarme podrás cuánto has sufrido...
Yo enjugaré tu llanto sonriendo.—

LUIS MELIAN LAFINUR (1)

SARANDÍ

12 DE OCTUBRE DE 1825.

¡Campos de Sarandí! Por patria ofrenda
Llevaréis hasta el siglo más lejano,
El honor de la homérica leyenda
Que arrastró á un pueblo á sin igual contienda
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

El aura tibia que el follage mece,
Quietud suspira en el verdoso llano;
¡Mas de pronto la tierra se estremece!..,
Es que el caudillo indómito aparece
« Carabina á la espalda y sable en mano »...

(1) El doctor LUIS MELIÁN LAFINUR, nació en Montevideo el 10 de Enero de 1850. Ha figurado en la política activa como diputado á dos Legislaturas. Tomó parte en la Revolución del Quebracho, y en la última guerra acompañó al Presidente Batlle

¡Si está escrito — se dice, — venceremos!
En prez del pabellón republicano.
Si nos toca morir... ¡bien! moriremos...
Pero jamás con mengua; como buenos;
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

¿Y quién es él... que su falange aclama
Cuando á ella nunca se dirige en vano?
¡Es Lavalleja!... Sed de gloria inflama
Su pecho, y lanza esta inmortal proclama:
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

Jinetes en sus potros furibundos,
Y atentos á su altivo ceño ufano,
Para dar muerte en noble lid fecundos,
Lo siguen sus soldados tremebundos,
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

Sangriento fué y terrible el entrevero,
Y un breve instante el triunfo, obscuro arcano!....
Muy breve sí!... No hubo escuadrón guerrero
Que resistiese aquel ataque fiero
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

En el fragor del épico combate,
Al choque del acero toledano,
No hay pólvora que el triunfo allí dilate,
Que más presto el obstáculo se abate
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

Una descarga unísona y nutrida,
Ensaya con esfuerzo sobrehumano
El soldado imperial, que ve perdida
Su esperanza, en la atroz arremetida
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

La enemiga legión, antes serena,
Cede el campo al empuje soberano
Que sobre ella su furia desenfrena
Y filas acuchilla y desordena
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

No se contiene, no, raudo torrente,
Ni al rayo destructor, ni al Oceano,
Ni ese coraje de civismo ardiente
Del uruguayo que atacó de frente
« Carabina á la espalda, y sable en mano ».

Fué así menguada la ilusión fallida
De romper aquel ímpetu espartano,
Aquel desprecio de la propia vida,
Con la bala de plomo recibida
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

---

y Ordóñez, como comandante de un cuerpo de guardias nacionales. Es orador, jurista de nota y hombre de letras. Es autor de un libro « *Las mujeres de Shakespeare* » y de diversos folletos políticos. Colaboró activamente en el movimiento liberal iniciado por el Ateneo, y en la tribuna de ese centro se dió á conocer como orador y poeta.

El casco del corcel que en su carrera
Hallaba el libre suelo americano,
Envolvió en polvo la imperial bandera
Plegada ante la carga postrimera
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

¡Oh! Sarandí!... Oh inmarcesible fruto,
De excelsa gloria en su laurel lozano!
Para mi patria es el mayor tributo,
Tu prodigioso triunfo de un minuto
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

DATE LILIA.

He sabido con llanto tu partida,
Mas si mi acento con dolor te nombra,
Sigue mi alma el rastro de tu sombra!
Aspirando el perfume de tu vida.
CARLOS GUIDO Y SPANO.

I.

Dolores de la tierra
Sarcasmos de la vida,
Truncadas esperanzas,
En una noche de dolor maldita.

Cruzaron mensajeros
De muerte en negra fila,
Rodeando un lecho gélido,
Antes nido de halagos y caricias.

Las lágrimas del alma,
En cruel angustia íntima,
Cual nunca laceraron
De mi sentir la más remota fibra.

No fué sólo mi llanto
El que brotó á la vista
De un cuadro desolado
Que en lo más hondo el corazón he-
[ría!
Las flores postrer nimbo
Formáronle á la niña,
Y penas y no triunfos
Triste el ave del bosque cantó es-
[quiva.
El alba, en el concierto
Con que su gloria anima
Halló que de sus himnos
Faltó en el coro la oración más rít-
[mica.
Al ocultar su disco
Los astros con luz tibia,
Lloraron silenciosos
El adiós de la eterna despedida.

La luna aquella noche
Fué sólo luz de ruinas;
No despidió ni un rayo
Sin un girón de palidez sombría.

Y hasta la errante nube,
Ante el dolor cautiva,
Dejó caer una gota
Del llanto que en su seno se destila.

Mas no llegó el lamento
Que en mil ecos gemía,
Hasta la faz sonriente
De la niña gentil, del mundo envidia.

Creyérasela en sueños
Y era su última cita!...
Dejó á los que la amaron,
Con su memoria una visión divina!

Lo que es belleza, encanto,
Inspiración de dicha,
Iluminó su frente
Por el reflejo de celeste prisma.

Cómo supe quererla!...
Doquier mi alma la mira,
Y fórjala en el éter,
Do su espíritu alado se desliza.

Huyó de la tormenta
Del mundo, la avecilla;
Ni hielos, ni borrascas
La alcanzan ya donde el Señor la abri-
[ga.

¿Por qué de la montaña
Subir la áspera cima?
La senda de los cielos,
No era á su paso misterioso enigma.

II.

Tu fuiste la inocencia
Que desplegó tranquila
Sus alas, y envolvióse
En el cendal de nube fugitiva.

Así partiste, Imagen
De una promesa extinta,
Estrella de una noche,
Y alborada fugaz de un solo día!

Adiós! hada sublime!...
Con tu dulzura eximia,
Acoje estas estrofas
Al calor de la luz de tu pupila.

Fulgor, ante el pié errátil,
Sea tu alma peregrina,
Norte de mi camino
Astro que riele en la cerúlea linfa.

JOSÉ ROMÁN MENDOZA (1)

ESPERANZA.

Esperanza! Esperanza! dulce amiga,
Protectora deidad en nuestros lares,
Perdóname si llego á tus altares
Evocando al futuro en mi ansiedad.
Bajo el ardiente cielo americano
Se ama la Patria con eterno fuego,
Por ella elevo palpitante un ruego
Por su dicha, su gloria y libertad.

Esperanza! viajera soñadora,
Tu no eres, no, la imagen del delirio
Que en sus horas amargas de martirio,
Te acaricia la patria en su dolor.
Sólo por tí mi corazón suspira,
Cuando contemplo nuestra amada tierra
Empapada en el llanto de la guerra,
Palida virgen, sin placer ni amor.

Esperanza! benigna compañera
Que reflejas con luz resplandeciente
Del noble ciudadano en la alta frente,
Y del malo te ocultas al mirar.
Esperanza!... de cerca te contemplan
Los que vieron tu auréola en su camino,
Como astro fulgurante que el destino
Nos marcára en el mundo al batallar.

(1) José Román Mendoza ha ocupado puestos de primera fila en el país. Ha sido diputado, senador y ministro de estado. Desde jóven se dió á conocer escribiendo versos, pero su personalidad política la cimentó bajo el gobierno del señor Cuestas,

Tu eres el ángel celestial y fuerte
Que encaminas sonriente á las naciones,
Y libertas al hombre en sus prisiones
Limando grillos que el pesar forjó.
Por ti no pudo la soberbia Roma
Con su inmenso poder y su tirano,
Encadenar el pensamiento humano,
Que en la cumbre del Gólgota nació.

¡No abandone nuestra alma la esperanza!
La vida es un combate despiadado,
Y triunfa siempre el estandarte honrado,
Cuando palpita el corazón con fe.
El espíritu humano es un gigante
Con la fuerza expansiva del Pampero,
Y arrebata en su furia al mundo entero
Si al mundo entero combatirle vé.

No es la fuerza brutal la que domina
El santo hogar de la conciencia humana:
Es la inmensa justicia, soberana,
La que gobierna al mundo en el deber.
Sólo existe en el hombre la grandeza
Cuando esgrime las armas del derecho,
Pero nunca se impone á nuestro pecho
Con las armas vedadas del poder.

La Esperanza! profética Sibila,
Nos revela entre sueños el encanto
De sorprender al déspota en el llanto,
En sus horas inquietas de terror.
Tú das al libre aliento poderoso
Cuando defiende la bandera santa,
Que la justicia y el deber levanta
En las lides supremas del honor.

Por ti Jesús ennobleció el Calvario,
Por ti venciera el valeroso Juares,
Por ti Colón atravesó los mares,
Por ti este pueblo en Sarandí triunfó.
Alienta siempre al varonil cubano,
Que en su patria luchando como bravo,
Morir prefiere á conservarse esclavo,
En la tierra viril donde nació.

De pié la juventud! y saludemos
Con el acento de entusiasmo ardiente,
A la amiga del hombre independiente
Que retempla en el alma, la virtud.
Esperanza! destroza las cadenas
Que han forjado en el mundo los tiranos!
— Todos los hombres deben ser hermanos,
Y es el crimen mayor la esclavitud.

---

de quien fué primero ministro y hombre de confianza, para verse enseguida complicado en una revolución, perseguido y deportado á Buenos Aires. Sus composiciones, que datan de su juventud, son incorrectas y de escaso mérito artístico, pero en todas palpita el entusiasmo y un vivo sentimiento patrio.

ANACLETO DUFORT Y ÁLVAREZ [1]

PRESENTIMIENTO.

¿Le veis?... Es un niño...
El sol en las hebras
Del cabello, matices dorados
Al ébano mezcla.

De un manso arroyuelo
Por la áurea ribera,
Que entre flores y arbustos se escon-
El niño allí juega... [de,

Debajo de un sauce
Que sombra le presta,
Arrobada su hijo adorado
La madre contempla.

La luz de sus ojos
Descubre un poema,
Un poema de amor y esperanzas
Que al hijo le sueña...

Y el céfiro alado
La linfa azul besa,
Que en levísimas ondas murmura,
Murmura y se aleja.

Y el niño se pára,
Y escucha é intenta
Traducir el extraño idioma
Del agua parlera.

Sus pupilas que antes
Volteaban inquietas,
Ahora, fijas en algo invisible,
Inmóviles quedan...

— Madre! — al fin dice,
Volviendo hácia ella
Su radiante mirada de aurora:
— Ser onda quisiera!

La madre con besos
Los labios le sella,
Tan suaves que el blando murmullo
Del agua remedan...

Volando medrosa
Un ave se acerca,
Y piando penetra en el nido
Que de un gajo cuelga.

Del niño, aspirando
Candor é inocencia,
Al espacio poblado de sueños,
La mente audaz vuela.

Y el niño tornando
La hermosa cabeza:
— ¡Madre! — exclaman sus labios de
— Ser ave quisiera! [rosa

— Oh, hijo del alma!
La madre contesta:
Es que amor en tu pecho de ángel
Presiente otra esfera...

— Y qué es amor, madre?
— Qué es amor, mi prenda...?
Y una pausa llenando de idilios
Mil veces le besa.

— Pregúntale al ave
Y al onda parlera,
Y á la brisa cargada de aromas,
Que sopla en la selva...

Es luz y alegrías,
Sufrir muchas penas,
Y después... es hallar en un hijo
La dicha suprema!

---

(1) El doctor ANACLETO DUFORT y ÁLVAREZ, nació en San Carlos (Maldonado) el 22 de Agosto de 1855. Político, periodista y orador parlamentario, su iniciación en la vida pública arranca del año 1877. Fué fundador de la *Revista científico-literaria* y redactor de la *Revista Americana*, y de *La Idea*. Tomó parte activa en el movimiento liberal iniciado bajo el gobierno de Santos, fundando *La Razón* en compañía de otros ciudadanos y prestando su concurso á las veladas literarias del Ateneo. Tomó parte activa en la revolución del Quebracho y conoció las amarguras del destierro. Ha dedicado también parte de sus energías á los estudios históricos, siendo autor de dos libros: *Invasión de Echagüe* y *Batalla de Cagancha*. Ha sido diputado, senador, y su muerte ocurrida en 1902, le sorprendió ocupando el cargo de Ministro de Hacienda. Sus composiciones, de un delicado sentimentalismo, se hallan dispersas en la prensa del país.

EN EL ÁLBUM DE MI HERMANA.

Dulce recuerdo de patria amada,
Voz del hogar,
Eco sonoro de una cascada
Brisa del mar,
Liviana espuma de manso río,
Primer albor,
De luna un rayo, lluvia de estío,
Aroma y flor,
Sean mensajeros en esta vida
De mi sentir,
Cuando la suerte tu voz querida
Me impida oír.
Y si tus ojos por los pesares
Vense llorar,
Este recuerdo y el de los lares
De nuestro hogar,
Llévente al alma dulce desmayo
Consolador,
Como esa espuma, como ese rayo,
Como esa flor.

VAGUEDAD DEL DESEO.

Son en la vida misterioso arcano
Ciertos momentos de opresión extraña,
En que un deseo sin color, sin nombre,
Brota del alma...

Hay en la mía del pampero el soplo,
Y en turbias olas las pasiones rugen;
Y algo del lago que levanta apenas
Ondas azules.

Yo nací libre!... Si á mi sér oprimen
Ardiendo en ira y espantoso y ebrio,
En vez de sangre, por mis venas corre
Líquido fuego...

Y al ver el ave que amorosa lleva
Algo en el pico al misterioso nido,
Sueño... no sé; pero en mis ojos brilla
Dulce rocío.

Brota del alma sentimiento vago,
Mezcla de ira y amoroso anhelo,
Como armonía que en la noche oscura
Vuelven los ecos.

¡Ah! Si un tirano en mi país... tirano!
¡Quémame el labio pronunciarlo sólo!...
¡Cómo en mis manos el odioso yugo
Viérase roto!

¡Ah!... Si una bella los brillantes ojos
A mí volviese de rubor velada...
¡Cómo me vieran á sus piés rendido!
¡Cómo la amára!...

¿Qué será?... digo, y de mi alma brota
Mezcla de ira y amoroso anhelo,
Como armonía que en la noche oscura
Vuelven los ecos.

Y á veces corro desolado, loco,
Por las cuchillas ó en la verde selva,
Y el sol me encuentra al terminar la aurora,
Hecho una fiera.

Y á veces quedo pensativo, inmóvil,
De pié en la roca que la mar azota,
Fijos los ojos en el sol que muere,
Allá en las sombras.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN (1)

FRAGMENTOS DE « TABARÉ »

Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lágrimas
Estirpe lentamente sumergida
En la infinita soledad arcana;

Lumbre espirante que apagó la aurora,
Sombra desnuda muerta entre las zarzas,
Ni las manchas siquiera
De vuestra sangre nuestra tierra guarda,

¡Y aun viven los jaguares amarillos!
¡Y aun sus cachorros maman!
¡Y aun brotan las espinas que mordieron
La piel cobriza de la extinta raza!

Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lagrimas;
Indómitos luchásteis.... ¿Qué habeis sido?
¿Héroes ó tigres? ¿Pensamiento ó rabia?

Como el pájaro canta en una ruina,
El trovador levanta
La trémula elegía indescifrable
Que á través de los árboles resbala,

(1) JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, es el autor de *Tabaré* y *La Leyenda Patria*. Jurisconsulto, magistrado, periodista, orador, diputado diplomático, catedrático de literatura y derecho internacional, miembro correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, es, por sobre todo eso y antes que nada, el gran poeta nacional. Nació en Montevideo el 28 de diciembre de 1855; hizo sus primeros estudios en el Colegio de los RR. PP. Jesuítas; cursó luego su bachillerato en el Colegio de Santa Fe (República Argentina), pasando más tarde á Santiago de Chile, donde graduóse de doctor en jurisprudencia. De allá volvió á la patria, autor de un libro, *Notas de un himno,* y precedido de la fama alcanzada en las justas literarias de *La Estrella de Chile,* publicación que veía la luz en la gran capital del Pacífico. Aquí le esperaba la gloria literaria. En la inauguración del monumento á la Independencia erigido en la Florida, alcanzó con su *Leyenda Patria* el triunfo más

Cuando os siente pasar en las tinieblas,
Y tocar con las alas
Su cabeza, que entrega á los embates
Del viento secular de las montañas.

Sombras desnudas que pasais de noche,
En pálidas bandadas,
Goteando sangre, que, al tocar el suelo,
Como salvaje imprecación estalla;

Yo os saludo al pasar. ¿Fuísteis acaso
Mártires de una patria,
Monstruoso engendro á quien feroz la gloria
Para besarlo, el corazón le arranca?

Sois del abismo en que la mente se hunde
Confusa resonancia;
Un grito articulado en el vacío
Que muere sin nacer, que á nadie llama;

¡Pero algo sois! ¡El trovador cristiano
Arroja, húmedo en lágrimas,
Un ramo de laurel en vuestro abismo...
Por si mártires fuísteis de una patria!

. . . . . .
. . . . . .

III.

Así pasaba Tabaré aquel día
Frente á la virgen que, con dulce acento,
¡Vaya el indio con Dios! ¿Porqué así corre?
Dijo por fin, ¿le infundo algun recelo?

Él se detuvo, sin alzar la frente,
Cual llamado á lo lejos;
Cual si la voz tardara largo espacio
En ir desde el oído al pensamiento.

Y allí fijo quedó, como tocado
Por un conjuro; trémulo
Como el corcel que en su carrera escucha
El bramido del tigre en el desierto.

---

grande que registran los anales literarios del país, triunfo que se repitió al aparecer *Tabaré*, el gran poema americano que arrancó palabras de admiración á Juan Valera. La ola política le envolvió, como á todos los hombres de su generación. Fundó su diario *El Bien*, y lanzóse á una lucha ardiente y apasionada. Combatió sin tregua y sin premio; conoció las tristezas de la proscripción y las amarguras de la derrota. De regreso del desierto ingresó al Parlamento. Fué factor principalísimo en la lucha política de 1890 que llevó al doctor Julio Herrera y Obes á la presidencia de la República. Luego marchó á Europa. Representó al país en el carácter de inviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en España, Portugal, Francia y el Vaticano. En su libro *Resonancias del Camino*, recogió las sensaciones de su viaje á través del viejo mundo. En Madrid y París intimó con hombres ilustres. Fué el primer americano que hizo oír su voz en la tribuna del Ateneo de Madrid; se le designó para hablar en la velada celebrada en el Teatro Real de la capital de España en honor del poeta José Zorrilla, y asistió y tomó parte en las deliberaciones de las Reales Academias Española y de la Historia. Vuelto á la patria, fué nombrado catedrático de derecho internacional y nuevamente asumió la dirección de *El Bien*. Es miembro honorario del Instituto da Ordem dos Advogados Brasileros; comendador de la Legión de Honor gran cruz de Isabel la Católica; comendador con

Así como una piedra,
Al fondo del abismo descendiendo,
Despierta temerosas resonancias,
Voces lejanas, quejas y lamentos,

La voz de la española
Descendió al alma del salvaje enfermo,
Y en ese abismo despertó la vida,
La queja, el grito del dolor y el tiempo.

El indio alzó la frente; miró á Blanca
De un modo fijo, iluminado, intenso.
Había en su actitud indescifrable
Terror, adoración, reproche, ruego.

IV.

— «¡Tú hablas al indio! ¡Tú, que de las lunas
Tienes la claridad!
¿Por qué lo hieres con tu voz tranquila,
Tranquila como el canto del *sabiá?*

Si tienes en los ojos, de las lunas
La transparente luz,
¿Por qué tu alma para el indio es negra,
Negra como las plumas del *urú?*

¿Por qué lo hieres en el alma oscura?
¡Deja al indio morir!
Tú tienes odio negro para el indio,
Para el triste cacique guaraní».

. . . . . .

«¡Oh, sí! Yo sé que acechas
Mis horas de dolor;
Sé que remedas alas de jilgueros
Donde yo estoy.

Yo sé que tú el secreto
Conoces de mi sér,
Y sé que tú te escondes en las nieblas...
¡Todo lo sé!

Que gimes en el viento,
Que nadas en la luz,
Que ríes en la risa de las aguas
Del *Iguazú;*

---

placa de la orden de Carlos III; caballero de la orden pontificia de San Silvestre, etc. Sus obras son las siguientes: *Notas de un himno, Jesuitas, La Leyenda Patria, Tabaré, Resonancias del Camino, Huerto Cerrado, Conferencias y Discursos;* tiene en preparación su gran poema *Artigas, Maris Stella, Mi Tierra, Recuerdos de infancia y juventud*, y un tratado de derecho internacional en que presenta un nuevo concepto filosófico del derecho, del que deduce una doctrina completamente original. De su viaje á través de la vida, el doctor ZORRILLA DE SAN MARTÍN ha traido á su pueblo el justo concepto de los hombres y las cosas que aplica á los sobresaltos de nuestra turbulenta democracia, y la alta cultura de su espíritu saturado del ambiente artístico de las capitales europeas. Peregrino por mares y tierras, á través de museos y de ruinas, de ciudades y de países diferentes, vió y estudió de cerca las huellas de los pueblos muertos y las almas de los pueblos vivos. Talvez ha podido ser un sociólogo, un pensador ó un filósofo, pero él ha preferido seguir siendo siempre, y antes que nada, el poeta incomparable de *Tabaré* y *La Leyenda Patria.*

Que miras en las altas
Hogueras de *Tupá,*
Y en las lunas de fuego fugitivas
Que brillan al pasar.

Tú, como el algarrobo,
Sueño das á beber;
Y das la sombra hermosa que envenena
Como el *ahué.*

Yo, temiendo tu sombra,
Tiemblo y huyo de tí,
Y tú en el despertar de mis memorias,
Vas tras de mí.

Mis nervios que eran fuertes,
Fuertes cual *ñandubay*
Blandos como el retoño más temprano
Del *ombú* están....

No ha pasado una luna
Después que yo te ví;
¡Mira cómo está enfermo el indio bravo
Sólo, por ti!»

La súplica, el reproche,
La imprecación, el ruego,
Se sucedían en la voz del indio
Y en su ademán nervioso y altamero;

Él, que se había alejado
Con la frente inclinada sobre el pecho,
Como impulsado por interna fuerza,
Hácia la niña se volvió de nuevo;

La miró un breve espacio,
Y señaló su rostro con el dedo,
Cual si del fondo oscuro de su alma
Envuelto en luz brotara un pensamiento.

— « Era así como tú.... blanca y hermosa;
Era así... como tú.
Miraba con tus ojos, y en tu vida
Puso su luz;

Yo la ví sobre el cerro de las sombras
Pálida y sin color;
El indio niño no besó á su madre....
¡No la lloró!

Las avispas de fuego de las nubes,
Ellas brillaron más;
Pero el hogar del indio se apagaba,
Su dulce hogar.

Han pasado más fríos que dos veces
Mis manos y mis pies....
Sólo en las horas lentas yo la veo
Como *cuerpo que fué.*

Hoy vive en tu mirada transparente
Y en el espacio azul....
Era así como tú la madre mía,
Blanca y hermosa.... ¡pero non eres tú!

. . . . . .

Así como tu mano,
Blanca como la flor del *guayacán,*
Es la que he visto en la batalla siempre
Mi sudorosa frente refrescar.

La misma mano blanca
De mi desnudo pecho separó
El rayo que arrojaban tus hermanos,
Más rápido que el vuelo del halcón;

La he visto entre sus dedos
Romper la flecha que á esconder llegó
En mis venas el sueño de las sombras,
Ese pálido sueño del dolor. . . . . .
. . . . . .

Pero.... ¡no era la tuya!
Era otra aquella mano ¿no es verdad?
¡Dile al charrúa que esos ojos tuyos
No son los que en sus sueños ve flotar!

Dile que no es tu raza
La que vierte esa ténue claridad
Que en el alma del indio reproduce
Aquella luz de su extinguido hogar;

Aquella luz que el astro de los muertos
Nunca sabrá copiar,
Más pura que el reír de las mañanas
Y el llorar de las tardes, ¡mucho más!
. . . . . .

¡Oh! no: tú eres la sombra,
Tú no vives la vida como yo;
¿Por qué has de arrebatarme mis recuerdos
Y vestirte ante mí de su color?

¡ Déjame! ¡No me sigas!
¿No sientes? ¿No lo ves?
¡El corazón del indio esta muy negro!
¡Triste como la sombra del *ahué!*
. . . . . .

EL SUEÑO DE ARTÍGAS.

I.

Al través de las nubes
Brillaban las estrellas;
El Uruguay, envuelto en sus vapores,
Rodaba lento y palpitaba apenas.

Sentadas en las lomas
Están las sombras negras,
Sentadas en las lomas de la patria
Con las miradas hácia el río vueltas.

La luna no ha dejado
Su lecho de maleza;
El astro que precede las auroras
No se ha empinado aún sobre la cuesta.

II.

¿No es una luz la que refleja el río
Sobre sus aguas negras?
Las sombras que ocupaban la colina
¿No han levantado al verla las cabezas?

¿Ha abierto ya los ojos una aurora?
¿Ha roto alguna estrella
Su nube oscura, por llevar al río
Su mirada de luz? ¿Quién va? ¡Quién llega!

III.

La luna no ha dejado
Su lecho de maleza,
El astro que precede las auroras
No se ha empinado aún sobre la cuesta;

Pero las sombras sienten
Que algo se mueve en ellas,
Algo que ya desgarra sus entrañas
Y las agita en convulsión suprema.

IV.

El viejo duerme, el de la frente cana,
El de una edad de piedra,
El de la frente que formó la patria
Para llevar laureles en la tierra.

La noche del destierro duerme, ARTÍGAS...
Duerme sonriendo.... sueña!
A su lado, la frente entre las manos,
Está la Gloria que, velando espera.

Espera, cuenta las calladas horas,
Y, al fin, se alza serena,
Sacude al viejo y, señalando al cielo,
« Ya es la hora » le dice, « alza, despierta! »

V.

Estallaron las sombras sobre el río,
Huyeron las estrellas;
Envuelto en luz, el Uruguay se agita
Y una barca en sus ondas balancea.

Que corre, corre con la lona al viento,
Y choca en la ribera,
Y la hace restallar, como un escudo
Golpeado por el puño de la guerra.

. . . . . .

VI.

Y el viejo que dormía, el de los sueños,
El de la edad de piedra,
El de la frente que formó la patria
Para llevar laureles en la tierra

Despierta sacudido por la Gloria
Que á lo lejos le muestra
Su ensueño eterno en las riberas patrias
Animar el pendón de LAVALLEJA.

LA MUERTE DE ZORRILLA.

¡Bien, vieja Muerte, amiga de la gloria!
Pujante ha resonado
Tu duro golpe en la ánfora vacía,
Al destrozar el corazón del bardo.

Derramaste el perfume que aun quedaba
En el fondo del vaso,
Y entre la sombra amaneció: de ritmos,
Y alas, y notas se pobló el espacio.

Vibraron en el aire las estrofas
Del viejo soberano;
Su espíritu pasó sobre su España,
Como el ángel, los muertos despertando;

Y España se sintió buscando flores,
Y recordando salmos;
Y las flores brotaron en las ruinas
En que el poeta derramó sus cantos.

Se inflamaron de nuevo en las tinieblas
Sus versos olvidados,
Lámparas que conducen á las glorias
Y alumbran de la patria los santuarios;

En el gótico altar nube de incienso
Que envuelve el tabernáculo,
Lirio en las aras de la Virgen Madre,
Supremo amor del trovador cristiano.

Y salieron armadas muchedumbres
Del fondo de los años,
Hijas de las leyendas que el poeta
De las entrañas se arrancó de cuajo,

Y echó á volar como organismos vivos
Llenos del jugo hispano;
Con carne de la carne de la Patria,
Con alma de sus tiempos legendarios.

Cifras, palabras, nombres inmortales
Flotaron con los átomos;
La patria historia resurgió en las almas,
El grito antiguo estremeció los labios.

Sonó la esquila en la extraviada ermita,
El *Angelus* tocando,
Difundiendo en las tristes soledades
La oración de las tardes y los campos;

Sombras talares discurrir se vieron
Por los ruinosos claustros:
Reyes-monjes, y muertas heroínas,
De armaduras y galas despojados;

Se oyeron de nocturnos amadores
Los sigilosos pasos;
Trovas de amor pasaron en la sombra,
Hasta perderse en el confín lejano;

Y, en la calleja, sobre negro muro,
O ante la cruz del campo,
El colgado farol brilló un instante
La yerta faz del Cristo iluminando:

Del Cristo de la vega ó del camino,
Que, en su leño colgado,
Fué testigo de muchas amarguras,
Compañero de muchos desamparos.

Bien, buena Muerte, ponderoso ha sido
El golpe de tu mano:
Has hecho restallar el viejo escudo,
Al golpëar el corazón del bardo.

Al choque, se movieron las cimeras
De los antiguos cascos;
Temblaron las vacías armaduras,
Como tocadas de un aliento extraño;

Se animaron los grifos y leones
Que, en la clave del arco,
Sobre el partido escudo, testifican
De ricos hombres los linajes claros;

Y se oyeron los himnos de la hueste,
La voz de los heraldos,
Y, del rëal entre el rumor confuso,
Los cantos de juglares y aldeanos.

Las bermejas almenas de Granada
Miraron hácia el campo,
Cual si soñaran en pasadas lides,
Apercibidas al sangriento asalto;

Y la cruz roja del pendón glorioso,
En las torres flotando,
Sonrió de nuevo á la mesnada heroica
Que alzó en la vega el estandarte blanco.

¡Oh Muerte, amiga Muerte, camarada
De los bardos pasados!
Zorrilla fué; su estrella has encendido
Sobre tu sombra, con piadosa mano.

Brilla cual nunca, sobre el fondo negro,
Del trovador el genio solitario;
¡Oh Muerte, Muerte, oh soledad eterna!
¡Oh amiga de los astros!

Madrid, 29 de Enero 1893.

EN UN ÁLBUM.

Para vos desprendida de mi mente,
La estrofa os dejo aquí, señora mía,
Que, por ser para vos, cincelaría
Como una ánfora griega transparente.

Quiero que mi alma con su ritmo aliente,
Empaparla en recuerdo, y así un día,
El sonar de esta blanda melodía
Os dirá el nombre del amigo ausente.

Mañana, cuando el tiempo haya corrido,
Si miráis esta página en que intento
Mi nombre defender de vuestro olvído,

Al vibrar en mi verso el pensamiento,
Un algo ha de pasar por vuestro oído,
Como un adiós que pasa por el viento.

El Parnaso Oriental.

CONTRICIÓN.

Si no fuera imposible á tu clemencia,
Oh mi Dios, y en mi muerte, ya inminente,
Me dijeras que á mi alma inteligente
Pensaba aniquilar tu omnipotencia:

Que me arrancabas mi celeste herencia,
Me negabas tu amor, y eternamente
Repudiabas el mío indiferente
Al devolver al cáos mi existencia;

Yo, al acatar llorando tu ordenanza,
Todo el ser de mi sér concentraría
En un acto de amor y de alabanza,

Y al ausentarme de la luz del día,
Y al dar mi último adiós á la esperanza,
Yo, amándote ¡oh, Señor! expiraría.

EN EL COLISEO.

Entro en el circo, enorme calavera
Llena de tierra, y musgo y mordeduras.
La noche, en agujeros y hendiduras,
Penetra, como en honda madriguera.

En el cielo, la luna brilla entera,
Y llueve luz, que filtra en las honduras,
Luz silenciosa, luz de sepulturas,
Que en el craneo insepulto reverbera.

Un hálito de siglos fenecidos
Parece que en la luz se cristaliza
Sobre el montón de escombros carcomidos;
Y en el silencio aquel, que atemoriza,
Una lechuza infiel, con sus ladridos,
La inmensa soledad escandaliza.

Roma, 1897.

BÓLIDOS. (1)

El astro milenario, en agonía,
Muere de sed y fiebre seculares;
El sol bebióle el agua de sus mares,
En sus huesos, la médula se enfría.

En dura contracción, su piel se estría,
Se desgarran sus carnes, y, á millares,
Goteando fugitivos luminares,
Sus restos cruzan la extensión vacía.

Uno de ellos, cayendo en la envoltura
Del globo nuestro, lo ha dejado herido,
Le ha inyectado contagio de la altura.

Y el mundo nuestro morirá aterido,
Y sus restos irán por sepoltura,
A otros mundos quizá que aun no han nacido.

---

(1) Inédito.

NOCHE EN LAS RUINAS.

I.

Los vientos fatigados
Se han quedado dormidos en las ruinas
Y en un largo girón de nube negra
La mitad de la luna está escondida.
Muy diáfano está el aire;
Altos los astros y ateridos brillan,
Las sombras que recorren los escombros
Lanzan pequeños gritos fugitivas.

Sombra de luz de luna
Envuelve una porción de la colina,
La lluvia ha hecho brotar sobre el estrago
Flores del campo blancas y amarillas.
Los rumores del valle,
Se evaporan en vagas melodías
Y el pájaro que vela, tristemente
Se ha posado á cantar sobre las ruinas.

II.

La noche de las penas
Envuelve á Andalucía;
Polvo de escombros ha enterrado el llanto
En ojos que habitaban las sonrisas.

III.

¿Quién es esa que canta allí en la sombra
Lo que cantan las madres? Su voz nítida
Ha hecho callar los niños que lloraban
Y hasta dormir los hombres que sufrían.
¿Quién es esa que vela, cuando duermen
Para siempre quizá las alegrías?
No hace sombra su cuerpo aunque la luna
Baña sus formas con su luz tranquila.

IV.

Le han dado un nombre; *Caridad* la llaman
Los que pasar la miran
Envuelta en los crepúsculos azules
Con que el cielo las penas acaricia.
Ella es la que á los pájaros enseña
Las tristes elegías;
Ella enciende la estrella, besa al niño
Y sobre el seno del dolor anida;

Desentierra esperanzas en las almas
Y en los ojos sonrisas,
Flores en los escombros, y en los hombres
Puede animar hasta la fe perdida.
Cuando el cáos retorne, y de los mundos
Sólo queden cenizas,
Ella, sólo ella cantará canciones
Sentada entre las ruinas infinitas.

LA LEYENDA PATRIA.

I.

Es la voz de la patria.... Pide gloria....
Yo obedezco esa voz. A su llamado,
Siento en el alma abiertos
Los sepulcros que pueblan mi memoria,
Y en el sudario envueltos de la historia,
Levantarse sus muertos.
Uno de ellos, recuerdo pavoroso
De un lustro triste, se levanta impuro,
Como visión que en un insomnio brota
Del fondo nebuloso
A la voz de un conjuro, y su flotante
Negra veste talar mi frente azota.
¡Lustro de maldición, lustro sombrío!
Noche de esclavitud de amargas horas,
Sin perfumes, sin cantos, sin auroras,
Vaga en la margen del paterno río....

De los llorosos sauces
Que el URUGUAY retrata en su corriente,
Cuelgan las arpas mudas,
¡Ay! las arpas de ayer que, en himno ardiente,
Himno de libertad, salmo infinito,
Vibraron, al rodar sobre sus cuerdas
Las auras de las PIEDRAS y el CERRITO.
Hoy la mano del cierzo deja en ellas
El fiébil son de tímidas querellas.

Apenas si un recuerdo luminoso
De un tiempo no distante,
De un tiempo asaz glorioso,
Tímido nace entre la sombra errante
Para entre ella morir, como esas llamas
Que alumbrando la faz de los sepulcros,
Lívidas un instante fosforecen;
Como esos lirios entre el musgo abiertos,
Desmayados suspiros de los muertos
Que entre las grietas de las tumbas crecen.

La fuerte ciudadela,
Baluarte del que fué MONTEVIDEO,
Desnuda ya del generoso arreo,
Entre las sombras vela
El verde airón de su imperial señora,
Que, en sus almenas al batir el aire,
Encarna macilenta
La sombra vil de la paterna afrenta.

Todo mudo en redor.... campos, ciudades....
Todo apenas se agita
Y, del pecho en las negras soledades,
El patrio corazón ya no palpita.

II.

¡Y un pueblo alienta allí! ¡Y entre esa noche,
Vive en esclavitud un pueblo.... y vive!
¿Y es ése el pueblo rudo,
Amamantado ayer por la victoria,
Que batalló frenético y sañudo
Y, al fin, cayó sobre el sangriento escudo,
Envuelto en los girones de su gloria?
¿Y es el que bravo, con robusta mano,
De entre las fauces del lëón ibero
Arrancó ayer su libertad, que en vano
El coloso oprimió, y entre las ruinas
De la antigua grandeza
Del vencedor del árbitro de Europa,
Levantó la cabeza,
De tempranos laureles circuïda
Y con sangre de mártires ungida?
¿Y es la patria de ARTÍGAS la que vierte
Lágrimas de despecho,
Teniendo aún sangre que verter, y alienta
Esa vida engendrada por la muerte,
Que sus memorias en baldón convierte,
Y de su mismo oprobio se alimenta?

¡Oh! no, no puede ser. Pueblo, despierta;
Arranca el porvenir de tu pasado;
Levántate valiente,
Levántate á reinar, que de rey tienes
El corazón y la guerrera frente.
¿Será que de tus héroes,
Los tiempos las cenizas esparcieron?
¿Será que sólo fueron
Sus esfuerzos de ayer fugaz aliento
Que pasó como el ave que no deja
« Ni rastro de sus alas en el viento »?
¡Oh! ¿Que no habrá un recuerdo que levante,
De la tumba musgosa del pasado,
El acento irritado
Que al opresor espante,
Y, con mano nervuda,
El sueño de esos párpados sacuda?
¿Jamás la noche engendrará un delirio,
La bíblica visión enardecida,
Que á esa planta infeliz dé aliento y vida
Con el riego de sangre del martirio?

. . . . . .
. . . . . .

III.

Mirad: del URUGUAY en las espumas,
Del URUGUAY querido,
Brota un rayo de luz desconocido
Que, desgarrando el seno de las brumas,
Atraviesa la noche del olvido.
Semeja el fleco ardiente que colora
A la lejana estrella vespertina
Que el sueño de las tardes ilumina.

Es primero un albor.... luego una aurora....
Luego un nimbo de luz de la colina....
Luego aviva.... y se eleva.... y se dilata,
Y, encendiendo el secreto de la niebla,
En fragoroso incendio se desata
Que, en el cercano monte,
Destrenza su abrasada cabellera,
Y salpica de luz el horizonte,
Y en el cielo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros.... ya es la hora,
Y, al chocar de los remos sobre el río,
Alzan la barcarola de la aurora
De ritmo audaz y cadencioso brío,
La eterna barcarola redentora.
Caen de los sauces las dormidas arpas
Por impalpable mano arrebatadas;
La selva entona de la patria historia
Los no aprendidos salmos inmortales;
Al beso de la luz se alza la guerra,
Y brotan de la tierra
Palpitantes recuerdos á raudales.
En luminosa ebullición sonora
Los átomos alados
Nadan en luz en torno de la aurora,
Y despiertan los cantos olvidados
Que en el juncal dormían,
Los que en el bosque errantes se escondían,
Los que en las nieblas mudos se arropaban
O sin eco en el aire discurrían
E, impulsos sin objeto, desmayaban.

Todo palpita, se estremece y siente,
Todo despierta del sopor sombrío....
Es que enciende el ambiente
El descenso de un astro incandescente
Que ocupa su lugar en el vacío.

Y entre la luz, los cantos, los latidos
Roja, intensa mirada
Que por el campo de la patria hermoso
Paseó la libertad, pisan la frente
Del húmedo arenal *Treinta y Tres Hombres;*
Treinta y Tres Hombres que mi mente adora,
Encarnación, viviente melodía,
Diana triunfal, leyenda redentora
Del alma heroica de la patria mía.

IV.

Hélos allí....
Con ademán sañudo,
Cárdeno el labio y la pupila ardiente,
De batallar el acerado escudo
Embrazan sin temblar; ciñen la frente
Con el pesado casco del guerrero,
Y altivo un reto lanzan
Que se estrella en el rostro del tirano;
Que cabalga los aires,
Y rueda, y se dilata, y se desborda,

Como, de ruina y destrucción sedienta,
Embozada en su parda vestidura,
Lleva sobre sus hombros la tormenta,
La voz de Dios.... Clavado en la llanura,
Del nuevo *Sinaí* sobre la espalda,
Como león que sacude la melena,
Azota el aire y estremece el asta
El pabellón de LIBERTAD ó MUERTE
Que el aura agita de presagios llena.
Vibrando está en los labios
El santo juramento
De MUERTE ó LIBERTAD, firme, grandioso,
Que da á los hombres de virtud ejemplo,
Y se esparce solemne y poderoso,
Cual se difunde el salmo religioso
Por las desiertas bóvedas del templo.

. . . . . .

V.

¡Ellos son, ellos son! Patria querida:
No eras tú, no, la que en servil letargo
Te adormeciste ayer; virgen tu alma
Al ostracismo amargo
Huyó vencida, pero no humillada,
A salvar pura nuestra patria idea,
Y hoy ya torna encarnada
En la enseña divina que flamea
En la cerviz del opresor clavada.
No eras tú, no, la que su aliento enfermo
Daba á los lirios que en las tumbas brotan
Al calor del suspiro de la muerte;
Yo te descubro allí, radiosa y fuerte,
Al verter en el lienzo de la noche
Las tintas del color de la alborada,
Y en el foco febril de tu mirada,
Volvernos, con el sol de nuestra historia,
Ese calor de libertad preciada
Que el broche rompe de la flor sagrada,
Fecundizando el germen de la gloria.

Yo te descubro allí; tu alma tan sólo
Da movimiento á treinta y tres latidos;
Esos, que tornan tu impalpable esencia
Y, empapada en su luz, alzan la frente;
Esos, que arrancan de la amarga noche
La libre aurora del eterno día;
Esos tus hijos son, son nuestros padres,
Patria de mis hermanos, patria mía.

VI.

El alma que á su cuerpo retornaba,
Hirviente circulando,
Se infiltró, como un hálito de fuego
En las venas del pueblo, rebosando
Como el torrente desbordado y ciego.
Lívidos los espectros
Que engendran los insomnios del tirano,
En ronda descompuesta é imposible

En su almohada se alzaron,
Y poblaron sus horas agitadas
Las visiones de muerte atropelladas.
Rodaron las corrientes sacudidas,
El incendio rodó por nuestro suelo,
El PLATA rebramó sordas querellas
Y, como aliadas que aprestaba el cielo,
Sus alas encendidas
Agitaron temblando las estrellas.

. . . . . .
. . . . . .

Ya es tarde, ya es en vano,
Extranjero opresor, despavorido
Apercibirte á la forzada lucha
Y concitar innúmeras legiones.
Ya cercano se escucha
El libre relinchar de los bridones,
Que el casco fijarán sobre tu pecho
Y el mundo encuentran, á su paso, estrecho.

Ya las ferradas lanzas
Buscan camino, y lo hallarán sangriento,
Hasta tu mismo corazón, sediento
De cobardes venganzas.
En vano en tus mazmorras oprimidos
Escondes los valientes
Que encontraste inermes y rendidos
En torno de su hogar.... Oye: ¿no sientes
Cómo alzan á lo lejos sus hermanos,
Y llega hasta sus rejas
El himno con que mueren los tiranos?
¡Oh! cuando el grito de los libres suena
Y el clamor comprimido se levanta,
El opresor se espanta
Al ver que el mismo són de la cadena,
El aire al respirar, *libertad* canta.
Y ese grito sonó.... De la FLORIDA
En los fragosos campos,
Rodeada de los bravos redentores,
Arde la inmensa hoguera
Que la patria encendió, y arden en ella
Nombres, tratados, vínculos nefarios
Que vuelan, en cenizas esparcidos,
Como aliento de pueblos redimidos.
En ella se fundieron las cadenas
Para forjar con ellas las espadas,
Y los pechos en ellas se templaron
Que, en SARANDÍ glorioso,
Los escombros de un trono ontonaron.

VII.

¡SARANDÍ! ¡S ANDÍ!... Santa memoria,
Primicia del valor, ósculo ardiente
Que imprimieron los labios de la gloria
En nuestra joven ardorosa frente!
Yo al pronunciar tu nombre,
De hinojos, la cabeza descubierta,

Entre las cuerdas de mi lira siento
Que nace, crece y estridente estalla,
Todo el fragor de las solemnes horas
Que escucharon la voz de tu batalla;
Cuando *el héroe,* los héroes encontraron
Tardo el corcel y perezoso el plomo;
Las sedientas espadas abrevaron,
De roja sangre en el reciente lago,
Y del tirano en la olvidada tumba
La cuna de sus hijos levantaron.

¡SARANDÍ! Con tu aliento poderoso
Sus alas formaría la tormenta
Para azotar la espalda del coloso
Revuelto mar, y publicar su afrenta.
Yo en tu potente espíritu me agito,
Lato en tu corazón, ardo en tus ojos,
Y en la idea, corcel de lo infinito,
Sobre tus rudos hombros sustentada,
Siento flotar mi vida, condensada
En un grito de honor, eterno grito.

En tus vastas laderas
Deja que se dilate el pensamiento
Y respire el aliento
De aquellas auras de tu honor primeras,
Auras de libertad que en su regazo
Hasta Dios condujeron,
El sello á recibir de eterna vida,
Con las almas de bravos que cayeron,
El alma de la patria redimida.
Los himnos de tu aurora
Deja que el labio vibre:
¡Paso al pueblo novel! ¡Sonó su hora!
« Que quien sabe morir, sabe ser libre. »

VIII.

Empapadas en luz y en armonías
De aquel campo divino
Las auras nuestro *Plata* atravesaron
Y del callado lábaro argentino
La coronada frente refrescaron.
Se oyó el batir de sonorosas alas
Al levantar el vuelo las memorias;
El encajar de piezas de armaduras
Mohosas y empolvadas de victorias;
Se unieron las riberas
Del Plata libre en fraternal abrazo
Y cruzaron sus ondas las banderas
Aves de gloria, cuyas alas fieras
Azotaron la faz del Chimborazo.
Y á los que ayer llamara visionarios
Al contemplar en paso vagabundo,
La amiga mano el argentino estrecha.
Sus locuras, sus mitos legendarios
Detienen hoy en su carrera al mundo.
Si corta fué tu vista, pueblo hermano,
Si corta fué tu ofuscación de un día,

La lavaste con noble bizarría
En la sangre humeante del tirano.
Pueblo de las cruzadas giganteas,
Puente del Ande, sueño de Belgrano,
Pueblo co-redentor: ¡bendito seas!

IX.

El destrozado imperío,
De *Sarandí* en el llano
Sintió el golpe mortal; pero ocultando,
Como la pieza herida,
La flecha envenenada, huyó, buscando
El matorral oculto, y la escondida
Selva breñosa en que caer sin vida.
Mas ya no pudo ser; tras el reguero
De negra sangre que sus pasos marca,
Tras el golpe postrero,
Va la heroica legión: su vista abarca
Un ensanche de luz del horizonte
Do la mano invisible de la patria,
De ITUZAINGÓ los velos descorriendo,
Reproduce en el cielo vigorosas
Las cifras del ardiente vaticinio
Que en el festín de Baltasar, mostraron
De un trono ya caduco el exterminio.

¡ITUZAINGÓ!... Señor de las batallas,
¡Oh, Dios de Sabahot armipotente!
Tú otorgaste y ceñiste en aquel día
Palmas al mártir, y al guerrero lauros;
Yo pronuncio tu nombre
Junto al que adoro de la patria mía.
Habla, Señor, al hijo
La divina leyenda de sus padres;
Que la lira del bardo desfallece
Y, al peso abrumador de los recuerdos,
Muda y arrebatada se estremece.

. . . . . .

X.

Todo acabó.... Ya el mundo
Firme al novel batallador escucha
Dictar sus leyes y escribir su historia,
Y al solio de los pueblos lo levanta
Que, aún cubierto del polvo de la lucha,
Trepa el guerrero con serena planta.

La patria redención ya consumada
Exige el culto de sus hijos fieles,
En el altar del alma conservada,
Tú, á la sombra feliz de tus laureles,
Patria, patria adorada,
En tu tranquila tarde del presente,
De tus santos recuerdos al arrullo,
Duerme ese sueño de los pueblos grandes
De paz y noble orgullo.

Rompa tu arado de la madre tierra
El seno en que rebosa

La mies temprana en la dorada espiga,
Y la siega abundosa
Corone del labriego la fatiga.
Cante el yunque los salmos del trabajo;
Muerda el cincel el alma de la roca,
Del arte inoculándole el aliento,
Y, en el riel de la idea electrizado,
Muera el espacio y vibre el pensamiento.
En las viriles arpas de tus bardos
Palpiten las paternas tradiciones
Y despierten las tumbas á sus muertos,
A escuchar el honor de las canciones.
Y siempre piensa en que tu heroico suelo
No mide un palmo que valor no emane;
Pisas tumbas de héroes....
¡Ay del que las profane!
Protege, ¡Oh Dios! la tumba de los libres;
Protege á nuestra patria independiente
Que inclina á Tí tan sólo,
Sólo ante Tí la coronada frente.

TU Y YO.

Perfume de una flor que, al desprenderse
Ni una hoja de sus pétalos lastima;
Tibio efluvio de luna de verano
Que en el disco plateado se destila;
Calor de una mirada de ternura
Que atraviesa inocente unas pupilas;
Roce de un alma que, buscando otra alma,
En sí misma sin ruido se desliza:
Eso es tu aliento
Cuando suspiras.

Lágrima que oscilando sobre el alma,
Se evapora al calor del dolor mío;
Rumor de oleaje que, en desierta orilla,
Rueda mugiendo entre escarpados riscos;
Ave que huye y, al volar llorando,
Quiebra la rama en que dejó á sus hijos;
Nota que, al desprenderse de una cuerda
Deja al pobre laúd, temblando, herido:
Eso, tan triste,
Son mis suspiros.

LA SOLEDAD.

La soledad se sienta al lado mío
De noche, á medio día, en la alborada.
Yo la miro, y me mira.... y le pregunto:
¿De dónde vienes? Habla.

De un desierto, me dice, de un desierto
Tendido en sus arenas abrasadas;
De un bosque cuyos pájaros murieron
En una noche demasiado larga.

De las ruinas de un templo abandonado
Entre las cuales los recuerdos andan
Como alondras heridas y sin nido,
Que buscan sitio en que morir calladas.

De una llanura que crucé de prisa
En la noche después de una batalla;
Vengo hasta aquí desde muy lejos.... Vengo
Del fondo de tu alma.

RAFAEL FRAGUEIRO (1)

ÚLTIMA OFRENDA.

Sobre el mármol funerario
que mis huesos cubrirá,
no pido inscripción ni flores,...
¡una lágrima no más!

Pero esa lágrima sóla
que á mi alma bastará,
la han de verter tus pupilas
¡si acaso saben llorar!

RONDEL.

Una madeja de fibras de oro
entra impalpable, de mi ventana
por los cristales: es que desciñe
su vestidura la luna pálida.

Sobre la mesa donde trabajo,
donde aprisiono con las palabras,
tantas ideas, ¡vírgenes libres
de las floridas selvas del alma!...

Sobre esa mesa tengo tu álbum;
ante mí abiertas están sus páginas,
y en ellas miro cuanto escribiera
tu mano ebúrnea, tu mano blanca.

(1) Dos grandes temperamentos poéticos ha tenido el Uruguay desde sus orígenes: Zorrilla de San Martín y Rafael Fragueiro. Aquél se consagró con su obra grande, fecunda y universal; éste dispersó su talento en una obra precoz, incoherente y desordenada, llena de inspiración y belleza, peró demasiado arrebatada por la fiebre de una producción sin tasa. Fué un niño sublime que á los diez y siete años escribía rimas dignas de Heine, por lo amargo de la ironía, lo cruel del sentimiento y lo áspero del dolor; que á esa misma edad hizo representar su tragedia *Lucrezia Romana*, escrita en correcto italiano; que más tarde derramó en dos libros,

Y ¿á que no sabes lo que yo pienso
cuando contemplo tantas violáceas
rayas, que forman tus lindos signos
unas con otras entrelazadas?

Ve: me parece que son los hilos
de una magnífica tela de araña,
y hasta se me hace que tras las letras,
veo asomarse patitas largas.

Patitas de esas, que de la alcoba
por las paredes, suelen osadas
hacer paseos y correrías
como si fueran dueñas de casa.

Y entonces digo, no sé si triste,
no sé si alegre; ¡Nada me extraña,
que entre sus redes quien tan bien teje,
aprisionada tenga mi alma!

MEDIA NOCHE.

¡Media noche, mi bien! Esta es la hora
en que las brujas salen de sus cuevas,
y celebran maléficos conjuros
en las oscuras selvas....

¡Media noche, mi bien! Esta es la hora
en que los muertos sus sepulcros dejan,
y silenciosos vagan por el mundo
envueltos en girones de la niebla....

Yo no sé, si tu crees, amada mía,
en aquellas tristísimas consejas....
yo nunca había creído, pero ahora....
¡creo, creo de veras!

¿Tú te ríes? ¡Te ríes cuando sabes
que hay en mi corazón profunda huesa!
¡Te ríes porque ignoras
que yo siento que el muerto sale de ella!

¿No te pasa lo mismo?... ¿Tú no sientes
que de tu corazón bajo la piedra
brota la sombra del amor antiguo
en los harapos de tu vida envuelta?

Allegretto y *Recuerdos Viejos*, toda su alma, en un derroche pasional de versos angustiados y amargos; tristes é irónicos; melancólicos y lúgubres, pero hondamente humanos: los versos más intensos, más verdaderos, más sobrios, más salientes, más hermosos que se han escrito en el país. Discípulo de Heine y de Becquer, su temperamento se licuó en esa producción enfermiza y triste de sus poetas. Ha sido el poeta más hondamente subjetivo que haya tenido la América, y por eso, su musa fué fugaz y el poeta cayó de fatiga en mitad de la jornada, callando desde entonces. Es autor de un poema, *Los buitres* y de varias traducciones y obras didácticas escritas en Buenos Aires, donde reside. Aquí, fué secretario de la Legación en Londres; allá es catedrático de literatura en el Colegio nacional.

ALLEGRETTO.

I.

Me llaman soñador, me llaman loco,
Y hasta me dicen raro,
Mas no hay nadie en el mundo, que me llame
Lo que soy, querida, desgraciado!

Y es porque el mundo, en su vaivén estúpido,
Sólo vive de máscara y engaño....
Es que el mundo no ve sino sonrisas,
No escucha sino cantos....

Mas no sabe que en medio de esos pliegues
Que dibujan los labios,
Cual vívora que pasa entre violetas,
La sierpe del dolor, se va arrastrando....

No sabe, que las notas armoniosas,
Esconden mucha vez en su regazo,
Los girones de una alma que agoniza,
El ¡ay! de un corazón envenenado!...

VI.

Unas pupilas negras me miraron
Con terneza indecible,
Y yo sentí halagado mi amor propio,
Y quise sonreirles....

Mas no lo pude... y murmuró mi labio
Con un acento triste....
No me miran así, los ojos pardos
¡Que quiero que me miren!

XVII.

De tu parda pupila nunca un rayo
Las sombras de mi alma disipó....
Nunca tus labios con sonrisa tierna,
Por mí plegó el amor....

De amorosos acentos la armonía,
Nunca en mi oído murmuró tu voz....
Sólo hallaste palabras y crudeza,
Para decirme, no!...

Divina estatua que encontré en mi senda,
Virgen de hielo, estrella sin fulgor,
Tú, que no sabes como adora un alma,
No sabes lo que sufre un corazón!

Tú serás madre.... y morirán tus hijos,
Y en sus cuerpos privados de calor,
Solamente verás vida que falta,
Y no un perdido amor!...

Divina estatua que encontré en mi senda,
Vírgen de hielo, estrella sin fulgor,
Tú que no sabes cómo adora un alma,
¡No podrás comprender ningun dolor!...

XIX.

Allá en mi patria querida,
Tengo amigos, tengo hermanos,
Tengo parientes y tengo
Más que todo aquesto, un algo....

Tengo una virgen, que es linda
Como una estatua de mármol,
Y lo que es más, tan sensible,
Que muchas veces me pasmo!...

Dentro su pecho se encierra
Tanto sentimiento, tanto...
Que de tanto que me quiere,
¡En no quererme ha parado!

XXXVII.

El buque va marchando!... Ruge y llora
Al mismo tiempo el río,
Al sentir que lo hiere impunemente,
La tajadora quilla del navío....

Y mi destino marcha!... Rujo y lloro,
Y de dolor me agito....
Mas cual la voz airada de las aguas,
Inútil es mi grito!...

XXXVIII.

Yo quisiera saber cómo en la mente
Se forman las ideas,
Y por qué misterioso mecanismo
El hombre las revela....

Yo quisiera saber quién es quien teje
En ilusoria tela,
Esos sueños brillantes y fantásticos,
Que tienen los poetas....

Yo quisiera saber, cómo en el pecho
El cariño penetra,
Y cómo poco á poco se transforma
En la pasión violenta....

Mas lo que más anhelo, mi querida
Saber, es qué funesta
Y maldecida fuerza es la que impide
Que nuestras tristes almas se comprendan!...

XLV.

Soñé que por delante de mi casa,
Desfilaba tu entierro....
Mucho lloré y entristecí pensando,
Que sin yo perdonarte te habías muerto!...

Porque de veras, creo que es muy justo,
Que te castigue Dios, por lo que has hecho....
¡Me has roto el corazón, quitado el alma,
Y otras cosas peores que no cuento!...

Un sueño fué por suerte!... Al otro día,
En la calle contigo tuve encuentro....
Te saludé cortés y diste vuelta
Con desprecio la faz.... ¡No haberte muerto!

L.

En guisa de Cuaresma, mis poesías
Empezaron, con dobles de campana,
Y siguieron con dobles, mas como ella
Por desdicha no acaban.

La Cuaresma concluye con repiques,
Concluye con la Pascua....
Mas todavía repicar no sabe,
La esquila de mi alma....

Mas todavía mi ventura muerta,
No salió de su tumba abandonada....
Perdón por la tristeza de mis cantos....
Mi amor no tiene Pascua!...

BRINDIS.

¡Yo bebo á tu salud! La copa llena
desborda entre mi mano estremecida;
tal, el rudo pesar que me enagena
se derrama del vaso de mi vida,
y los sueños del alma me envenena
con su acre insipidez aborrecida.

¡Yo bebo á tu salud! Así, dorada
como el rubio champagne es tu cabeza,
y cual su leve espuma, la variada
turba de tus ensueños de terneza....
Vanidad es la espuma; tu amor, nada;
y la botella hueca, tu belleza.

¡Viva tu cuerpo largo tiempo! ¡Viva
pero soporte tu alma el sufrimiento
que con desdoro tu ambición esquiva;
encastíllese en tí el remordimiento,
sosténgate el orgullo siempre altiva,
y el corazón destrózete el tormento!

Paga así todo el daño que me hiciste,
ya que al fin por tu cuerpo me has vendido,
yo con gozo veré cómo resiste
tu belleza al dolor, y complacido
oiré, cómo se ríe tu alma triste
sobre tu seco labio enrojecido.

Tercer Medallón

¡Vive para sufrir! — quebranto el vaso
en que bebí por tí — salud mi vida!
oye: si un día se rompiese acaso
tu corazón como él, ¡ríete, olvida!
y no permitas que en tu faz de raso
peregrine una lágrima perdida.

Cubierto esté el invierno de tu seno
por el cálido brillo del estío,
y en tu semblante de sonrisas lleno,
llore siempre de máscara el hastío
sus lágrimas de hiel y de veneno,...
¡Yo bebo á tu salud, tierno amor mio!

RECUERDOS VIEJOS.

XII.

I.

Eres muy linda, querida,
Eres mi amada, muy bella,
Y ese vestido de grana,
De veras.... ¡muy bien te sienta!...

¡Eres muy linda!... y el blanco
Jazmín que duerme en tus trenzas,
Parece que abrió sus pétalos
Para dormir siempre en ellas!...

¡Eres muy linda!... y tus ojos
Dardos arrojan doquiera....
¡Ay! dardos emponzoñados
Que al alma la muerte llevan!

¡Eres muy linda! y la vida,
Feliz, alegre y risueña,
Por la más encantadora
Te conduce de sus sendas....

¡Eres muy linda!... ¡Tan linda...
Que los sueños de un poeta,
Nunca jamás engendraron
Tan bella imagen!... ¡De veras!

II.

Pero, más linda serías,
Mi tierno bien, si estuvieras
Toda vestida de blanco
Dentro de una caja estrecha!...

¡Más linda... si en vez de ese albo
Jazmín que duerme en tus trenzas,
Una guirnalda, tus sienes
Ciñeran de flores negras!...

¡Más linda... si tus pupilas,
En vez de lanzar saetas,
Fijas, vidriosas, inmóviles,
En tus párpados durmieran!...

¡Más linda... dulce amor mío,
Más linda mil veces fueras,
Si en vez de estar cual te veo....
De veras!... te hallaras muerta!...

III.

Y entonces sólo, mi amada,
Perdonársete pudiera
El tener alma insensible,
Y un corazón que es de piedra!..

Mi bien... ¡la vida es tan triste
Si se tiene el alma muerta!...
¡De veras!... ¡serías más linda,
Dentro de una caja estrecha!...

XV.

En Palermo, en la calle de palmeras,
Entre el desfile inmenso y opulento
De coches y mujeres hechiceras,
Ante mis ojos se mostró un momento...

Arrebujada entre mullidas pieles,
En el oscuro fondo del carruaje,
Que arrastraba el vigor de sus corceles,
Raudísima pasó, sueño ó miraje...

La tarde en Occidente se moría,
Y en las ramas posábanse las brumas
De invierno, con letal monotonía:
¡De alajes rotos, destrozadas plumas!

El sol despareció: — ¡ay! también ella
Huyó de mi pupila... En el ambiente
Brotó radiante la primera estrella,
¡Y su recuerdo se encendió en mi mente!

XXV.

Era en Junio. Las tardes en el cielo
Poca vida tenían;
La luz crepuscular, como un suspiro
Brotaba y se extinguía.

Los harapos de nieblas y de brumas,
— Heraldos de la noche ya vecina —
En las torres, pretiles y balcones
Como paños de luto se prendían.

En esa hora sin color ni sombra;
En esa hora mustia, indefinida,
Intermedio de amor en que la noche
Se abraza con el día;

Solitaria la calle de su casa,
Como senda de ermita,
Sin siluetas, sin ruidos y sin ecos,
Así, permanecía...

Sólo ella, tras los vidrios reclinada,
Envuelta con su chal de muselina,
Semejaba una estatua, quieto el seno
É inmóvil la pupila....

Enfrente estaba yo. Y así pasábamos
Hasta que nuevamente rebullían
Las calles por la noche. En aquel tiempo
¡Con sin igual ternura me quería!

Mas pasó aquel invierno, y con sus flores,
Sus cantos y sus brisas
Volvió la primavera, y de las tardes
Fué más larga la vida.

Y en la acera de enfrente, me paraba
Con mi amorosa asiduidad antigua,
Y las gentes tomábanme per loco,
Mientras yo de las gentes me reía...

Pero allá, tras los vidrios, reclinada,
Envuelta con su chal de muselina,
Ella no estaba ya, ¡Todo su afecto
Murió con la humedad y las neblinas!

¿Por qué?... ¡Por caprichosa! En el invierno,
Cuando flores no había,
Las cultivó en su pecho y á mi alma
Dejó caer semillas...

Mas cuando el prado, henchido de perfumes,
Nadaba entre matices y armonías,
Y ricas de recuerdos de otras tierras
Llegaban las viajeras golondrinas;

Por el prurito de llevar la contra
Hasta á su propia dicha,
Las hizo marchitar y ahogó su llanto,
Con mal fingida risa...

¡Y aun se ríe! ¡y parece que es dichosa!
¡Mientras á mí la angustia me asesina!...
Mas, no doy una gota de mi llanto
¡Por toda su alegría!...

XXVIII.

Ayer en el teatro estábamos enfrente;
Con un sombrero negro cubrías tu cabellos,
Y bajo de sus alas más fúlgidos, más bellos,
Tus ojos irradiaban su luz incandescente.

Alegre era la obra, el público reía,
Mas tú no me mirabas, — no sé por qué motivo, —
¡Cuando tú no me miras parece que no vivo!
Pero aun sufriendo, supe fingir mucha alegría!

Si alguna vez los ojos, sin verte yo, volviste
Y acaso tus oscuras espléndidas miradas
Hallaron que reía tal vez á carcajadas,
Fué por no darte el gusto de que me vieras triste.

Mas ora que estoy solo, y pienso en tí, mi vida,
Me pesan esas risas, me pesa ese contento,
Temo que te haya dicho cruel el pensamiento:
¡Quien sufre no se ríe y quien no sufre olvida!

JOAQUÍN DE SALTERAIN [1]

SOUVENIR.

De aquellos tiempos en el alma quedan
Impresas las señales.
¿No es cierto que tu labio me perdona,
Si yo las vivifico en una frase?

.... Eras tú joven: la mejilla roja
Con el carmín de las primeras dudas;
El ademán, á mi capricho, dócil,
El rosicler del porvenir sin brumas.

Como los juncos, al morir la tarde
Se mueven reflejados en la orilla,
Movió mi corazón ese reflejo
Que hablaba en el rubor de tu pupila.

El rayo de la luz hirió la playa,
El eco de tu acento mis oídos,
Durmió la claridad en la llanura
Y el brillo de tus ojos en los míos.

Volaron esos tiempos con las noches
De amor, de juventud y de locura,
Y arrullan mi memoria con su acento
Como el soplo del céfiro al nenúfar.

La blanca gavïota hendiendo el aire
No deja de sus alas el diseño;
Las hojas de los lirios se marchitan,
Los ayes de las almas van al cielo.

Torna el jilguero á la movible rama,
El álamo sus hojas reverdece,
Más diáfano se pinta el horizonte,
Vuelve la primavera... y tú no vuelves!

¡Imagen fugitiva del cariño!
¿Qué importa si te alejas y te pierdo,
Si habitas en el fondo de mi alma,
Si vives en la musa de mis versos?

---

(1) El doctor JOAQUÍN DE SALTERAIN, pertenece á una generación de intelectuales. Desde joven empezó á publicar poesías, todas ellas inspiradas en un sentimentalismo hondo y tranquilo. En el histórico Certamen de la Florida de 1879, conquistó el segundo premio con su composición *La lira rota*. Dedicado á la medicina marchó á Europa, donde se distinguió como jefe de la Clínica del profesor Galezowski en Paris. Aqui ha ocupado puestos de importancia. Ha sido diputado, senador, ministro de Estado, vocal de Instrucción pública, vice presidente del Consejo de Higiene, secretario de la Facultad de Medicina, etc. Preocupado por profundos problemas sociales á los que dedica sus energías, ha fundado últimamente *La Liga Uruguaya contra la Tubercolosis* y un servicio de demografía nacional. Es oficial de la Legión de Honor y corresponsal de diversas instituciones sabias. Hace años que su musa calla y sólo de vez en cuando la prensa recoje una que otra composición del distinguido médico.

FLORES DE OTOÑO.

Yo he vivido contigo en la floresta,
Donde los lirios, tristes como tú,
Extienden sobre el lago transparente
Sus hojas verdes, su corola azul.

Tu cuello era de nácar, tus mejillas
Tenían la blancura y palidez
De las flores que brotan con el beso
De las auras y mueren al nacer.

Pasastes y pasé: como el aroma
Que sus átomos leves difundió,
Así despareciste. ¿Dónde has ido?
¿Adónde has ido que lo ignoro yo?

* * *

Yo he vivido contigo en los salones
Alfombrados de rojo carmesí;
Tus mejillas tenían la frescura,
La palidez marmórea del jazmín.

Tu cuello era de cisne, tu mirada
Tenía la magnética atracción
De los mundos que forja en la memoria
La musa del poeta soñador.

Cariñosa visión de mis ensueños,
Como la vida efímera y fugaz,
Pasastes y pasé. ¿Dónde te has ido,
Que no te veo en los salones más?

OTOÑAL.

Esas de primavera
Serenas noches y mañanas tibias,
Calienten mi memoria
Con el afán de los mejoras días,
Y esos de la esperanza
Perdidos sueños, pero siempre gratos,
Bullan en el cerebro,
Con el rumor de los maternos cantos!

Aroma en el espacio se difunde,
Besos de lirios por el aire vagan...
Es el claror de la mañana; fluye
Con los alados átomos del éter,
Y rasgando su cáliz de fulgores,
La luz del sol, al universo envuelve.
Después, sobre la cima,
Cuya base de arena
Recoge las sonrisas
Del anchuroso piélago, en las franjas
Que diseña la espuma,

Como un enjambre de palomas blancas
Las nubes transparentes, con el día
Parece que se animan y dilatan.

¡La atmósfera! Poema de la vida
Escrito con celajes y con brumas,
Está como tus párpados tranquila,
Como el rubor de tus sonrojos, pura...
Abre tu corazón á la esperanza,
Tus labios á los míos,
Y el palpitante mármol de tu seno
Al amor y al cariño!
La luz, como una trova, nos arrulla,
En la rama del álamo gorjea
El ruiseñor canoro, y en las brumas
El celaje diseña
Remotos y extendidos panoramas,
Y tú sonríes cariñosa, y dócil
Como al soplo del céfiro el nenúfar,
Extiendes sobre el mar de los deleites
El nacarado polvo de tus alas,
Y tus ojos reflejan
El prístino color de ese mañana!
El sueño de la vida,
Que los idilios del amor forjaran!

Oye, — de las geórgicas del alma,
De las primeras lágrimas furtivas,
Devora la más bella,
Llévate la más íntima;
Y arróbame después, con esa música
Que de tus labios murmurando brota,
Como arrullo de pájaros volando,
Como besos de brisas y de aromas.
La tiernas libélulas,
El bálsamo del viento,
Más gárrulas, más íntimas caricias
No llevan en su seno.
Háblame, dime, cuenta
El monólogo dulce
Del ruiseñor, que llora en la floresta
Tristísimas endechas;
Háblame, dime, canta
La barcarola que la mente arrulla,
Y del nombre que vive en el cerebro,
Cuando velan tus párpados el sueño,
Repíteme las frases que lo forman...
Dime tus pensamientos!

Todavía en el alma
Hay versos y hay idilios;
Todavía no han muerto
Los juncos de las márgenes marchitos,
Ni el huracán arrebató furioso
La tórtola del nido.
Más dulce que las cuerdas de la lira
Y mucho más que el himno,
El himno de las aves en la selva,
Es para mí tu voz; la que despierta

Las memorias de ayer, del primer beso
Robado á la corola de tus labios,
Más puros y más frescos que los brotos
Del pálido jazmín de tu ventana,
Más que las flores del granado rojos....
Del éxtasis, sin fin, de tu mirada
Fluyen dulces promesas,
¡Ay! que intentar en vano
El arpa melancólica quisiera....
¿Quién puede traducir el dulce arrullo
De la nívea paloma,
El diálogo de amor que allá en el nido
Los pájaros entonan,
El idilio furtivo
Que cantan las arenas con las olas?
. . . . . .
El invierno vendrá.... De tu pupila
Las rosas nacaradas
Marchitará el dolor, y tus cabellos
Flotarán por la espalda
Blondos, pero luciendo
Líneas de la color con que burila
Sus imborrables páginas el Tiempo.
¿Qué cantará tu bardo, tu poeta,
Sino gentil, alegre, enamorado,
Y siempre soñador? ¿Qué dulces trovas,
Hasta los labios pálidos y yertos,
Intentarán subir, cuando en el alma
Viva sólo el recuerdo?...
Y el invierno vendrá, sus alas grises
Serán nuestro constante centinela;
El cierzo con horrible carcajada
Llamará á nuestra puerta...
Se agostará la flor; el ave huyendo
Las ramas buscará de otros verjeles...
Sólo tu aliento, carazón amigo,
Palpitará con cariñoso ritmo,
Disipará las brumas del ocaso
Con el calor del último latido!...
Y luego nos iremos lejos, lejos,
Ya para no volver, donde la sombra
Del rígido ciprés, de luengas ramas
Cobija la vivienda silenciosa
Del descanso postrero.
... Y acaso en el mañana, confundidos
Esas tus seducciones y mis sueños,
Vuelen por los espacios, como el pólen,
Para posar sus fecundantes besos
En prados más hermosos y lejanos...
¡Oh indescifrable máquina del tiempo!

Virgen de mis ensueños juveniles,
Como la espuma de las olas blanca,
Extiende sobre el mar de los deleites
El polvo nacarado de tus alas,
Y arróbame después, con esa música
Que de tu labio enamorado brota,
Como arrullo de pájaros cantando,
Como besos de céfiros y aromas!

MANUEL HERRERO Y ESPINOSA (1)

RIMA.

Cuando escucho los salmos religiosos
En la nave del templo resonar,
Y nadan por el aire, las plegarias
Ungidas de piedad;
Los recuerdos felices de otros tiempos
Los siento en mi cerebro palpitar,
Y una voz escondida y misteriosa
Me dice: ¡ya no más!...

Cuando miro cruzar ante mis ojos
La imagen de algún ángel celestial,
Y más tarde entre el ruido de la fiesta
Invítole á bailar;
La palabra en el labio se detiene,
Yo siento germinar el huracán,
Y una voz escondida y misteriosa
Me dice: ¡ya no más!...

Ya no más los albores de mis sueños
Turbarán mi silencio y soledad,
Ni el eco rumoroso de los cantos
Mi fe despertará;
Que en los ecos perdidos de la noche
Y en la voz de los vientos al pasar,
Una voz escondida y misteriosa
Me dice: ¡ya no más!...

---

(1) El doctor don Manuel Herrero y Espinosa, distinguido jurisconsulto y hombre público, es una figura descollante de la política del país. Nació en la ciudad de Mercedes é hizo sus primeros estudios en el Colegio de Montero Vidaurreta, graduándose de abogado en la Universidad de Montevideo. Apasionado por las letras, — pasión que le ha dominado desde su primera juventud, — sus balbuceos literarios le señalaron á la atención de sus compañeros. Fué época fecunda, aquellos primeros años de camaradería literaria; verso, cuento, novela, crítica, boceto, todo lo tentó; en todo puso el apasionamiento de su juventud y el sello de su voluntad poderosa. La poesía, mal de la época, que hizo presa de casi todos los hombres de su generación, fué su constante anhelo. Apenas nacido á la vida literaria. fundó y redactó en compañía de Alberto Gómez Ruano, Joaquín de Salterain, Arturo Terra y Saturnino Alvarez, *La Revista*, periódico de literatura en que colaboró toda la juventud intelectual de la época. Por entonces un grupo de sus amigos, le obsequió con una recolección de sus trabajos literarios, elegantemente editada. Más tarde fundó, en compañía de Justino Jiménez de Arechaga, Duvimioso y Arturo Terra, *La Revista del Plata*; en tanto colaboraba asiduamente en *La Revista de la Sociedad Universitaria* y tomaba parte en las conferencias públicas del Ateneo. Su obra fundamental *José Pedro Varela*, consagró por entonces su personalidad literaria. Designado para hablar en nombre de la prensa nacional ante la tumba de José Carlos Gómez, se reveló orador, y su fama cundió por todo el país. Lanzado de lleno á la

Á UNA MONJA.

¿Qué desengaños horribles
La arrebataron del mundo?
¿Porqué su frente matiza
La palidez del sepulcro?
¿Porqué si es niña inocente
Lleva el vestido de luto,
Y en su frente oscurecida
Se ve del dolor el surco?

. . . . . .

No turben ¡ay! su silencio
Las esperanzas del mundo;
El que vió morir las suyas
En su alma lleva un sepulcro.

EL BESO.

Hervía el vino entre las copas
Y el amor hervía en los pechos.
Y en el salón resonaban
Mil ardientísimos besos.

Sonrió bella, seductora
Entornó sus ojos negros
Y mis labios en sus labios
Ardiente beso imprimieron.

Después recordé, insensato,
Que sus labios eran muertos;
Porque son muertos los labios
Do se estampan más de un beso.

BRUMAS.

Valles, montañas, campiñas
Todo lo envuelve la bruma;
Hay silencio en nuestros campos
Y sombras en las alturas.

Yo que viajo peregrino
Arrastrando mis recuerdos,
Pienso que son horribles
Las brumas del pensamiento.

---

política, fundó con Duvimioso Terra, *El Nacional*, diario de ardiente propaganda. Producida la conciliación, tomó asiento en el Parlamento como Diputado por Montevideo, en tanto dictaba su cátedra de Derecho Constitucional en la Universidad. Ocupó nuevamente hasta por tres periodos consecutivos una banca en la Cámara de Diputados y hasta por tres veces fué Ministro de Relaciones Exteriores. Miembro del Consejo de Estado de 1898, la última revolución lo sorprendió en el Parlamento.

ALCIDES DE MARÍA (1)

EN LA TUMBA DE ARTÍGAS.

I.

Brisas del mar, murmullos de las selvas
Que abrigaron al héroe en su follaje,
Sonidos de la sierra,
Que arrancó el casco del corcel salvaje
Que montó en la batalla;
Volved de nuevo á recorrer la tierra,
La hermosa tierra de la patria mía;
Clarines de la guerra,
Sonad también, y en épica armonía
Del olvido al romper la densa valla
Imitad los patrióticos sonidos,
Conciertos gigantëos,
Con que honran los pueblos redimidos
Las tumbas de sus nuevos Prometeos.

—

Esa que veis ahí, tumba pequeña
Para guardar ceniza tan preciada,
Es la tumba de Artígas el guerrero,
Del que entusiasta pronunció primero
De libertad y patria los acentos,
Del héroe aquel de la primer jornada
Que hizo temblar de un trono los cimientos.

—

Escuchad la ovación que se levanta
Al rasgarse el sudario
Del héroe legendario
Que hasta en su misma tumba se agiganta.
Del pueblo soberano
La voz resuena en popular concierto;
Como ejemplo grandioso
Ante la tumba del patriota muerto
Se olvidan los rencores,
Y el sol de la justicia esplendoroso
Brilla al fin con sus puros resplandores.

II.

Nueve años de combates desiguales,
Nueve años de continuos sinsabores
Por libertar los pueblos Orientales
De reyes y opresores:

(1) ALCIDES DE MARÍA, es hijo del viejo historiador don Isidoro De María. Se ha singularizado como autor de fábulas morales, pero también ha escrito composiciones líricas y diversas odas pindáricos de subido mérito. Es autor de un libro *Cantos y apólogos patrióticos*, y los periódicos literarios del país insertan á menudo poesías de este escritor.

Esa es su grande y compendiada historia,
Historia del valor y el patriotismo
Que con Las Piedras á brillar empieza,
Historia de proeza tras proeza,
Que concluye ocultando
En la noche sin fin del ostracismo
El último esplendor de su grandeza.
En esa lucha el uruguayo altivo
Lo triste, acaso, de su fin presiente,
Pero no bastan penas ni enemigos
Para amenguar su corazón valiente;
Y cuando el fallo del destino ingrato
Le arrebató los frutos de su hazaña,
Más grande aún que el grande Cincinato,
El sudor de su frente
Regó los surcos de la tierra extraña.

—

Escuchad la ovación que le levanta
Al rasgarse el sudario
Del héroe legendario
Que hasta en su misma tumba se agiganta.

—

¡Ah! ya el viejo adalid con cuyo nombre
Se engalana la historia,
No dormirá los sueños del olvido;
Del polvo deleznable
Ya puede alzar su frente venerable
Escuchando en la tumba conmovido
La apoteosis rendida á su memoria.

—

No le turbeis la calma en que reposa
De sus grandes fatigas,
Al colocar guirnaldas en su fosa;
No lleguen á él las notas fugitivas
De la calumnia ruín, que tanta gloria
Con torpe lengua en profanar se afana.
¡Nadie dentro del alma como Artígas
Abrigó la virtud republicana!
Nadie luchó por libertar la patria
Con tanta abnegación ni tantos bríos;
Nadie arrancó del árbol de la gloria
Más ricos atavíos.
Como Artígas, el hijo del denuedo,
Cruzando montes y vadeando ríos,
Nadie condujo la legión de bravos
Que alcanzó la victoria
En San José, las Piedras y Guayabos.

—

Nadie pasó más noches en acecho
Por repeler extraños invasores,
Y ninguno como él tiene derecho
A descansar en túmulo de flores.

III.

Sombra que al cabo dormirás tranquila,
Rompe la loza del sepulcro frío,
Enciende tu pupila

Y cual la voz del aquilón bravío
Haz que tu voz en el espacio zumbe
Con bélico sonido,
Para decir al pueblo redimido
Que el alma libertad jamás sucumbe
En los pueblos viriles que la herencia
Guardan de su sagrada Independencia.

—

Haz revivir el eco que arrastraba
La hueste tuya á la sangrienta arena,
La voz del héroe que sonó serena
Como la voz potente del poder;
Haz renacer las llamas que en tus ojos
Brillaban como chispas de centellas
Cuando dejabas tras humeantes huellas
Los despojos del triunfo por doquier.

—

Haz palpitar el corazón que entonces
Sólo latía por la patria amada,
Haz agitar el brazo que la espada
Blandió sin tregua por el patrio honor;
Haz renacer el fuego sacrosanto
Que en el cráter de tu alma se encendía,
Y vuelve luego á la mansión sombría
Envuelto en tu bandera tricolor.

—

A ella vendrán tus nobles compatricios
A inspirarse en tu gloria y en tu ejemplo,
Y si no tienes el suntuoso templo
Que merece tu grande abnegación,
Mientras haya en tu suelo patriotismo,
Mientras dure la raza de Orientales,
Guardarán tus recuerdos inmortales
En el templo inmortal del corazón.

EL ARRIERO Y SU MULA.

Un arriero muy bruto conducía
Varios bultos pesados sobre un carro,
Y viendo que arrastrarlo no podía
La mula que tiraba,
Por que estaba metido dentro el barro,
¡Arre mula! gritaba
Agitando los brazos;
Arre! tira! revienta condenada!
Y dábale al gritar de latigazos;
Castigo asaz inútil, porque, nada,
Por más esfuerzos que la mula hacía
Ni una rueda del carro se movía
Dentro de aquel maldito atolladero.
Fuera de sí el arriero,
Viendo que los presagios eran malos,
De sacar el vehículo del fango,
Dió vuelta el arreador, y con el mango
Comenzó á darle al animal de palos.

Varios mozos alegres que pasaban
Cuando esto sucedía,
Al oír la algarabía
De los gritos y azotes que sonaban,
Dijeron al arriero: don Fulano,
Si la carga es pesada
Con azotes y gritos no hace nada.
Para sacar el carro del pantano,
Como fuerza por peso se regula,
Se saca en dos suspiros
Atando de los tiros
Un animal más grande que la mula.
¿Y ese animal, de dónde me lo saco?
Contestó el zandio en tono de reyerta;
¿Que de dónde lo saca?... ¿no lo acierta?
¡Poniéndose entre varas, so bellaco!

Es verdad verdadera,
Por más que haya verdades tan ingratas,
Que aun en esta ëra
En que abundan escuelas é institutos,
Hay prójimos tan brutos
Que debieran andar en cuatro patas.

ALBERTO FLANGINI (HIJO) [1]

EL BESO MATERNAL.

Es puro cual la esencia que esparce suavemente
Meciéndose en su tallo, la flor primaveral,
Tan puro cual aliento de virgen inocente,
El sin igual cariño del *beso maternal.*

Mil veces de mi pecho volóse la alegría,
Dejando en mi existencia, tristeza sin igual,
Y entonces amorosa, mi madre á mí venía;
Y dábame en la frente un *beso maternal.*

Mi corazón un día de penas inundado,
Consuelo no encontraba para calmar su mal;
Y en medio á los dolores, que habíanlo postrado,
Brindábale consuelo un *beso maternal.*

(1) ALBERTO FLANGINI (HIJO), nació en Montevideo en 1857 y falleció en 1902. Es autor de tres libros de versos titulados *Páginas Rotas, Flores marchitas*, y *Gorro de dormir*. Fué muy estimado por Magariños Cervantes, quien incluyó en su Antología á este poeta. Empleado público, durante largos años, el ambiente de oficina no fué bastante á malograr sus felices disposiciones poéticas, pues hasta poco tiempo antes de fallecer siguió escribiendo, aún cuando ya hacía años que no publicaba versos. Ha dejado un libro inédito.

Amaba con delirio vivir lejos del mundo,
Sus odios agitaban mi pobre corazón,
Sentía dentro el pecho un malestar profundo,
Y nada consolaba mi pérfida aflicción.

El alma, de dolores, teníala transida,
La flor de mi alegría, la pena deshojó,
Marchaba por espinas mi desgraciada vida...
Errante, sin destino, sin fe en el corazón.

En cambio tuvo un día, consuelo mi tormento,
Un virginal cariño aminoró mi mal;
Y mi fatal tristeza, de negro sentimiento,
Calmóla por completo, el *beso maternal.*

HORAS DE DUELO.

I.

Mirad con respeto la madre que llora
Postrada delante del triste panteón,
Que negra en su pecho la pena devora
Y aumenta su pena, fatal aflicción.

Mirádla buscando la losa do encierra
El sér que la muerte cruel le robó,
Mirádla gimiendo, regando la tierra
Con llanto que á impulso de males brotó!

Con trémula mano coloca las flores,
Recuerdo bendito, recuerdo de amor;
Se escuchan sus tristes, maternos clamores
Y un nombre querido pronuncia su voz.

Mirad con respeto esa mujer postrada
Que sólo en la vida se mira... ¡infeliz!
El llanto ha empañado su triste mirada,
Su vida acibara terrible sufrir.

. . . . . .

En cambio la farsa, la pompa maldita
Sus fosas adorna con necio oropel,
Sin ver esa madre, que reza y medita
Y adorna el sepulcro con mustio laurel.

Estúpida farsa!... virtudes pregonas
Y en pompas conviertes tu vida mortal:
Risueña colocas muy ricas coronas
Y el llanto tus ojos no viene á empáñar.

II.

Necia pompa, fátuo lujo,
Son tantos tus desaciertos
Que á la mansion de los muertos
Llevas la farsa á ostentar...
En este triste recinto
Que tantos restos encierra,
Quieres mancillar la tierra
Con tu torpe vanidad.

Ves á un pobre, arrodillado,
De negros tormentos presa,
Y ostentando tu riqueza
Menosprecias su dolor;
Ese llora por que siente
Una madre que ha perdido,
Y mira su pecho herido
Por furioso torcedor.

De modestas siemprevivas
Una corona coloca,
Y empapa la triste roca
Con su llanto abrasador;
Y tù con segura mano
Y con risa escandalosa
Pones flores en tu fosa
¡Y un sarcasmo es cada flor!

Esas flores que colocas
Flores son, pero malditas;
Y al colocarlas irritas
Al pobre que viendo está;
Por que no son el recuerdo
Puesto con recojimiento...
¡No puede haber sentimiento
Donde hay tanta vanidad!

Mísero mundo!... no miras
Que en ese lugar sagrado,
Do late el pecho ulcerado
Donde gime el corazón,
Van las madres á postrarse
Ante las tumbas de hinojos,
Mientras brota de sus ojos
Triste el llanto del dolor!

No ves un hijo que el suelo
Con sus lágrimas empapa,
Y de su pecho se escapa
Triste un ¡ay! desgarrador;
Mientras que el rico opulento
Va en ese sitio gozando,
Sin ver al pobre llorando
E implorando al Redentor!

. . . . . .

Pero todo en este mundo
Tiene su signo marcado,
Todo sucumbe al llamado
Del Supremo Redentor;
Entonces quien hoy la pompa
En un necio orgullo ostenta
Ha de dar estrecha cuenta
Delante del Justo Dios!

¡LLORANDO!

A MI CARIÑOSA ESPOSA.

Yo no puedo cantar!... aquellos días
De venturosa calma,
Murieron para mí, las alegrías
No se cobijan en mi pobre alma
Sin embargo, por ti, mujer querida,
Alegre yo cantara.
Si no tuviera mi existencia herida
Doliente con exceso,
Por la pena terrible que acibara
Mi corazón herido,
Que sólo para ti tiene un latido!
Tú también como yo, sufres y lloras
Por el dolor marchita.....
¡Ya no tiene tu vida bellas horas
Ni tu existencia encanto.....
Hoy la pena maldita
De tus ojos arranca negro llanto!

. . . . . .

Inmenso es tu dolor! intenso el mío,
Compartimos las penas y lloramos,
Y con dolor sombrío
El ángel que perdimos recordamos!
El destino implacable
Nos depara tormento y desventura....

¡Misterio impenetrable
Que no puede alcanzar la criatura!
. . . . . .

Tú que calmas la pena que me abruma,
Tu que enjugas mi llanto,
Acoje cariñosa
Las tristísimas notas de mi canto!...
Es indigno de ti, yo lo confieso,
Sólo tiene dolor, negras ideas....
Acójelo y diré dándote un beso:
¡Cariñosa mujer, bendita seas!

ONCE AÑOS.

(A MI HIJA).

¡Once años ya! quiera el cielo
Que el transcurso de tu vida,
Exento sea de penas
Y nunca encuentres espinas!...
Cuando el peso de los años
Haga declinar mi vida,
El consuelo y la ventura
Hallaré con tus caricias
. . . . . .

¡Fátima! ven á mis brazos,
Deja que yo te bendiga
É imprima un beso purísimo
En tu frente, hija querida!

¡IMPOSIBLE!

Es imposible decir
Todo el amor que atesoro,
Del modo que yo te adoro
No lo puedes concebir;
Yo ya no puedo sufrir
Del tormento los embates,
Y aunque los lazos desates
De mi pasión gigantesca,
¡He de amarte, aunque perezca
Del dolor en los combates!

Es mi delirio quererte,
Mi sola dicha adorarte,
Y un amor puro jurarte
Que sólo extinga la muerte.
De dolor mi pecho inerte
Vivía en el desencanto,
Mas de tu amor el encanto
A mi tormento aliviando,
Poco á poco fué secando
El manantial de mi llanto

Al verte, lozana flor,
Con tu mágico poder,
Conseguiste adormecer
Mi tormento röedor;
Ya nada puede el dolor,
Ni temo su vasallaje,
Pensando en ti, con corage
Desafío su bravura....
¡No hay nadie con más ventura
En el humano linaje!

Del mundo el erial cruzaba
Lleno el pecho de amargura,
En busca de la ventura
Que en sueños acariciaba;
Fugitiva yo miraba
La dicha que presentía,
Y entonces llanto vertía
Como buscando consuelo,
Pero no se alivia el duelo
Con solo llorar un día!

En esta lucha cruënta
Que mi existencia sostiene,
Ningún lenitivo tiene
Ni esperanzas alimenta;
Solitaria se lamenta
Y á veces su pena oculta,
Y si á su tormento insulta
Siente que el dolor la mata,
Cual flor que el cierzo arrebata
Y en el lodo la sepulta!

. . . . . .

Del desencanto el vaivén
Morir puede en un segundo,
Como los goces del mundo
Desaparecen también;
En torbellino se ven
Dicha y penas confundidas,
Y en las fieras sacudidas
Puede surgir el encanto....
¡Y entonces concluye el llanto
Con las lágrimas vertidas!

Yo que la víctima fuera
De las luchas de la vida,
Hallé mi dicha perdida
Al verte por vez primera;
Entonces mi pena fiera
De mi pecho se ahuyentaba,
Y mi existencia gozaba
Lo que imposible creía,
¡Por qué tu amor encendía
Lo que el tormento apagaba!

Brilló de nuevo la aurora
De mi ventura perdida,
Y tuvo entonces mi vida
Tranquilidad seductora:
La llama devoradora
Que mis goces consumía
Toda la fuerza perdía
De su formidable fuego,
¡Por que lo apagaba el riego
De amor, que por ti sentía!

Era ayer mi pobre vida
Como la flor deshojada,
Como una planta agostada
Por el cierzo sacudida;
Hoja seca, desprendida
De la bienhechora rama,
Como náufrago que clama
Por la tabla salvadora,
¡Como huérfano que llora
Y en vano al consuelo llama!

Pero te vi!... y al mirarte
De hermosura refulgente,
Delirante, febriciente,
Gozaba con contemplarte;
En sueño puedo forjarte
Deslumbrante de belleza,
Y mi admiración no cesa
De contemplar tu hermosura,
¡Hoy muere mi desventura
Por que mi placer empieza!

La pena no vive en mí
Ni doliente el pecho gime,
Pues siento, mujer sublime,
Pasión inmensa por tí;
Amoroso frenesí
Siente mi vida serena,
Y el alma de goces llena
Te adora hasta lo increible....
No me digas: ¡Imposible!
¡Por que muriera de pena!

CONSTANTINO BECCHI [1]

AL SOL DE LA LIBERTAD.

(FRAGMENTOS).

. . . . . .

Sol de la libertad! Tiende tus rayos
Hácia esos pueblos de la vieja Europa
Que gimen bajo el yugo
Del César, de la Iglesia, del verdugo.
¡Qué! ¿acaso siempre beberán la copa
Amarga del esclavo? Los rumores
Ya se levantan de la turba inquieta,
De libertad ansiosa; resplandores
Ya llegaron hasta ella de tu brillo,
De santa redención feliz aurora;
Sacudirá del cuello el duro anillo,
Y temblarán los tronos,
Y el fragor de la lucha redentora
Hará saber al mundo
Que no se oprime al pueblo impunemente,
Que ya no pueden imperar tiranos,
Que los hombres son todos ciudadanos,
Y que libres alzar deben la frente!

Sol de la libertad! perenne brilla
Sobre América hermosa, y que tu rayo
Espléndido reluzca
Sobre el suelo uruguayo;
Que tu augusta presencia
Nuncio sea divino
De patria, libertad, independencia;
Ilumina el camino
De los hijos de aquellos esforzados
Que legaron al mundo y á la historia
Laureles en mil triunfos conquistados,
Inolvidables páginas de gloria.
Ilumine tu rayo nuestra senda
Y en nuestros pechos el valor encienda,
Para si, en triste día,
Peligra, ¡oh sol! la libertad amada,
Al conato de odiosa tiranía;
Ciudadanos altivos,
En santa indignación hirviendo el pecho,
Corramos en defensa del derecho
Donde el deber sagrado nos reclame,
Y hasta el poeta exclame,
Como el bardo de Albión, con voz airada:
Lira, ¡Déjame en paz!... ¡Venga una espada!

(1) CONSTANTINO BECCHI hace más de veinte y cinco años que escribe para el público y aún su estro sigue produciendo sin cesar. Su composición *Al sol de la libertad,* muy encomiada por don Enrique de Arrascaeta es leida siempre con interés. Becchi ha publicado algunos opúsculos poéticos, singularizándose como poeta tierno y sentimental.

OROSMÁN MORATORIO [1]

FLOR DEL MONTE.

Yo soy la dulce trigueña,
la de los ardientes ojos,
la que nacida entre abrojos
quiere soñar y no sueña.
La que en el llano y la breña
posa atrevida su planta;
la palomita que canta
cuando ninguno la mira;
la que se queja y suspira
desde que el sol se levanta.

Yo soy la que el payador
canta en endecha sonora;
la que al rayo de la aurora
robó su luz y color.
La que en la lid del dolor
le gana á todos la palma;
la que no encuentra su calma
desde que sueña en amores;
la que en la sien lleva flores,
y espinas dentro del alma.

Yo soy la de alma de fuego
que para amar ha nacido;
la que jamás ha tenido
horas de paz y sosiego.
La flor que muere sin riego
porque el dueño la abandona;
la que su nívea corona
muestra siempre inmaculada;
la que se ve desdeñada
y en vez de matar perdona.

Yo soy la agreste violeta
crecida entre los breñales;
la que de amores ideales
guarda su pena secreta.
Yo soy la gazela inquieta
que persigue el cazador;
la que al sentir el dolor
de la bala que la hiere,
inclina la frente y muere
bendiciendo al matador.

CAMPERITA.

Allá lejos, una sierra,
Una tapera en la falda
Y un arroyito en la espalda
Que va besando la tierra.
Aquel rancho viejo encierra
Cuanto hay de lindo y gracioso;
Allá, de tarde, afanoso,
Con mi aperito cantor,
Voy á suspirar de amor
Y á soñar que soy dichoso.

Es allá, en aquel ranchito,
Donde vive la que adoro;
La de ojos negros, tesoro
De ternuras, infinito.
Allá, junto al arroyito,
Me da la vida y consuelo,
Y aunque me siento en el suelo
Por su amor esclavizado,
Cuando me miro á su lado
Pienso encontrarme en el cielo.

(1) OROSMÁN MORATORIO, nació en Montevideó el 22 de Abril de 1852 y falleció trágicamente en 1898. Ha sido poeta de tierna inspiración y cultivó con éxito el género criollo. Autor dramático de verdadero mérito, su obra, *Juan Saldao*, ha merecido conceptos elogiosos de la crítica. Es autor de los dramas *Patria y Amor*, *Culpa y Castigo*, *María*; y de las comedia *na mujer con pantalones*, *En el año 2000*, *La carraspera y la tos*, etc. Algunas sus composiciones de género criollo son populares y se cantan en la campaña uruguaya.

No me pinchan los abrojos
Ni me asusta la espesura,
Pues la sombra más oscura
Se disipa ante sus ojos.
No siento celos ni enojos
Con ser tanta su belleza,
Por que el sol de la pureza
Brilla orgulloso en su frente,
Y porque en su alma inocente
No echó el mundo su maleza.

Allá, en aquella tapera,
Rincón lejano del mundo,
Con su cariño profundo
Mi morochita me espera.
De su mirada hechicera
Llega la luz hasta aquí,
Y al pensar que piensa en mí
Yo siento un gozo infinito,
Y allá voy de un galopito....
¡Que el paraíso es allí!

ELÍAS REGULES (1)

MI TAPERA.

Entre los pastos tirada
Como una prenda perdida
Y en el silencio escondida
Como caricia robada,
Completamente rodeada
Por el cardo y la flechilla
Que, como larga golilla
Van bajando á la ladera,
Está una triste tapera
Descansando en la cuchilla.

Allí, en ese suelo fué
Donde mi rancho se alzaba,
Donde contento jugaba,
Donde á vivir empecé,
Donde cantando ensillé
Mil veces al pingo mío,
En esas horas de frío
En que la mañana llora,
Cuando se moja la aurora
Con el vapor del rocío.

Donde mi vida pasaba
Entre goces verdaderos,
Donde en los años primeros
Satisfecho retozaba,
Donde el ombú conversaba
Con la calandria cantora,
Donde noche seductora
Cuidó el sueño de mi cuna,
Con un beso de la luna
Sobre el techo de totora.

Donde resurgen valientes,
Mezcladas con los terrones
Las rosadas ilusiones
De mis horas inocentes,
Donde delirios sonrientes
Brotar á millares ví,
Donde palpitar sentí
Llenas de afecto profundo,
Cosas chicas para el mundo,
Pero grandes para mí.

Donde el aire perfumado,
Está de risas escrito,
Y donde en cada pastito
Hay un recuerdo clavado;
Tapera que mi pasado
Con colores de amapola
Entusiasmada enarbola
Y que siempre que la miro
Dejo sobre ella un suspiro
Para que no esté tan solo.

(1) El doctor ELIAS REGULES con Orosmán Moratorio y Antonio D. Lussich, son los herederos directos de la musa de Bartolomé Hidalgo. Pero sin duda alguna, quien de entre ellos se ha distinguido por la frescura y el sentimiento de la inspi-

SIN DERECHOS.

Como gladiador cansado
pierde la fuerzas el día,
perfumando su agonía
el fresco soplo del prado.
Queda el oriente pintado
por penumbras, con derroche;
y en actitud de reproche,
cuadrado el sol, de soslayo
recoje su último rayo
al presentarse la noche.

Con nuevo impulso verdea
la flora de la campaña,
quebrando con faz huraña
despojos de luz pigmea.
El pastizal parpadea
sobre la inculta colina;
y mientras todo declina
en las regiones campestres,
sueltan las aves silvestres
su plegaria vespertina.

Por apretado sendero
sale del monte un ginete
rompiendo el tupido brete
del pajonal majadero.
Mira, recela... y ligero,
casi en pleno desvarío,
le tira al campo y al río,
por izquierda y por derecha,
una mirada de flecha
que va á sondar el vacío.

Es desertor. Su delito
le impone firme misterio
y huyendo del cautiverio
anda sin rumbo y solito.
Por las penurias marchito
busca saludable riego;
y en brutal desasosiego
cuando el sentimiento brama,
oye un rancho que lo llama
con clamoreos de fuego.

Allá va. Sabe seguro
que el sable lo pastorea,
que es desigual la pelea,
que es muy amargo el apuro.
Pero, gaucho fuerte y duro,
tiene el propósito fijo,
guarda un tierno regocijo
que lo arrastra desde lejos,
hay en el rancho dos viejos
que no los olvida el hijo.

Entre dudas y temores
piza la choza querida
donde sembró la partida
desalientos y dolores.
Toca á sus progenitores
con sobresalto sincero;
y en el silencio campero
como indudable noticia,
salta una franca caricia
que se le escapa al matrero.

Es muy corta la visita
porque lo quiere la suerte,
pues un pampero de muerte
sobre su cuerpo palpita.
De la pareja bendita
se despide sin rudeza
y consumiendo entereza
para tornar al retiro,
monta bordando un suspiro
con hebras de su tristeza.

Así vuelve á la guarida,
conquista de independencia,
preparado á la violencia
y á vender cara su vida.
Nadie lo ampara ni cuida,
nadie le ofrece perdón;
que la carne de cañón
y el siervo de mil señores,
no tiene más defensores
que su astucia y su facón.

---

ración es Elías Regules, el feliz autor de *La tapera*, que á diario se canta en la campaña del Uruguay. Regules es un distinguido médico y profesor de la Facultad de Medicina. Pertenece á la generación de Salterain, Herrero y Espinosa, y José G. del Busto, y como ellos tomó parte en el movimiento liberal del Ateneo. Ultimamente ha reunido en un tomo sus poesías.

FLOR DEL CAMPO.

Meció su cuna el pampero,
sobre silenciosa loma
zhaumada por el aroma
del toronjil y el romero.
Brotó robando al lucero
sus más relucientes rayos,
tejió la flora los sayos
que orlaron su galanura,
y creció con la frescura
de los campos uruguayos.

Allí en el pobre desierto
corrió su vida sencilla
enredada en la gramilla
del terreno descubierto.
Rozó su pecho inexperto
la sombra de un rumor vago,
y contestando á su halago
vióse pronto convertida
en violeta preferida
por los donceles del pago.

No se bosqueja en su frente
la causa de su martirio,
no comprende aquel delirio
engendrado de repente,
pero, poderosa siente
una lozana impresión;
la guarda envuelta en pasión
y con acento que quema
se la cuenta á la alucema
á la salvia y al cedrón.

En el silvestre pensil
la flor luce su hermosura,
y es reina de la llanura
por fragante y por gentil.
Su perfume juvenil
con deleite se respira
porque con alma suspira,
porque con fe siente pena,
porque quiere como buena,
porque no tiene mentira.

PEDRO XIMÉNEZ POZZOLO (1)

LAURELES.

A Maria Eugenia Vaz Ferreira.

No hay mujer en mi patria—que pulse la lira
Y que encienda en sus cuerdas—la llama creadora,
Que destella el talento,—que en lumbre se inspira,
Y desborda en torrentes—de luz seductora,

Como tú, donairosa—poetisa sublime,
Forjadora de ensueños—que luego transformas
En la mágica estrofa—que lánguida gime,
O en el verso valiente—de espléndidas formas.

Tu palabra cautiva,—cual dulce suspiro,
Tiene imán poderoso—que lleva las almas,
Cual pampero que arrastra—potente en su giro
A través del espacio,—rumores de palmas.

(1) Pedro Ximénez Pozzolo, hace años que escribe para el público. Es autor de algunos muy estimables poemas que publicó en folletos, y de diversas traducciones. Como poeta lírico es bastante conocido en el país, donde ha colaborado en la prensa diaria y periódica.

Yo, que vivo á la orilla, — del arduo camino
Que conduce á la cumbre — del monte Parnaso
Y presencio las penas — que inflije el destino
Al que quiere sin freno — domar al Pegaso,

Al sentir la armonía — sublime y brillante,
Con que envuelves y esmaltas — tu audaz pensamiento,
Me descubro y saludo — tu numen radiante,
Y te envío estas flores — en alas del viento.

Yo comprendo ese fuego — celeste que inflama....
Y he sentido y valoro — los versos triunfales
Con que trazas los arcos — gigantes de llama,
Esos iris que marcan — tus vuelos geniales.

Esos vuelos inmensos — de alajes andinos,
Con que vas á regiones — de espíritu nuevo,
Desde donde regresas, — con fuegos divinos,
Que arrebatas del nimbo — sagrado de Febo,

Y en torrentes desbordas, — de ardientes colores,
Sobre puros cristales, — azules y tersos,
Que traducen, en bella — cascada de flores,
Armoniosos y dulces, — tus fáciles versos.

De diamante es el estro — que anima tu lira
Y al rasgar, inspirada, — sus cuerdas sonoras,
Se retiran las sombras, — tu canto suspira
Y en raudales de vida — se inflaman auroras.

Hay, María, en tus versos — aromas florales;
Y fantásticas lumbres; — música grata;
Resplandores de gloria; — cantar de zorzales;
Embriagueces de trébol; — suspiros del Plata;

Pensamientos sublimes, — que el genio electriza;
Expresiones triunfales, — que el genio dardea,
Y la magia brillante — que todo idealiza
Con los áureos reflejos — de lumbre febea.

Te imagino, María, — de pié, junto á un lago,
Que se envuelve en las gasas — espesas de Junio,
Que desgarran los soplos — del céfiro vago,
Y que apenas alumbra — pluvial novilunio,

Pronunciando, inspirada, — sagrados conjuros,
Que disipan la sombra — con vivos destellos:
Así eléctricos radian — tus ojos oscuros,
Y se nimban de gloria, — tus negros cabellos.

Así el astro del día — domina el espacio,
Abrasando en su llama — negruras y tules
Que difunde en un éter, — de vivo topacio,
Donde corren alegres — los aires azules.

Yo te veo, María, — llegar á la cumbre
Circundada de rayos — de luz celestiales
Yo te veo, poetisa, — vestida de lumbre,
Arrancando á tu lira — canciones triunfales.

¡Que laureles y palmas — coronen tu frente!
¡Que tu plectro levante — gentil armonía!
¡Que la estrella del genio — fulgure en tu mente
Y que siempre, dichosa, — te alumbre, María!

PUNTOS DEL SOL.

NACIENTE.

Yo no sé lo que siento en la mente,
Yo no sé lo que siento en el alma;
¿Es un sueño? ¿Es la dicha? Es el astro
Del amor, que mi sér todo inflama!

CÉNIT.

El sol que alumbra todos los mundos
Y es alma y vida del cielo azul,
Tiene su ocaso, tiene el poniente
Donde sepulta su grata luz;

Pero en el alma que tú iluminas
Con la ternura del corazón,
Erés un astro sin occidente,
Fijo en un cénit: el de mi amor!

PONIENTE.

Cuando cae sobre el mundo la tarde,
Yo no sé qué tristeza me embarga,
Yo no sé si mi espíritu sube
O si baja en el mar de mis lágrimas.

¡Y yo he sido feliz otros días,
A estas horas que hoy son tan amargas,
Su recuerdo es estela de fuego,
En el mar de las sombras del alma!

Y yo he sido feliz á estas horas,
Y he sentido... ¡no encuentro palabras!
Desbordando más luz que dos soles,
Inflamadas de amor, nuestras almas!

NADIR.

¡Te alejaste de mí! Quedé entre sombras.
En ellas los recuerdos vi lucir,
Como en límpido cielo las estrellas
Nos recuerdan que el sol está en nadir.

TRANSFORMACIÓN.

Al alejarme de tí, yo creo
Ser una sombra suspiradora,
Que va soñando con los recuerdos
Del ángel puro que la enamora.

Pero á tu lado, la sombra vana
Tal se convierte, tal se colora,
Que se transforma, de sombra en llama
Con tu mirada deslumbradora.

IMPROVISACIÓN.

(Exclamaciones al saber el fallecimiento del Doctor Alejandro Magariños Cervantes).

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!
La patria ciñe túnica de duelo,
El espléndido azul de nuestro cielo
Empaña triste funeral crespón!
Del cielo baja misterioso llanto,
Como señal de pérdida sentida,
Y el alma, al replegarse entristecida,
Se entrega á la amargura del dolor!

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!
Al hondo abismo descendió cual astro;
Pero marcó su diamantino rastro
Con una ardiente inextinguible luz!
Su espíritu gentil voló á la altura,
Cual celeste sagrado mensajero,
Que vá á soñar en brazos del Crucero
La poesía del bien y la virtud.

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!
El vate de la patria predilecto,
Que vertió en rimas el sublime afecto
Que nuestra dulce patria le inspiró!
¡El cantor de los héroes inmortales
Que en otros días de amargura inmensa
Cayeron sosteniendo en la Defensa
Nuestro santo, querido pabellón!

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!
El cóndor magestuoso de las cumbres:
El genio que cantó nuestras costumbres
En las felices rimas del *Celiar;*
El bardo que en estrofas encendidas,
Apostrofó sin miedo á los mandones
Y alzaba á los dormidos corazones
Cantando á la sublime libertad!

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!
Su lira de oro no dará á los vientos
Los inefables mágicos acentos
Que á las brisas del Plata arrebató;
Pero nos queda su memoria dulce,
Su labor árdua, su virtuoso ejemplo
Que nunca, nunca, morirá en el templo
Que le alzó nuestro ardiente corazón!

Marzo 8 de 1893.

WÁSHINGTON P. BERMÚDEZ [1]

¡ANATEMA!

Cuando la impura Roma de los Césares,
Degradada nación sin ciudadanos,
Circos! Circos! pedía; y sus tiranos
Le daban diversiones y baldón;
Dicen que en el sepulcro se animaba
Del severo Catón el polvo leve,
Y que al oír los gritos de la plebe,
Temblaban con patricia indignación!

Cuando el eco brutal de los que piden
Para la patria un absoluto dueño,
Del bravo Lavalleja, el hondo sueño
Llegue en aciago instante á perturbar:
Las cenizas del padre de los libres,
Al escuchar la voz ignominiosa,
De cólera y vergüenza entre la fosa,
Como las de Catón han de temblar!...

¡Ah! si en aquellos tiempos de grandeza,
Cuando la limpia espada del soldado,
Cortaba, de su pueblo esclavizado,
La vil coyunda que le puso un rey,
Y en medio á los escombros de una lucha
Clavando la bandera del derecho,
Sobre el solio monárquico deshecho
Alzaba los altares de la ley.

¡Ah! si entonce una voz, una tan sólo,
Hubiera osado demandar un dueño;
¡Ah! si un medroso corazón pequeño
Hubiera osado reclamar señor!
Oprimida la voz en la garganta,
Hubiera resonado en el abismo,
Y bajado á la tumba, á un solo mismo,
Con el hombre servil su deshonor!

Mas ya pasaron como vago sueño
Esos días de espléndidas memorias;
Pasaron en sus lides y sus glorias,
Como un poema de la antigua edad,
Y sobre las cenizas de los héroes,
Guardadas por el ángel de la tumba
Ahora la ciega multitud derrumba
El templo que habitó la libertad!

---

(1) WÁSHINGTON P. BERMÚDEZ nació en 1847. Se ha caracterizado como escritor satírico y poeta festivo, pero también tiene composiciones líricas de subido mérito. Su sátira, acerada y sangrienta, ha fustigado durante lustros á gobernantes y gobernados. Es autor de *El baturillo uruguayo*, *Los oradores de la Cámara*, y el

Hoy raquíticas almas, patria mía,
Manchan el brillo de tu vieja gloria;
Y preparan cien hojas á tu historia,
Escritas en la tinta del baldón.
Los vengan después, los postrimeros,
Encontrando tus páginas manchadas,
Al nombre de las tumbas degradadas
Le arrojarán su justa maldición!...

Mas, el lábaro santo no ha caído,
Ni el temple varonil del ciudadano;
Aun flota al viento, en su robusta mano,
De tus glorias el ínclito pendón;
Y si hay pueblo que pide la coyunda....
¿Pueblo? ¡Jamás! Tu pueblo, patria mía,
No ocurre en miserable apostasía,
Ni á la América libre hace traición!

Los que piden el yugo, los que quieren
Hacer de un hombre, un ídolo sagrado,
No son tus hijos, no! Te han renegado
Abjurando tus dogmas y su fé.
Son tus hijos aquellos que veneran
La libertad, la ley, la democracia,
Los que doblan su sien á su desgracia,
Y no se postran de un mandón al pié!

Esos tus hijos son, tus ciudadanos
Los que no te perjuran, ni te niegan;
No son hijos los Judas que te entregan,
Víctima triste en manos de un señor,
Son tus hijos aquellos que rechazan
Los dogales, y el miedo y la mancilla;
Y no la oscura gleba que se humilla
Ante un hombre, ó un rey, ó un Dictador!

Son tus hijos aquellos que protestan
Con frente altiva y corazón sereno,
Recogiendo tu lábaro del cieno,
Firmes en la batalla del honor,
Esos que luchan, porque al fin esperan
Tiempos de libertad y de justicia,
Con su cívica tropa, tu malicia,
Soldados del futuro vengador!

Mientras exista juventud valiente,
Bañada por el sol del patriotismo;
Cuya alma noble, en su viril bautismo
Tuvo á las libertades por Jordán:
Ni las épicas de tus héroes,
Ni los ecos marciales de tus cantos,
Ni las palabras de tus libros santos,
En nuestros corazones morirán!

---

drama *Artigas*, representado con éxito. Ha figurado en política, ocupando una banca en la Cámara de Diputados. También ha sido jefe político de Treinta y Tres. Actualmente pertenece á la Redacción de *La Tribuna popular*. Es miembro correspondiente de la Real Academia Española.

El patrio fuego, en el altar del alma,
Latente brillará, como lucía,
En lámpara sagrada noche y día,
Perpétua luz sobre el romano altar:
Hasta que pueda, al terminar la noche
Que envuelve á la República en su velo;
La sacra antorcha iluminar el cielo
De la libre conciencia popular!...

Suene el grito de Pedro en el Pretorio,
Y con canto triunfal la muchedumbre,
En afrentosa cruz, lleve á la cumbre
De vil Calvario al nacional honor.
También la libertad, como el apóstol
Gloriosa, altiva, vengadora y fuerte,
Ha de surgir del seno de la muerte
Hiriendo con su luz al Dictador!

LOS TREINTA DINEROS.

Si por treinta dineros, que á la cara
Le arrojaron los jueces con desprecio,
Vendió una noche el miserable Judas
Al sublime maestro,

Hoy seres viles, á la luz del día,
Titulándose apóstoles del pueblo,
Venden su pluma y su conciencia vendan....
Quizá por mucho menos.

El cobarde judío, avergonzado
De su traición, y arrepentido luego,
Por propia mano se infligió el castigo
De su crimen horrendo.

Y los venales escritores, nunca
Sienten rubor al recibir el precio
De sus aplausos; las monedas toman,
Impúdicos, riendo!

Protervo fuiste al negociar la sangre
Del venerando mártir galileo;
Esos que venden su conciencia y pluma,
Son Judas más protervos!

Más probidad y más honor tuviste,
Vil Iscariote, en tan remotos tiempos,
Que honor y probidad en los actuales
Tienen los fariseos!

Tú, después de la infamia, te colgaste;
Los otros cuelgan una cruz al pecho,
Y se deleitan al sonoro ruído
De los treinta dineros.

LA BANDA ORIENTAL.

Entre el Uruguay profundo
Y el mar azul y sin fin
Se extiende un vasto jardín,
La maravilla del mundo.
En ese suelo fecundo
Crece el ombú colosal,
Canta el alegre zorzal
Y el pampero su ala agita:
Esa es mi tierra bendita,
Esa es mi Banda Oriental!

Tierra de lindas mujeres
De entusiasta corazón,
Que en el pensamiento son
Como angelicales seres.
Y un porvenir de placeres,
Bajo el techo conyugal,
Brindan al criollo leal
Que, en la terrible contienda,
Vierte su sangre en ofrenda
De nuestra Banda Oriental!

Patria de altivos guerreros
Que han de luchar sin reposo,
Hasta ver el suelo hermoso
Libre de los extranjeros.
Y en bárbaros entreveros,
Con arrojo sin igual,
Vencen á lanza y puñal
O sucumben como bravos,
Antes que vivir esclavos
En esta Banda Oriental!

Que dejan padres y esposa,
Hijos y amante querida,
Porque la patria afligida
Los llama triste y llorosa.
Patria, madre cariñosa,
Celeste madre inmortal,
Tú eres su solo ideal,
Tú eres su sola fortuna,
Tú, la tierra de mi cuna,
Mi dulce Banda Oriental!

No hay poblados ni desiertos,
Ni montañas ni rastrojos
Donde no se hallen despojos
De nuestros patriotas muertos.
Pero esos despojos yertos
Que besa el sol matinal
Duermen el sueño eternal,
Guardados en noble tierra
Por el ángel de la Guerra
Y el de mi Banda Oriental!

Un saludo á la memoria
De los valientes caídos,
Cuyos nombres bendecidos
Ha coronado la gloria.
En el libro de la historia
Viven con vida triunfal,
Y en mármoles y en metal
Ha de grabarlos un día
Tu gratitud, patria mía,
Mi eterna Banda Oriental!

LA VIDA.

Es la vida cual monte cuya falda
cuesta mucho subir.
En la cumbre del monte, una guirnalda
nos podemos ceñir.

Son los treinta años, con su luz, su fuego,
su ruido y su placer
que pronto pasan, porque luego... luego
se empieza á descender.

Y el pié resbala por la falda opuesta
sin poderlo evitar.
Para alzarse á la cumbre, ¡cuánto cuesta!
¡Y cuán poco bajar!

La guirnalda de rosas, que encontramos
en la cima, después,
cuando en el fin del viaje nos hallamos,
¡se ha vuelto de ciprés!

CANCIÓN.

Tierra querida, tierra lejana
De mis amores y mis peleas,
En que cayeron madre y hermana
Fieles á Artígas y á sus ideas,
Bendita seas por la mañana
Y por la noche bendita seas,
Tierra querida, tierra lejana
De mis amores y mis peleas.

Desde esta patria, mi amparadora,
Donde hace tiempo vivo penando,
Yo te saludo cuando la aurora
Tras de los montes viene pintando;
Y por si llega mi última hora,
Cuando me acuesto mi adiós te mando,
Desde esta patria, mi amparadora,
Donde hace tiempo vivo penando.

Tú no te apartas un solo instante
De mi recuerdo; mi alma te tiene;
Tú eres la novia que está distante,
Yo el que en la ausencia leal se mantiene.
Yo soy el cuerpo que va delante,
Tú eres la sombra que detrás viene;
Tú no te apartas un solo instante
De mi recuerdo; mi alma te tiene.

Mientras conserve resto de vida,
¡Oh dulce patria, mi única gloria!
Aunque mi alma quedase hundida
Bajo mi triste piedra mortuoria,
Ni Dios que quiera decirme: ¡olvida!
Podrá arrancarte de mi memoria
Mientras conserve resto de vida,
¡Oh dulce patria, mi única gloria!

Tierra querida, tierra lejana
De mis amores y mis peleas,
En que cayeron madre y hermana
Fieles á Artígas y á sus ideas,
Bendita seas por la mañana
Y por la noche bendita seas,
Tierra querida, tierra lejana
De mis amores y mis peleas.

CARLOS ROXLO (1)

UN CUENTO DE ANDERSEN.

A la preciosa niña María, hija del eminente poeta Zorrilla de San Martín.

I.

¿Me pides que te cuente
Algo que dulcemente,
Cual salvador rocío,
Las tentaciones de la noche ahuyente?...
Aunque hace tiempo calla el estro mío
Falto á la vez de música y de flores,
Resucitar confío.
Hurgando mi memoria,
Alguna vieja y peregrina historia
Que sacie tu deseo
Y un enjambre de sueños bienhechores
Consiga que te brinde el dios Morfeo.

II.

¿Estás contenta ya? ¿Ya te sonríes?
¿Ya tus ojos de brillos de turquesa,
Que envidian las huríes,
Me agradecen amantes mi promesa?
Al contemplar tu deleitoso encanto,
Tu alegría inocente,
Se deshacen en llanto
Las nubes ¡ay! que cruzan por mi frente;
Pues me recuerda dulce y delicada
Tu voz, que arrulla mi cansado oído,
Los puros goces de mi edad pasada,
Como recuerda al ave aprisionada
La virgen primavera,
Los poemas de amor que entraña un nido
Pendiente de un arbusto en la pradera.

III.

Érase que se era
Una sirena azul y nacarina,
La envidiada heredera
Del rey más poderoso de los mares,
Un pobre rey que cuando el sol declina,

(1) Carlos Roxlo, nació en Montevideo y se educó en Barcelona. De regreso á la patria, siendo muy jóven empezó á escribir para el público en la prensa de la capital. En 1885 publicó su primer libro, *Estrellas fugaces*, al que siguieron, *Alas*, *En los bosques*, *Soledades y Armonías Crepusculares*, todos de versos, amén de algunos folletos políticos y un compendio de Estética. Ultimamente ha compilado sus poesías en un lujoso volumen titulado *Cantos de mi tierra*. También ha figurado en política, siendo diputado y periodista. Es uno de los poetas más populares

Se acerca á contemplar nuestros hogares,
Porque prefiere á su nación marina,
De los bosques costeños los palmares.
La niña de las olas azuladas,
Como ya ha paseado sus miradas
Por todo cuanto encierra
Su dominio de espumas argentadas,
Se pregunta, cruzando las espumas,
Si serán los cansancios en la tierra
Iguales á los tedios en las brumas.

IV.

Yo decirte podría
Que no halla diferencia el que se hastía,
Entre el límpido cielo,
El verde mar, las rocas de la playa,
El árbol de moviente terciopelo,
El rubio sol, y el ave cuyo vuelo
Traza en lo azul una invisible raya.
Ya lo sabrás; tu historia,
Como todos los poemas terrenales,
Tendrá mucha negrura y poca gloria,
Pocas brisas y muchos vendabales;
¡Yo me sé de memoria
Que para cada lirio hay dos zarzales!

V.

Una noche salió de su morada
La cándida sirena,
Al tibio rayo de la luna llena
Que en la callada inmensidad oscila
Cual de un titán vencido la pupila
Que huyó en las sombras á ocultar su pena.
La mar, arrebatada
En las potentes alas del pampero,
Ruge y gime y se enrosca y serpentea,
Reflejo verdadero
De las trágicas luchas de la idea.
Y ya lejos del sitio do escondida
Jugara en los albores de su vida,
La sirena angustiada
Ve á un joven que clavando su mirada
En un frágil madero,
Persiguiéndole nada
Con la energía crüel, desesperada,
Del esfuerzo postrero.
¿Tiemblas, pobre alma mía,
Del náufrago pensando en la agonía?...
Hay un mar más profundo
Que el encrespado mar ronco y salobre:
Pídele á Dios que en el fangal del mundo

---

del país. Su lira tiene todas las cuerdas, desde la épica, hasta la sentimental y tierna. Sus composiciones eróticas son de mérito. También tiene composiciones de vibrante inspiración patriótica. En general sus composiciones adolecen de cierto artificio, que no impide que sean de las más hermosas escritas en el país. Ha sido profesor de Literatura en la Universidad.

Nunca el bajel de tu candor zozobre.
El mar al fin, cuando la calma llega,
A la playa sus víctimas arroja
Y á la piedad del hombre las entrega;
Pero el mundo, que artero nos amaga,
Cuando de virtud flaco se despoja
Un corazón de deleznable arcilla,
El manto azul de su inocencia traga
Y no devuelve el náufrago á la orilla.

VI.

La sirena que mira...
¡Pero no llores, por piedad, no llores!
¡Si el náufrago no ha muerto! ¡Si respira!
¡Si no he llegado aún á los dolores
Que son el patrimonio de mi lira!
¡Vaya, pequeña, vaya!
¡Si el náufrago no ha muerto, y la sirena
Le conduce nadando hasta la playa,
Le forma un lecho de mullida arena,
Le besa con amor sobre la frente,
Y huye al mirar que de jazmín colora
Los pórticos de Oriente
El pincel sonrosado de la aurora!

VII.

Desde aquel día triste,
La princesita de las pardas brumas,
Cuando la noche de crespón se viste,
A solas atraviesa las espumas.
¿Qué placer halla cabalgando á solas
Sobre el dorso del mar, dormido y quieto?
¡El placer de decirles á las olas
Un amante secreto!
¡El placer de acercarse hasta la orilla
Para pedirles nuevas del ausente,
Del joven naufragado en la barquilla
Que se hundió en la corriente,
A la luna amarilla
Y á las arenas de dorada frente!
¡El placer de llorar sin que ninguna
Mirada vea desprenderse el lloro,
A excepción de la luna
Y de la orilla con arenas de oro!

VIII.

La ondina, al despuntar una alborada,
Buscando un lenitivo á sus pesares,
Se dirije á la entrada,
Por madréporas vírgenes formada,
Del antro de la bruja de los mares.
En esa cripta azul y ante esa bruja,
Dice, hasta las entrañas conmovida,
¡Porque si es grande de morir la pena,
Es aún pena mayor no ser querida!
De la bruja al conjuro,
Se cambia en otro sér aquel sér puro,
Que tiene en sus miradas la divina

Belleza de las luces del ocaso,
Y que tejió la soledad marina
De sus espumas con el limpio raso.
¿Será, será el deseo
De lo imposible, acaso,
La leyenda inmortal de Prometeo?
¿Será la luz que esparce en la montaña
De su martirio, la silente luna,
El perfume sutil, la esencia extraña
De aquello que nos niega la fortuna?

IX.

— ¿Qué es el amor? — preguntas afanosa:
El *quíd divinum* de la humana escena,
Una inefable música armoniosa
Que en lo callado de la noche suena,
El beso de la brisa á la azucena,
Lo que dice á la luz la mariposa.
El amor diviniza los pesares,
Pone en los juncos musical concierto,
Hace crecer las algas de los mares,
Coloca la cisterna en el desierto,
Y es... el polen que mandan tus palmares
A las palmas que orillan el Mar Muerto.

X.

Ya en mujer la sirena convertida,
Temblando se desmaya
Al pisar por las olas impelida
Los agudos guijarros de la playa,
Y al volver á la vida,
Como un infante castigado llora
Confusa y sorprendida,
Junto á sí viendo al hombre á quien adora.
Este, que es todo un príncipe heredero
De un poderoso Estado,
De su rostro hechicero,
De su gracia infantil queda prendado
Y desde aquel instante
No está contento sino estando al lado
De aquel sér tan sencillo y tan amante,
Y la sirena ufana
Dulcemente suspira
Sin comprender que el príncipe la mira
Como á una tierna y dolorida hermana.

XI.

Contemplando una nave empavesada
Con múltiples banderas,
Supo al fin desolada
La virgen de las ondas plañideras,
Que á recibir á su futura esposa,
Joven, alegre, linda, candorosa
Y heredera también de un rico Estado,
Parte al morir la tarde rumorosa
Su dueño idolatrado.
Mas á pesar del duelo que la abruma,

Al ingrato humillada y cariñosa
Envuelve en el fulgor de su sonrisa:
¡La violeta perfuma,
Mi dulce bien, la planta que la pisa!...

XII.

¿Piedad te causa su dolor profundo?...
¡Ay! cuántas veces al cruzar el mundo,
Lucero de ternura,
Como ella verterás llanto infecundo
Sobre la muerta flor de tu ventura.
Pero, ¿qué importa? la empinada cuesta
De la vida subamos con bravura:
¡El pesar, alas de cóndor nos presta
Para ascender á la celeste altura!

XIII.

La noche está sombría,
Hiende el buque la mar con fácil prora
Y la nieta del agua en su agonía
Despide á la ilusión que la enamora.
El príncipe, rendido
De esperar los fulgores de la aurora,
Duerme á sus plantas en cojín mullido.
De pronto la sirena se estremece,
Pues oye del Océano á la hechicera
Que al són del agua que la brisa mece,
Así la dice con piedad sincera:
— Cuando la luz radiante
Del ya vecino día
Por el jardín del cielo se adelante,
Será, pobre hija mía,
En espuma tu cuerpo convertido
Y tu alma sobre el mar flotará errante;
Mas si quieres volver al escondido
Palacio do la vida te besara,
Este agudo puñal hunde sin pena
Del príncipe en el seno,
Y tornarás de nuevo á ser sirena
Y á reclinarte sobre el mar sereno. —
Fría como de mármol de Carrara
Estatua peregrina,
Se quedó de mi historia la heroína,
En tanto que la maga con presteza
Del buque suspirando se separa
Tras un supremo y angustioso instante,
Moviendo tristemente la cabeza.
— ¡No debe ser! — exclama agonizante
La hija de las espumas con nobleza.
— ¡No debe ser! ¡no debe ser! ¡no quiero!
¡Más vale sucumbir sin esperanza,
Que mancillar los brillos de este acero
Con el corrupto pus de la venganza! —
Y arrojando el puñal, que va á perderse
En los grises crespones de la bruma,
En nacarina y azulada espuma
Mira su cuerpo hermoso disolverse;
Pero querube que subiendo en calma,

Hiende los aires con radiante vuelo,
De la gentil enamorada el alma
No flota sobre el mar: ¡entra en el cielo!

XIV.

¿Te ha complacido mi doliente historia?
¿Dices que sí? Pues llévala escondida
En el libro de luz de tu memoria
Al cruzar los senderos de la vida.
¡Bien haya la sirena
Que prefirió al placer de la venganza,
La corona de espinas de la pena
Y el cilicio de amar sin esperanza!
Cuando el dolor más recio nos abruma,
Más dulce debe ser nuestra sonrisa:
¡La violeta perfuma
Con su perfume al torpe que la pisa!
Pero es tarde y en torno de tu almohada
Los ángeles purísimos del sueño
Extienden ya su veste nacarada:
¡Que sobre tí se cierna con empeño
La visión de la pobre enamorada!
Y como ya he cumplido mi promesa
Y se juntan tus párpados cansados,
Apaguemos la luz á toda priesa,
¡Dejando que los ángeles sagrados
Conversen con tus ojos de turquesa!

Diciembre de 1884.

LAS DOCE.

¡Media noche! ¡silencio! la ronda
Fantástica empieza,
Y se junta á la voz de los kobols,
La voz de las elfas.

¡Media noche! ¡silencio! las brujas
Encienden su hoguera,
Y en el carro de lirios azules
Titania despierta.

¡Media noche! ¡silencio! los gnomos
Dejando sus cuevas,
A las ninfas que cruzan el bosque
Lascivos acechan.

¡Media noche! ¡silencio! los duendes,
Sin formas concretas,
Iluminan el cuarto dormido
Con luz de luciérnaga.

¡Media noche! ¡silencio! se escucha
La rima siniestra
Que á lo lejos levanta el salvaje
Corcel de Mazzepa.

—

¡Media noche! ¡silencio! la ronda
Fantástica empieza,
Al arrullo del arco de Krespel
Que gime de pena.

Suspendida del sauce lloroso,
La wüllis ligera,
Con sus plantas agita la espuma
Del río que tiembla.

En los viejos cipreses que guardan
La gótica iglesia,
Alguien ríe moviendo los largos
Festones de hiedra.

Encendido en la cumbre del monte
Relumbra y chispea
Como un haz de sarmentos que ati-
Fantasmas de niebla. [zan

¡Y una extraña canturía los silfos
Medrosos conciertan,
En las rosas que adornan el tiesto
Dormido en mi reja!

—

¡Media noche! ¡silencio! ¡es la hora
De Mab la hechicera,
Y ya siento que pulsan sus manos
Del arpa las cuerdas!

¡Ya Romeo su canto de amores
Le dice á Julieta,
En la escala que ocultan las sombras
De clámide negra!

¡Ya acarician los labios del moro
La faz de Desdémona!
¡Y va Hamlet vestido de luto
En busca de Ofelia!

Y á la tímida luz de la luna,
Que cubre tu puerta
Con un largo sudario de plata
Que el viento cimbrea.

¡Mi noctámbulo espíritu cruza
Tu calle desierta,
Y depone, al llegar á tus vidrios
Un beso en las piedras!

¡CALLA!

¡No lo digas jamás!... ¡Si lo supiera
El ángel de tu guarda,
Triste al jardín del cielo volvería
Cubriéndose el semblante con las alas!

Aquella noche azul, con sus perfumes
Y con sus brisas cálidas;
Aquellas aves, que en las verdes frondas
Del rey hebreo la canción cantaban;
Tus ojos en los míos, nuestras manos
Temblando entrelazadas;
Aquella noche que cubrió á la luna...
¡Jamás lo digas!... ¡calla!

INRI.

Entrando por los vidrios de colores
La claridad del sol,
Iluminaba al templo donde á veces
Solloza mi dolor.

Fijas estaban mis pupilas tristes
En la cruz del altar,
Cuando irradió en un arco de la nave
Tu espléndida beldad.

Apenas en el gótico santuario
Apareciste tú,
Cambió de aspecto, para mí, la trájica
Figura de la cruz.

Bien clavada en las carnes la corona
De dardos de tu amor,
¡El que pendía del madero augusto
Era mi corazón!

ÍNTIMA.

Un día mis amigos me dijeron:
—¡Nos habló mal de tí!—
Y orgullosas mis ansias respondieron:
—¡Es por que aun piensa en mí!—

Un día me dijeron con tristeza:
—¡Jura que te olvidó!—
Y pensé bendiciendo tu firmeza:
—¡Lo mismo juro yo!—

Me dijeron después:—¡Oye en sosiego
Tu nombre pronunciar!—
Y respondí, con lágrimas de fuego:
—¡Ya me empieza á olvídar!—

Me dijeron después con alegría:
—¡Bien de tí nos habló!—
Y pensé, con angustias de agonía:
—¡Ahora sí me olvidó!—

SIC TRANSIT....

La encontré en el bullicio de la orgía,
Y apenas me miró;
Pero al ver que mi faz palidecía,
Gozosa sonrió.

Dominaba su espléndida hermosura
En medio del festín,
Y al irse, desprendió de su cintura
La nieve de un jazmín.

Codiciada, por otro conducida,
A mi lado pasó,
Y el jazmín, de mi pena condolida,
En mi copa arrojó.

La volví á ver.—Lasciva en sus cantares,
En sus gozos brutal,
Oficiaba la turba en los altares,
Del viejo Carnaval.

Fué en un baile de máscaras.—No era
La que yo conocí:
Tenía lo enfermizo de la cera;
Me miró y sonreí.

Me relató una historia de dolores
Entre golpes de tos,
Y al pensar cómo mueren los amores,
Sollozamos los dos.

Con un compadre de vinosa cara,
Ya tranquila, se fué,
Y al irse, sin que el otro lo notara,
Me dió una rosa thé.

¿Dónde estará? ¡Con emoción piadosa
Quisiera mi inquietud
Con el jazmín aquel y aquella rosa
Perfumar su ataúd

LA TARDE.

La luz se va; la sombra vespertina
Sobre el verde confín vagante rueda,
Y el boyero levanta en la arboleda
Las notas de su música divina.

Muje triste la res; la purpurina
Flor de los ceibos en letargo queda,
Y agitando sus rémiges de seda,
El lechuzón se cierne en la colina.

Flotan sobre las cumbres, los rumores
En que mezclan sus rezos fatigados,
Ríos, honduras, árboles y flores;
Y pasan, en las sombras embozados,
Los espectros de todos mis amores,
Por todas mis angustias escoltados!

SIN TÍTULO.

Del wals resonaban
Los últimos ecos,
Y hácia mí viniste
Perfumando el aire con tus rizos negros.

Una rosa blanca
Dormia en tu seno,
Más puro y más suave
Que sus nacarinos y sedosos pétalos.

Sonreíste al verme,
Saludé en silencio,
Y te vi alejarte
Hablando al oído de tu compañero.

¡Cómo huyen los días!
¡Cómo vuela el tiempo!
¡De niña, en mis brazos,
Cuántas, cuántas veces conciliaste el sueño!

¡Si aun miro en tu rostro
De flor de cerezo,
La huella dejada
Por los besos míos, por mis pobres besos!

¡Tú subes la cuesta!
¡Yo al valle desciendo!
¡Tú buscas la lumbre!
¡Yo busco la noche y en sus sombras entro!

Pero oye, y á nadie
Digas mi secreto:
¡Te adoré de niña!
¡Dormida en mis brazos, te amé sin saberlo!

Y ahora, que ya es tarde,
Que te amo comprendo:
¡Ahora que ya nieva
Su nieve el otoño sobre mis cabellos!

Á SOLAS.

¡Ven! con tus brazos mi cuello oprime,
Y en mis pupilas pon tus miradas,
Mientras la noche cuelga en los guindos
De sus antorchas la luz fantástica.

Todo en silencio dormita y sueña;
Ninguno escucha nuestras palabras:
¡Vuelve á decirme que tú eres mía!
¡Jura de nuevo que me idolatras!

En los senderos, los sauces crujen
Bajo su manto de nieve blanca:
¡Es que la luna peina á los sauces
Con sus pequeños peines de plata!

Meciendo airosa su traje verde
La yedra oscila sobre la tapia:
¡Es que en la yedra se esconde un nido
Y hay cuatro alitas entre las matas!

En el perfume, que nos envuelve,
Del jardín flota disuelta el alma:
¡Es que los rojos claveles buscan
A los claveles de tintas pálidas!

Ninguno sabe que nos queremos;
Los astros brillan entre las ramas:
¡Vuelve á decirme que tú eres mía!
¡Prueba de nuevo que me idolatras!

GAJOS DE YEDRA.

I.

¡Oh los dulces resplandores de la lámpara bendita
Que en tu alcoba centellea con medroso centelleo,
Como un cirio que relumbra sobre el ara de la ermita
Donde escribe cada noche sus misales el deseo!

¡Oh los fuegos con que alumbran mis calladas soledades
Los relumbres cegadores de tus ojos de princesa!
¡Oh los círculos trazados por las muelles voluntades
Enterradas á la sombra de tus ojos de turquesa!

¡Oh lo suave de la mirra de tus labios purpurinos,
Y la cálida frescura de tus labios virginales!
¡Oh las rosas de las cumbres de tus senos nacarinos,
Donde tejen las abejas de la dicha sus panales!

¡Oh los cimbros tentadores de tu rítmica cintura,
Y la comba cincelada del jarrón de tus caderas!
¡Oh los oros que en tus sienes, coronando tu hermosura,
Son más rubios que las tardes de las rubias primaveras!

¡Oh visiones fabricadas con las sedas del pasado
Por los lóbregos obreros del telar de mis saudades,
Aunque cierre mi memoria con cien vueltas su candado,
Os encuentro en lo profundo de mis tristes soledades!

EN PLENA DICHA.

Si el amor es la esencia de la vida
¿Por qué estás de quererme avergonzada?
¿Por qué doblas la frente entristecida?
¿Por qué el lloro te nubla la mirada?

¡Levanta con orgullo la cabeza!
¡Mueve tu joven corazón con brío!
¿De qué servía tu gentil belleza
Antes de abrirse bajo el beso mío?

Todo tiene marcado su sendero:
El pólen urde las florales galas,
Y en el agreste azúcar del romero,
La avispa moja el sumo de sus alas.

¿Qué hace el rubí con todos sus fulgores,
De su estuche en el frío calabozo?
¿De qué nos servirían los amores
Sin la suprema convulsión del gozo?

Todo tiene marcado su camino:
Cuando relumbran las estivas llamas,
Entre los juncos del juncal vecino
Las culebras enroscan sus escamas.

Teniendo tu belleza esplendorosa
De Friné las sagradas desnudeces,
¡Sólo la envidia, la infecunda odiosa
Podría hacer severos á tus jueces!

¡No por arrepentida! ¡Por amante,
Por joven, por gentil y por morena,
Jesús de Nazareth besó el semblante,
Pálido y tentador, de Magdalena!

¡Por eso nada más! ¡Por su hermosura,
El Maestro, que amaba y comprendía,
Perdonó á la mujer, tierna é impura,
Que en sus largos cabellos le envolvía!

¡El que castiga sin juzgar, desbarra!
¡No dobles con angustia la cabeza!
¡No existiría el tigre sin la garra,
Ni el instinto sexual, sin la belleza!

¿Qué importa que te adore y que me adores?
¿No se acoplan los tordos en los nidos?
¿No fecundan las flores á las flores?
¿No se parten los astros encendidos?

¡Alzate, pues, impura y victoriosa,
Sobre el purpúreo ocaso de mi vida!
¡Ser joven, ser amada y ser hermosa,
Es ser cincuenta veces bendecida!

¡El que creó los sexos y en el vino
De la ilusión templó las voluntades,
Quiere que aquellos cumplan su destino
Y odia las infecundas castidades!

¡Brille é impere tu beldad suprema
De las lujurias en los antros rojos,
Y abrásate en el fuego que me quema
Cuando me miran tus oscuros ojos!

¡Consiente que me abisme en tus hechizos,
En el perfume de pasión que exhalas,
Y que sobre la noche de tus rizos
La voluptuosidad plegue sus alas!

¡No la espantes, mi bien, con el tirano
Rubor que anubla tu pupila hebrea,
Ya que su dulce y complaciente mano
Con invisibles gasas nos rodea!

¡Déjala que las cierre con el broche
Donde el espasmo escribe sus alegros,
Mientras hundo mis ojos en la noche
Grande y profunda, de tus ojos negros!

SIN NOMBRE.

Amo la realidad. No me conmueve
El romántico amor de que me hablas;
Ese amor que se nutre de suspíros,
Que nunca cela y que jamás se exalta.

Yo quiero que me quieras como quieren
Las mujeres de carne; aquellas que aman
Con todos los sentidos de su cuerpo
Y todas las potencias de su alma.

Cuando estrecho tu mano entre las mías,
Quiero sentir que su contacto abrasa,
Y que agitan la sangre de tus venas
De los deseos las voraces ansias.

Cuando en mi seno de titán rendido
Tu cabecita juvenil descansa,
Quiero ver, en el fondo de tus labios,
Al beso abrir sus rumorosas alas.

Los amores azules me dan miedo;
He perdido la fuerza y la esperanza,
Persiguiendo á las vírgenes sin forma
Que en las regiones del ensueño vagan.

Voy entrando en las sombras del crepúsculo,
Y quiero descender de la montaña,
Coronada de vides la cabeza
Y de vides la lira coronada.

De aquella juventud que he malgastado
Persiguiendo á la ronda de fantasmas,
Breves horas me restan, y esas horas
Deseo á la verdad sacrificarlas.

Si no puedes amarme de otro modo
Que con tu fría estupidez de estatua,
No tomes mi cabeza entre tus manos,
Poniéndola en el nido de tu falda.

¡Tú puedes esperar! ¡Tú todavía
Tienes la placidez de la mañana;
Pero aquel sol que iluminó mi senda,
Ya los picachos últimos traspasa!

ELLA.

Es tan hermosa mi princesita,
Es tan alegre, tan jovencita,
Con tanta gracia mueve su pié,
Que cuando pasa, luciendo el talle,
De oro los cielos cubren el valle,
De oro que dice:—¡Píseme usted!

En lo redondo de su garganta
Tiene un boyero, que arrulla y canta,
Puesta la urdimbre de sú mansión;
Siendo su risa, que rauda vuela,
Como el acorde de la vihuela
En los balances del pericón.

Ostenta el raso de su mejilla,
Donde la sangre se agolpa y brilla,
Donde lo rubio del alba está,
El rojo tinte de seda fina
Con que se adorna la campesina
Flor del cimbrante burucuyá.

No hay quién la mire que no la quiera:
Es un columpio de enredadera
Con un nidito de colibrí;
Y hay en sus labios, que son claveles,
Todo el azúcar que hay en las mieles
Mejor labradas del camuatí.

En lo profundo de su mirada
Escondió el ángel de la alborada
El haz que dora su blanco tul;
¡Ella es el río, yo el camalote
Que se contempla nadando á flote
En la tranquila corriente azul!

EN EL CAMALOTE.

Al morir una tarde de otoño
Lluviosa y opaca,
Un islote columpian los vientos
Del río en las aguas.

En un tronco, que cimbra el islote,
Un nido se alza,
Donde asoman dos aves pequeñas
Sus frentes aun calvas.

Sobre el nido, tendida é inmóvil,
La madre se halla;
Sobre el nido, que azota la lluvia
Y sacuden del viento las ráfagas.

Cerca de ella, muy cerca, el esposo
Con sus píos más tiernos le habla,
Enseñando á la madre la orilla
Que muestra á lo lejos su muro de ra s.

Triste mira la esposa á las aves
De frentes aun calvas,
Y á la noche que ya en el espacio
Sus tules desata.

Con un pío más fuerte el churrinche
De nuevo la llama,
Y se pierde después en la orilla
Volando con ansia.

Mira entonces la madre á sus hijos
Con dulce mirada,
¡Y los cubre mejor de la lluvia
Abriendo con fuerza las húmedas alas!

SIN RUMBO.

Lo mismo que dos astros luminosos
Que cruzan por el cielo vespertino,
Sin poder confundir ni su camino
Ni el chispear de sus haces temblorosos,

¡Vamos tú y yo, cansados y tediosos,
A merced de los vientos del destino,
Con la nostalgia de un amor divino
En nuestros corazones dolorosos!

Pero como entrecruzan sus destellos,
Alguna vez, en la extensión serena,
Los astros de flamígeros cabellos,
¡Se entrecruzan también con la mirada,
Alguna vez, mis penas y tu pena,
Mi alma febril y tu alma desolada!

IMMER BEI DIR.

No aguardes, no, que el viento del olvido
Seque las flores que sembré á tu paso;
¡Es nuestro amor un sol obscurecido,
Pero que nunca llegará á su ocaso!

¡Me dejaste serena y convencída
De que espantabas para siempre al tedio,
Sin notar que en la historia de tu vida
Yo soy como una llaga sin remedio!

¡Yo fuí tu iniciador! ¡En tus altares
El cáliz levanté por vez primera;
Y al compás de mis lúbricos cantares,
El gozo se enredó á tu cabellera!

Por más que jures que mi acento ronco
Ya no te turba, tu ilusión desbarra:
¡Siempre se ve una herída sobre el tronco
En donde el tigre se afiló la garra!

Revuelve las cenizas de tu pecho
Y encontrarás, mujer, sin que te asombre,
Debajo del carbón de tu despecho,
Las llagas de la hoguera de mi nombre!

Por el mar de tu pena y de mi pena,
Vamos los dos sin rumbo prefijado;
No hay herrero que lime la cadena
Que junta tu pasado á mi pasado!

¡Nos unen tu hermosura y mi delito!
¡Aún, cuando llamas al placer, me nombras!
¡Nos ata el grito, el voluptuoso grito
Con que tu labio sacudió á las sombras!

Y cada tarde, cuando el sol desmaya,
Sobre ese mar, que juntos recorremos,
¡Los dos soñamos con la misma playa!
¡Con la playa á que nunca volveremos!

Si mañana la muerte sorprendiera
A alguno de los dos, sobre las olas,
¡El otro navegando prosiguiera
Sin rumbo fijo y con el muerto á solas!

¡Para ninguno de los dos hay calma
Ni en la existencia ni en la tumba fría,
Porque yo aun soy la sombra de tu alma
Y eres la sombra aún tú del alma mía!

Ha esculpido el amor en nuestra frente,
Al dejarnos, las cifras de su yugo:
¡Tú serás mi verdugo eternamente!
¡Yo seré eternamente tu verdugo!

¡Lo debimos pensar antes de amarnos!
¡Lo debimos pensar y no lo hicimos!
¡Hoy, en que pretendemos reemplazarnos,
Ninguno de los dos lo conseguimos!

¡Yo no encuentro un amor que sustituya
Al loco amor que me brindaste un día,
Y aunque tu paso de mis huellas huya,
Siempre está junto á tí la imagen mía!

Hay que aceptar, mujer, el vencimiento
Y hay que doblarse ante el inícuo fallo,
Hay que decirle al viejo sentimiento:
—¡Salve, señor, y ordena á tu vasallo!—

¡Yo de la mar, indómita y desierta,
Me entrego á las rugientes tempestades,
Porque no aguarda mi ventura muerta
La venida del Dios del Tiberiades!

¡Haz como yo, mujer!... Pues no podemos
Regresar á la orilla, ya lejana,
¡La banderola del desastre icemos
En el tope del palo de mesana!

Del muerto amor la clámide sangrienta
Nos servirá de funerario abrigo:
¡Siempre ante mí, tu imagen se presenta,
Y yo siempre, mujer, estoy contigo!

NOCHE DE MARZO.

LA MUSA.

Poeta: en tu granado
Ya se cimbra una flor, que abre al estío
Su cáliz virginal. Está sembrado,
De estrellas irradiantes el rocío.
Háblame de tu amor; sobre mi seno
Depón de tus angustias el veneno;
Y mancha de mis alas lo esplendente,
Con las cálidas gotas de tu lloro,
Mientras extiende mis cabellos de oro
Sobre las negras nubes de tu frente.

EL POETA.

Todo yace dormido:
El pájaro en el nido;
En el éter, la luz; en la espesura
Las campanillas de fragancia llenas;
En mis amantes brazos, tu hermosura;
Y en mi tedioso corazón, las penas.

LA MUSA.

No pienses que me engañas;
No creas, no, que tu tristeza ignoro;
¡Hay rocío colgando en mis pestañas,
Y húmedos tengo los cabellos de oro!

EL POETA.

¡Sólo me quedas tú! ¡De tu pupila
La fulgidez tranquila
Basta para endulzar mis soledades!
¡Sólo me quedas tú! ¡No hables de duelo,
Mensajera del cielo,
Mi esposa fiel, mi nube de piedades!]

LA MUSA.

¡Ábreme ya tu corazón! ¡La pena,
Que ruje comprimida,
Con su soplo letal nos envenena
Como envenena el agua corrompida!
¡Abreme ya tu corazón! ¡Sé bueno!
¡Déjame que comparta tu amargura,
Y reclina tu faz sobre mi seno
Que late de clemencia y de ternura!

EL POETA.

¡Oh fuente de armonía,
Día que naces cuando muere el día!

LA MUSA.

¡Yo soy aquella que te amó de niño,
Y que cubrió los sueños de tu cuna
Con sus alas de armiño
En que esplenden los rayos de la luna!
¡Yo soy aquella que por tí suspira,]

Que nunca te abandona,
Y que ha soñado coronar tu lira
Con el verde laurel de una corona!
¡Yo cambio en ritmo toda la fiereza
Que te inspiran lo innoble y lo grosero;
Yo te he enseñado á amar á la belleza,
Y te he enseñado á ser buen caballero!
¡Cuando todo á tu paso se derrumba,
Cubro el derrumbe con mis regias galas;
Y sobre el negro mármol de tu tumba,
Yo extenderé para morir las alas!
¡Se confunden mi senda y tu camino;
Yo represento tu ideal más puro;
Y envuelto en mi ropaje diamantíno,
Te haré franquear las puertas del futuro!
¡No tengo más historia que tu historia,
Ni más bien que tu amor! Soy toda tuya,
Y encenderé las luces de mi gloria,
Cuando tu senda terrenal concluya!

EL POETA.

Sol de mi juventud, rosa encarnada
Nacida en mi jardín, ave que trinas
Canora en mi balcón, fuente sellada,
Nube de claridades matutinas,
¡Humedece mis párpados el lloro
Cuando me pintas de tu amor el fuego

LA MUSA.

¡No dudes de la fe con que te adoro!

EL POETA.

¡Yo á las delicias de ese amor me entrego!
¡Déjame que recline la cabeza
Sobre los tibios pliegues de tu falda,
Y que me embriague, oh musa, en tu belleza
Contemplando tus ojos de esmeralda!
¡Mansa paloma de plumaje cano,
Urna llena de ungüentos milagrosos,
Brisa de los ponientes de verano,
Serenata de arrullos vagorosos,
Aroma flotador de limonero
Y virgen de mis últimos amores,
Para que sepas bien lo que te quiero
Voy á contarte todos mis dolores!...
Olvidado de tí, que eres la calma,
Mi celestial y dulce prometida,
Dí á una mujer la voluntad y el alma
Convirtiéndola en vida de mi vida!
¡La flor de mi pasión abrió su broche
Henchido de fragancia embriagadora,
Llenando mis ensueños cada noche
De esa mujer la faz hechizadora!
Infiriéndote á tí cuitas y agravios,
A tí, que eres la luz y eres el numen,
¡Soñaba con un beso de sus labios!

LA MUSA.

¡Que en los míos tus penas se perfumen!

EL POETA.

¡La idolatré postrado de rodillas,
La idolatré febril!... ¡En mi ternura
Jamás llegó mi labio á sus mejillas,
Jamás manchó mi aliento su hermosura!

LA MUSA.

¡Te conozco, mi bien! ¡Cándido y ciego
Tu amor es grande, y por lo mismo puro!

EL POETA.

¡Yo doy todo mi sér cuando me entrego!
¡La hiedra muere, pero asida al muro!

LA MUSA.

Comprendo tu pesar y tus enojos:
¡Tras la ardiente pasión, vino el olvido!

EL POETA.

¡Y llevo aún en mis cansados ojos
La imagen celestial del bien perdido!
En el insomnio de las noches mías
La veo aparecer, y me desgarra
Con su voz de arrullantes melodías,
Trémula como un canto de guitarra!
¡No me avergüenzo de llorar! ¡El llanto
Prueba que el corazón no está marchito!
¡Jesús cubrió sus ojos con el manto
Cuando supo de Judas el delito!
¡Los viles nunca lloran! ¡La amargura
Es una irradiación! ¡De cada espina
Que se hunde en nuestra sien, brota y fulgura
Una cegante claridad divina!

LA MUSA.

¡Solloza, corazón! ¡Salterio, vibra!
¡Pídele á cada fibra
Un eco que condense tus dolores!
¡Los cantos del pesar son inmortales!
¡Con rocío se nutren los rosales
Y se depuran todos los amores!

EL POETA.

El día empieza ya. ¡Salve, oh mañana
Vestida de zafir! ¡Salve, oh turquesa
Con que el sol sus cabellos engalana
Cuando las plantas de la noche besa!
¡Con tu limpio esplendor viene el olvido!
¡Los fantasmas se van! ¡Todo se azula:
El éter por los vientos recorrido,
La niebla gris que en el barranco ondula!
¡Todo recobra la perdida calma!
¡Lentamente la luz sube á su trono!
¡Azulemos también, oh musa, el alma!
¡Tendamos la piedad sobre el encono!

ANDRESILLO.

(A Juan Pedro Bermúdez).

I.

« La Libertad », « El Pueblo, iba gritando
Por calles y por plazas,
Cuando el jardín se cubre de eliotropos,
De azules lirios y de rosas pálidas.
« La Libertad », « El Pueblo », repetía
Sobre el fango y la escarcha
Cuando tiemblan los árboles desnudos
Y se encorvan las ramas

Descalzo, el cuello al aire, mal prendido
El pantalón que á la rodilla alcanza;
Sobre el cabello inculto, vieja boina
De dudoso color y rota malla;
Trigueño, endeble, sin descanso y ágil,
Por calles y por plazas,
A la lluvia y al viento,
Sobre el fango y la escarcha
Iba gritando con su voz ya ronca:
« La Igualdad », « La República », « La Patria ».

II.

Se llamaba Andresillo y contaría
Diez pr maveras á lo más; su infancia
Fué una penumbra dolorosa y triste,
Como aurora de un día de borrasca;
Un pasaje del Dante; una tragedia
Escondida en la bolsa de una larva.
Recogido del suelo del suburbio,
Hijo de la embriaguez y de la infamia,
Creció entre golpes y denuestos, solo,
Sin escuchar jamás esas palabras
Que parecen el salmo de las cunas
Y que las madres verdaderas cantan.
No le vieron jamás sus compañeros
En los alegres corros de la playa;
Ni precedió á las tropas en revista,
Al vivo són de la marcial charanga;
Ni merodeó jamás en los frutales
Que la ciudad circundan, ni su charla
Hizo sonreír al viejo transeunte
Que junto al grupo de chicuelos pasa.

Creció en un antro, conociendo el hambre;
Junto á un hogar sin llamas,
Y ape as supo andar, sus manecitas,
¡Sus manecitas por el frío cárdenas!
Ofrecieron temblando al pasajero
Esas hojas inmensas en que vagan
En orden apiñado
Las líneas negras y las líneas blancas.

Vendiese poco ó mucho, eran los golpes
La recompensa diaria;
Y fuerza fué agotar la mercancía;
Gritar « El Porvenír », La Democracia »,
« El Progreso », « La Idea », con voz ronca,
Bien estridente, alta,
Para aplacar la furia del verdugo,
De la mujer salvaje y sin entrañas,
Que adoptó porque sí, por hacer algo
Al hijo del misterio y de la crápula.
Si el niño — ¡Perdón madre! — le decía
Deshaciéndose en lágrimas,
Aquella furia contestaba alzando
Su diestra de giganta:
— ¡Tu madre fué una horrible mujerzuela!...
¡No me llames así!... ¡Duérmete y calla! —
En tanto un hombre, que paseaba ébrio
Por la mísera estancia,
Azuzaba á la bruja murmurando:
— Haces bien: ¡que se duerma ó que se vaya!—

Así pasó del huérfano
La dolorosa ínfancia:
¡La infancia de Andresillo, un condenado
De que el Dante no habla!

III.

Una noche de invierno, triste y fría;
Noche de lluvia sepulcral y opaca,
Andrés enfermo, pero alegre y ágil,
Volviendo á su prisión cruza una plaza.
No es fácil que le peguen; ha vendido
Cuanto quiso vender, y aun cuando se halla
Con fiebre y muy cansado, sólo el frío
De la lluviosa noche le acobarda.

De pronto oye un sollozo; es una niña
Huérfana como él; como él oleada
Del fango, de la sombra y compañera
De oficio y correrías. —¿Qué te pasa?
¿Porqué lloras?—le dice, y sollozando
La pequeñuela exclama:
—¡Que no pude vender todos los números
Y me van á matar!—¡Mi pobre Paula!
¿También á tí te pegan?—¡Es por eso
Que tengo miedo de volver á casa!—
—¿Cuántos números tienes?—Andrés dijo
—¡Ocho!—responde la pequeña. ¡Oh santa
Compasión del insecto por el átomo!
Andresillo infelíz la frente baja,
Compra los ocho números y sigue
El camino que lleva á su morada,
Calculando los golpes que le esperan,
Llena de angustia el alma,
¡Mientras que de rodillas en la noche,
Sobre las nubes pardas,
La madre de la niña sin ventura
De gratitud y de dolor lloraba!

IV.

Llegó Andrés á su cueva; vió en lo obscuro
El gastado jergón de húmeda paja,
Y sobre tosca fuente, junto al fuego
El humo de las viandas.

—¡Si te queda algún número, á la calle!—
La mujer le gritó.—¡La noche es mala
Y no pude vender!—con ronco esfuerzo
Del niño balbucea la garganta
Ya llena de sollozos.—¡A la calle!
¡A dormir en los bancos de la plaza!—
—¡Estoy enfermo y la ventisca sopla!—
—¡A la calle, repito!—Y la giganta,
Hecha una furia de cabellos rojos,
Dejó al niño y la sombra cara á cara.

Lo que el niño y la noche se dijeron
Es un misterio aún; talvez el alma
Enternecida de la pobre madre
Sobre el niño tendió las leves alas.
Lo cierto es que al venir el nuevo día
Los quinteros que entraban
En la ciudad, rigiendo adormecidos
Con mano floja, las carretas tardas,
¡Le vieron con asombro
En el umbral obscuro de la casa,
Lívido, inmóvil, azulado, muerto,
A la confusa claridad del alba!

LAS DOS INVASIONES.

1817-1828.

(A Samuel Blixén).

I.

¡Musa de las patrióticas tristezas,
Toma el laúd con lloros por canciones!
¡El camino es de sangre y son de muerte
Las pálidas visiones!

¡Aullidos del cañón, tules sin calma
De la humareda que flotante gira,
Removed el ambiente de mi alma!
¡Templad en vuestras cóleras mi lira!
¡Decidme como fué! ¡Fundid el vago
Contorno de la lucha gigantea,
Y entradme en lo más recio del estrago,
Donde sus himnos el clarín vocea!
¡Quiero encontrarme en la fatal jornada,
Parte formar de la legión patriota,
Y sentir, en mi frente doblegada,
La pena y la inquietud de la derrota!
¡Quiero en el campo de la lid reñida
Recoger al que rueda entre clamores,
Enjugando la sangre de su herida
Con el pendón de franjas tricolores!

¡Y quiero de la hueste salvadora
Retemplar el encono y la fiereza,
Preludiando los cantos de la aurora
Al hundirme del monte en la maleza!

II.

¡Allá van! !tras las bélicas fatigas
Y el hervor de las luchas militares,
Las huestes que aprendieron con Artígas
A defender sús rústicos hogares!
¡Cómo al mirar que con ardiente anhelo
Libertarte ó morir, patria, resuelven,
Hasta las piedras del nativo suelo
Contra la grey del invasor se vuelven!
¡Allá van! ¡junto al rancho de totora;
Lento el corcel; la frente doblegada;
Negra ansiedad su corazón devora;
Llevan llanto de angustia en la mirada!
¡Allá van! ¡oríllando la laguna
Escondida entre toscos pajonales,
Que esperan á las luces de la luna
Para vestir sus hábitos nupciales!
¡Allá van! ¡sobre el dorso de la loma
Donde su último airón suspende el día,
Donde entre nubes de salvaje aroma
El espinillo sus malezas cría!
¡El último suspiro de la tarde,
Sangrienta como un sueño de venganza
Con extraño fulgor relumbra y arde
En el agudo hierro de su lanza!

¡Tus hijos son! ¡las huestes montoneras,
Las estoicas bandas campesinas
Que en San José cubrieron de banderas
El lecho en que cansada te reclinas!
¡Tus hijos son! ¡los héroes de tus llanos,
El muro de tu altar, los inmortales
Que hicieron con escudos castellanos
La alfombra de tus plantas virgínales!
¡Tus hijos son! ¡las hordas del pampero,
Las primeras dianas de tu historia,
Los que grabaron con buril de acero
Tu nombre sobre el rostro de la gloria!
Vencidos van y el moribundo día,
Cuyos arcos de grana palidecen,
Saluda con respeto su agonía;
¡Si grandes en el triunfo los veía,
Más grandes aún vencidos le parecen!

III.

Mira, madre: silbando los azota
Un viento frío que irascible vuela,
Y el poncho en alas de las brisas flota
Al compás de los hierros de la espuela.
Cuelga en su cinto el desmayado acero
Y al soplo de la tarde entristecida
El ala levantada del sombrero
Tiembla en su frente por el sol curtida.

Del trote al ritmo, lento y perezoso,
El lazo, el anca del corcel golpea,
Cansado de lanzar el rencoroso
Silbido de su curva en la pelea.
Y de los héroes bendiciendo el brío,
Compartiendo su angustia y sus fatigas,
¡Ondula allí, fantástico y sombrío,
El estendarte tricolor de Artígas!
Mira, madre: la angustia los desgarra;
Vibra su corazón con honda pena,
Como vibra en sus manos la guitarra
Con el arpegio de los tristes llena.
Saben que bajo el palio de verdores
De un viejo ombú, dormido en la colina
La prenda de sus rústicos amores
Sueña con ellos cuando el sol declina.
Pero miéntras los céfiros pampeanos,
Cuya canturía con dolor te nombra,
Agiten los pendones lusitanos
¡Solitaria la virgen de los llanos
Soñará del ombú bajo la sombra!

¡Y cuánto soñará!... ¡Ya desbandada,
Madre doliente, tu legión bendita,
Sin rivales la enseña esmeraldada
Al soplo de tus céfiros palpita!
¡El vivo fuego de tu sol la dora,
Ondula con orgullo en tus almenas,
Y siente con desdén de triunfadora
El rumor que levantan tus cadenas!

¡Mentira! ¡no ha de ser! ¡Dios no lo quiere!
¡Prepárate á la lid! ¡brille tu acero!
¡Enseña al invasor cómo se muere!
¡Azota con tu lanza al extranjero!
¡Plaza, imperiales, plaza
A la amazona que á las lides vuela
Y el viejo escudo de su gloria embraza!
¡Confundís el jaguar con la gacela!
¡De este suelo, con sangre fecundado,
Cuando resuene de la patria el grito,
Saldrán, saldrán con el semblante airado,
Preludiando las dianas del pasado,
Los héroes de Las Piedras y el Cerrito!

IV.

¡Manes de los vencidos
De Catalán en el contrario enredo,
Dormid bajo los montes florecidos
Sin angustia y sin miedo!
No vendrán á turbar vuestro reposo,
Cuando la luna en el espacio asoma,
Ni el ruído del vivac del victorioso,
Ni el rezo dicho en extranjero idioma!
Pronto á cambiar el fallo de la suerte,
En vuestras tumbas se arrodilla el hado:
Vais á dormir el sueño de la muerte
Al calor del terruño emancipado!

Todo está aquí de libertad sediento:
—¡Patria!—del urunday en el ramaje,
La gemidora música del viento
Suspira con su rítmico lenguaje!
—¡Patria!—zumbando el camuatí murmura
Sobre el burucuyá, pródigo en flores,
Y—¡patria!—en medio de la noche oscura,
Dice el ñacurutú á los invasores
Al perderse furtivo en la espesura!

V.

¡Dormid! que ya el oriente
De nacarinos tintes se colora,
Como si las guirnaldas de su frente
Lanzara al aire el númen de la aurora.
Es un copo de luz distante y vaga;
Fleco estelar dormido en la laguna;
Ocaso de una noche que aun se embriaga
Con el licor de perlas de la luna.

Baña esa luz de brillos de azucena,
Flor del aire con orlas de rocío,
Sobre un pavés de movediza arena
A un grupo de héroes de mirar sombrío.
Alta la frente, que doró el pampero;
Con patriótico llanto en las mejillas;
Con la rabia del odio justiciero;
Los más de pié, los menos de rodillas;
Extendidas las manos con sagrada
Y profética unción, juran leales,
Sobre la cruz del puño de su espada,
Desgarrar las divisas imperiales.

¡Juramento inmortal! ¡grito de guerra,
Que al levantar las curvas de su vuelo,
No cabiendo en el arco de la tierra,
Fué á perderse en los límites del cielo!

¡Juramento inmortal! ¡la luz suave,
Que ébria de gozo al escucharlo brilla,
Lo cuenta al río, que lo cuenta al ave
Del nido de las lianas de la orilla!
¡El ave vuela á repetirlo al monte
Y la fuente del monte, fresca y pura,
Lo canta de horizonte en horizonte,
De llanura en llanura!

¡Juramento inmortal! ¡grito de gloria!
¡Mística salve! ¡homérica llamada!
¡Al escuchar sus ecos, la victoria
Corrió al balcón azul de la alborada,
Como la virgen, al sentir los sones
De la canción por su galán cantada,
Corre á abrir el cancel de sus balcones!

¡Grito inmortal! ¡arrullo soberano
Del sol del porvenir! ¡hiende las rocas,
Atraviesa las cumbres, cruza el llano,
Del monte juega con las verdes tocas,
Sobre las harpas de los vientos vibra,

Se perfuma en los flecos de la palma,
Recorre el corazón de fibra en fibra
Y hace explosión de luz dentro del alma!

¡Juramento inmortal! ¡himno sublime!
¡Diana de bendición! ¡plegaria inmensa!
¡Credo de libertad! ¡voz que redime,
Provoca, exalta, fanatiza, inciensa!
¡De Sarandí las auras lo escucharon,
Y besando en la frente á la victoria,
De Ituzaingó los genios lo cantaron
En el harpa de estrellas de la gloria!
¡Subiendo hasta el dosel de las mañanas,
En las alas del sol templó su queja,
Y al cernerse del triunfo entre las dianas,
Humedeció sus notas soberanas
El llanto de jaguar de Lavalleja!

VI.

¡Señor, que en los confines del desierto
Colgaste un lampo de tu luz febea,
Para alumbrar los pórticos del huerto
Prometido á las turbas de Judea!
¡El alma de las patrias — como el ave
De alas enormes y grisácea pluma,
Que anida en el peñón, adusto y grave,
Batido por el cierzo y por la bruma, —
Quiere aire y libertad, espacio y lumbre,
La esclavitud la postra y la exaspera,
Retrato fiel del ave de la cumbre,
Del águila altanera
De alas enormes y de obscuras galas,
Que si cae prisionera,
Se destroza las plumas de las alas
Contra los muros de su cárcel fiera!

¡Señor, que el noble grito,
Que el grito santo de los héroes sea
Como el fleco de luz de lo infinito
Que guiaba á las turbas de Judea!
¡Que el alma de la patria se levante
Al escuchar sur bélicos clamores,
Para surgir triunfante
Entre dianas y ruídos de atambores,
Como el cóndor que rompe denodado
La cárcel que lo encierra,
Para volar con vuelo apresurado
Hácia el nido labrado
En la roca más blanca de la sierra!

¡Señor, que el grito ardiente
No se pierda en las criptas de palmares,
Como se pierde el agua de la fuente
En la errabunda pompa de los mares!
¡Que el ave en cautiverio
Pueda, ya libre, bendecir tu imperio,
Y no sucumba de cansancio y frío,
Entre las rejas de metal labradas,
Fijando en los senderos del vacío
La desesperación de sus miradas!

VII.

Llenando con sus ecos nuestra historia
El grito de los héroes se dilata,
Como vibrante cántico de gloria,
Desde el turbio Cuareim al hondo Plata.
¡Si el ruido de sus voces os despierta
De júbilo temblad! ¡ya estais vengados
Mártires olvidados
Bajo la tierra santa de India-Muerta!

¡Ese canto bendito
Que se cierne ondulante
Y que se va á perder en lo infinito,
Es la bélica diana que se oía
Cuando surgiste en Sarandí triunfante,
Bandera tricolor, bandera mía!
¡Al compás de sus ecos vibradores
Ondulan nuestros ríos todavía,
Y aun repitiendo el santo juramento
Con que la arena de la orilla azotas,
La patria, que salvaste con tu aliento,
De Ituzaingó sobre el altar sangriento
Te muestra el haz de sus cadenas rotas!

VIII.

Ituzaingó! ¡ tus dianas
Aun cruzan nuestros montes seculares
Al soplo de las ráfagas pampeanas
Más crespas que las olas de los mares!
¡Si la tierra, que un día
Vió el escudo imperial sangriento y roto
En lo profundo de la mar se hundía,
Sobre el inmenso horror del terremoto
La gloria de tu nombre flotaría!
¡Efeméride santa,
Cuando con tu visión mis ojos lleno,
Siento un nudo de sangre en mi garganta
Y un mundo de entusiasmos en mi seno!
¡A la luz de tu sol, nuestras legiones
Alzaban á la patria entre sus brazos
Y extendía la muerte sus crespones
Sobre el cuadro alemán hecho pedazos!
¡Y aún en las tardes de Febrero estivo,
Oh sol de Ituzaingó, cuando furtivo
De azul, púrpura y nieve al Cielo pintas
Y en brazos de la noche te desmayas,
Bordas, con los reflejos de tus cintas,
De la bandera tricolor las rayas!

IX.

¡Heredera sublime
De aquella ave caudal de nuestra historia!
¡Rezo alzado en mitad de la batalla
Como una invocación hecha á la gloria!
¡Bandera de la patria, libre ondula,
En las alas gigantes del pampero,
Sobre los ríos que amorosa azula
La claridad del astro del boyero!

¡Proteje, con tus franjas bicolores,
De nuestros ceibos las rojizas tocas,
De nuestros campos las pintadas flores,
De nuestras sierras las abruptas rocas!
¡Fecunda, con tus ígneas claridades,
Nuestros plantíos de verdor cubiertos,
Corona con tu sol nuestra ciudades
Y cubre con tu sombra á nuestros muertos!

FIDES (1).

Mientras el culto de sus grandes hombres,
El pueblo de Rincón guarde en su alma,
No temas los embates de la suerte,
Libertad de la patria,
Que en tu defensa.... ¡hasta las flores mismas
Han de volverse, en nuestra mano, espadas!

SANTIAGO MACIEL (2)

INTRODUCCIÓN.

Vosotros los que amais, los que en el alma
Guardais el fuego del amor primero
Como en su fibra guardará la palma
El germen fecundante y duradero;

Los que vísteis caer desde la altura
De vuestros sueños la mujer querida
Como deidad encantadora y pura
Que rueda por el suelo escarnecida;

Vosotros escuchad, que el que no sabe
Lo que es amor, ni nunca haya sentido
Latir su corazón, es como el ave
Que vuela y canta sin amor al nido.

---

(1) Composición inédita, leída al pié de la pirámide de la Agraciada por el señor Alberto Gómez Ruano, iniciador de las romerías patrióticas,.

(2) SANTIAGO MACIEL ha sido un poeta fecundo. Pertenece á la generación de Carlos Roxlo y desde su iniciación ha colaborado sin descanso en la prensa literaria del país. Empezó á escribir en la *Revista de la Sociedad Universitaria*, tomando parte activa en las veladas iniciadas por esa Institución. Publicó más tarde, su poema *Flor de Trébol*, y un tomo titulado *Auras primaverales*. Es un poeta de inspiración tranquila, que objetiva con intensidad y elegancia. Actualmente reside en Buenos Aires.

PAISAJE OTOÑAL.

Después de larga ausencia, volvió el gallardo
doncel de ojos dormidos, de tez de nardo,
de cabellos sedosos, de talle esbelto
y frente pensativa, pero no ha vuelto
sonriente, como cuando por vez primera
lo conoció la joven, — á la postrera
claridad de la tarde. Cumbres, llanuras,
rumorosas corrientes, selvas obscuras,
todo, á la vespertina luz de aquel día,
en un dulce letargo languidecía.

Ella lo vió acercarse, besar su falda,
y las flores azules de la guirnalda
que su cuello adornaba; sintió su aliento
en el mórbido seno, luego, su acento,
su inolvidable acento, llegó á su oído
trémulo y desmayado como un gemido.

Era el amor, el himno, de cuyas notas
oyó siempre los ecos en las ignotas
espesuras del monte, que en sus murmullos,
esparcen el deleite de los arrullos.
Era el amor naciente, cuyos latidos
percibió en las florestas, entre los nidos
bajo el palio tejido enredaderas,
en las grutas musgosas donde las fieras
rugiendo se acarician, y en los enjambres
de insectos que se embriagan en los estambres.

¡Explosión del cariño! ¡Cuánta ternura
le brindó en sus abrazos! Fué una locura
aquel amor, intenso como un perfume
que ni el agua, ni el viento, ni el sol consume.

Le amaba, como se aman los imposibles;
ascendió hasta las cumbres inaccesibles,
donde el ideal rutila como una estrella
de hermosos resplandores; besó la huella
que su planta imprimiera sobre la alfombra
del césped, tan ligera como una sombra,
y del aura versátil, le envió en los giros,
el madrigal vibrante de los suspiros.

¡Hada de la floresta, gentil pastora
de una Arcadia sublime! Puso la aurora
en el raso viviente de su escultura,
el nácar con que esmalta la azul altura.
Sus cabellos undosos, finos y rubios,
por el aura movidos, eran efluvios
de cálices dorados; cuando reía
su rostro delicado resplandecía,
y al pasar, se escuchaban en los ramajes
armoniosas cadencias, choques de alajes.

¡Princesa de la gracia! Para ella sola
granos de oro en la playa puso la ola;
el Sol, calor y vida de sus amores,
de pétalos, cascadas multicolores
derramó en la campiña; flexibles lianas

colgó en las verdes copas, como persianas
de encajes transparentes; rompió la bruma
abrillantando el agua; pintó la espuma
con reflejos carmíneos; en orientales
palacios se trocaron los pedregales;
en diamantes las gotas; en esmeraldas
los pastos de los cerros y de las faldas,
y en minas de topacios y de amatistas,
los torrentes, los picos y las aristas.

—

¿Qué voluntad oculta cambió el paisaje?
¿Quién su nupcial corona quitó al ramaje
y conmovió á las brisas que modulaban
la trova del ensueño, cuando volaban
á través de los campos reverdecidos?
¿Qué mano misteriosa rompió los nidos,
Marchitó las gramillas y hasta sus blondas
de espumas irisadas robó á las ondas?
¿Fué visión de sus sueños? En las sombrías
hondonadas, ¿no ha oído las melodías
de los himnos florales? ¿No vió en las lomas
brillar el espinillo rico en aromas,
agitarse las algas en los esteros,
y mecerse los nidos de los boyeros
prendidos á los gajos? Si fué quimera,
si fué sueño, que vuelva la primavera
á verter su perfume sobre los campos;
que la luz se difunda, que incendie lampos
en el velo celeste del horizonte;
que una orquesta de trinos vibre en el monte,
y en la llanura ondulen como las olas,
los gérmenes sensuales de las corolas.
Fué vana su esperanza. Distante el astro
apenas en la altura dejó su rastro.
Cesaron los rumores; ni una eufonía
trajo el aura del llano; despertó el día
sin víbrar como otrora la extraña orquesta
de las aves que se aman en la floresta.

¿Quién lloraba? ¿El arroyo? ¿Tal vez las blancas
margaritas, ya mustias, en las barrancas?
¿Era, acaso, el suspiro, débil, sin eco,
de las cosas que mueren?...
El pasto seco
de la cuchilla, ondeaba; la fina hierba
de las altas colinas, que el Sol enerva,
dejaba al descubierto los pedregales;
el terciopelo obscuro de los chircales,
manchaba la planicie; deshabitado
se alzaba un viejo rancho junto al bañado;
matorrales de ortigas, cardos y abrojos
poblaban las mangueras y los rastrojos;
orillando el estero se dilataba
en haces amarillas la paja brava;
apenas la cañada se distinguía
oculta en un ribazo; la luz moría,
y en tinta de turquesas bañaba el monte,
los vapores, las cumbres y el horizonte.

Desde el abra del monte, la niña, ansiosa,
contemplaba el paisaje. No era la diosa
de la Arcadia sublime, cuya presencia
en el bosque, era un canto—la florescencia
del amor. ¡Oh misterio! Su voz tenía
el ritmo y la cadencia de una elegía.

Sus cabellos tendidos sobre la espalda.
Deshojadas las flores de su guirnalda.
Sus ojos irradiando fulgor extraño...
semejaba la imagen del desengaño
que viera disiparse sus ilusiones,
á manera de raudas exhalaciones.

La campiña, como ella, lánguida y mustia
se presentó á su vista. Síntió su angustia,
su pesar infinito. La flor nativa
de pálida corola, flor sensitiva,
que amaba perfumando, vió en la maleza,
el símbolo perfecto de su tristeza.

En tanto el arroyuelo de aguas obscuras
sin doradas riberas, sin espesuras,
arrastraba fragmentos de hojas y ramas,
plumas blancas de nidos y verdes lamas.
Eran los camalotes y las gramillas
un montón de despojos en las orillas.
Los pastos aventados junto á las parvas;
los troncos de los ceibos llenos de larvas,
y brillando en las matas, entre las quiebras,
las pieles desprendidas de las culebras.

Como ardiente rocío brotó su llanto.
Ensueño del perfume, fugaz encanto
hecho de luz y de alas. Si el astro no arde,
como en ondas de incienso baja la tarde,
mientras Sirio se enciende, fúlgido broche,
que á su veste de sombras prende la noche.
Se espesó la penumbra. Ráfaga fría
estremeció á la joven. Alguien venía
en dirección al bosque. Latió su seno
como nunca latiera.—dulce veneno
del amor delirante ¿quién no te adora?
Ella sintió en su pecho como una aurora
volver la vida, un soplo, débil fragancia
de la flor de la dicha. Ni aún en su infancia
fué mejor arrullada que en el instante
en que vió por la senda venir su amante.
El era su esperanza. ¿Qué le importaba
el tálamo deshecho que antes amaba?
¿Qué los verdes tapices, las colgaduras
de lianas florecidas; las esculturas
formadas de ramajes, como doseles?
¿Qué, los cálices de oro llenos de mieles,
si él llegaba trayéndole las primicias
de otra estación más grata, de otras caricias?

Hácia él corrió. En sus brazos, ya sin aliento
cayó desfallecida, mientras el viento
rozaba con sus alas la mustia alfombra,
y los astros temblaban entre la sombra.

PSIQUIS.

Si oyes decir que la ilusión es fuego
fatuo, que apenas un momento dura,
y que al correr tras ella, el hombre, ciego,
va en pos de una fantástica hermosura;

Si el escéptico afirma que es empeño
vano buscar la dicha, y que no alcanza
á comprender la gloria del ensueño,
ni el placer de vivir con esperanza;

Si negase el amor, y te dijera
que todas las ideales emociones
las engendra tan sólo una quimera,
fruto de los enfermos corazones;

No lo vayas á creer: ama y combate,
que el triunfo es de las almas inocentes;
los cuerpos son opacos, dice el vate,
y amarlos es hacerlos transparentes.

Ten esperanza si el dolor te hiere;
que la ilusión es como el sol: colora
el horizonte de la vida, y muere
de tedio aquel que alguna vez no llora.

Ten esperanzas é ilusiones; ama;
sólo la dicha en el amor se anida;
y hasta la tierra inerte, con su llama
se siente florecer, vuelve á la vida.

JOSÉ G. DEL BUSTO (1)

RIMA.

En la justa balanza de la vida
quise saber lo que pesaba yo:
arrojé en un platillo mi cabeza;
en el otro cayó mi corazón.

Y al levantar el fiel vi con sorpresa,
llena el alma de pena y de estupor,
que la cabeza se elevó á las nubes
y hasta el abismo el corazón bajó.

¡Ay! Es que cuando ruge la borrasca,
cuando se pone el sol,
en la balanza que la sombra cubre
pesa más que los sueños el dolor.

(1) José G. del Busto era talvez el único poeta de esa generación que se desenvolvió en medio de la agonía del romanticismo, y que á los últimos ensueños de la escuela que moría, mezcló las inquietas ansias del espíritu nuevo. Su musa tierna y melancólica, ó ardiente y entusiasta, cantó á la vida, á la libertad, al amor, á la

MORAIMA.

Sevilla.

Sobre el calado alféizar
del morisco ajimez abandonado,
blanco rayo de luna
como un sudario se quedó flotando.

Bajo el arco de alárabes encajes,
la columna de mármol
me pareció la sombra de una virgen
que al beso de la muerte ha despertado.

Sentí rumor de guzlas
rodar en el espacio
y cánticos ardientes y sombríos
como una inmensa maldición de llanto.

Miré flamear morados estandartes
entre una nube de alquiceles blancos
y vi al espectro de la raza mora
cruzar sobre el arzón de su caballo!

. . . . . .
. . . . . .

La luna huyó; la noche vistió luto,
y allá en los miradores del Alcázar
el viento halló suspiros
y los llevó á morir en la Giralda!

LÁGRIMA Y BESO.

En las orillas de un labio
que olas de grana cubrieron
se encontraron frente á frente
una lágrima y un beso.

Rodando vino la lágrima
desde las cumbres de hielo
donde penas y huracanes
atormentan al cerebro:

subió el beso entre la lava
del cráter sanguinolento
que las pasiones salvajes
en el corazón abrieron.

Él era ardiente: ella fría;
El era rayo: ella cielo;
el vado único y angosto;
inevitable el encuentro.

¿Qué sucedió? Estaba escrito:
la nieve cayó en el fuego
y entre las olas del labio
ahogó á la lágrima el beso.

---

alegría, á la gloria, y al dolor también. Escribió dulces madrigales y apostrofó á la esclavitud; cantó coplas de amor y deslió en amargas estrofas la áspera tristeza de su existencia nómade y aventurosa. Compuso su vida con los sueños de su alma de poeta y como estos eran tristes, tambien aquella fué un poema de amargura. ¡Singular amargura que él ocultaba bajo su eterna sonrisa! Hay seres que llevan en la frente el sello de su destino: Del Busto tenía en la suya, donde la luz de la vida se ha apagado antes de tiempo, la indeleble huella del beso amargo de la desgracia. Nació para sufrir, su vida ha sido una novela dolorosa y extraña. Y lo más singular es que ese hombre, á quien la dicha fué avara, era un gran corazón y un alma noble.

EL IDEAL.

(FRAGMENTOS).

I.

¡Arriba humanidad! Las negras sombras
Desaparecen; sonó la hora!
Irradian en la cumbre gigantesca
Los resplandores de la eterna aurora.

Abrid las puertas á la buena nueva,
Esclavos del palacio y la cabaña!
¿Quereis ser hombres y quereis ser libres?
¡Fuera temor! Subid á la montaña.

Corazones que amais en el silencio
Y en el mar de la vida no hallais nada,
Allí está la mujer de vuestros sueños,
Brotando de la espuma nacarada.

. . . . . .

Héroes de la batalla y de la muerte
Que trastornais la humanidad entera,
Allí está el enemigo! Allí está el triunfo!
Clavad en el peñón vuestra bandera.

¡A la cumbre! volad á conquistarla
Que ya para abrazaros se atavía,
Y gentil desposada de los sueños
Su tocado nupcial encarga al día.

. . . . . .

III.

¡Arriba humanidad! La noche viene,
En girones de luz se rompe el día;
Abre tu corazón á la esperanza
Y reclama á tu espíritu por guía.

La cumbre, vencedora de la tarde,
Alzando su penacho de granate,
Parece el yelmo de un titán guerrero
Que reta al mundo á sin igual combate.

IV.

Sobre los campos de la noche oscura
Sus tiendas levantó la tempestad,
Y sin rumbo y sin luz en la montaña
Se extravió la cansada humanidad.

Del Busto deja huella, su personalidad no pasará como las estrellas fugaces que deslumbran un segundo y luego se pierden en la inmensidad sin dejar rastro. Su talento robusto y flexible se recordará siempre con admiración, su palabra ardiente y persuasiva en la tribuna, tempestuosa y airada en las asambleas populares, perdurará en la memoria del pueblo; sus versos inspirados y amables, se leerán siempre con deleite y sus escritos llenos de color y de carácter, dispersos en la prensa del Río de la Plata, se hojearán como las páginas de un hermoso libro que el autor ha dejado sin concluír.

Yo también en la inmensa caravana
Por llegar á la cumbre me alisté,
Y al romperse los rayos en la esfera
Solo y triste en la selva me encontré.

. . . . . .

Y yo, perdido en la floresta oscura,
Buscaba en vano mi soñado Edén,
Cuando un grito terrible de agonía
Llegó hasta mí del viento en el vaivén.

. . . . . .

Corrí hácia el sitio donde había sonado
Y mi alma en las tinieblas se perdió;
¡Luz! grité con angustia inexplicable,
Y su espada el relámpago blandió.

. . . . . .

Chocaban en el aire las espumas
Y silbaban las olas al caer;
Una roca se alzaba á flor de agua
Y en ella estaba asida una mujer.

—¿Quién eres? exclamé, de anhelo loco,
Saltándome del pecho el corazón;
Y ella, casi sin voz, como una madre....
—¿No me ves?—contestó con aflicción.

—¡Patria! grité tendiéndole los brazos
En el delirio de mi ardiente amor;
—¡Patria! volví á decir con extrañeza
Y ¡Patria! repetí con hondo horror.

¿Cómo flotas sin vida en el torrente
Cuando espera tus besos el hogar?
¡Hija de Dios! ¿Quién te arrancó del cielo
Para arrojarte al negro muladar?

—¡Ay! exclamó, también en la mañana
Hácia la cumbre intrépida marché,
Y reclinada en mis valientes hijos
Cien veces mi cabeza coroné.

En la paz, en el triunfo, en la derrota,
Genio, lauros y sangre derramé;
Con fe en el porvenir, siempre serena
La tricolor bandera enarbolé.

¡Pobre de mí! Mis hijos me olvidaron
Para lanzarse á fratricida lid;
Y muerta de dolor, entre sus filas
Rompí mis armas y les dije: ¡Herid!

Brindaron con mi sangre en mil orgías
Y yo la mesa fuí de su festín;
Jugaron á los dados mis girones
Y en mí saciaron su venganza ruín!

¡Cuánto baldón! Para colmar la afrenta
Puso un caballo sobre mí su pié,
Y sin fuerza, sin luz, sin esperanza....
En el torrente, mísera, rodé!

—Madre, le dije al fin, mucho has sufrido,
Pero aun queda un albor. ¡Ponte de pié!
—No puedo, contestó la desgraciada
Con ronca voz.—¿No puedes? ¿Y por qué?

Alza la frente donde anida el rayo
Y arranca de su sueño al huracán,
Acuérdate que siempre los tiranos
Duermen sobre la lava del volcán.

Y si hay Cónsul que en torpe servilismo
Se atreve á profanar tu pabellón,
Y lo entrega al caballo de Calígula
Hunde en el polvo al Cónsul y al bridón.

V.

¿Fué sueño ó realidad? No sé decirlo
Pero en las ansias del mortal desmayo
Yo vi de pronto iluminarse el cielo
Y en el yunque del sol fundírse al rayo.

. . . . . .

Llegó hasta mí la soñadora Musa,
Clavó en mis ojos su mirada ardiente,
Vagó en sus labios celestial sonrisa
Y un ósculo dejó sobre mi frente.

—Ven, me dijo, á la cumbre gigantesca
Donde moran los seres escojidos.—
Batió las alas y en sus tiernos brazos
Volé con ella á los celestes nidos.

Llegué por fin; pero quedé en la cumbre
Ciego de luz y de extrañeza fijo,
Hasta que la visión para calmarme:
—Mira hácia abajo—trémula me dijo.

¡Qué horrible abismo! De sus negras fauces
Se escapaban furiosas llamaradas
Y el huracán llevaba hasta nosotros
El grito de las almas condenadas.

En su seno los tronos, derrumbados
Y los falsos altares se veían;
Satanás atizaba la discordia
Y con rabia los réprobos se hundían.

Los tiranos sin patria y sin hogares,
Arrojados por fin de las alturas,
¡Gusanos miserables! devoraban
Los cráneos de las yertas sepulturas.

Y sus viles sicarios, los que alientan
Odio, debilidad ó cobardía,
Esclavos de su suerte inexorable
Les ganaban el pan de cada día!

Cerré los ojos de amargura lleno
Y cuando mustia doblegué la frente,
La visión adorada de mis sueños:
—Mira hácia arriba, dijo de repente.

¡Oh gloria! Sobre el marco de los cielos,
Entre rayos de espléndida hermosura
Se alzaba el cuadro del eterno día
Que Dios pintó sobre la noche oscura!

En el carro del sol, grande, sereno,
Justo, perfecto, bondadoso y pío,
Su voz dictaba las eternas leyes
Y lanzaba los mundos al vacío.

. . . . . .

¡No era ilusión! La noche había pasado
También la tempestad asoladora,
Y en la cumbre sus faros encendían
Los horizontes de la eterna aurora!

RICARDO SÁNCHEZ (1)

¿POR QUÉ ESTÁS TRISTE?

(Á UNA AMIGA)

Yo sé que en tu retiro,
en la nocturna calma,
tu generoso corazón desborda
en mar azul de lágrimas.

El secreto revela,
dí que lloras, porque amas;
es el primer amor sentida estrofa
escrita en virgen página.

Dichosa tú, que sientes
más viva á la distancia,
esa dulce emoción que te sublima
y en un ángel te cambia.

Dichosa tú, que sabes
que también te idolatra,
y que al llorar, refrescas y perfu-
la flor de tu esperanza. [mas

Y triste del que llora
porque ya nada aguarda,
y lleva el corazón dentro del pecho
como pesada carga.

Amiga, no te quejes,
tu sufrir no quebranta;
cuando tu ruegas al Eterno, sube
al cielo otra plegaria.

Es la del sér querido
que á la tuya accompaña;
atraviesan la noche de la ausencia
y suspiran y se hablan.

Hay en cambio quien tiene
tan sólo una mortaja
que envuelve su cadáver, sepultado
en la tumba del alma.

Allí no hay quien derrame
por él sentidas lágrimas;
no hay una pobre ofrenda á su me-
Allí todo.... es la nada. [moria;

El olvido es la muerte,
la ausencia es la esperanza;
feliz de tí, que tienes en el mundo
quién te recuerda y ama.

(1) RICARDO SÁNCHEZ, hace más de 25 años que escribe para el público. Es un trabajador infatigable. Inicióse en las veladas del Ateneo, en uno de cuyos certámenes fué laureado por su *Canto al Arte*. Es autor de un tomo de versos y dirijió durante algunos años el popular periódico *El indiscreto*. Ha colaborado en la prensa nacional y extranjera. Su inspiración es tranquila y su versificación correcta.

LA ETERNA CANCIÓN

« Tuya para siempre, ó muerta,
tesoro del alma mía; »
á su novio así escribía
la pobre niña inexperta.

—

Ya diez años han pasado,
y la niña que así hablaba
(y que sin duda le amaba)
con otro hombre se ha casado.

—

¿Fué farsante ó fué una loca
cuando excitada y sin calma
todo el cariño de su alma
derramaba por la boca ?...

Condenarla fuera injusto;
tiene deleites sin nombre
para la mujer y el hombre,
en amor, el primer gusto.

—

Sólo se le fué la mano
porque la pasión primera
aunque fuerte, es pasajera
cual tormenta de verano.

—

Le doy, pues, mi absolución;
que á los dieciséis abriles
sin engaños femeniles
se equivoca el corazón.....

ENTRE LOS MÍOS.

No como el hijo pródigo de playas muy remotas
hoy llego al Ateneo, vencido por derrotas,
y el polvo del camino sacudo en el umbral;
mi vuelta es espontánea para ensayar las notas
de un himno, que lamento no pueda ser triuufal.

De nuevo aquí aparezco, mis nobles compañeros
con fardo más pesado; tres lustros sobre mí;
inquieta golondrina, en techos extranjeros
colgué mi nido á veces, más no eran los aleros
de la adorada patria. Por eso es que volví.

¡Hay vuelos todavía! La nieve de los años
ni enblanqueció el cabello, ni marchitó la tez;
si acaso he padecido, si sé de propios daños,
(quién hay que en su jornada no sufra desengaños)
araron hondo en mi alma, sin producir vejez.

Y vuelvo como el árabe aquel de la leyenda
para buscar los míos, para plantar mi tienda
junto á la fuente pura de murmurante són
trayendo, en vez de hieles, después de la contienda,
la oliva en una mano y en la otra el corazón!

Parece que despierto de un sueño tan profundo!
que miro nuevamente las cosas de este mundo
con todo el optimismo de la primera edad,
y cándido y creyente, mi cuerpo otra vez hundo
en el Jordán tranquilo de la felicidad.

Me siento commovido. Lo digo francamente,
y al peso de memorias, inclínase mi frente
mezclando á mi entusiasmo un raro no sé qué;
estoy entre los míos, mas noto tristemente
que aquí no se hallan todos los que al partir dejé.

¿Porque se van los buenos? ¿Por qué ley misteriosa
la muerte, en su trayecto, empuja á la honda fosa
de igual modo al imbécil que al noble paladín?
No basta que me digan: — la noche tenebrosa
es sólo para el cuerpo. El alma es libre al fin.

Pero ¡ay! por un momento guardemos las tristezas,
son males que es inútil quererlos remediar;
después.... decir doloras á clásicas bellezas,
que alegran el recinto y esperan gentilezas,
es algo que disuena. En fiestas, á cantar!

. . . . . .

Renazca mi entusiasmo! Qué espléndido concierto!
Como refresca el alma de quien cruzó el desierto
soñando otro horizonte que un cielo siempre gris,
ver frente á sí, de pronto, el suspirado puerto,
la tierra prometida que habitan mil hurís.

¡Qué luces, qué perfumes, qué música y qué galas!
¡Qué ambiente de los trópicos! ¡Qué rara profusión
de angélicas figuras de las etéreas salas,
que eligen este sitio para plegar sus alas
hallándolo tan bello como la azul región!....

Hay cuentos orientales fantásticos, poblados
de seres imposibles, que viven abismados
así como entre nimbos de perdurable luz,
y llevan de la vida la carga resignados,
como el que sufre estoico, el peso de su cruz.

Pues bien, si alguno de esos creyentes, que no quiso
saber de humanos goces, mirase de improviso
de tan soberbia fiesta, el cuadro encantador,
pensara, en su transporte, en otro paraíso,
con fuentes inefables de espiritual amor.

No soy de los que atados á un ciego fatalismo
enfermos del espíritu, ni miden el abismo
que se abre amenazante, voraz junto á sus piés.
La vida es campo abierto. Sembrarlo es heroísmo;
se arroja el trigo al surco para lograr la miés.

. . . . . .

Yo quiero al Ateneo. Si mucho vívió en calma,
no estéril fué el descanso. Aun fresca está la palma
que en lides espartanas, bizarro conquistó.
¡Memorias hay que llenan de santa dicha el alma
y el viento del olvido jamás las disipó!

Hay base en mi cariño. Pregúntese al proscrito
si toca hablar de patria, por qué ve su infinito
en la querida tierra que distinguió entre mil,
y tiembla y se estremece de indignación, si un grito
que la denigre, escucha, lanzado por un vil!....

Mi patria literaria ¿No ha sido el Ateneo?
¿No fué bajo su techo, que en juvenil torneo
á incógnito adversario, en lucha igual vencí,
y de las nobles letras, como era mi deseo,
armado caballero por vez primera fuí?....

No traigo estos recuerdos por vanidad. ¡Lo juro!
Yo siempre soy humilde, estoy bien en lo oscuro,
tan sólo agradecido invoco yo el ayer,
imagen del pasado que alumbrará el futuro
con el fanal celeste del juvenil placer!

. . . . . .

Estábamos en pugna con dos oscuridades:
la fuerza y la ignorancia, brutales potestades
unidas por el crimen, en nombre de su fe;
y en frente, reducido, brotando claridades,
el núcleo de los buenos, como un titán, de pié!

¡Qué tiempos los de entonces de franca y noble audacia
para llevar al pueblo la luz de la razón,
en esa triste noche de nacional desgracia,
cuando abatida y débil la santa democracia,
para morir buscaba refugio en un rincón!....

Lo halló en el Ateneo, que le franqueó sus puertas
cerradas para el vicio y al entusiasmo abiertas,
el último baluarte de nuestra juventud,
en donde renacieron las esperanzas muertas
de los desencantados del bien y la virtud!....

Las épocas son otras y la enseñanza es mucha;
la diaria voz de reto, aguda no se escucha
como el clarín de guerra de voluntario audaz;
tenemos por almohada los lauros de la lucha
y floja la armadura, dormimos hoy en paz.

Pero si acaso un día, que puede ser mañana,
de nuevo miro aprestos, cuando se toque diana,
y en vez de unas estrofas, distinto nuestro rol,
mi espada se precisa para la lid romana,
iremos al combate, de cara siempre al Sol!

Á MANUELA GUIDO

Cuando no te conocía
tu nombre llegó á mi oído
como el eco bendecido
de lejana melodía,
y, al recordarte, decía;
¿por qué de ella dulcemente
se ocupa siempre la gente,
cuando en la vida social
hablar de una niña mal
es moneda tan corriente?

Hoy, que te conozco y siento
la dicha de ser tu amigo,
lo que otros piensan yo digo
sin vacilar un momento,
y alcanzo tu valimiento
y el misterioso atractivo
que tiene á muchos cautivo,
flor modesta y delicada
que perfuma en su jornada
todo el ambiente en que vivo.

Eres noble y eres buena
como un ángel, Manuelita,
y lo que guarda tu almita
lo dice tu faz serena.
Con razón todo se apena
y falta luz y calor
de tu hogar en lo interior
cuando, paloma viajera,
á la argentina ribera
vas con mensajes de amor.

Quiera el cielo que tu vida
se deslice mansamente,
como una limpia corriente
por entre senda florida;
que tu marcha interrumpida
no llegues á ver jamás;
que iluminada la faz
siempre lo grande te inspire,
y á tu lado se respire
una atmósfera de paz!

ENRIQUE KUBLY Y ARTEAGA [1]

LOS DIOSES CAÍDOS.

(Fragmento).

V.

Huyen las sombras y la aurora avanza;
la luz alumbra y la verdad impera:
que por doquier el fanatismo estalle,
con rudo golpe la razón lo hiera;
¡pueblos oíd! que la ignorancia calle,
tended la vista y escalad la altura
dejando el polvo donde estais hundidos,
y entre rayos de la lumbre pura,
ídolos y amos hallaréis vencidos!

Dejad á aquellos que adorando ruinas,
sin ver que el tiempo de avanzar no deja,
hoy con la mente en el pasado gimen
cuando la sombra ante la luz se aleja;
idólatras de escombros que aun oprimen
como estandarte de glorioso ejemplo
que la razón con su poder no arredra
la rota estatua del dormido templo,
del viejo altar la ennegrecida piedra.

Dejad que entre las nieblas que circundan
la feroz terquedad de la ignorancia,
el ídolo domine y la corona
brille soberbia en su falaz jactancia;
dejad que el humillado que blasona
de grande de la tierra, en su locura
la áurea cadena contra el pecho oprima,
y el esplendor adore que fulgura
el hombre majestad que ve en la cima.

Dejádlo, que talvez nunca los ojos
abra la luz que el universo inunda,
dejádlo: rezagado en el camino
no ve triunfante la verdad fecunda;
no ve de sus altares el destino
escrito entre nublados con la lava
de un hirviente volcán que nos conmueve,
que tanto ruge la conciencia esclava,
¡ la turba se alza, la razón se mueve!

(1) De Enrique kubly y Arteaga, no se conoce más que un poema: *Los Dioses Caídos,* que arrancó palabras de aplauso á Don Ramón de Campoamor. Ha sido un periodista de combate, de estilo fulgurante y arrebatado, que ha dejado huella profunda. Es autor de *El espíritu de rebelión* y ha dejado una novela y un drama inéditos. Fué Ministro del Uruguay en España y Diputado al Congreso nacional. Falleció en 1904.

VICTOR ARREGUINE (1)

CATONIANA.

A Daniel y Carlos Martínez Vigil,
Varones de virtud.

Triste generación nos ha tocado;
Época de cobardes transgresiones.
Nuestro cielo inmortal se halla nublado;
El culto de lo heroico profanado;
Sin fe en el porvenir los corazones!

Como la voz de Pedro el Ermitaño
Hace falta una voz que nos aliente;
Que al triste pueblo, ya al deber extraño,
Le desate la venda del engaño
Y le señale la fatal pendiente.

En esta edad servil y traficante,
Hija del desaliento y la mentira,
En que el deber se muestra vacilante,
Hace falta una voz que nos levante
Y hace falta el azote de su ira!

¿Se ha extinguido la raza luchadora,
La raza de los héroes legendarios,
Cuya sangre viril formó una aurora?
Enmudece la voz de nuestro ahora.
¡Desiertos han quedado los santuarios!

Primero, colosales paladines
Animados de bélicos deseos;
Después, tiranos, flores y festines;
Más tarde, bajas turpitudes ruines,
Y al fin, tan sólo, míseros pigmeos!

Son estas nuestras páginas!..... Primero
Las ansias infinitas de la gloria;
Después el odio fraternal artero
Y los reflejos del vivac guerrero,
Y en pos escombros, corrupción, escoria!

---

(1) VICTOR ARREGUINE hace tiempo que reside en la Argentina, donde se ha dedicado al profesorado. Nació en Montevideo, y desde temprana edad, sus inclinaciones literarias le llevaron al periodismo. Desde entonces ha colaborado sin cesar en la prensa diaria y periódica del Continente. Es autor de un tomo de versos, de una Antología de poetas uruguayos muy estimada y de un tomo de estudios sociales. También se ha dedicado á los estudios históricos. Su compendio de «*Historia Nacional*», hoy agotado, es muy buscado. Todas sus primeras composiciones en verso están inspiradas en un romanticismo hondo y subjetivo. Las escuelas decadentes atrayeron luego su espíritu, habiéndose formado desde entonces una manera personal, mezcla de modernismo y clasicismo. Sus versos se inspiran generalmente en pensamientos filosóficos.

¿Y puedes, vil generación presente,
Resignarte á tan mísero destino,
Sin que cruce sombrío por tu mente
Un relámpago lívido y ardiente
Que rasgue las tinieblas del camino?

. . . . . .

En esta edad servil y traficante,
Hija del desaliento y la mentira,
En que el deber se muestra vacilante,
Hace falta una voz que nos levante
Y hace falta el azote de su ira!

POESÍA.

Preparada tenía el mancebo
La alcoba nupcial,
Era un nido de tórtolas, bello
Nacer del hogar.

Las cortinas azules y blancas
Ocultando el lecho,
Parecían formadas con tenues
Girones de cielo.

Perfumaba el ambiente un cestillo
De rosas en flor;
Y mentían ensueños ardientes
Los rayos del sol.

En la sala, en la mesa del centro,
Veíase un álbum;
La cubierta ostentaba dos lirios
En medio á los campos.

Y rompiendo el secreto guardado
Con dulce candor,
Un retrato mostraba los novios
Hermosos los dos.

En un cuadro de marco de oro
Con bellos esmaltes
Besándose el pico
Dos palomas de níveo plumaje.

Semejaba el hogar, esperando
Con grata ansiedad,
El rincón más florido y sublime
del mundo de Allah.

Mas, ¡oh Parca, que agostas con rabia
Las rosas en flor!
Sin entrar al feliz paraíso
La niña murió!

Y ya triste, abatido, enfermo
El bello doncel,
Destrozados sus sueños celestes,
Perdido el Edén,

En la muerte, que es puerto sereno,
Refugio buscó,
Y volaron al cielo dos almas,
Unidas los dos.

TARDE DE GRECIA.

A Antonino Lamberti.

Rosas de sangre, rojas rosas de llama,
Rosas que evocan bocas de amor ansiosas,
Que piden besos cuando el Sol las inflama,
Fieras amantes, encendidas y hermosas!

Pasa el amado de los blancos cabellos,
Anacreonte de cabellos de plata,
Y las amantes tienen rojos destellos,
Triunfan los himnos de la nota escarlata.

El viejo bardo tras los mirtos se aleja,
El Sol poniente se sumerge en los mares.....
Del prado vuelve fatigada la abeja
Con los postreros toques crepusculares,

EL POETA.

Flotan las naves y el mar
Luminoso se ve entero,
En cuatro versos de Homero,
El de más alto cantar.

Con relámpagos de estilo
Hace asaltar las murallas,
Y gana y pierde batallas
En cuatro versos de Esquilo.

Dante, que su pincel moja
En fuego, erige en un verso,
Como en un rojo Universo
A Dite, la ciudad roja.

El poeta es el resumen
Del artista: fuego y luz.
El misterio de la cruz
Es la roja flor del numen.

¿Qué otra cosa que poetas
De muy alta inspiración
Y valiente corazón
Fueron todos los profetas?

Hasta el áspero Mahoma,
Todo fuego, fiero león,
Ve bajar la inspiración
Con dos alas de paloma.

. . . . . .

Banderas, pueblos, edades,
Van á lo desconocido,
Ni escombros de las que han sido
Muy populosas ciudades,

Quedan en la dura tierra:
Todo el tiempo lo devora;
Cada instante, cada hora
Algo del pasado entierra.

Pero el poeta, el artista,
Cual mágico prodigioso,
Hace surgir armonioso,
Ante la atónita vista,

Cuanto en el pasado fué:
Los ídolos que cayeron
Y los pueblos que rindieron
A los ídolos su fe.

. . . . . .

Todo verso, en su sencilla
Estructura debe ser
Algo como la semilla
De que un árbol va á nacer.

El poeta debe dar
Flor de genio: así el gran sol
Da su espléndido arrebol,
Así da perlas el mar;

Y hasta la humilde gramilla
Que el ganado pisotea,
Da como una blanca idea,
Una blanca florecilla.

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA (1)

IMELDA.

¡Oh llama de amor viva,
cuán tiernamente hieres!
San Juan de la Cruz.

Valdipietra, Valdipietra,
tu nombre debe ser otro,
llámate valle del cielo,
valle del amor hermoso,
desde que la dulce Imelda
quiso en tí poner sus ojos.

—«Madre, una niña ha llamado,
angelical es su rostro,
cual si fuese mensajera
de nuestro divino Esposo».
Abren las puertas del claustro
las monjas con alborozo,
y ven entrar á la niña,
que ante la madre, de hinojos
cayendo, así la requiere
con acento candoroso:
—«Madre, yo quiero ser monja:
¿quereis recibir mis votos?»
—«Niña, es santo tu deseo,
pero tus años son pocos;
quédate á esperar el día
de tus anhelos devotos,
el convento te recibe
como una prenda de gozo».

Vive Imelda eutre las monjas,
y con ella los coloquios
llenos de gracia se elevan
siempre al cielo y al Esposo.

Cuando los pájaros cantan
entre la fronda sus gozos,
Imelda suspira y dice:
«El canto del cielo es otro».
Cuando las flores que esmaltan
el huerto, sus deliciosos
olores exhalan, dice:
«Mi perfume amado es otro!»
De noche á los astros vuelve
los dulces hermosos ojos,
y sus ansias les revela:
«Astros puros, luminosos,
que acaso veis en el cielo
al Esposo que yo adoro,
dadme vuestra luz, que vea
lo mismo que veis vosotros».

Mientras comulgan las monjas
dice Imelda entre sollozos:
—«Madre, me mata el deseo,
dadme á Jesús, os lo imploro».
—«Ámalo, niña, y espera,
Que aun tus años son pocos».
—«Mi corazón es inmenso
(replica Imelda); yo adoro
á Jesús, soy toda de él,
como él es para mí todo».
En vano implora á la madre
y en vano sus ardorosos
ruegos dirige á las monjas

(1) BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA, es un talento complejo. En su completa des vinculación de escuelas y tendencias, resulta un caso típico para nuestro medio intelectual, donde su individualidad literaria se destaca con perfiles vigorosos. Sin haber cursado estudios universitarios, sin más educación que la recibida en las escuelas del Estado, arrastrado por la dura ley del trabajo, niño aún, al interior de la República, sólo su afán de estudio, su voluntad de hierro y su hermoso carácter han podido hacer de él, un periodista, un literato y un erudito, Sus veleidades literarias arrancan desde la infancia. Su inclinación favorita se determinó por los cuentos de carácter local y artículos de costumbres. Su primier libro, *Charamuscas* (1892) presentado al público por el ilustre publicista Francisco Bauzá, y que mereció aplausos de la crítica, acaso, puede decirse que inició el género de los cuentos criollos. Siguieron á esta primera obra *Cuentos del Pago* (1893); *Camperas y Serranas* (1894); colección de poesías que señalan una verdadera novedad en la literatura uruguaya y aún americana; *Antología Uruguaya* (tomo 1.°) *Prosistas* (1894) *Misticas* (1895) *Colección de poesías originales y traducidas; Colección de monólogos, diálogos y otras composiciones para recitar*, dos tomos (1896); *Uruguay, colección*

y á los ángeles custodios.
Se vuelve á Jesús entonces
y le dice: — «Dulce Esposo,
¿te negarás al amor
con que anhelosa te invoco?... »
¡Oh, sin igual maravilla,
que no es para humanos ojos!
Vuela en un nimbo esplendente
la hostia cual sol radioso,
y se detiene ante Imelda,
mientras las monjas en torno
se postran, reconociendo
de Dios el designio noto.

Imelda recibe al fin
la visita del Esposo;
ya no podrán separarse,
ya son el uno del otro;
Imelda le da su vida,
Jesús el cielo dichoso.

Del rosal dominicano
es primaveral pimpollo,
Imelda, la dulce Imelda,
á quien quieren ver mis ojos
cuando se abran á la luz
en el huerto deleitoso.

CHACARERA

Allá por Canelones
la tierra de los trigos,
y en una de las chacras
que miran al camino,
por donde comunican
Pando con San Jacinto,
nacida de canarios,
labradores, muy ricos,
hay una buena moza
de pelo renegrido,
trigueña, de ojos grandes,
de andar noble y altivo
y de lenguaje dulce
con dejo muy castizo.
Los padres le pusieron
Camila en el bautismo;
pero «La Chacarera»
la llaman los vecinos
y este nombre prefieren
por ser despreciativo.
En la región, no hay moza
que al ruedo del vestido
llegue á la Chacarera,
que baila de lo fino,
viste como una dama,
canta varios estilos,
y en formándose rueda
de prendas ó acertijos,
sabe decir primores
como doctor ladino.

Bien sus méritos saben
galanes presumidos,
que en bailes la asediaron
y que luciendo el pingo,
delante de su puerta
trillaron el camino;
pero mejor los sabe
un joven paisanito
de nombre Juan Antonio,
que vive en Solís Chico,
y por la Chacarera

---

de cuentos de autores contemporáneos, con notas críticas é ilustrativas (1896); *María della Gloria* (1898) drama escrito en italiano; *La Imprenta y la Prensa en el Uruguay de 1807 á 1900* (1900); *El comercio en el Uruguay, desde sus orígenes hasta la creación del consulado* (1901). Tiene concluído el 2.° tomo de la *Antología* correspondiente á los poetas, que ha precedido de unos apuntes históricos y críticos de la literatura del país; un volumen de estudios históricos y literarios, *Flores de Yuyo*, 2.ª serie de *Camperas y Serranas* y una colección de novelas cortas. Su carrera periodística data del año 1888, en que inicióse en *La Lucha*, diario callejero. Al año siguiente pasó á *El Bien*, donde permaneció hasta 1897, volviendo á ingresar en 1901 en calidad de redactor en jefe. En 1892 fundó la *Revista Uruguaya*, notable publicación que abandonó para emprender un viaje de estudio por Europa (Italia, Francia, Suiza y España). Fundó en 1900 la revista ilustrada *Rojo y Blanco* y dirije el *Boletín Bibliográfico Uruguayo*. Por lo demás, Fernández y Medina, ocupó el año 1897, el cargo de Secretario de la Jefatura P. de la Capital. Fruto de su estadía en ese puesto es su *Proyecto de Código de Policía* para la R. O. del Uruguay; en el año 1898 fué miembro de la Comisión Departamental de Instrucción primaria. Fernández y Medina, es uno de nuestros escritores más fecundos. A los 30 años, lleva escritos más de diez libros que la crítica en general ha aplaudido sin reserva.

exhala hondos suspiros
desde que una mañana,
cerca de San Jacinto,
la halló cuando volvía
de misa de domingo.

El mozo fué una tarde
á hablarla decidido;
apeóse del caballo
y se acercó intranquilo
á la ventana abierta
del lado del camino,
donde la hiedra había
su red entretejido
junto con madreselvas
de perfume exquisito.
Allí estaba Camila,
bordando en canutillo;
pero muy á menudo
mirando hácia el camino,
cual si esperara inquieta
un algo presentido.
Al ver á Juan Antonio,
turbóse y un suspiro
fué única respuesta
á su saludo timido...
El mozo, más resuelto
y de la reja asido,
habló: — «Si usted perdona
mi atrevimiento, ansío
decirle que no puedo
vivir más como vivo,
desde cierta mañana
alegre de domingo,
en que encontré una reina
gloriando este camino.
Yo, reinas no merezco,
y así tan solo pido
que contemplarla pueda
lo mismo que un cautivo.»
Camila, ruborosa
responde: — «Si es amigo
el que á mi reja llega,
no puede ser cautivo,
y si es cautivo ahora
antes me fué enemigo...»
— «¡Enemigo! (interrumpe
el mozo conmovido)
si el sol puede tenerlos
ó nuestro San Isidro!...
pero ¡ay! tenerlos deben
los ojos renegridos
que hieren y se esconden
para mayor castigo.»
Los ojos de Camila
miraron con más brillo,
detrás de las pestañas,
y el mozo, enardecido,
creyó le prometían
su ansiado Paraíso...
Continuó balbuciente:
— «¿Dígame si conmigo
tendrán menos rigores
esos ojos que miro
como se mira el cielo?
Yo volveré el domingo,
y si en esta ventana
veo, desde el camino,
atado ese pañuelo
del color de los trigos;
diré que para mi alma
el sol habrá salido.
Vendré á ver á los viejos
y pronto, otro domingo,
al pueblo iremos todos
y al Cura, mi padrino,
le diré que bendiga
á la flor de los trigos
con este cardo seco,
y cuando aquel rocío
del cielo nos conceda,
yo no sabré si vivo
en el mundo, ó la gloria
me ha dado San Isidro...»
No respondió Camila
más que con un suspiro,
pero extendió la mano
al mozo, y encendidos
los dos se prometieron
un amor infinito.

Y cuando en la mañana
del próximo domingo,
pasaba Juan Antonio
con rumbo á San Jacinto,
flamear vió en la ventana
el pañuelo amarillo.

CAMPERA.

Su cara es trigueña
Como pasto seco
Que quema en verano
El sol con su fuego;
Sus ojos muy grandes
Como pena, negros,
Viven por ladinos
En perpetuo encierro,
Y en la boca tiene
Un nido de besos
La linda morocha
Del pago del Cerro.

Igual á los ojos
Es el pelo negro
Y como cuajada
Tembloroso el seno;
El talle semeja
Junco del estero
Que al pasar agitan
Y cimbran los vientos;
Y andando parece
Que no pisa el suelo
La linda morocha
Del pago del Cerro.

En yerras y trillas,
Oleos, casamientos,
Velorios, cumpleaños
Y en todo festejo,
¿Quién lucirse puede
Si baila algun cielo,
Pericón ó polka,
Y dice sus versos
Con más intenciones
Que doctor pueblero
La linda morocha
Del pago del Cerro?

Si alguno la mira
Con ojos risueños,
Es cabresteadora
Y sigue el floreo
Como las potrancas
Al són del cencerro;
Pero ni á paisanos
Ni á mozos puebleros,
Ha soltado prenda
Ni admitido empeños
La linda morocha
Del pago del Cerro.

Libre, arrastradora,
Igual al Pampero;
Perdonando vidas
Y pidiendo besos,
Es reina en su pago
La que yo prefiero,
Proclamo y publico
A todos los vientos;
Linda entre las lindas
Como el gran lucero
La linda morocha
Del pagó del Cerro.

PRIMAVERA.

«Verdea la esperanza en el valle; el viejo invierno con paso lento en su debilidad creciente, se ha retirado hácia lo más áspero de los montes.»

GOETHE — *Fausto*, parte 1.

I.

Viejo el invierno al revés de los viejos,
Que siguen toda mujer como hermosa,
Huye á los montes, seguido de lejos
Por Primavera, la joven graciosa.

Brisas templadas los campos orean,
Descorre el cielo el oscuro nublado,
Y las cuchillas alegres verdean;
¡Grata ilusión del hambriento ganado!

Cantan los pájaros dulces canciones,
Las mariposas revuelan pintadas,
Y cual bandada de verdes pichones
Cubren los brotos las ramas peladas.

Abre la tierra el arado filoso
Y como en seno, en el surco fecundo
Recibe el grano del trigo precioso,
Germen del gran alimento del mundo.

En los viñedos resecos, nudosos,
Aun por la poda feraz doloridos
Salen cual flores los brotes sedosos
Que en uva y vino serán convertidos.

Y en las mañanas lucientes, serenas,
Cuando Natura sus himnos levanta,
Bulle cual savia la sangre en las venas,
Hierve cual sangre la savia en la planta.

Toda la vida es amor en la tierra
Y hasta el potrillo recien pelechado
Que no conoce el ardor de la hierra
Retoza inquieto como enamorado.

Pronto ha de oirse el piar de los nidos,
Pronto será la estación de las trillas;
Y de las crías los tiernos vagidos
Escucharán el rodeo y las cuchillas.

II.

Reja por medio dos novios se miran
Hasta cegarse sus ojos llameantes,
De primavera las auras respiran
Y se enardecen sus almas amantes.

Es en la hora que el sol á la tierra
Da un largo beso de luz, al perderse
En las tinieblas detrás de la sierra,
Como si nunca volvieran á verse.

Vuelven piando las aves al monte
Y con las luces aun palpitantes
Luchan las sombras del turbio horizonte
Mientras se besan los novios tremantes.

HORTUS CONCLUSUS.

(De D'Annunzio).

Amor con lui parlava del vostro grande orgoglio...
Cino de Pistoja.
L'alta bellezza tua è tanto nuova!
Sennucio del Bene.
Alma real, dignissima d'impero,
Francesco Petrarca.

Jardín cerrado, apenas entrevisto
ó contemplado de la verja al paso;
que nunca mano alguna al viandante
perdido abrió como en un sueño! Mudo
jardín y sin sepulcros cementerio
en donde vaga acaso un alma amante
tras de la sombra de perdidos bienes!
En la memoria esplenden paraísos
inaccesibles, á que el alma inquieta
aspiró con un ansia que fué ardiente
al través de las horas fugitivas,
de la luz de la noche de Verano,
en que las flores efundían secreta
virtud de sus sonrisas femeniles;
y las bellas manzanas que pendían
entre la fronda, puras cual la carne
virginal, parecía conservaban
en la pulpa sabores no terrestres
ni destinadas á mortales bocas;
y más blancas que nunca en el silencio
las estatuas miraban la profunda
paz y soñaban indeciblemente.
¡Qué misterio del gesto de una grande
estatua solitaria en un jardín
silencioso se expande en el crepúsculo!
Sobre las copas de cipreses rígidos

á que ciñen guirnaldas bellas rosas,
el cielo vespertino se platea
y las fuentes ocultas hablan bajo.
Blanquean en la sombra curvos coros
de mármol, hoy desiertos, donde júntanse
en concilio los últimos poetas;
tenue sobre las ramas florecidas
pasa la luna nueva su guadaña,
en la sombra las fuentes secretéanse,
las estrellas, de á una, raras surgen.
Un cisne, en movimiento lento hiende
el lago que es del cielo pura imagen,
(¿el deseo lo enciende todavía
de amor humano? ¿queda en él memoria
de su lecho nupcial?) en el ligero
surco flutúa el velo de la antigua
Tindaris, y en las aguas resplandece
La luz extraña del antiguo mito.
Y visiones de amores sobrehumanos
surgen de vastos y cerrados huertos,
que una divinidad al extranjero
no abrirá coronada de jacintos,
para llevarlo hasta el misterio triple,
por florecidos laberintos altos,
cantando sus canciones inauditas.
Pero aquel, embriagado por perfumes
del corazón de rosas invisibles,
inclinado en el atrio, reverente,
y con un sueño no soñado nunca
en los ojos mortales, por la sombra
explora en el crepúsculo profundo
y confuso, el dominio silencioso
cuyo misterio ignora todavía.

Así os miré yo la vez primera
con mis ojos mortales. Vos, Señora,
para mí sois como un jardín cerrado.

MADRIGAL.

Disipados sus fáciles enojos,
Yo la miraba en los hermosos ojos!
Y una luz ví brillar en lo más hondo
De la retina, cual se ve en el fondo
De transparente y plácida laguna
El pálido reflejo de la luna.
— «Amor mío, la dije alborozado,
Del alma ya el camino está aclarado,
Por esa luz que tienes encendida
En los ojos que dan y quitan vida.» —
Ella sonrió, esquivando la mirada
A la mía, que cerca, apasionada
Buscaba aquella luz que se perdía
Como una estrella al despuntar el día...
Pero antes nuestros labios se encontraron
Y los ojos á un tiempo se cerraron.

NOCHE ÁRABE.

I.

La media luna en cielo azul
Los cuernos vuelve hácia un jardín,
Que se halla en lejano confín
De los dominios de Stambul.

Y mientras suena en un mues-
Eco postrero de oración, [zín,
Gazur hostiga á su bridón
Que al aire da la negra crin.

Cruza el desierto rumbo al Sur,
En busca del ansiado bien,
Dulce anticipo del Edén,
Que da el profeta al buen Gazur.

II.

Calada ojiva donde el sol
Versos trasluce del Corán,
Sirve de marco á Sumirán,
Hurí del más excelso estol.

Sus lindos ojos del color
Verde azulado de la mar,
Quieren las sombras alumbrar
Con los destellos del amor.

Un ave triste canto alzó
En la arboleda del jardín
Y Sumirán gozosa, al fin
Raudo galope oír creyó.

III.

La luna en su impasible plan
La posición, lenta cambió,
Y vuelta al mundo pareció
Un corvo alfanje musulmán.

Cesó de pronto el galopar
Y junto con humana voz
Oyóse de un bramido atroz
Eco tremendo resonar.

Después silencio.... Sumirán
Suspira y llora por su amor,
Mientras despide el ruiseñor
A las estrellas que se van....

¡OH LABIOS!....

¡Oh labios, que buscais en otros labios
el sabor sin igual de la manzana
que probaron los Padres la mañana
que tantos, les dejó, amargos resabios!

Oh labios, que lanzais cual profecías
palabras sin vigor y sin sentido
porque no os ha tocado el encendido
carbón que depuró los de Isaías.

Oh labios como los de la Gioconda
en que puso un misterío indefinible
Leonardo, y que presentan la temible
forma de la falaz, pérfida onda.

Oh labios, que murmuran temblorosos
dolores é ilusiones en plegarias;
y hacen pensar en naves solitarias
de templos sin altares y ruinosos.

Oh labios, sin color, secos, crispados,
que otro tiempo agitaron las pasiones
del alma con fogosas explosiones:
cráteres de volcanes apagados.

Labios que una sonrisa siempre pliega,
llena, igual, indefinida,—acaso
¿sois borde de un común impuro vaso,
párpados sois de una mirada ciega?

Cuarto Medallón

Labios en que verdades y mentiras,
ninguna huella dejan, é imposibles
expresan las blasfemias más terribles
como ardiente oración, gozos cual iras.

Labios, pétalos tenues, perfumados,
de una flor deliciosa, aunque culpables
y falaces, por vuestras inefables
dulzuras, seréis siempre deseados.

MANUEL BERNARDEZ (1)

LUZ.

I.

Cuando acabó la viejecita abuela,
Besó sus dedos con fervor, en cruz;
La linda pequeñita tuvo miedo
Y se acercó á reír junto á la luz.

II.

¡Ay te tento tan peo de la abela!
¡Te malo el hombe de la baba atú!
¡Teno medo, mamita, te me lleve!
¡No me atagués la lú!

III.

La niña dejó abierta la ventana;
El cielo estaba oscuramente azul;
La niña miró al bosque ansiosamente
Y dió un soplo á la luz....
Entró sonriendo el sol de la mañana
A la camita de cortina azul;
La niña se ocultó, porque tenía
Vergüenza de la luz.

IV.

Aquí es la tumba, Luz, dijo la abuela,
Y llorando cayó junto á una cruz.
. . . . . .
Al morir la infeliz, abandonada,
Quiso que á su hija le pusieran Luz.

(1) Manuel Bernardez llegó á ser un poeta popular en el país; sus versos se buscaban y todos esperaban de él, una obra fuerte, poderosa, marcada con el hondo sello de originalidad, de su temperamento. Pero sus versos fueron apenas balbuceos, la vida le envolvió y la ola política le arrastró á tierras extrañas. Allá no cantó ya, pero su prosa inspirada, llena de color y de fuerza cimentó la reputación del literato. En Montevideo, Bernardez, fué diputado y periodista; en Buenos Aires ha llegado á ocupar uno de los primeros puestos entre los hombres de prensa. Ha publicado: *Claros de luna, 25 días de campo, La muerte de Artigas, La patria en la escuela, De Buenos Aires al Iguazú, Tambos y lecherías* y *La nación en marcha.* Sus versos ostentan un sello de originalidad y están empapados en intenso sentimiento.

LOS HÉROES.

¡Oh! ¡qué vértigo, lira!...
No importa! Llegaré, si Dios me inspira!
Trueca el temor en épica bravura!
¿El tema es colosal? ¡Sube á su altura!
Y aunque eres tan pequeña, como mía,
De fe, de audacia y corazón, sé grande!
Aumenta, si es que puedes, la blancura,
La luz del inmortal, del patrio día,
Con claridades victoriosas! Blande
La luz de la verdad como un acero,
Y llegarás primero
A la meta. Muy altas son las palmas,
Pero son muy más altas las ideas;
Las tallas giganteas
Dependen de la altura de las almas
Y alma, fuerza y aliento de titanes
Tuvieron los invictos capitanes
Que á la guardia del Sol mandan y guían.
¡Míralos, patria! Son los visionarios
Que, cuando eras esclava, te veían
En sueños grande, respetada y fuerte,
Ceñida por el sol de la victoria!
Y fabulosamente temerarios,
Buscando patria y encontrando gloria,
Hallando el campo á su ansiedad pequeño,
Iban gritando *Libertad ó Muerte,*
A darle forma á su divino sueño!

El primero, el más alto visionario,
El que á toda la grey capitanea,
Aquel de la cabeza encanecida
Cuya pupila azul, aun encendida,
Bajo el rugoso párpado chispea,
Cuando vencido su tesón de hierro,
La espada rota, el alma dolorida,
Pisó el negro camino del destierro,
Dejó detrás de sí la santa idea
Redentora, sangrando por la herida
De la última pelea
Y acaso, á solas, la lloró perdida!
Y ahora la ve, radiante y vencedora
Como una joven Dea,
Llena de gracia, revosando vida,
Predilecta del Sol, que la enamora.
Con sus primeros lampos,
La envuelve toda en su fecundo beso,
Alumbra á la fugaz locomotora
Que galopa en sus campos
Derramando semillas de progreso,
Tiende el tapiz floral de su pradera,
Le bendice la vid, le dora el trigo,
Y cuando encuentra al sol de la bandera
Que la grandeza nacional escuda,
Lo mira y lo saluda,
Como á un glorioso, como á un viejo amigo!

Sigue el astro aquel vuelo soberano
Con que la noche del abismo salva,
Y con el astro su ínclito cortejo.
¿Quién es aquél que á la siniestra mano
Del venerable Protector camina?
Aquel fornido, de la frente calva
Y el áspero entrecejo?...
Su nombre está del pueblo en la memoria
La luz de una *Leyenda* lo ilumina;
Y tal su empresa fué, tanta es la gloria
De su guerrera frente,
Que á no decirla el labio de la historia,
No la creyera la futura gente!

Dejadme que la cuente:
Sobre una playa esclavizada y sola,
A ese varón y á treinta y dos guerreros,
Cierta alborada, los empuja una ola.
El épico dilema
De *Muerte ó Libertad* tienen por lema;
Y la frente desnuda,
Por el naciente Sol iluminada,
La luz del sacrificio en la mirada,
La luz potente y ruda
Echaron á volar su juramento,
Sobre el ala del viento!
La patria heroica, que esperaba muda,
Pero no resignada,
Al escuchar el anhelado grito
Sacudió rudamente su cadena,
Y la gloriosa Libertad jurada
Sobre una playa de movible arena,
Su eterno solio cimentó en granito!

RISA.

I.

¡Qué alegre era la novia! ¡Qué risueña!
Siempre fuera lo mismo, desde niña....
Y esa noche también... ¡Pero esa noche
Daba pena su risa!

II.

Entró el esposo al estallar el beso,
Y hubo sangre.... ¿de quién?... ¡La pobre niña
Vió caer un hombre y se alejó aplaudiendo
Con estridente risa!

III.

Del manicomio á la mansión postrera
Llevaban muerta, pálida, á la niña;
¡Y sobre aquella lividez marmórea
Irradiaba una risa!

IV.

Mucho tiempo pasó.... Vino un anciano
A llevarse los huesos de la niña
¡Y halló la blanca calavera riendo
Con una extraña risa!

SELVA-MADRE.

(FRAGMENTOS).

. . . . . .
. . . . . .

Dijo el cantor; y, quedo,
Tocando con un dedo,
Como Chénier, su frente,
Se fué internando en la espesura brava,
Sonriendo altivamente.
La Pasionaria azul, que descollaba
Entre las otras flores más pequeñas
Como una favorita en un serrallo,
Lo miró al internarse ansiosamente,
Avanzando su tallo....
—«¡Cómo sufres, cantor, y cómo sueñas!»
Le oí decir á la flor.
Y á la mañana,
Cuando todas las flores se entregaron
A los besos del sol claro y caliente,
Ella, la flor coqueta,
Ella, la flor bravía,
Enamorada del esquivo poeta
Se encerró en su corola
Y allí, feliz y sola,
Llegó á la noche sin gozar el día.

. . . . . .
. . . . . .

Hay que entrar muy despacio, porque el hombre
Es sospechoso donde fué temido;
Y hundiendo el alma en religioso fluido,
Saber sentir, distintos y pequeños,
Con sensaciones acres y nerviosas,
Alzando al aire las abiertas palmas,
El beso de los sueños,
Y el sueño de las almas,
Y el alma de las cosas.
El bosque calla, con el aire manso
De un titán soñoliento.
Duerme en las hojas la canción del viento.
La llanura, la flor y el firmamento
Parecen entregados al descanso....

Mas la selva no duerme! De su seno
Brota un rumor profundo
Como el rodar de un trueno;
Indefinido y vago
Como el vaivén de un lago;
Uniforme y sereno
Como el latir de un mundo,
De un mundo en gestación! Está dormida
Para quien ve sin comprender. La vida,
Como al volcán, le hierve en las entrañas.
Se escuchan tenues rnidos
De enredaderas ávidas que crecen
Tanteando troncos, donde al fin se enroscan
Con presiones extrañas,
Entre deslizamientos y crujidos.

Se elevan copas de árboles que ofrecen
Aspectos de montañas,
Montañas que se mecen....

Y á esa selva, en tal hora,
Cuando empieza á bullir, cuando el silencio
Se puebla de ruïdos,
Y palpitan las aves en los nidos
Acallando sus cantos,
Y vagan por los lejos escondidos,
De su propio pavor despavoridos
Los nocturnos espantos,
Y una vida potente,
En el orgasmo de un deleite enorme
Se entrega á los delirios de la savia
Irguiendo y sepultando las raíces
Que, con ardor de lujuriosa rabia,
Van á engullir—mordientes y lascivas
Como bocas de sátiros, abiertas
Para morder nereidas fugitivas—
En el banquete de las plantas vivas
La podredumbre de las plantas muertas,—
A esa selva, en tal hora,
Hay que entrar muy despacio, porque el hombre
Es sospechoso á la inocencia alada;
Y saber de pasión,—que el que no sabe
Cómo ama el astro y cómo besa el ave,
Aunque ande muy despacio, no oye nada.
. . . . . .

FRÍO.

Tal vez no me amas ya.... Sobre tu frente
Batió tal vez sus alas el olvido;
Tal se enfrió tu amor.... y no lo extraño:
¡Como hace tanto frío!...
¿Que si lo siento yo? ¡No, Pasionaria!
Cuando sepa tu olvido
Me acostaré á dormir: y en ese sueño
Ya nadie siente frío.

RICARDO PASSANO (1)

INTANGIBLE.

¡Melancólica alma enferma!
alma enferma y desolada!
alma mustia!
débil alma!....
en la cárcel dura y fría
en la tierra en que te arrastras
y en que arrastras tus cadenas
tus cadenas de nostalgias,
¿qué presienten tus desvelos?
¿tus afanes qué presagian?
Tú soñar inenarrable
¿qué te dice sin palabras?
¿Qué te anuncian tus visiones,
tus visiones ignoradas,
ignoradas como el *lívitun*
de una música sin pauta?.....
¿Con los besos de tu boca,
qué otros ósculos reclamas?
¿Los suspiros de tu pecho
á quién buscan? ¿á quién llaman?...
¡Vaga sombra del ensueño!
Intangible mártir pálida!
alma enferma!
alma esclava!
en la cárcel dura y fría
en que histérica te arrastras,
donde vuelas (si es que vuelas
con cadenas tan pesadas)
donde asciendes (si es que asciendes
con los lazos que te atan)
alma enferma!
débil alma!
No podrás como los cóndores,
no podrás como las águilas,
no podrás en la alta bóveda
del azul abrir tus alas
do triunfante tu silueta
por la luz del sol trazada
diga á todos que eres libre!
diga á todos que eres ¡alma!
No! no lo eres! ¡No lo digas
ni lo sueñes, insensata!

Tú eres algo que zozobra,
tú eres algo que naufraga
en los mares sin riberas,
en los ámbitos sin vallas
de los mundos siderales
con luz vívida se esmaltan!

—

Tú eres algo que se niega
en el mundo en que te afanas:
en el fondo del abismo
y en la cúspide más alta;
¡en los antros siempre negros
y en la cumbres siempre blancas!

—

Tú eres sombra de un enigma,
y un enigma de esperanzas,
esperanzas incoloras
de la idea obscura y vaga
de encontrar lo que no existe
en el prisma de una lágrima
de una lágrima prendida
en el filo de unas pálpebras,
en el borde de unos ojos
que no miran, que no halagan,
que no dicen ni reflejan
lo que esconden tus entrañas
que es rugido y es arrullo,
que es blasfemia y es plegaria,
que es tormento indefinibile....
que es caricia interminada....
que es un néctar que extasia
y es un ósculo que mata!
¡No lo digas ni lo sueñes!
No lo digas: sufre y calla!
Tú eres algo que desprecian;
tú eres algo que rechazan
los burgueses con sus calculos;
los sofistas con sus cábulas!
Tus visiones son mentidas!....
Tus visiones son fantásticas!
¡Ironía siempre hiriente!

---

(1) Ricardo Passano nació en Montevideo el 28 de Febrero de 1856. Es un poeta lírico que ha cantado con igual intensidad las mil niñerías del amor, ó los ideales de la patría y la democracia. Es autor de un tomo de poesías titulado *Matices de aurora,* donde hay composiciones de verdadero mérito artístico. También ha tentado el teatro, escribiendo dramas y comedias, algunas de las cuales se han representado con éxito. Como actor dramático se ha hecho aplaudir por sus facultades realmente extraordinarias. Ha escrito mucho con los pseudónimos Narciso Pedrosa y Casiano R. Pardo. Las composiciones que de él publicamos, pertenecen á un libro inédito que en breve verá la luz.

¡Ironía siempre amarga!
¡Por doquiera el idiotismo!
¡Por doquiera la ignorancia!

—

Lo que buscas en la tierra
en la tierra dura y áspera,
no lo encuentran los que sufren,
no lo encuentran las esclavas,
las esclavas de las leyes
materiales y prosaicas!
¡Las esclavas que se abruman
bajo el peso de montañas,
bajo el peso intolerable . . . .
de otras mentes congeladas,
de otros seres insensibles
cuyas carnes no se inflaman
cuyos nervios no se crispan
cuyas venas no se abrasan
no se abrasan en las fiebres
en las fiebres mas arcanas
de los hórridos volcanes
rebosantes de ígnea lava!

¡Maga informe del insomnio!
¡Incorpórea y febril maga!
En tu histérica tristeza,
del acopio del tus lágrimas
tú sabrás el hondo enigma
tú sabrás la ignota causa,
tú sabrás todo el misterio
que te oprime y te maltrata;
mas, jamás, podrás con ritmos
con colores, ni palabras
expresar lo que es esencia
de las cosas más abstractas!
. . . . . .
Esta vida no es la vida
en que viven las fantásticas
las fantásticas visiones
las visiones increadas
que con voces sin sonido
tal vez sueñes que te llaman!
Esta vida no es tu vida!
No es la vida de tus ansias,
¡Melancólica alma enferma!
¡alma mustia! Mártir pálida!

RUEGO.

No me perdones! — En nada estuvo que te ultrajara,
¡pobre alma mía!
En nada estuvo que para siempre yo te negara
mi idolatría!

—

Y.... ¡te idolatro con fervorosa fe! — Tú lo sabes:
¡Lo sabes tanto,
como en que ritmos cuando se arrullan todas las aves
de un mismo canto!
. . . . . — . . . . . .
Fueron visiones.... fueron delirios... fueron antojos
de un alma loca!....
¡Mártir humilde de mis amores! ¡Luz de mis ojos!
¡Pan de mi boca!....
¡Dame un suplicio que no concluya: — ¡La eterna gota
sobre mi frente!
¡La de mi sangre.... la de mi llanto, que cae, que brota
perfectamente!
¡Única llama de mi cerebro! ¡Imágen única de mis ideas!
¡muéstrate altiva;
sé muda y fuerte!.... ¡No me perdones!.... ¡Quiero que seas
de roca viva!!
¡Guarda el misterio como la esfinge! — ¡Guarda en tu pecho
cuanto has sufrido!
¡Cuanto has sufrido por mi injusticia; que, el mal que te he hecho
no tiene olvido!!....
Mas, ¡no lo digas, ni me desprecies! — Haz que mi pena
no se concluya
con la apariencia de tu desvío,
mas, que esté llena
el alma tuya
del *amor mío!*

EL PIMPOLLO DE ROSA.

I.

—Dame el pimpollo que en tus cabellos
quizá tu mano prendió al acaso,
que, de las ansias en que me abraso
dejaré un beso prendido en ellos!

II.

Trémula, humilde bajó la frente;
le dió el pimpollo que él le pedía,
y, en sus cabellos, desde aquel día,
voraz incendio fué el beso ardiente

. . . . . .

III.

Hondas angustias, ansias mortales
sus pensamientos martirizaban.....
¡Ya sus cabellos no se adornaban
con los pimpollos de sus rosales!

. . . . . .

IV.

Huye de todos como una loca
por entre el monte, por los barrancos,
y en sus cabellos blancos, muy blancos,
aun siente el beso de aquella boca.

V.

Desesperada y envilecida
Lleva eu sus brazos un pobre niño!....

. . . . . .

¡Así es el mundo, y así el cariño
que da la muerte dando una vida!

¡ALLÁ VA!

. . . . . .

¿Loca?.... ¿Feliz? — ¡No sé! — Su vida, agena
á cuanto oculto la acaricia ó hiere,
es astro que resurge, es flor que muere,
es llanto, es risa, es alborozo, es pena!

Dichosa y desgraciada, á un tiempo mismo
flotan y se confunden sus anhelos,
en lo más alto de los claros cielos
ó en lo más bajo del oscuro abismo!

Vive al azar y marcha paso á paso
del porvenir hácia el confín incierto,
cual nave que jamás divisa el puerto
oculto en las tinieblas del ocaso.

¡Cuántas veces la idea redentora
de su cerebro en la región vacía
y en medio de la noche más sombría
habrá sido irradiar de limpia aurora!

¿Qué visiones no engendra la demencia?
El hondo afán del alma, ¿qué no anima?
En los profundos antros de la sima
¡cuántas formas no adquiere la existencia!

¡Allá!... Allá vá!... Y, escarnio de la suerte
sin conciencia de sí, dichosa ó triste,
Ni sabe sobre el mundo porqué existe,
ni dónde al fin reposará en la muerte!

¿Loca? ¿Feliz?... No sé! — Llora riendo
juguete del dolor ó la ventura!
¿Será suprema dicha la locura
para el que vive sin cesar muriendo?

. . . . . .

VIDA NUEVA.

(FRAGMENTO DE UN CANTO).

Al golpe de la lanza y de la espada,
¡oh patria idolatrada!
surgió tu libertad. Hecho pedazos
cayó á tus piés el extranjero yugo,
y azotaste la frente del verdugo
que osó oprimirte entre sus férreos brazos.
Defendiste tu nombre y tu derecho;
conquistaste tus timbres y tus leyes,
y al choque del heroico patriotismo,
como Luzbel, por Dios, rodó al abismo
el cetro abominable de los reyes!
En su valor indómito y sañudo
fué para ti cada patriota pecho
un baluarte, un escudo
do se hizo polvo el opresor despecho.
Con sangre de héroes, victoriosa, ungida,
surgiste á la demócrata existencia,
al beso de la gloria,
y escribiste en el libro de la historia
tu santa, tu anhelada independencia!
Y ya libre y feliz y constituída,
loca de amor y con los ojos fijos
en el alma radiante de tus hijos,
leiste un porvenir lleno de vida.
¡Vida en flor, de progreso redentora,
donde ebria de orgullo,
de tus dogmas y leyes al arrullo
dormiste en paz el sueño de tu aurora

Nunca creiste que en inicua guerra,
después de tantos años de bonanza,
los que pudieran ensanchar tu tierra
disiparan tu cívica esperanza,
y en vez de darte el amoroso beso
del trabajo fecundo,
te abrumaran, ingratos, bajo el peso
de su rencor profundo!
Tu los viste, los viste en su porfía,
en su delirio insano,
enconados luchar, día tras día,
destruyéndose hermano contra hermano!
Y al bélico vibrar de los clarines
y al hórrido rugir de los cañones,

¡allá iban los ciegos escuadrones
como raza de Judas y Caines
á destrozar sus propios corazones!
¡Y ostentando un cintillo
tras de un mismo ideal é iguales fines,
manchaban de tu honor el limpio brillo
cediendo á otra frontera, tu frontera,
para que nunca más en sus confines
vieses flotar tu celestial bandera!

. . . . . .

¡Cuántos años de duelo,
en ese batallar sin recompensa,
asolar viste tu precioso suelo!
¡Qué crimen más punible para el cielo,
y para ti, qué angustia tan inmensa!
La tradición fatal los arrastraba
al choque destructor: nada veían:
¡el color de un cintillo los cegaba!...
En holocausto á ti, Patria ¿qué hacían?...
¡No querer comprender que era infecunda
la sangre que vertían,
la sangre che tus campos empapaba
y que tal vez á la imperial coyunda,
su propia ceguedad los condenaba!

. . . . . .

¡Qué error es destruír en el delirio
del odio más absurdo y más extremo,
lo que fué recompensa de martirio,
lo que fué de la gloria dón supremo!
¡Qué triste es verte envuelta en el sudario
de tus propios dolores,
— ¡oh, patria de mis férvidos amores! —
desolada subir ese calvario!
Obra de los rencores,
de las venganzas torpes y mezquinas,
fué, un tiempo, ver tu imagen condenada
á vagar por barrancos y colinas
no de lauros, ní flores coronada,
sinó como una mártir enlutada
¡abrumada de espinas!

¡Obra del egoismo
fué el sentirte morir de pesadumbre
en brazos del funesto partidismo!
¡Obra de iniquidad, verte en la cumbre
y de pronto bajar hácia el abismo
sin que el sol te besara con su lumbre,
ni corriera á salvarte el patriotismo!
¡Obra de iniquidad, fué darle penas
á la que supo domeñar leones
y romper de un imperio las cadenas
al fuego de la sangre de sus venas
y al vibrar de sus bravos corazones!

¡Inconsolable error! ¡La madre augusta
en llanto sumergida,
entre duelos prolijos
condenada á sufrir la pena injusta,
la pena inmerecida,

¡de ver morir á sus amados hijos
en infructuosa lucha fratricida!

No puede ser! La mente se subleva
ante el cuadro ominoso
de la pasión que á tal error nos lleva!

¡Ya es hora que el pasado tenebroso
á su pesar sucumba
y para siempre ¡oh Patria! halle reposo
en la callada tumba!

¡Todo lo deleznable se derrumba!
A la inmortalidad sólo se eleva
lo que es progreso y luz, virtud y gloria!
¡Los errores, olvídelos la historia,
y marche cara al sol la vida nueva!

COSAS INFINITAS.

Hoy yo vuelvo á decirte mil y mil cosas
que, aunque dichas mil veces, son siempre hermosas;
cosas que no te cansas jamás de oirlas
ni mis labios se cansan de repetirlas;
Cosas dulces, muy dulces que son remedo
de músicas que suenan ledo, muy ledo,
y que llegan al alma, buscando nido,
como enjambre de besos, sin hacer ruído;
Cosas, que yo te he dicho mil y mil veces
y han cambiado en rubores tus palideces
realizando el prodigio, contigo á solas,
de transformar los lirios en amapolas;
Cosas, que si han brotado del pecho mío,
han caído en el tuyo como rocío,
sin empañar el alba du tu belleza
ni marchitar las flores de tu pureza;
Cosas, que siempre oiste con embeleso
por que idilios te cantan, sólo por eso....
por eso que concibes y yo concibo
al hacer que tu vivas de cuanto vivo;
Cosas, que tú las gustas, que tú las sabes
como labrar sus nidos las tiernas aves,
las abejas, las mieles de sus colmenas
y las santas virtudes, las almas buenas;
Cosas, que son gorgeos, que son rumores
que son ritmos, perfumes, luz y colores;
Cosas, que nunca pierden su transparencia
como el llanto y las risas de la inocencia;
Cosas, que son la vida, que son el cielo,
que son gloria infinita, paz, y consuelo;
Cosas, que son á veces las niñerías
más sublimes que todas las poesías!
Tú lo sabes... y sabes que no se olvida
lo que es alma y creencia y es fe en la vida,
lo que es sol de esperanzas y edén de gloria
en el perenne ensueño de la memoria!
Tú lo sabes... lo sabes y he de decírtelo

sin que nunca me canse de repetírtelo,
para que en estas cosas mías y tuyas
de ver el bien que has hecho jamás concluya!

En el crisól precioso de tu cariño
purificaste al hombre, le hiciste un niño,
niño que ve en tus ojos, sin que le riñas,
jugar su alma y tu alma como dos niñas,
dos niñas intangibles, siempre risueñas
que sueñan lo que sueño, lo que tu sueñas;
dos niñas muy lucientes, muy pequeñitas
que se hablan de las cosas más infinitas,
que saben sus secretos, que los comprenden,
que en alas de las ansias que las encienden
cual dos chispas de un astro tienden el vuelo
y en una confundidas suben al cielo!
¡Oh! infinitas ternuras que yo bendigo!
¡Cosas que tú me dices y yo te digo!
¿Verdad que no te cansas jamás de oirlas
como yo no me canso de repetirlas?
Pero ¿seré insensato, seré indiscreto?
¡Deja que el mundo ignore nuestro secreto,
que antes de profanarlo todo lo ignore
y que yo, cual me adoras siempre te adore!

¡NI AÚN ASÍ!

Es inútil. No traje conmigo
la virtud de vencer. Mi enemigo
es mi propio carácter. ¿Triunfar?!...
¡Si no fuese ilusión la victoria,
al final de la vida, ¿qué gloria
se pudiera á mi gloria igualar!

¡El renombre!..... El laurel!... ¡No: mi suerte
es diamante inflexible! — La muerte,
redención del naufragio, está en mi!
¡No! ¡Ni aún libre! — La imbécil marea
crece y crece, ¡y el alma y la idea
ni aun así triunfarán! ¡Ni aún así!

MI PRIMER BESO.

¿Lo recuerdas? La luz de un bello día,
de claridad llenaba tu aposento.
Te hallabas sola.... y mi amoroso acento
te dijo la pasión que en mi alma ardía.

Tu labio dulcemente sonreía....
tu mirada filtró en mi pensamiento,
y extasiado, pensé en aquel momento
que para mí la gloria se entreabría.

Trémula de emoción, humilde y casta
como una flor al entreabrir sus hojas,
en mis brazos caíste en tu embeleso,

y al mismo tiempo que dijiste: « ¡basta! »
en tus mejillas púdicas y rojas,
te dió mi corazón el primer beso.

ESCORIA.

—¿Y bien?—« Te lo diré.
« A confesarte voy el *triunfo* mío:
Por una apuesta fué.
« Del desgraciado hogar húmedo y frío,
« á mi festín de infierno la arrastré.

« Tembló... languideció...
« La alabastrina frente bajó al seno;
« los ojos entornó...
« y... de la bestia el pestilente cieno
« por su sangre corrió.

. . . . . .

« Después... la contemplé!...
« Las amapolas rojas, amarillas
« En sus labios hallé,
« y cayendo á sus plantas de rodillas,
« ¡Perdón!... ¡Perdón! grité!

. . . . . .

¡Jamás me perdonó!
« La baba del reptil, en lodo inmundo
« al ángel transformó!...
« ¡Ah!... cuántos miserables en el mundo
« habrán hecho lo mismo que hice yo!! »

—Dijo, y; rugí, rugí
de indignación! gritéle « ¡Calla! » « ¡Calla! »
Con asco de él huí.
Mas antes, por bellaco y por canalla,
¡Al rostro le escupí!

¡SI TE AMO!...

Cuando ateridas mis crispadas manos,
opriman á las tuyas; cuando sientas
infiltrarse en tu sangre, á mí abrazada,
el frío que circule por mis venas;
cuando tus ojos con dolor se claven
en mi ojerosa faz, lívida, escueta,
y absorban en mis tétricas pupilas
la última luz de mi alma que te besa;
cuando en mi corazón hunda sus garras
con voraz ansiedad, la muerte negra,
y estremezcan mi carne, desligándose,
los nudos que á este mundo me sujetan;
cuando mis labios congelados tiemblen
para darte un ¡adiós!.... un beso apenas....
y allá de un camposanto, oculta y sola,
me espere en un rincón la tumba hambrienta,
yo entonce pensaré.... no en esa tumba,
no en la muerte, no en Dios, no en la existencia:
¡pensaré.... que te quedas en el mundo
sin alma y sin amor, en vida muerta!

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ [1]

PRETÉRITAS.

***

Así — el cabello suelto,
Nerviosa y agitada,
En ímpetu de amor irresistible
A mi cuello abrazada, —

—

Así, como te veo,
Así, te sueña mi alma....
¿Y qué haces, oh mujer! que á mí no vienes
Si sabes que mi amor así te aguarda?

***

No miréis su retrato.... Para verla
En toda la hermosura de su vida,
Contempladla en mi alma, si no os ciega
La llama de mi amor que la ilumina!

***

Si todos los encantos que atesoras
En un solo prestigio se sumaran,
Y á las gracias humanas, como al genio,
La admiración estatuas levantara,
— Mísero premio
Para tus gracias! —
El pedestal más alto de la tierra
Tu símbolo de gloria sustentara....

***

No extraño que aun al verme en tus pupilas,
Como llama de amor, brille una llama....
Fuego fatuo que exhala el amor muerto
Que llevas en tu alma!...

***

Te casaste por fin, y torpemente
Juzgas que has rescatado,
Al precio humilde de tu honor presente,
Todas las ignominias del pasado!...

***

¿Quién sospecha la bóveda sombría
Al través de la atmósfera azulada?...
¿Quién al través de tus pupilas límpidas
Penetra los abismos de tu alma?...

---

(1) De cuando en cuando las revistas literarias de Montevideo suelen publicar rimas sueltas tituladas *Pretéritas*, y firmadas por GUILLERMO P. RODRÍGUEZ. En todas ellas campea una inspiración fresca y tranquila, por más que un velo de melancolía les imprima á veces un sello de tristeza. Rodríguez nació en 1862; en 1885 ganó el primer premio en el concurso del Ateneo con su canto «*Al porvenir de Montevideo.*» Lo que más lo ha caracterizado, son sus rimas tituladas «*Pretéritas*».

***

Para escuchar la nota de tu alma
De mi amor en el íntimo concierto,
—Escríbeme, — te dije, y me dijiste
Con acento indeciso: No me atrevo!...

Más tarde, dominado por la angustia
De tu tenaz silencio,
Te repetí mi súplica, y – ¡Qué absurdo!...
Me contestaste con desdén supremo.

Hoy... no lo sé, pero mi amor presiente
Que, si te vuelvo á dirigir mi ruego,
Más que nunca cruel é inexorable
Me dirás indignada que te ofendo!...

***

(EN UN ABANICO).

El color de las hojas de tu abanico
Es el color simbólico de la esperanza;
El que lucen los prados en primavera:
El color de tu alma.

—

Sobre las hojas verdes de tu abanico
Quedan los versos míos como una mancha,
Con el color simbólico de los que mueren:
El color de mi alma.

—

Cierra las hojas verdes de tu abanico,
Cierra tu alma;
Que sólo pueden darte los versos míos
Sombras y manchas!

***

Burlando la pasión que te he ofrecido
Ni el mérito te das de comprenderla....
Si no tienes virtud para sentirla,
Haz siquiera, mujer, por merecerla!

***

¡Oh! ¡cuán profunda es mi pasión!... En vano,
Para poderla ver desvanecida,
Le ofrezco á mi ideal todo su engaño
En el vulgar conjunto de tu vida!

***

Te muestras de tu honor tan jactanciosa,
Que empiezo á sospechar que en conservarlo,
Si cabe á tu virtud alguna gloria,
No poco de esa gloria es del acaso.

***

(EN UN RETRATO).

Quien por este retrato ya te admire,
¡Con cuánta admiración te contemplara
Si, además de las líneas de tu rostro,
Reflejase la imagen de tu alma!

ÍNTIMA.

Á todas las promesas de ventura
Que hoy formule en tu alma la esperanza,
Tejiendo con las dichas del presente
Todas las perspectivas del mañana,
Fácil asiento
Dé tu confianza;
Pues, por poco que rindan á la suerte
Las cosas — por ser justas — bien deseadas,
Mi amistad te asegura con sus votos
Cuanto pueda ofrecerte la esperanza.

ADELA CASTELL (1)

RIMA.

Tu alma está triste como los nimbus
Que anuncian siempre la tempestad,
No es que la espere, no es que la tema,
Pues en tu alma pasado ha.

Tu alma está oscura como los ríos
Que agita el ala del huracán,
No es que sus olas á posar vayan,
Por que pasaron sus olas ya....

Tu alma está mustia como las plantas
Bajo el azote del vendabal,
No es que sus flores estén muriendo
Pues sólo espinas le quedan ya!

(1) ADELA CASTELL, nació en 1864, recibiendo su diploma de maestra en 1880. Ya nombrada sub-directora del Instituto Normal de Señoritas, en 1882, se graduó de maestra de 3.er grado en 1886, comenzando, en 1887, á dirigir la primera escuela de aplicación en esta República. Todas sus energías las ha encaminado, durante su vida entera, á la formación del carácter del niño, Como prueba de lo que afirmamos, ahí están sus conferencias, una de ellas pronunciada últimamente en la Asunción, la que le mereció, por parte de la prensa local, elogios calurosos que han sido como una nueva consagración de su ilustración y talento. De palabra fácil y elocuente, es una notable oradora, siendo de notarse que ha sido la primera mujer que ha subido á la tribuna en las repúblicas del Uruguay y Paraguay. Como escritora hablan bien alto todas sus colaboraciones, en prosa y verso, aparecidas en *La Ondina del Plata, La Floresta Uruguaya, La Alborada del Plata, Boletín de enseñanza, El Almanaque Sudamericano, La Revista Nacional*, etc,, y numerosos diarios, tanto del país como de la República Argentina. Ha cultivado, sin embargo, con especialidad, la poesía, reflejando sus versos, unas veces, las vibraciones ó inquietudes de un alma sensitiva; y otras, las ideas y conceptos de un cerebro equilibrado. Es que unas veces parece pensar con M.me Angebert, que *la poésie est la philosophie en fleur;* y otras, con el autor de *Jocelyn*, que *la poésie c'est le chant intérieur.*

TUS OJOS DE ESMERALDAS.

No me cautivaron joyas
ni me sedujeron galas,
desde que los ví suspiro
por tus ojos de esmeraldas.

Para un collar que rodee
blandamente mi garganta,
necesito yo los broches
de tus ojos de esmeraldas.

Para que alegren mi vida
dándome luz y esperanza,
es que quisiera tus ojos,
esos ojos de esmeraldas.

Sufriría yo las penas,
las angustias más amargas,
si apartaras de los míos
esos ojos de esmeraldas.

Cuando pienso que á otras miran
cuando pienso que á otras aman...
que otras reciben los rayos
de tus ojos de esmeraldas....

El corazón se me oprime,
siento que nublan las lágrimas
esos ojos que impresionan
esos ojos de esmeraldas.

Yo no sé si debo huirles
ó amarlos con toda el alma,
sólo sé que me cautivan
esos ojos de esmeraldas.

Dime otra vez si son míos,
pues su expresión tan velada
me hace dudar muchas veces
de tus ojos de esmeraldas.

Dime otra vez que son míos,
que es verdad que ellos me aman,
ó si han querido mentirme
esos ojos de esmeraldas.

Si me los das para siempre,
si no los das con el alma!...
no habrá para mí otros ojos
que tus ojos de esmeraldas.

***

Dicen que existe como en otros cultos
también en el amor
ídolo y sacerdote, que entre novios
cada cual será uno de los dos.

—¿Qué prefieres tú ser, el sacerdote
que adora con pasión,
ó ídolo que recibe indiferente
la constante, la eterna admiración?...

Ah! yo quisiera ser al mismo tiempo
el esclavo, el señor,
El sacerdote, el ídolo constante...
y si fuera posible... el mismo Dios!

***

Cuando la luz de la ilusión ardiente
Hiere el fondo del alma soñadora,
Su cristal transparente
Tiene el color de rosa de la aurora.

Cuando en alas de tímida esperanza
El alma envuelta en sus destellos sube
A un cielo que no alcanza,
Tiene el tinte plomizo de la nube:

Y cuando el alma llora solitaria
Y la ilusión en flor cierra su broche
Sin la mística luz de la plegaria,
Tiene el velo sombrío de la noche.

***

¡Oh martirio cruel! Cerrar el alma
Al sol que vislumbró!
Sofocar en el pechó la ternura
Ahogando el corazón!

Apagar en los ojos la mirada
Que el amor encendió;
Desterrar de los labios la sonrisa
Que saludó al amor;

Desviar inflexible el rayo amante
Que rápido inundó
El alma que, al sentirlo, iluminada
Por siempre se creyó;

Ne sé si para tanto sacrificio
He de tener valor;
Si tan grande he de ser que noble triunfe
En mí la abnegación.

Me parece imposible; anonadada
Sólo al pensarlo estoy.
Dame valor, Dios mío! A ti me elevo,
Dame fuerza, mi Dios!...

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL (1)

¡NI MUERTO!

No cejes, corazón mío,
en la lid por lo ideal;
mantén tu invencible brío...
sé siempre, corazón mío,
implacable para el mal.

Alma mía, sé altanera
con el vicio ó el error;
sé con el bien justiciera...
alma mía, sé bandera
en las justas del honor.

Estoico espíritu mío,
en tus luchas sé tenaz,
sé indomable, sé bravío...
aun muerto, espíritu mío,
nunca descanses en paz!

Rotas las terrenas vallas,
el espíritu-adalid,
en los eternos Walhallas,
gana póstumas batallas,
como el cadáver del Cid.

(1) Daniel Martínez Vigil, es un escritor de intensa personalidad. Antes que nada es un carácter; lleva en sí el atavismo medioeval; el culto supremo del honor, de la verdad y de la justicia. Solitario en su tienda, su misantropía no le impide tener fe y esperanza. Por más que blasona de ser discípulo de Schopenahuer, en el fondo, más que un pesimista, es un soñador de grandes cosas. Es pensador y es literato, es poeta y es orador, es partidario ardiente, y por sobre todo esto, es un gran estoico á lo Marco Aurelio, que sonríe con desdén á su época. ¿Su obra? Ha sido un gran fustigador de miserias morales; panfletista, polemista, tribuno; ha dirigido *La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* en compañía de Rodó, Pérez Petit y Carlos Martínez Vigil: ha escrito versos subjetivos de tendencia filosófica; ha ejercido el profesorado y la cátedra; ha hecho crítica literaria; y su prosa, ardiente como su temperamento, ha modelado algunas de las más hermosas páginas escritas en el país, en los últimos diez años. Este soñador, que parece desprendido de una nueva Gironda, tiene también un alma de niño, y, á la manera de aquellos rudos guerreros que luego del combate donde habían afrontado la muerte sin pestañear, se sentían conmovidos hasta las lágrimas, también tiene en su lira tormentosa, una cuerda íntima, á la que sabe arrancar estrofas inspiradas.

GLADIATORIA.

Frères, vous le voyez, j'ai lutté faible et nu
Contre ces Tout-Puissants revêtus d'épouvante.
Richepin.

Soy de la raza estoica de los que bregan
contra el error, el crimen y la estulticia;
soy de los justadores por la justicia;
soy de los combatientes que no se entregan.

En esa lid sin tregua que despedaza,
son adversarios míos todos los males;
tengo por aliados los ideales,
y es el honor mi égida y mi coraza.

Apóstol del carácter y de la idea,
Quijote enamorado de la ardua gloria,
es el deber estricto mi ejecutoria,
y el austero civismo mi Dulcinea.

En balde la calumnia tienta morderme;
en vano la injusticia quiere abatirme:
los odios y la injuria podrán herirme,
pero jamás mancharme ni envilecerme.

*

Sembrador, que al futuro lanzas los dones
de tu virtud preclara, de tu alto ejemplo,
que tu gloria fulgure, cual dios de un templo,
en una apoteosis de irradiaciones!

Los males victoriosos serán vencidos;
el vicio, aunque domine, tiene su valla,
pues frente al ministerio de la canalla
se alza el apostolado de los ungidos!

PASIONALES.

Á TI.

Para ti mi suspiro más hondo,
para ti mi ferviente plegaria,
para ti las endechas sentidas
que entona en sus noches de angustia mi alma,
cual voces dolientes, cual canto medroso
que otrora se oyera vibrar en la ergástula.

Para ti mi recuerdo más dulce,
para ti mi promesa más santa,
para ti los anhelos purísimos,
las ansias ocultas que lleva mi alma,
cual lleva en su seno fragor de huracanes
y chispas de incendio la negra borrasca.

Para ti mi primera sonrisa,
para ti mi postrer esperanza,
para ti mis perdones sinceros,
si acaso algún día perdona mi alma,
el alma altanera, el alma indomable,
que al odio contesta con odio y venganza.

VARRONIANA.

A Víctor Arreguine.

No importa que las bocas amordacen,
ni que del bien y del honor se mofen,
en tanto que haya labios que apostrofen,
en tanto que haya brazos que amenacen.

No importa que los vicios inoculen,
ni que al deber y á la verdad persigan,
en tanto que haya labios que maldigan,
en tanto que haya manos que estrangulen.

Mientras haya unos labios que apostrofen,
mientras haya unos brazos que amenacen,
¡no importa que las bocas amordacen
ni que del bien y del honor se mofen!

Y mientras haya labios que maldigan,
y mientras haya manos que estrangulen,
¡no importa que los vicios inoculen
ni que al deber y á la verdad persigan!

MURRIA.

I.

El cielo está opaco; las nubes imitan
inmensos sudarios que envuelven al Sol;
no vibran las ondas del aire: dormitan;
no hay luz en la tierra ni en lo alto arrebol.

La noche se acerca callada, sombría,
cubierta en su manto de negro crespón,
las voces se extinguen en lenta agonía,
cual notas de un canto, cual ecos de un són.

La flor abatida se vuelve hácia el suelo,
cual frente que agobia el peso de un mal;
se aquietan las brisas, y el manso arroyuelo
se duerme en su lecho de guija y cristal.

Muy triste es la noche que en hórrida calma
presagia la furia de fiero aquilón.
Pero ¡ay! es más triste la noche del alma
sin fe, sin creencias, sin una ilusión.

Son nubes las dudas que asaltan mi mente,
y es lóbrega noche que oprime mi sér
la amarga tristeza que el hado inclemente,
cual dón de la vida, me diera al nacer.

II.

El cielo está puro; el Sol lo abrillanta;
el pájaro entona su canto de amor;
susurra la brisa; la flor se levanta;
hay luz en la tierra y en lo alto fulgor.

En tanto mi alma sumida en la pena
vegeta cual planta privada de luz;
soporta impasible su injusta condena
y lleva cual mártir su ofensa y su cruz.

¡EN PIE!

A Víctor Pérez Petit.

¡Qué de veces, suspenso por el pasmo
Que provocan las lides de la idea,
Vacilar he sentido mi entusiasmo,
Como recluta que entra á la pelea!

¡Y cuántas, lo encumbrado de la altura
Donde sus alas bate el pensamiento,
Como á Dante la agreste selva obscura,
Ha sumergido mi alma en el tormento!

La senda de la gloria está orillada
Por las aleves zarzas de la envidia,
Y no hay alma triunfante en la cruzada
A la que no emponzoñe la perfidia.

Si lo difícil de la empresa mide
Quien hoy aspira á conquistar un nombre
Y al bien tan sólo contingente pide,
Digno es de loa perennal ese hombre!

Muelle, viciosa, débil, enervada,
Exangüe el corazón, vacua la mente,
La juventud actual, la grey dorada,
Olvida el porvenir por el presente.

Existe quien, hipócrita y cobarde,
Infama la virtud y odia la ciencia,
Y hace de la verdad público alarde,
Y diz que al bien consagra su existencia.

Mas, no todo se rinde ni apoltrona,
No todo se corrompe ni claudica:
Aun hay cruzado que el deber pregona;
Aun hay cruzado que el deber practica.

Mi corazón con entusiasmo late
Por el ideal, el bien, la luz, la gloria:
Si deserto del sitio de combate,
Que se infame por siempre mi memoria!

PERJURIO.

Juré un amor que el pecho no sentía,
mintió mi labio, blasfemó mi fe;
y su alma virginal, que se entreabría
como una flor al despertar el día,
con mi cariño falso envenené.

Era tan linda la gentil doncella
como inocente y casta su pasión:
no luce en el azur más pura estrella,
ni brota en el pensil rosa más bella,
ni forja ideal más alto la ilusión.

¿Por qué entonces mentí como un villano?
¿por qué hice traición á su querer?
¡Oh fementido corazón humano!
Nacido de la tierra cual gusano,
como él te portas siempre y por do quier!

ROMA Y CARTAGO.

I.

Pelean frente á frente dos razas, dos naciones
por sojuzgar el mundo á su triunfal poder:
la raza de los Gracos, que es raza de leones,
y el pueblo de los Barcas, que es pueblo mercader.

La libertad de un lado, del otro el despotismo;
aquí el *civis romanus,* el traficante allá;
el uno es pueblo-cumbre, el otro pueblo-abismo;
Moloch está en Cartago, y en Roma Apolo está.

El África florece en la creación de Dido,
Europa en la de Rómulo alborear se ve;
aquende la grandeza del ítalo aguerrido;
allende la fortuna de la dolosa fe.

El hijo de los héroes que amamantó una loba,
tan cívico en la guerra cuan cívico en la paz,
virtudes y proezas en el Panteón congloba,
como esplendentes rayos el luminoso haz.

Y la hija de un sufeta, la hermana de aquel bravo
en Cannas víctorioso, la virgen Salambó,
al precio de su honra consigue del esclavo
lo que el poder del pueblo cartaginés negó!

La voz de los tribunos escúchase en el Foro
de la ciudad latina vibrar por el deber,
en tanto que en la púnica entona su himno el oro
con que al venal soldado salaria el mercader.

II.

Cual se alza sobre ruinas trepante jaramago,
del árabe errabundo levántase el aduar
en medio los escombros de la que fué Cartago,
perdida en el umbroso desierto del estrago
como una blanca vela en el inmenso mar.

Cual faro que en la cumbre de abrupto promontorio
indica el derrotero del mar en el bullir,
de una nación moderna magnificente emporio,
con majestad de reina, con esplendor notorio
la Roma del pasado señala el porvenir.

ALFREDO ZUVIRÍA (1)

FLORES ENFERMAS.

Tengo alegre la tristeza
y triste el vino.
Becquer.

Si en la alta noche callada,
de luceros coronada,
te creo sentir y ver,
¿será tu aliento anhelante
que refresca mi semblante?...
Puede ser!

Si al volar mi pensamiento
muy más ligero que el viento,
oigo un latido, mujer,
¿será tu ardiente latido
que viaja desvanecido?...
Puede ser!

Si en la alta noche, un lucero
dice brillando: te quiero;
recibe mi rosicler,
¿será tu dulce mirada
desprendiéndose, callada?...
Puede ser!

Si cuando, falto de calma,
desciendo al fondo de mi alma
queriéndote comprender,
eso, rebelde á mi empeño,
¿serás tú, querido dueño?
Puede ser!

IMITACIÓN.

Dos girones de vapor
que del lago se levantan,
y al juntarse allá en el cielo
forman una nube blanca;
dos olas que vienen juntas
á morir sobre una playa,
y sus átomos confunden,
y armoníosas se abrazan;
dos velas que unidas hienden
las ondas anacaradas,
y al perderse allá en el cielo
forman una sola mancha;
chispas de una misma pila;
rayos de una misma llama;
signos idénticos de una
lengua que ha muerto ignorada....
Eso son nuestras dos almas!

ELLA.

Hupa!—Más arriba,
más arriba aún;
que yo soy la llama
y el músculo tú.

FUÈ.

Era muy triste y se murió muy joven.
Su nombre no recuerdo. ¿Se llamaba?...
En sus ojos azules esplendía
luz de los cielos y humedad de lágrimas.
. . . . . .
Hay almas que en su paso por la tierra
las quema el hielo ó las marchita el Sol:
Bajo la sombra de la inmensa muerte
puedan un día florecer en Dios.

BARTRINA.

La pandereta de mi numen loco
agito á veces con desdén profundo;
contemplo el corazón, desprecio al mundo
y río.... y acaricio cuanto toco.

(1) ALFREDO ZUVIRÍA, es un poeta original, cuya musa funambulesca le ha dictado estrofas llenas de carácter é inspiración. Sus versos son una mezcla de ironía y tristeza, de sentimiento y hondo desconsuelo. Ha publicado poco, pero lo bastante para dar relieve á su curiosa personalidad literaria.

BYRON.

¿Resignarme? — Jamás — Es un desierto
mi pobre corazón hecho pedazos.
Me han atado al dolor con fuertes lazos
para dejarme á solas con un muerto.

DOLORA.

De muerte herido, un soldado
al médico respondía:
— Salvóse. ¿No le decía?
— ¿Quién? — La patria se ha salvado.
Al poco rato moría.

FAROLES APAGADOS.

Á UN AMIGO.

Canta para pescarte:
si con ella te casas, adiós arte.

Á UNA HORIZONTAL.

Me recuerdan sus labios sonrosados
las flores sin olor de los mercados.

HISTORIA DE MUCHAS.

«Como de hambre me moría,
y ninguno me quería,
díme al primer comprador.
Tras de mucho padecer,
tarde he llegado á saber
que no es práctico el amor».

PARA VENANCIO NICOLINI.

Somos poetas! ¿Quién nos mete diente?
Sabemos el porqué de muchas cosas,
y nos envenenamos lentamente
café bebiendo y aspirando rosas.

Á UN SUICIDA.

Cuarenta años han pasado,
Y á los ochenta murió.
¡Estaría ya enterrado
aun habiendo conservado
la vida que se arrancó!

ELECCIONES.

No hay quien la muerte rehuya;
A puñal dos se trenzaron,
Y muertos ahí quedaron....
¡Se salieron con la suya!

ÚLTIMAS PALABRAS DE UN GLOTÓN.

Así exclamó al morir ahogado en llanto:
¿De qué me sirve haber comido tanto,
si, quiera que no quiera,
esta carne altanera
la tierra abonará del camposanto?

TODO ES RELATIVO.

Aprovechan murciélago y lechuza
para hacer sus nocturnas excursiones
la noche. ¿No es verdad, dignos ratones,
que hay luz hasta en la noche, luz difusa?

BAILARINA.

La sala estaba como nunca llena,
vestida toda de vistosas galas.
Mirándote bailar, te vi, serena,
allá en tu camarín, colgar tus alas.

AL PASAR.

El traje tiene que ver,
Y el corte vale un Perú.
¿Qué piensas de Rita, tú?
Vale el traje esa mujer.

ÍNTIMA.

Prefiero — alguien dirá que estoy demente;
no obstante lo aseguro —
un cartucho de yemas al presente
á una estatua de bronce en lo futuro.

ENRIQUE RIVERA (1)

¡VEN!....

No me digas que no.... si yo he sabido
Que tú piensas en mí.
Deja á tu corazón que dé un latido
Por quien muere por ti.

Deja á tu alma, mi bien, que un solo instante
Se muestre tal cual es.
Acerca junto al mío tu semblante;
¡Que me abrase tu tez!

Ven! que á despecho de los grandes sabios,
Te amaré sin cesar;
Ven! y junta tus labios con mis labios;
Y á vivir..... á soñar!

Olvidados del mundo y su falsía,
De los hombres y Dios,
Llegue la muerte y nos sorprenda un día
Abrazados los dos.

(1) ENRIQUE RIVERA es descendiente del ilustre general de la independencia don Fructuoso Rivera. Las pocas composiciones que ha publicado son bastantes para consagrarlo como uno de nuestros poetas subjetivos de más inspiración. Todos sus versos están inspirados en un sentimiento de desesperada melancolía, que recuerda á De Musset por lo sincero de la pasión. El dolor vibra en todas sus poesías como una nota triste y áspera, y un precoz excepticismo mancha el concepto amargo de sus estrofas. Nació en 1871.

MI SOMBRA.

Llevando el corazón entre las manos
Quise el mundo correr.
En vano preguntaba en todas partes:
¿Quién me quiere querer?

Y fuí cruzando valles y ciudades
Y montañas también,
Sin que hallara jamás un alma amiga
Que me quisiera bien.

Y viendo que en la tierra ya no había
Ni dicha ni afección,
Me paré al borde de un inmenso abismo
Y arrojé el corazón.

Mas del hastío el pálido fantasma,
De la sima surgió,
Estrechóme en sus brazos y muy quedo:
« ¡Aquí estoy! » — murmuró.

MI CORAZÓN.

Me hablaba ayer mi madre cariñosa
No recuerdo de qué;
Ella quedó un momento silenciosa,
Y yo también callé.

Mas levantó los ojos al instante,
Me miró con pasión,
Y de pronto pintarse en su semblante
Ví extraña repulsión.

Abandonó su asiento apresurada,
ligera á mí llegó,
Señalóme en el pecho y asustada:
— ¡Un gusano!, gritó.

Sonriendo con cruel melancolía
Miré mi corazón:
— ¡Cómo no haber gusanos, madre mía,
Cuando aquí hay un panteón!

CONTRASTE.

Orgullosa, despótica, altanera,
Con su funesto amor me esclavizaba;
Mirar de reina, corazón de fiera,
Fué mi Dios y mi todo..... ¡La adoraba!

—

Humilde, buena, celestial, constante,
El alma llena de ardorosa fe;
Mirada dulce, corazón amante,
Me hastiaron sus caricias.... ¡La olvidé!

—

Es que el destino de la vida mía,
Formado sólo de tristeza y llanto,
Fué adorar á quien nada me quería
Y despreciar los que me amaron tanto.

PASIÓN.

Es más de media noche, y no he podido
Soportar este afán hondo y profundo.
¿Qué me has dado, mujer? ¿qué habré bebido,
Que no puedo olvidarte ni un segundo?

Y recuerdo momento por momento
Cuanto tú y yo en el baile conversamos,
Tu hermosa faz, tu suplicante acento,
Y la cuadrilla aquella que bailamos.

¡Qué cuadrilla!.... Mis brazos te estrechaban,
Temblorosa de amor, muda, radiante,
Y mis ardientes ojos contemplaban
El rubor que cubría tu semblante.

Levantando los ojos, —¡oh, mi cielo! —
Murmuraste con voz entrecortada.
Miré tus ojos yo con loco anhelo,
Y el cielo.... lo veía en tu mirada!

Sentí tan grande, indefinible encanto,
Un sentimiento tan extraño y fuerte,
Que entonces hice el juramento santo
De amarte siempre, siempre, hasta la muerte!

MI VENGANZA.

La noche aquella de aquel triste día,
Inmóvil, mudo, la miré partír,
Resonando en mi oído todavía
La carcajada que lanzó al salir.

Y volviendo los ojos hácia el lecho,
Donde mil veces, delirante y loca,
Olas de fuego levantó en mi pecho
Con los ardientes besos de su boca,

Recordé sus eternos juramentos,
Su voz por el placer entrecortada,
Y los dulces purísimos acentos
Que sedujeron mi alma enamorada.

Y, arrepentido de mi amor profundo,
Le dije al corazón: ¡te han engañado!
Ella era todo para ti en el mundo
Y en ella sólo barro has encontrado.

Ilusiones, cariño, dudas, ruego,
Celos, y ansias, y goces, y dolores,
Todo quemaste con delirio ciego
En ese falso altar de tus amores.

Y hoy que ha gozado tu último latido,
Hoy que de ti su esclavo hizo mintiendo,
Al ver que todo al fin se ha consumido,
¡Adiós! te dice, y te abandona riendo.

¡De ella te has de vengar! Si de ese fuego
La llama un día reavivar tratara,
Sordo serás á su dolor y ruego
Aun cuando sea la venganza cara.

Y si cobarde vacilar te siento
Cuando quiera otra vez encadenarme,
Antes que llegue ese fatal momento
Morirás, aunque tenga que matarme.

Al decir esto, el eco de unos pasos
Hirió mi oído.... ¡era ella que volvía!
Y, al estrecharla en mis amantes brazos,
Sólo acerté á decirle: ¡Vida mía!

Á UNA MUERTA.

Repercute en mi oído todavía
El eco de su voz arrobadora
Que envidiaran los pájaros un día
Para cantar al cielo y á la aurora.

Viviendo en medio de serena calma,
Acariciada por fugaz destino,
La sorprendió la muerte en su camino
Y á otro mundo mejor llevó su alma

Tal vez en el marmóreo monumento
Que á su memoria elevarán mañana,
Tomará, como en todo toma asiento,
La indiferencia de la especie humana.

Y veremos el que hoy le han erigido
A su virtud, su gracia y su pureza,
Cubierto por el polvo del olvido
Y envuelto en una nube de tristeza.

Pero en el corazón, Quina querida,
Lleno de tu recuerdo santo y puro,
De aquellos que te amaron en la vida,
¡Allí no morirás!.... ¡yo te lo juro!

PROFESIÓN DE FE.

Cuando vibrante de pasión mi acento
Mostrar pretenda arrebatado ardor,
Cuando os hable de besos y caricias
Y de dichas sin fin y de delicias,
No me creáis, porque, farsante, miento....
¡Yo ya no tengo amor!

—

Cuando presa de horrible sufrimiento
Llegue á llorar tal vez y á maldecir,
Cuando os hable de penas y dolores,
Pintando lo infeliz de mis amores,
No me creáis, porque, farsante, miento...
¡Yo no puedo sufrir!

—

Mas, si en la hora glacial del desaliento
Vaga errante mi vista en el vacío,
Ajena el alma á cuanto ve y escucha,
Como atleta cansado de la lucha,
¡Oh, creedme, creedme, por piedad! no miento...
¡Yo sólo tengo hastío!

MI CRUZ.

Arrastrando mi vida como arrastra
Su pesada cadena el prisionero,
Olvidado de todos y de todo,
Yo siento que me muero.

—

Joven aún, en mi interior ya llevo
Vacío el corazón, el alma helada,
Y sin amor, sin dicha y sin dolores,
No me inquieto por nada.

—

El mundo para mí no tiene encanto,
Ni perfume la flor, ni arrullo el ave,
Y es de mi vida la única esperanza
Que esta vida se acabe.

—

Entretanto mi cuerpo envejecido,
Cual satírica burla dolorosa,
Pasearé por la tierra indiferente
Hasta dar en la fosa.

—

Sobre los hombros el madero santo,
En el Calvario, pintan á Jesús:
¡Es más triste el martirio del que lleva
Su cuerpo como cruz!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS (1)

PORDIOSERO DE AMOR.

¿Quién más casta que tú? ¿Quién más hermosa?
Si tu boca llameante y hechicera
¡Es página de sol de primavera
Donde su firma dibujó una rosa!

Como un encanto celestial, reposa
En tu rostro lo azul de cada ojera...
Cada rizo es en tu amplia cabellera
Cual capullo de alguna mariposa.

Fiebre me causa tu mirar de fuego,
Hambre de besos ese rostro griego,
Y por eso, mujer, en este canto

Te mendiga mi frase arrodillada,
De tus labios la carne perfumada
Y el agua luminosa de tu llanto!

(1) Guzmán Papini y Zas pertenece á aquella brillante pléyade que en 1895 empezó á escribir en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. Sus primeros versos de un erotismo sensual, apasionados y ardientes, le hicieron distinguir

MI URUGUAYA.

Es tan alegre como una orquesta,
Como una aurora, como una fiesta,
Como un florido rosal de abril,
Y se confunde su blanca mano
Con el teclado níveo del piano
Y con el peine de albo marfil.

¡Ah! si la vieras, es tan bonita!
Su garbo es garbo de maestrita
Que va escoltada por un *dragón*,
Y por la calle de *Veinticinco*
Cada pasito que da es un brinco
Lleno de gracia, de tentación!

Su par de botas tan diminutas,
Tan charoladas, tan impolutas,
¿Aprietan lirios ó estrechan pies?
¡Grave misterio! ¡Cuestión de botas!
¡Oh! pobres ojos, de tus derrotas
Esta es la grande, la triste es!

Cuando á la Iglesia se va acercando,
Los que en el atrio se hallan en bando
Creen ver todos una visión,
Pues les parece que es una santa,
Que es una virgen que se adelanta,
Y altar le brindan: su corazón!

Nada la enferma, nada la agobia;
Son sus mejillas rubor de novia
Bajo de un blanco velo nupcial,
Porque á su cara muy sonrosada
Cubre una hermosa tez nacarada
Con transparencias de luz astral.

Cuando la aurora prende en los cielos
Sus cortinajes. sus ricos velos,
Las opulencias del arrebol,
Graciosa limpia su alegre alcoba
Y oros en ella barre la escoba,
Pues sólo en ella se encuentra sol.

Cuando me pone sobre la nuca
La tibia mano que se acurruca
Detrás del cuello de mi gabán,
Su boca ofrenda muchos carmines,
Cual los claveles que en los jardines
Derrochan brasas, como un volcán.

---

entre su grupo. Recojió en un tomo sus composiciones, todas ellas ricas en color. Es un poeta de imaginación meridional que desborda en metáforas brillantes. No siempre el buen gusto ha acompañado á este nuevo discípulo de Salvador Rueda, pero en general sus versos son inspirados y brillantes. Fué laureado en un certamen poético por su *Canto á Cagancha. La Tribuna Popular*, ha insertado durante meses, día á día, rimas de este poeta fecundo á quien sin duda esa propia fecundidad ha perjudicado. Es autor de varios folletos y del libro *En la reja*.

Y entre su tibia mano perlina
Encuentra un nido la golondrina
Que anida en lo alto de su balcón,
La que hace siempre por la mañana,
Rozando el vidrio de la ventana,
Caer diamantes en profusión.

Más perezosa que regia dama,
En cuanto cena se hunde en la cama,
Y sin postigo deja un cristal;
Que así le llegan rayos de luna
Y envía en ellos una por una
Sus ilusiones al mundo astral!

Es primorosa como muy pocas;
Ante ella sólo besan las bocas,
Que es una estatua, que es un *biscuit;*
Pero una estatua que habla armonías,
Toda belleza, toda alegrías,
Toda miradas y toda *esprit.*

Mucho la quiero, mucho la estimo,
Y si en mis versos su nombre rimo
Tienen perfume primaveral,
Y si su frente de ángel abrazo,
Sobre su frente semeja el brazo
Una corona paradisial!

OFRENDA LÍRICA.

I.

Yo mojaré una pluma del ala de un arcángel
En la más blanca estrella,
Y en la olorosa página de un pétalo de nardo
Te contaré mis penas.

II.

Serías mi perfume, si al florecido valle
Tu paso dirigieras,
¡Pues orlaría todos los flecos de tus rizos
Con mucha Primavera!
Y si algún día unieses á tu adorable espíritu
Mi alma de poeta,
¡En todas las batallas y en todos los torneos
Serías mi bandera!
¡Oh! flor de las auroras, sultana de las tardes
Y maga de las fiestas,
Señora del castillo de oro de mis sueños
Y esplendorosa reina!

III.

¡Oh! ¡cuánto me subyugan tus árabes pupilas
Y tus pestañas negras!
¡Bien sabes que á tus galas escoltan mis ternuras
Como rendidas siervas!
¡Bien sabes que en las flores azules del romero,
Que en tu balcón golpean,

Cuando abres las persianas, se agitan mis canciones
Como un tropel de abejas!
¿No has visto, cuando prendes la hamaca en los naranjos
De tu oriental floresta,
Caer mil azahares que esmaltan los primores
De tu amplia cabellera?
Pues bien, esas caídas de símbolos nupciales
Son flores que voltea
El melodioso enjambre de versos de mi lira
Que síguente doquiera.
¡Porque eres la paloma, la Venus de mi patria,
La Musa principesca,
La luz de mis mañanas, la luna de mis noches
Y el canto de mi selva!

IV.

¡Escucha! Cuando expire, me arrojas una lágrima,
Que en el fulgor de ella
Se lavará mi alma para ascender radiante
A la celeste esfera!
Entrar al Paraíso, que es donde van las novias,
Mi espíritu desea,
¡Para tejerte un solio de rosas y de astros
Al lado de Graciela!

Á LA ADORABLE.

I.

Hierve sangre americana
En tus labios de amapola
Y eres, por tu andar, manola
Y por tus ojos, sultana.

II.

Tu voluptuosa pupila
Es un derroche de luz,
Y tu donaire andaluz
Pide un mantón de manila!

III.

El negro cabello asombra
Á tu faz radiante y bella;
¡Junto al brillo de la estrella
Siempre hay un fleco de sombra!

IV.

Te gustan mucho las galas
Que el cielo ha puesto en las aves;
¡Tus hombros de curvas suaves
Cómo desean dos alas!

V.

Tanto es mi amor que los celos
Ya me clavan sus saetas;
Si en tus sueños hay Julietas,
En los míos hay Otelos!

VI.

¿Quién, al ver lindura tanta,
Poeta no se ha sentido!
Por tí mi pecho es el nido
De un corazón que te canta.

VII.

Como la escala de seda
Del Romeo de tus sueños,
La escala de mis ensueños
En tus balcones se enreda;

VIII.

Y hasta el bello jazminero,
Que en tus balcones descuella,
Sube una estrofa por ella
A decirte que te espero.

IX.

Y si esta inmensa pasión,
Muerta algún día te ve,
En tu sepulcro pondré
Una flor: mi corazón.

¡APÁRTATE!

No quieras detenerme con gemidos:
Cuando los negros huracanes pasan,
Los torrentes desatan sus rugidos,
Y el lirio que besaron, despedazan!

Yo sé por qué tu espíritu se asombra:
No ve las nieblas en que tú te abismas....
Tampoco las estrellas ven la sombra,
Porque se bañan en sus luces mismas!

Deliras, y tu noble pensamiento
No cree en los odios que mi vida encierra:
El ave que se acerca al firmamento,
No siente los volcanes de la tierra!

Tu vida es una vida primorosa;
Luz y perfume te regala todo....
El rocío que sueña en una rosa,
No ve si bajo de la flor hay lodo!

ENTONCES....

Lindo es ver el arrebol
Cuando á la altura colora,
¡Y es del traje de la aurora
Una borla de oro el sol!

Cuando el chajá tiende el vuelo
Y, por lo gris de su pluma,
Parece un copo de bruma
Que va subiéndose al cielo;

Cuando el río en la pradera
La imagen del sol retrata,
¡Y es de azul, de oro y de plata
Como mi gentil bandera!

Cuando en suave movimiento
Se columpia el limonero,
¡Como si fuese un plumero
Que sacude al firmamento!

Entonces todo me inspira,
Y gorjean ruiseñores
¡Entre el rocío y las flores
Con que me hiciste una lira!

UNA ENSEÑANZA.

En un país muy lujoso,
Que es un bazar de esmeraldas,
En un país del Oriente
Un viejo mago imperaba,
Cuando anhelé ser joyero,
Joyero de la palabra;
Cuando quise en mis estrofas
Incrustar perlas muy blancas
Y ceñir mis madrigales
Con resplandecientes llamas,
Hechas con muchos rubíes
Ricos de luz y de grana.
Entré al palacio de oro
Que el viejo mago habitaba,
Y el milagroso Maestro
Entre una corte de hadas,
Por cuyos trajes corrian,
Como en una fuga rápida,
Los tornasoles del raso,
Como cambiantes del nácar,
Me dijo con un fraseo
Que era una música hablada:
Para engarzar en la estrofa
Bellos rubíes, derrama
Sangre de tu corazón
Sobre las rimas de tu alma;
Y para que en tus canciones
Luzcan perlas nacaradas
Sobre tus versos, poeta,
Vierte tus mejores lágrimas!

UBALDO RAMÓN GUERRA (1)

JUNTO Á LOS MIRTOS.

Me dijiste: — « Poeta, — ríe la altura;
tu naranjo está en flor; — la trepadora
que cuelga de tus rejas su verdura
muestra sus lujos de color de aurora!
En la nieve que ostenta el limonero
se agitan los insectos brilladores;
trina en su jaula, alegre tu jilguero,
la endecha divinal de sus amores!
En el limpio cristal de la laguna
donde moja el dorado sus escamas,
abre su broche de fulgor de luna
el camalote de jugosas ramas!
Los vientos en la fronda se han dormido.
Rompe su brasa el fruto del granado;
y canta desde el hueco de su nido
golondrina que habita en tu tejado!...

—

Embriágate en lo azul! Hoy está el cielo
como campo de luz, limpio de galas,
poeta, remonta hasta lo etéreo el vuelo
y tráeme una canción sobre tus alas! »

—

— ¡Óyeme, diosa de los ojos pardos
en que arde la pasión; — por tí fundieron
con delirio las rosas y los nardos
el tinte aureal que á tus mejillas dieron!
Por imitar tu musical acento
su trova alza el zorzal; y la palmera
cópia al ser columpiada por el viento
el ritmo de tu cuerpo, mi hechicera!
Por tí baja la nube que colora
el confín, en las puestas de Febrero,
á dejar en tu crencha flotadora
un girón de arrebol! — Por tí es ligero
el colibrí que gira en los juncales
y cuelga su canasta sobre el río;
y hay fuego en los boscajes de ceibales
como en tu boca de frescor de estío!

—

— Óyeme diosa! — La pasión es llama
que caldea al corazón! Luz el ensueño
que por el alma su fulgor derrama
y da forma grandiosa á lo pequeño!

(1) UBALDO RAMÓN GUERRA es el diputado más joven del parlamento. Hace años que escribe para el público. Ha colaborado en todos los periódicos aparecidos de diez años á esta parte. Sus composiciones se caracterizan por lo apasionado del sentimiento, la frescura de la inspiración y la corrección del verso. Pertenece al grupo brillante de Rodó, Martínez Vigil, Pérez Petit, etc.

Fuente de amor, en que apagar se alcanza
esa sed insaciable del deseo;
Un dorado espejismo la esperanza
en cuyas fáces engañosas creo!...

—

Cree tú también! La decepción que es fría
como hoja de puñal, nunca te hiera!
¡Es el peor de los males la agonía
de una ilusión soñada duradera!...

. . . . . .
. . . . . .

Sobre el blanco cojín de los ensueños
reclina tu cabeza hechizadora,
primer visión de mis primeros sueños;
miosóti embriagador! Ave canora!
suspiro embalsamado de claveles
que pueblan mi jardín! Arpa che llora!
Zumo de guaviyú! Lluvia de mieles
del pátrio camoatí, — ¡rayo que dora!

—

Ama así como yo! — con ansia loca;
con vehemencia de Ofelia en tus amores;
¡como adoran mis besos á tu boca!
¡como quieren las auras á las flores!

—

No temas al dolor; fecunda el lloro;
y cada fibra que el dolor azote,
sea un capullo de envoltura de oro
de cuyo fondo la esperanza brote!

. . . . . .
. . . . . .

Me dijiste: « Poeta, — ríe la altura;
tu naranjo está en flor; — la trepadora
que prende de tus rejas su verdura
muestra sus lujos de color de aurora!
En la nieve que ostenta el limonero
se agitan los insectos brilladores;
trina en su jaula, alegre tu jilguero,
la endecha divinal de sus amores!

. . . . . .
. . . . . .

Embriágate en lo azul! — Hoy está el cielo
como campo de luz, limpio de galas;
poeta! remonta hasta le etéreo el vuelo
y tráeme una canción sobre tus alas! »...

NIEBLAS...

Murió cuando las hojas amarillas
Rodaban quejumbrosas por el suelo,
Cuando son desmayadas las auroras
Y engendran los crepúsculos misterio....!
Cuando tiende en la atmósfera, la bruma,
Los grisáceos encajes de sus velos,
Y la suave canción que alzan las ondas

Espira entre los brazos de los cierzos;
Cuando llora el ciprés sobre las tumbas,
Y es pálida la lumbre de la estrella,
Y se abrazan fantasmas impalpables
En la triste región de las tinieblas....!
Cuando en el fondo de la selva oscura
El rumor de la brisa es un lamento,
Y hay nidos en los árboles desnudos,
Y en los callados nidos hay recuerdos!

. . . . . .

. . . . . .

Cuando el broche virgíneo de su alma
Se abrió al suspiro de encantados sueños,
Y en los frescos claveles de su boca
Vagaba palpitante el primer beso!
Cuando aprendió el lenguaje sin palabras
Que modula la voz del sentimiento,
E irradiaba la luz de la esperanza
En las pupilas de sus ojos negros....!

. . . . . .

. . . . . .

¡Murió cuando las flores — sus hermanas,
Se replegaban sobre el cáliz yerto,
Y las hojas enfermas, amarillas,
Rodaban quejumbrosas por el suelo....!

SEVILLANA.

Es la dueña de este *Album* una morocha
Cuyos ojos robaron á Andalucía,
Todas las brillazones que el sol derrocha
En la tierra encantada de la alegría!

—

Su cabeza de reina que no se humilla,
— Con un girón de nube que la engalana, —
Se formó para el lujo de una mantilla
Donde prenda un capullo color de grana!

—

Tiene su voz de niña brillantes trinos
De canciones azules, notas aladas;
Como arpejio sonoro de mandolinos
Gimiendo, de la Alhambra, por las arcadas!

—

¡Si camina es tan suave su balanceo!
¡Hay en sus movimientos tanta soltura!
Que va sembrando gracias por el paseo,
Mientras le gritan *¡oles!* á su cintura!

—

El mágico delirio de un hechicero
Engarzó, entre sus labios, collar luciente,
A que dió tinte el broche del limonero
Que besa el Guadalquivir en su corriente!....

—

Tiene ensueños divinos, esta Sultana,
Que la atan á la vida de la quimera;
Como abraza los hierros de su ventana
La palpitante malla de enredadera!

Se adormece en sus ansias, en el regazo
Que han tejido con rosas las ilusiones,
Y pueblan sus delirios nubes de raso
Donde juega el idilio de sus pasiones!

—

¡Es hermosa la virgen enamorada,
De cabellos oscuros y nívea frente
¡La que enciende en la noche de su mirada
Diamantinos destellos de alba de Oriente!

—

Ella sabe que el alma, con los amores,
Se perfuma de cielo, viste de galas,
Encuentra por doquiera luz y colores.
Desposorios ideales de esencias y alas!

—

Que, si humedece el llanto nuestra pestaña,
El corazón se inflama — ¡fecunda el riego! —
¡Nunca acrece la mole de la montaña
Como cuando corona su cresta el fuego!

—

¡Y ella sabe que guarda, como ninguna,
En su pecho la llama siempre intranquila,
Que al fundir sus encantos, — junto á su cuna —
Puso un Genio en la brasa de su pupila!

. . . . . .

¡Sultana hechizadora de ojos risueños!
Mi más vehemente anhelo veré cumplido,
¡Si en el dorado alcázar de tus ensueños
El hada de la dicha forma su nido!

¡Á LA NOVIA MUERTA!

EN UN ÁLBUM DE LUTO.

Al iniciar su vida,
La vida del ensueño
Me suplicó la « Novia »
Le escribiera unos versos.
Entonces, llameantes
Como oleada de fuego
Fulguraban las rosas de sus labios
¡Nido de amor donde aleteara el beso!

***

El álbum primoroso
De pensamientos lleno
Derramaba el perfume
De lo más casto y tierno;
El voto apasionado
Y el augurio sincero
Salpicaban sus hojas, como al prado
Las blancas margaritas del Invierno!

***

Allá rodó mi canto
Perdido como el eco
De alguna voz timbrada

Para cantar lo eterno!
Entonces, sus pupilas
Inmensas como el cielo,
Se extasiaban leyendo en lo futuro
Los hermosos enigmas del misterio!

***

Era rosa la página
Donde escondí el secreto
De mis mejores ansias,
De todos mis anhelos;
¡Como si fuera ahora
Todavía me acuerdo!....
Es que el alma no olvida los lugares
Donde volcó sus lloros ó sus sueños!

***

Entonces jugueteaba
La risa y el contento
En el hogar querido....
En el hogar paterno....
Junto á la alcoba blanca
— Como jazmín de Enero,
Celebrando sus nupcias estivales
Vistió el naranjo su ropaje regio!

***

. . . . . .
. . . . . .

***

Hoy en la alcoba virgen
Solo reina el silencio....
Han muerto los rumores
Y las risas han muerto...
La infortunada « Novia «
En su postrero sueño
Fijó los ojos — al sentir la noche, —
Del árbol triste en el ramaje enfermo

***

Y se durmió embriagada
Por dulces juramentos,
Soñando con azahares
Y nacarinos velos....
Entre sus labios fríos,
Entre sus labios yertos,
El himno de sus rotas ilusiones
No ha dejado ni el ritmo de un lamento!

***

. . . . . .
. . . . . .

***

Mañana cuando llegue
El terrible momento....
Cuando en la altura gima
La campana del templo,
Y en el altar bendito
Donde rogaba al cielo
Se levanten las notas de los salmos,
Pidiendo paz con fervoroso empeño;

***

A la inocente « Novia »
Que me pidiera versos
Para tejer la urdimbre
De sus mejores sueños,
Cuando el instante sea
De llevarla muy lejos....
¡Envolvedla en mortaja de jazmines
Para que asista al desposorio eterno!

Á SU BALCÓN.

La estación de la luz formó tu ambiente
Con suspiros de glaucas primaveras,
Y tejieron tu sombra, las palmeras
Que se cimbran gentiles á tu frente.

La Ofelia astral de la región luciente
Te dió, en las noches de mi amor primeras,
El ropaje sutil de las quimeras
Que exornaban mis sueños de creyente!

Mis trovas de pasión entre tus ramas
Suspendieron el nido del deseo
En que anidara un corazón de llamas!...

Y hoy, cuando al pie de tus cimientos canto,
¡Soy la queja de un alma de Romeo
Ascendiendo en la escala de mi llanto!

PRIMAVERA.

(Para tí).

Ya vuelve la estación de los amores,
La que forma la música del nido,
Y en los festones del jardín florido
Es derroche de esencias y colores!

La que viste de vívidos fulgores
En tu balcón, al temblador tejido,
Y ofrece miel en el capullo herido
Al enjambre de insectos zumbadores!

La que idolatras tú! — La que derrama
El misterioso tinte que colora
La flor nativa de fulgente llama!

La que es orquesta entre la turba alada,
¡Y arrebol diamantino de una aurora
En la tiniebla ideal de tu mirada!

JOSÉ SALGADO (1

SOMBRAS.

Al doctor Samuel Blixen.

Entre los gruesos árboles del bosque
El ángel de las noches aletea,
Y en las ramas flexibles de les *ceibos*
Se prenden temblorosas las tenieblas.

En la umbrosa penumbra del boscaje,
Donde vagan indómitas las fieras,
Los troncos seculares rememoran
Gigantes con fatídicas melenas.

Vago rumor asciende del arroyo,
Nota que vibra y sin sonar se aleja,
Mientras bañan sus cuerpos centellantes
En las aguas dormidas las estrellas.

En la cima del monte iluminado
Rima un pájaro triste sus endechas,
Y descienden los ecos bulliciosos
A dormir, para siempre, en la ladera.

No resalta en el éter ni una nube,
Hasta el aura nocturna se sosiega...
Como rey de sus súbditos temido
El silencio domina entre la selva!

***

Sobre el regazo del profundo río
Tiende la Luna su encantada estela,
Y moviendo las ondas azuladas
Surgen las sombras de las aguas muertas,

Como amantes que duermen sosegados
En su lecho fantástico de arenas,
Y entreabriendo los ojos diamantinos
Al leve soplo del amor despiertan.

Corren mezcladas en tropel confuso
Por la alfombra sutil de flores secas,
Y los bustos cobrizos se divisan
Como cuerpos sin forma entre la niebla.

Arrojadas de pronto sobre el suelo
Se deslizan, sin ruido, en la arboleda,
Como en tardes tranquilas, calurosas,
Entre verdes juncales las culebras.

(1) José Salgado pertenece á la nueva generación. En 1901, se graduó de abogado, después de obtener en veinte exámenes parciales la nota de sobresaliente por unanimidad. Su tesis fué declarada notable. Es catedrático de Historia Americana en la Universidad de la República, Secretario del Ateneo de Montevideo y del Instituto Histórico Geográfico. Ha colaborado en la *Revista Nacional*, *La Revista* y en diversos diarios de la capital. Sus versos forman un tomo que en breve verá la luz con un prólogo de José Enrique Rodó. En su lira existen todas las cuerdas. Desde la elegía, hasta la oda pindárica, todo lo ha tentado con éxito.

Cual símbolos siniestros de la muerte
Blanden las manos la potente flecha,
La bola que sujeta los venados,
Y las mazas mortíferas de piedra.

Gritan. Resuenan en el bosque obscuro
Sus rugidos horrísonos de guerra,
Cual las voces de seres moribundos
Que arrancan del *quebracho* las tormentas

Cuando enciende sus fuegos tenebrosos
En las nubes ardientes la centella,
Y los truenos retumban como golpes
Que despedazan la extensión inmensa!

Se detienen... avanzan... se dispone
Al combate la fúnebre caterva,
Y las sombras en negros escuadrones
Como nubes las lomas atraviesan.

Mas no perturba la quietud dormida
El clamor infernal de la contienda....
Al llegar á la cumbre las legiones,
Como tropa vencida, se dispersan!

* *

Son sombras de los bélicos *charrúas,*
La tribu que descansa en las cavernas,
En las costas de blancos arenales,
Bajo el follaje de la palma esbelta,

Y que al tender sus lábaros sombríos
En las aguas del *Hum* la noche negra,
Con suspiros de amante desdeñada,
Y languideces de mujer enferma,

De sus tumbas añosas se levantan
A renovar la clásica epopeya,
La lucha legendaria sostenida
Contra las huestes de la noble Iberia.

Hasta que al ver en el lejano Oriente
Brillar la aurora cual gentil diadema,
Coronando la tierra que sonríe
Como una diosa en un celaje envuelta,

Cual negras aves, tímidas, las sombras
Huyen, buscando la penumbra eterna,
Y allá, flotantes como fuegos fatuos,
Se van perdiendo en la región desierta!

INVERNAL.

Á ratos nos hieren nostalgias de Soles,
De aquellos que tuestan en tardes de estío.
Sin ver en la esfera lucir arreboles
El pobre en su choza tirita de frío.
Hay ansias vivaces y locos anhelos
De huertos frondosos, de espléndidas galas,
De suaves penumbras, de mágicos cielos,
De cantos de aves, de ruidos de alas.

. . . . . .
. . . . . .

Ni una flor el ambiente perfuma,
Ni una estrella en lo alto se asoma,
Doquiera se extiende la plácida bruma
Llenando los valles, cubriendo la loma.
Los mares repiten sus rudas congojas,
Tristezas abaten el lánguido pecho
Al ver en las rutas volando las hojas
Mezcladas con plumas de nido deshecho.
Natura es cadáver, el día precario
No aclara tampoco su tumba desierta,
De noche la nieve con denso sudario
Envuelve, amorosa, la pálida muerta.

LA IDEA.

A Carlos Martínez Vigil.

Como manso arroyuelo de los bosques
Que humilde nace en la desierta playa
Y se transforma en anchuroso río
Que arrastra, cual un vértigo, las aguas,
Del misterioso seno donde extrae
Rayos de luz la inteligencia humana,
Surge de pronto majestuosa idea
Batiendo, con temor, débiles alas.

Soldado poderoso del progreso
Es nuevo combatiente en la batalla
Que libran los errores del pasado
Defendiendo, valientes, su oriflama,
Contra el robusto empuje de la ciencia
Que, sin temor, por el camino avanza
Al asalto de altísimas almenas
Donde el pasado, vigilante, aguarda.

Por instantes parece que el derecho
Va á detener su vencedora marcha
Ante la fuerza bruta del tirano
Que el poder de los réprobos encarna;
Y que vencido en el combate rudo
Se oculta entre las sombras, cual fantasma,
Dejando que en la tregua de la lucha
Festeje su victoria la ignorancia.

Como innúmeros astros se obscurecen
Cuando domina la invernal borrasca,
Y en la tierra, que duerme, helado viento
Todo con furia destructora arrasa,
Pero así que se calma la tormenta,
Y despiertan las brisas de bonanza,
Luce sonriente la tranquila Luna
Esparciendo, más suave, su luz blanca,

Así son los eclipses de la idea
Cuando la fuerza á la verdad maltrata,
Queriendo hacer que la conciencia libre
Se convierta también en una esclava,
Porque tras los desmanes de la fuerza
Se vislumbran celestes alboradas,
Que anuncian al decrépito pasado
La derrota final en la jornada.

Cuando Jesús el reino de los justos
Profetizó en las épocas aciagas,
Enseñando á los hombres oprimidos
La absoluta igualdad de nuestras almas,
Pretendieron los Césares romanos
Abatir entre sangre sus palabras,
En los circos infames que de Roma
La triste decadencia proclamaban.

Pero Cristo triunfó: la cruz del mártir,
Que en el monte Calvario se destaca,
Hoy extiende sus brazos amorosos
Sobre el mundo que otrora la execrara;
Y los hombres creyentes se arrodillan
A los pies de la imagen sacrosanta,
Que vincula, felices, las naciones
En el lazo común de una plegaria.

Todos los que en sus éxtasis geniales
Han engendrado ideas soberanas,
Que envuelven el cadáver del pasado
Del olvido en la fúnebre mortaja,
Han subido del Gólgota á la cumbre,
Y han llevado en la mente veneranda
El estigma crüel con que las turbas
La noble frente de los genios marca.

Todas las hecatombes de la historia
Son luchas de la idea siempre en marcha,
Hasta que al fin de la horrorosa liza
Entre ondas negras el error naufraga.
Mientras el Sol de la verdad triunfante
Su disco de oro en el azul levanta,
Y de lo alto de su regio solio
Fúlgida luz en la razón derrama.

RECUERDOS.

A la memoria de mi madre.

¡Qué sollozo tan tríste el que nace
Del mísero pecho
Cuando plácido acude á la mente
Tu dulce recuerdo!...

Cuando el viento la puerta sacude
Con hórrido estrépito,
Oigo el ruido siniestro del mármol
Velando tu féretro.

Veloz onda que el alma marchita
Recorre mi cuerpo,
Al sentir el calor en la frente
Del último beso.

Yo recuerdo en las noches de otoño
Tu larga agonía,
Siempre nieblas con húmedo manto
La tierra envolvían.

¡Cuántas veces la aurora brillante,
Vivaz penetrando,
Sorprendió junto al lecho de muerte
Mi lóbrego llanto!

¡Cuántas noches besé con ternura
Tus manos heladas,
Y observé, reprimiendo un gemido,
Tu faz demacrada!

¡Cuántas veces al Dios bondadoso
Rogué por tu vida,
Implorando que en vez de la tuya,
Tronchara la mía!

¡Cuántas veces en la hora terrible
De fiebre y delirio,
Confundimos en férvido abrazo
Dos hondos suspiros!...

Cuando pienso en mi madre afectuosa
Que rígida duerme,
Una voz lastimera me dice:
¡Qué ingrata es la muerte!

Á LAVALLEJA.

En el augusto pórtico del templo
Sueña la patria hermosa,
Junto á columna itálica contemplo
Sobre su pecho la bandera airosa.
Sueña como los trágicos gigantes
Cuando al pasar por las agrestes cumbres
Sienten que llegan recios, anhelantes,
Los gritos de las pobres muchedumbres.
Sueña con el decrépito pasado,
Que tanto ejemplo y enseñanza encierra,
Cuyo cielo de glorias estrellado
Surcaron los relámpagos de guerra,
Y con el porvenir á cuyo avance
Ya el horizonte azul se colorea,
Y en cuyo cielo tiende deslumbrante
Su hilo de luz radiante
El relámpago hermoso de la idea.
Sueña que vigorosa
Está escalando el arrogante muro
Que guarda, ciudadela poderosa,
Los misterios sagrados del futuro.
Vamos, madre, despierta,
Oye lo que te pido arrebatado,
Mira mi alma fervorosa, alerta,
Dame un rayo simbólico de aquellos
Que el Sol de Abril en nuestro escudo deja.
Busco que su calor y sus destellos
Entibien con su ardor mi helada frente,
Quiero que brille fúlgido y potente
En mi canto en honor de Lavalleja.

¡Cuántos días de gloria!
¡Cuántos hechos de ínclito renombre!
¡Cuántas páginas grandes de la historia
Descubre ante nosotros ese nombre!
Cuando en las dulces horas del ensueño
Acude bondadoso á mi memoria,
Me postro de rodillas,
Cual se abaten solícitos, fervientes,
En los templos, grandiosas maravillas,
Ante imágenes santas los creyentes.
Y cuando recorriendo presuroso
Los anales de todos los imperios
Evoca el caminante cuidadoso
De la vaga región de los misterios
Los espectros gigantes de los héroes
Que en el inmenso yunque de la guerra
Forjaron pueblos, razas y naciones,
Dividiendo en pedazos á la tierra,
Entonces, ¡oh figura luminosa!
Entre sombras queridas tú descuellas
Cual en el manto de la noche umbrosa
Luce el crucero, allá, entre las estrellas.
En todo tú te encuentras: en las playas
Donde estampó sus plantas el charrúa,
Hasta la abrupta sierra cuya mole

El poder de los cielos perpetúa.
Y cuando en la mañana fulgurante
Cruza aspirando suave las aromas,
Oye el paisano lento que se aleja
Que las brisas, los montes y las lomas
Repiten de continuo «Lavalleja».

¿Y cómo no aclamarte,
Valeroso y magnánimo guerrero,
Si el que quiera olvidarte
Debe borrar infiel de nuestros fastos
Mil nombres venerables
Escritos con la punta de tu acero?
¿Quién al pensar en tí no rememora
La radiante explosión del año once?
Era una dulce y celestial aurora,
Era una voz del cielo que llamaba
A los héroes de bronce.
¿Quién no lucha en Las Piedras?
Donde el furor del déspota castigas,
Adusto sembrador, valiente Artigas;
¿Quién del combate horrible
Contra el fogoso y varonil porteño,
No recuerda con gozo indefinible
El gran valor y el imponente ceño
Que en la tarde azarosa de Guayabos
Ostentó la falanje de tus bravos?
¿Quién ingrato se olvida
De la noble y homérica cruzada?
¡Oh playa esclarecida!
¡Oh tierra de la histórica Agraciada!
Yo me inclino y te beso reverente
Porque tú eres sagrada;
¿Quién hasta el cielo diáfano no asciende,
No eleva el corazón y alegre estalla,
Ante el grato recuerdo
De nuestra grande é inmortal batalla?
¿De Sarandí que el patriotismo enciende?
¡De la loma gentil en cuya falda
Aun cruza el torbellino del embate,
Aun vibran en sus campos de esmeralda
Los fragores siniestros del combate!
¡Donde rudos Vulcanos,
Divididas en fuertes escuadrones,
Con las llamas de horrendos fogonazos,
Con la sangre de recios corazones,
Con los golpes de fúnebres sablazos,
Entre el empuje de la lucha fiera
Forjaron las legiones orientales
El Sol de nuestra nítida bandera!

¿Qué pecaste? y bien ¿dónde se encuentra
Un sér que en los embates de la vida
Ni una vez, ni una hora, ni un minuto,
Vencido no ha pagado
Su innegable tributo
Al débil polvo de que está formado?
¿Dónde está en este mundo el impecable?
¿Dónde el alma seráfica que pueda

A los otros juzgar inexorable?
En toda alma hay pedazos de la arcilla
Que sustentó á aquel sér que en el Calvario
Como el fanal de los mortales brilla,
Y algo del barro y lodos turbulentos
Que al correr por las vastas periferias
Arrastran por momentos
El furor, los quebrantos, las miserias;
Pero la historia augusta é infalible
Para dictar su justiciero fallo,
Ante errores y faltas inflexible,
Observa dolorida
Ese conjunto exótico que tiene
Mucho de los pantanos y del cielo,
Y examinando con piadoso celo
Si hay en el cuadro inmenso de una vida
Más albores que sombra clamorosa
O más sombra que luces y vergeles
Reparte cuidadosa
A éste el oprobio á aquéllos los laureles.

¿Y quién siguiendo esa juiciosa ruta
Ante el viejo león de la cruzada
Un sincero homenaje no tributa,
No detiene sus pasos, su mirada?
¿Quién no pone sus glorias de relieve?
¿Quién, fijándose sólo en los errores,
Sin gratitud y corazón se atreve,
A vedar los honores
De gran libertador y gran guerrero,
A negarle derecho á la apoteosis,
Al duro bronce, al mármol justiciero,
Al que en el suelo erial de la Agraciada
Fué Dios al desplegar con mano fuerte
Ante el beso de luz de la alborada
El pabellón de «Libertad ó muerte»,
Y que luego en el campo de batalla,
«Carabina á la espalda y sable en mano»,
Quebró con el batir de la metralla
La robusta coraza del tirano?

Padre del pueblo, invicto Lavalleja,
Cuyo valor tal brillo y esplendores
Sobre el terruño seductor refleja,
Para ocupar la rutilante cima
Do colocan felices los mortales
Al que el humano espíritu sublima,
Al varón fuerte, á genios inmortales,
El haber sido de los bravos hombres
De la legión preclara
Uno de ellos, el último, bastara.
De la legión que uniendo con Las Piedras
De Sarandí el nombre sacrosanto
Aventó con furores de tormenta,
Esparciendo el espanto,
Tantos días de oprobio, tanta afrenta.
Y tú fuiste, no el último, el primero,
El que empuñó en su mano el estandarte,
El que tomó el heroico juramento

Que al llegar de la plaza ante el baluarte,
Llevado entre sus alas por el viento,
Estremeció rabioso
Al simbólico tul del cautiverio,
Al pabellón suntuoso,
Al lábaro ondulante del imperio.

Hoy que la paz, la ciencia y la cordura
Entre cantos y dianas fraternales
Celebran en la loma, en la llanura,
Sus fecundos y hermosos esponsales,
Dile á los hijos del sagrado suelo
Que libertaste con robusto brazo
Que tu amor de ultratumba, que tu anhelo,
Es verlos para siempre
Unidos ante tí por un abrazo.
Y si en día nefasto el extranjero
Quiere abusar de nuestra adolescencia,
Defiende con tu brazo, con tu espada,
Con la de Sarandí y la Agraciada,
Nuestra joven y santa independencia.
Queda entre tanto honor de la victoria
En las entrañas de la madre tierra
Amasada con sangre expïatoria
En los trágicos tiempos de la guerra.
Hasta allí llegarán todas las horas
De las madres las místicas plegarias,
El calor inmortal de mis cariños,
El rumor de las sierras solitarias,
Los gorjeos celestes de los niños,
Y un reflejo del lampo que hechicera
Al desplegarse ostenta mi bandera.
Y cuando mente llena de energía
Pronuncie sobre tí grave sentencia,
Junto al de Artígas brillará tu nombre.
Satisfecho estarás de que la historia
Te señale con numen justiciero
Para dormir el sueño de la gloria
Al viril Precursor por compañero.

CANTO Á LA PAZ.

Todo es tristeza en la extensión del mundo:
De aquí y de allá resuenan en mi oído
Fragores de metralla,
Estruendo gemebundo
Y llenando los aires el rugido
Que brota de los campos de batalla;
Se detienen de horror los corazones,
El lugar del combate resplandece
Y el suelo se estremece
Al trágico rodar de los cañones.

¿Será que el hombre en este siglo brioso
De otra edad, de otros tiempos, de otra raza,
Los furores comparte,
Y que, niño fogoso,

Sin ideales, ni escrúpulos, abraza
El viejo culto del airado Marte?
¿O que á impulsos coléricos é insanos
Quiere imponer audaz su primacía
Gastando su energía
En matar, por el hierro, á sus hermanos?.

¿Será esa la ley indefinida?;
¿Será que por los dioses está escrito
El que todo progreso
Al surgir á la vida
Ha de llevar como baldón maldito
El rastro impuro de la sangre impreso?.
¿O que él no es más que una doctrina vana?;
¿Que no hay pasos atrás ni hácia delante?;
¿Que todo es este instante?;
¿Que lo de hoy es lo mismo del mañana?.

¡Ah! no!, es que en los otros continentes
Una pasión brutal todo devasta:
El ánimo contrista
Ver á pueblos ingentes
Empeñados en lucha tan nefasta,
En guerras de ambición y de conquista;
Es que con miras sórdidas y arteras,
Y violando principios majestuosos,
Los pueblos, codiciosos,
Extienden su poder y sus fronteras.

¡Ensueño de Colón, reina adorable,
Temblorosa al mirar sobre las olas
Las innúmeras velas
Que en día inolvidable
Te anunciaron las huestes españolas
Que llegaban en pobres carabelas!
¡Oh! tierra de las plácidas llanuras,
De volcanes que llegan á los cielos
Cual gigantes anhelos,
De torrentes y altivas espesuras!.

Tú, que en horas de lucha y de desgracia
De Wáshington tuviste la prudencia,
De San Martín las glorias,
De Bolívar la audacia,
Para pelear con hórrida violencia
Hasta lograr la paz con tus victorias;
Tú, á quien todo relevante pecho,
Donde de libertad luce la llama,
Por los siglos aclama
Patria de la justicia y del derecho.

Nunca te agite, América impetuosa,
Esa infame pasión que nos subleva,
Que aunando voluntades
Trabaja cautelosa
Y á un pueblo libre y valeroso lleva
A hollar de otro país las libertades.
Culto sincero á la verdad dispensa,
Respeta en las naciones tus iguales,
Y digan tus anales
Que sólo combatiste en tu defensa.

¡Arranca heroicamente de tu seno
El mal do surge la civil contienda,
Que de malditas sañas,
Y de furores lleno,
Hace que el monstruo de la lucha horrenda
Te devore sin tregua las entrañas!.
¡Qué entusiasmos y nobles regocijos
Al contemplar tus maternales brazos,
En estrechos abrazos
Uniendo un día á tus viriles hijos!.

Entonces entre olímpico agasajo
Tu cielo alumbrará la luz de Astrea,
Y el santo desposorio
Del suelo y el trabajo
Hará que el mundo en tus regiones vea
De la riqueza el colosal emporio.
Tenderá, por doquier, su regio manto
La dulce paz que, sin cesar, hoy gime,
Esa diosa sublime
A la que elevo, al par de ti, mi canto.

¡Oh! santa paz, á tu seguro amparo
Mostrarán en la América encantada
Poder, magnificencias,
Y espíritu preclaro,
De las artes benéficas el hada,
Y el numen prodigioso de las ciencias.
Lo que al renombre y á la fama impele
Hallará sin estorbos el camino
Donde su alto destino
El genio deslumbrante nos revele.

El sabio con mirada escrutadora
Penetrará el misterio y de los mares
Los hórridos abismos,
La fuerza engendradora
De celestes, radiosos luminares,
Las causas de terribles cataclismos.
Como encauzado en poderosa arteria
Verá correr por todo el universo,
Magnífico y diverso,
El río colosal de la materia.

Tierno el poeta sus brillantes galas
Desplegará en el cielo de topacio
De una tarde hechicera,
Y con cerúleas alas,
Cruzará, cual la luz, por el espacio
En busca de la enorme cordillera.
Tendrán sus versos mágicos colores,
Del Sol ardiente luminosas huellas,
La luz de las estrellas,
Y el perfume embriagante de las flores.

Los que guían tranquilos los imperios
Y buscan su expansión y su grandeza,
Llevarán á las cumbres,
Quebrando cautiverios,
Con valor y con rígida firmeza,
Al grupo de las tristes muchedumbres;

Fundarán la mejor aristocracia
En el noble trabajo y el talento,
Y sobre ese cimiento
Levantarán la nueva democracia.

El tenaz sembrador en el sendero
Arrojará gozoso las simientes
Do en épocas cercanas,
Al brillo del Crucero,
Surgirán de las tierras complacientes
Las siembras vigorosas y lozanas:
Flor de lo porvenir, que por el muro
Del pasado decrépito se asoma,
Colmando con su aroma
El boscaje triunfal de lo futuro.

Contemplarán tus cerros y atalayas
A los soberbios, rápidos navíos
Trayendo desde Europa,
Hasta tus ricas playas,
Repleta de esperanzas y de bríos,
De las labores la robusta tropa.
Lo presente á los hombres testimonia
Que contribuye su afanoso embate
A que el tiempo desate
El lazo que nos liga á la colonia.

A fin de que tu gloria consolides
Este consejo varonil escucha:
Para que grande imperes,
Entre halagos, no olvides
Que en toda paz también hay una lucha,
Es la ley de las cosas y los seres.
Lucha con brazo vigoroso, fuerte,
En la lid del trabajo y de la idea
Donde el triunfo clarea
Para el que dobla obstáculos y suerte.

Así tú vencerás, matrona augusta,
Sin ayudas extrañas ni refuerzos,
Y en la cima altanera
Do en la moderna justa
Al ganador colocan sus esfuerzos,
Nadie pondrá más alto su bandera.
Entre tus hijos evitando el cisma
Tú vencerás serena, noblemente,
Levantada la frente,
Con fe tan sólo en ellos y en tí misma.

¡América gloriosa!, con constancia
Avanza, que la suerte te reserva
Lo que al hado yo impetro:
Que asombre tu bendita exuberancia,
Que eleves magnos templos á Minerva,
Que tomes de los ínclitos el cetro.
Mas no descuides nunca que en la tierra
Los pueblos sólo admiran á la historia
Grabando en su memoria:
La paz es una forma de la guerra.

EMILIO FRUGONI [1]

SALMOS DE LA IRA.

I.

El cielo se ensombrece de presagios
y se uniforma en una inmensa mancha....
El silencio penetra la campiña,
y la ciudad recoge su algazara,
como recogen en llegando al puerto....
su velamen las barcas....

Es la hora de las vagas inquietudes,
de las indefinibles añoranzas,
de los grandes anhelos que se tienden,
como para morir, sobre las almas...
¡de los hondos anhelos que palpitan,
y se yerguen, y luchan, y se agrandan,
con todos los esfuerzos que exasperan
la rebelde agonía de una llama!

Es el triste momento en que la sombra
es un cósmico espíritu que baja
á hablar con las conciencias pensativas,
en su extraño lenguaje sin palabras.
Es el momento del dolor tranquilo,
que desde el fondo de la vida se alza,
como espectro que surge de una tumba
bajo la inmensa noche desolada....

Es la hora en que las frentes se reclinan
de los recuerdos en la suave palma,
y los vivos se vuelven á los muertos,
mientras los muertos por la vida pasan.
La hora que Víctor Hugo, ¿no te acuerdas?
consagró á la plegaria;
(la oración es un pájaro nocturno:
cuando llega la noche, abre las alas);
el instante en que todo gesticula
con la solemnidad de las montañas...
la hora gris, la enemiga del relieve,
impropicia á la Forma iconoclasta
del Color; el momento en que se funden
en el cielo sin luz las lontananzas,
mientras va desfilando por la mente
un vuelo de canciones de la infancia...

(1) La musa de la juventud presta actualmente sus canciones al más inspirado de nuestros poetas jóvenes: EMILIO FRUGONI, un escritor de ayer, sin historia literaria, y que, sin embargo, ha escrito dos libros y ha llenado con sus versos, arrojados en dispersión, al azar, sobre diarios y revistas, muchas de las mejores páginas de poesía nacional escritas en el último año. Redactor de *Los Debates* y *El Bombo*, periódicos universitarios; autor del poema *Bajo tu ventana*; su último libro, *De lo más hondo*, acentúa su simpática personalidad, y le consagra poeta por boca del eminente crítico José Enrique Rodó. Su musa se ha desviado ahora hácia la inspiración socialista, pero, en el fondo, sigue siendo siempre el tierno poeta de los dulces madrigales, de las melancólicas quejas de amor.

¡la hora gris! en que sube el pensamiento
á la torre más alta,
para abarcar de una mirada sola
de la existencia el vasto panorama,
y observar la ondulante carretera
por do vienen y van las esperanzas...!

II.

¡Vamos, pues, á pensar! Dobla la frente
sobre el ayer, y en la profunda calma,
deletrea el recuerdo que al pasado
con indelebles signos epitafia...
¡que la vida se vuelva hácia la muerte,
ya que la muerte por la vida pasa!
Dejemos pronto la ciudad dormida, —
que mirando hácia atrás no se adelanta,
y extendamos por cima del presente
la fijeza polar de una mirada.

III.

Reflexiona conmigo en los que viven
la beatífica ausencia del nirvana,
más inútil é inerte que la muerte,
más que la muerte, oscura y apartada,
que el cadáver, al menos, es abono,
y en la infinita evolución substancia;
mientras que los esclavos de la inercia,
odres, si puede ser, llenos de nada,
sin la ansiedad de una pasión, ni el brío
de un ideal que mueva sus palabras,
estorbos solamente, que en la senda
del humano progreso se levantan,
limo oscuro en los mares del trabajo,
que á las quillas detiene ó las retarda,
inmóvil bajo fondo que entorpece
el camino de todo lo que avanza,
que dificulta á las corrientes nuevas
su orientación en medio de las aguas,
que está para absorber y va absorbiendo,
aunque no quiera, las fecundas savias, —
esos, como en un campo los abrojos,
sólo del suelo las potencias gastan
y sólo rinden un servicio al suelo
después que el sol los pudre en las barrancas....
Piensa en ellos, si acaso se merecen
que alguien detenga alguna vez la planta
para observar en el trajín humano
sus vilezas de eunucos y de mandrias.
Piensa en ellos, y arrójales encima
el desprecio del Dante: *guarda e passa!*

IV.

Piensa después en todos los que tienen
la riqueza en la mano, como un arma,
forjada con la sangre de los pobres
en el yunque de todas las infamias,
con la que hieren el orgullo humano
y mutilan y vejan... ¡y no matan!
En los que sobre el carro de los Césares

en estas actuales Romas degradadas, —
donde Césares son los que han vencido
del interés en la feroz batalla,
donde Creso ha ceñido la corona
por la estrella del *Victor* constelada; —
en las que sobre el carro del triunfo
cruzan el circo de los nuevos Lacios,
arrastrados por hombres ¡no por bestias!
que al no tirar, el carro los aplasta....
Piensa en ellos y envíales conmigo,
más que una maldición, una amenaza,
y sobre el Sinaí de la conciencia
quede vibrando, como un puño, el alma!

V.

Dirige luego los videntes ojos
hácia toda esa turba descastada
que pone los grilletes al que piensa
y al que pide un derecho, la mordaza;
que temiendo á la luz, en los cerebros
no deja entrar la claridad del alba,
y enemiga del vuelo de la idea,
clausura á piedra y lodo las ventanas
que dan hácia risueñas lejanías
por un lujo de auroras enfloradas...
que erige las mentiras en verdades
eternas é intangibles, cual murallas
defensoras del huerto en que maduran,
para Pluto, simbólicas manzanas,
¡cercos en donde estrellarán sus olas
de la Razón las épicas audacias!...

Piensa en los que juntando en un inmenso
montón las energías proletarias
las hicieron arder, como rastrojos,
de fetiches absurdos ante el ara,
incendio por el cual sus ambiciones
quedaron satisfechas, ó aumentadas,
al tiempo que los ímpetus de abajo
hechos cenizas en montón quedaran,
para que encima del montón pudiesen
dormir sus digestiones los que mandan....

Piensa en los que colocan á los hombres
frente á frente, en un campo de batalla,
logrando que en las carnes valerosas
hunda el Rencor el filo de sus dagas!
haciéndolos matarse, cual si fuesen
fieras que han de vivir de lo que matan.
Piensa en ellos; inclina la cabeza
por la visión horrible doblegada;
el más cortante acero de tus odios
con majestad serena desenvaina,
y hazlo flamear ante la negra turba
cual del Arcángel vengador la espada.
Repliégate en tí mismo; haz en tu pecho
una acumulación febril y magna
de todos los rencores y de todas
las más viriles ansias;

recoge bien tus bríos, cual si fueses
á saltar de tu bíblica montaña,
y deja desplomar sobre esa chusma
tus iras sacrosantas!...

VI.

Y piensa luego en los que van pasando
por entre el mundo, como sombras trágicas,
cargados de tristezas seculares,
de miserias candentes y de lacras,
soportes de una luz que no les llega,
Hércules de la edad, modernos Atlas,
porque son el sostén en que reposan
la vanidad, el lujo, la abundancia,
otros tantos planetas que gravitan
¡ay! sobre sus espaldas.
Piensa que hundidos en la sombra gimen
y gimiendo trabajan y trabajan...
sin poder conseguir para sus hombros
la hora en que puedan deponer la carga,
y sacudirlos, una vez al menos,
libres, al sol, como si fuesen alas!

Ellos ven por detrás de los cercados
el jardín de Semíramis; y pasan!
sabiendo que el pensil nunca ha de abrírse,
¡jamás! á su desgracia.
Ellos ven á través de los cristales
los esplendores de la orgía báquica
y se alejan, ambrientos y cansados,
á esconder sus miserias resignadas....
Acuérdate, mi bien, de esos que sufren
por los que nunca padecieron nada,
¡de esos que uncidos al pesado carro,
van rugiendo una pena que no acaba!

VII.

Piensa en ellos: no reces y no llores.
Si aconseja rezar, Hugo se engaña:
la oración es la inútil cantilena
con que se hacen dormir dentro del alma
á las iras más justas y más grandes
que han de soliviantar nuestra desgracia.
¿Llorar? el llanto es el fecundo riego
que hace crecer la ponzoñosa planta
cuyas fuertes raíces se introducen,
tentáculos de pulpo, en las entrañas
de la vida presente, hecha de angustias,
monton de cobardías y de máculas,
cieno tan sólo, pestilente cieno
donde el Dios de bondad aun no soplara.

¿Llorar? No llores, que llorando hacemos
lo que el amante de la griega fábula,
que «á fuerza de llorar crecer hacía
el árbol que con lágrimas regaba.»
Ya Garcilaso, el divo Garcilaso,
nos lo ha contado en su castiza fabla:
«¡que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por qué lloraba!»

No llores, pues, que por virtud del llanto
creció de Dafne la viviente planta.

Resignarse es morir! No te resignes,
que la resignación es una malla
con que la religión del galileo
los miembros del que sufre aprisionara,
para tenerlo inmóvil é impotente,
preso de la cerviz, entre sus garras!

Díles á cuantos gimen que se pongan,
desafiantes, en pie, frente á la valla
que se opone al avance de sus sueños.
¡Que erijan su valor ante la crápula!
Si tienen que llorar, díles que rujan;
que se llenen de bríos las entrañas,
que tengan la altivez de sus dolores,
y si quieren pedir ¡díles que vayan
á pasar por los ojos de sus amos
los dos puños repletos de amenazas!

POSTRERA.

¡Ah, no! Cuando me veas
no te alejes de mí porque te miro.
¡Por caridad! No creas
que si persiguen ávidos mis ojos
tus pupilas hebreas;
que si asoma en mis labios la sonrisa
ante la gloria de tu faz que encanta;
que si tiembla en mis labios indecisa
una impulsión de hablar y se levanta
de mi boca un rumor, como un perfume
que va surgiendo desde el cáliz rojo,
es por que del amor que me consume
vaya á hablarte otra vez, ni de tu enojo
quiera implorar el fin, ni quiera, acaso,
hablarte del dolor de una existencia
que tu desdén empuja hácia el ocaso,
y que es, abandonada á sus dolores
en el instante en que el amor la hiere,
un fulgor que se apaga á tus fulgores
y un lirio que se inclina á tus rigores,
como una gran tristeza que se muere....

¡Ah, no!... Mi afán inmolo,
el poderoso afán de conquistarte.
Ya no te pido amor: ahora, tan sólo,
con el ansia febril que me domina,
te pido que me dejes quemar en los ardores
de tus pupilas hondamente malas,
donde retuerce su maldad la hoguera,
la inquietud dolorosa de las alas
de mi ilusión postrera!...
Te pido que no niegues el consuelo
de tu hermosa visión á mi amargura.
¡Deja que llegue un resplandor del cielo
á lo más hondo de mi «selva oscura!»

Que si mi amor, en fin, te causa enojos
á morir me condenes.
Pero que en tanto de mi mal te alegras
¡pueda apurar la hiel de tus desdenes
en el fulgor de tus pupilas negras!

Eso, no mas, te pido.
¡Que al terminar mis horas intranquilas,
caiga sobre las penas que he vivido,
la extremaunción de luz de tus pupilas!

Á LA DIOSA.

Otra vez más al pie de tus altares,
temblando de fervor, diosa, me tienes.
Hoy á tí suben todos mi pesares,
como nube de incienso
que el corazón, un rítmico incensario
donde arde el fuego de mi amor intenso,
eleva hácia tu alma. En el santuario
de la antigua pasión vuelvo á postrarme
de hinojos, diosa mía,
porque quiero en tus aras comulgarme
á la luz de la fe que antes sentía...

Escucha: es mi oración! A tí levanta
su cadencioso vuelo,
como un ave eucarística que canta
un dulce canto que aprendió en el cielo.
A la antigua pasión ya no resisto!
El labio que tu pie temblando besa
es el que te negó, cual Pedro á Cristo.
Sobre la frente que ante tí se inclina,
de la innoble traición la angustia pesa,
y, abatido mi orgullo cual la encina
que troncha el huracán, vengo á implorarte,
pordiosero de amor, una ternura
que me dé inspiración para cantarte.

El corazón que te ofrecí, no ha muerto:
ha cruzado á través de otros amores
como un barco á través de la tormenta,
y ahora vuelve á tu culto, como al puerto
vuelve el barco que todos los furores
ha sostenido de la mar violenta.

Destrozado quedó, pero si quieres
reparar la ruina que lo abate,
lo verás avanzar á tus quereres
como avanza el vigor hácia el combate.
Si me alejé de tí, perdón te implora
el pecho que en su culpa halló el castigo.
¡El mar que atravesé fué mi enemigo!
Y si á otros credos les confié mi suerte
desde hoy vuelvo á tu culto, y desde ahora
te seguirá mi amor hasta la muerte!

DONNA CELESTE.

Dejadle paso! que su blanca veste
no ha de rozar con nadie en el camino.
¿No veis que es un espíritu celeste
que con sus alas á la tierra vino?

Dejadle paso! Al avanzar serena
brilla en su rostro que enceguece al verlo,
la fatal expresión de una sirena
que atrae hácia el abismo sin saberlo...

Vedla pasar! Es como un cisne blanco
que en cerúlea extensión muestra sus galas
y llueve el sol sobre su ebúrneo flanco
gotas de luz que ruedan por sus alas.

Dejadle paso! Tenue y vaporosa
como un ensueño, la deidad avanza.
¡Visión de nieve, imagen candorosa,
tú traes la luz: la luz de la esperanza!

¡Oh, dejadla pasar! Angel que vuelas
rozando el suelo con tu níveo manto,
¿no te apiadas de mi? ¿no me consuelas?
¿no te detienes á enjugar mi llanto?...

. . . . . .

El tul de una ilusión esplendorosa
cuando avanzas mi espíritu entreteje...
¡Y hoy pasas sin mirarme! ¡Y vas dichosa!
¡Oh! Dejad que se aleje!... que se aleje!

DE MIS AMORES.

Madre ¡cuánto sufro
por la niña aquella!...
la de azules ojos,
la de rubias trenzas,
la que yo idolatro
con el alma entera,
la que cierto día pasó ante nosotros
y, ahogando un suspiro, yo te dije:
¡Ay, madre del alma, [«¡es ella¡»
qué terrible pena
es buscar amores y encontrar tan
mucha indiferencia!... [sólo
Soy como el viajero
que en noche muy negra
mira hácia la altura
buscando una estrella,
y ve en las alturas
tan sólo tinieblas!
Yo miré hácia un alma
buscando la estrella
de un amor profundo
que su luz me diera,
y encontré tan sólo,
¡tan sólo tinieblas!....

. . . . . .

¡Ay, madre del alma!
qué terrible pena
es buscar amores,
es buscar ternezas,
y encontrar, en cambio,
¡mucha indiferencia!...

. . . . . .

Madre, yo te pido
por lo que más quieras,
por tus ilusiones,
por la vida entera
de tu pobre hijo
que vayas á verla,
que le cuentes todas,
¡todas mis tristezas!
que allí, de rodillas,
le pidas que sea
menos inhumana,
menos altanera,
que en la luz celeste de sus gran-
mi ternura envuelva, [des ojos

que me dé la dicha
que cruel se lleva,
que me quiera un poco,
madre, ¡que me quiera!...
Díle que en mi vida
sus desdenes pesan
como sobre un hombro
una mole inmensa;
díle que en mi alma
flota la tristeza
como sobre un río
una nube negra;
dile que esa mole
y esa nube inmensas
¡ay! sin energías
y sin luz me dejan!...
Díle sollozando
que tú eres muy buena,
que tú no mereces
la angustia suprema
de ver que tu hijo
se muere de pena;
ábrele tu pecho
que el dolor lacera,
ábrele tu pecho para que á sus ojos
brille el sufrimiento, como humilde
que dentro su concha [perla
ocultar quisiera
sus blancos destellos;
díle que tu sufres
con mis propias penas;
¡hablen tus sollozos!
y, á sus plantas, ruega
que no me abandone.
¡Nada hay que conmueva
como los sollozos
de una madre! ¡Ruega!
y si no se ablanda
su pecho de piedra,
si no se conmueve
al ver tu tristeza,
si no arroja á un lado todos sus rigo- [res,
como un atavío que elalma despre- [cia,
si luego sus ojos
á mis ojos niega,
madre, yo me mato, porque no me- [rece
que sufra por ella!...

TUS PUPILAS.

Son un mar tus pupilas tentadoras
donde la perla del ensueño asilas.
Como la mar, traidoras,
profundas como el mar son tus pupilas.

—

Las agitan recónditos furores,
como al mar, cuando cruza la tormenta,
¡y saltan al vacío sus fulgores
como espumas de una ola que revienta!

—

Ellas retratan á la nube obscura
que una mancha de sombra les arroja.
¡Yo he visto, en los momentos de amargura,
asirse á tus miradas la congoja!

—

De tus pupilas elevarse veo
cuando cargadas de pasión me besan,
fugitivos chispazos del deseo
que, cual aves marinas, atraviesan;

—

Por ellas indulgencias y rigores
á lo más hondo de mi sér destilas,
y comprendo al bañarme en sus fulgores
que llevas la esperanza en las pupilas!...

—

Un mar de donde brotan mis auroras
es el mar de tus ojos, adorada;
por eso en tus pupilas soñadoras
sumerjo intensamente la mirada...

En ese mar, también, hallan mis días
una tumba que guarde sus destellos.
El sol de mis doradas alegrías
muere en el fondo de tus ojos bellos!

—

Abismo de mi afán, por él relevan
á mis glorias de amor las desazones.
Mis ilusiones desde allí se elevan
y allí van á caer mis ilusiones.

—

Y es siempre mi pasión la castigada
con ese altivo mar en las querellas.
Si de sus ondas brota la alborada
es porque el sol ha de morir en ellas!

—

Inconstante y traidor, siempre mantiene
en rudo sobresalto el pecho mío:
ya el bajel de mi amor, blando retiene,
ya lo hace zozobrar, hosco y bravío.

—

Siempre estudio ese mar y siempre en vano
quiero saber cómo obrará su imperio.
Igual que cuando miro el océano,
se estrella mi razón contra el misterio!

—

De lo más hondo de ese mar levanta
su vuelo una canción dulce y serena:
es la promesa de un amor que canta
como canta en los mares la sirena.

—

¡Cuántos pobres viajeros atraídos
por ese canto que hasta el alma llega,
dejaron sus ensueños sumerjidos
en ese mar donde el dolor navega!

. . . . . .

. . . . . .

—

Son un mar tus pupilas. Yo he buscado
á través de sus ondas la pasión,
y en sus ondas de luz ha naufragado
mi pobre corazón!

SONETO.

Cuando el postrero desencanto llegue
á extinguir de este afán las vibraciones,
y al astro inspirador de mis canciones
de una sombra infinita oculte el pliegue;
cuando la noche victoriosa anegue
al alma, como un mar, y sus crespones,
ahuyentando alegrías é ilusiones,
como banderas del dolor despliegue,
me alejaré por siempre de tu lado,
y mientras por la sombra esclavizado,
prosigo de otro amor la ruta incierta...
abandonada quedará mi lira,
cual un ave infeliz que por tí expira,
sollozando un adiós, junto á tu puerta!

---

* * *

La fe me acompaña. De bríos voy lleno.
Provoco á la suerte, desprecio á la muerte.
¡La luz de mi vida gloriosa se expande!
¡Yo quiero ser bueno,
yo quiero ser fuerte,
yo quiero ser grande!
Yo quiero ser grande para que me admire,
yo quiero ser fuerte para que me siga,
yo quiero ser bueno para que me quiera.
Detrás de este anhelo iré hasta que expire.
Yo haré de la suerte contraria una amiga.
Si muero en la lucha, ¡no importa que muera!
Desprecio á la muerte;
prosigo sereno;
¡mi audacia se expande!
Yo quiero ser fuerte,
yo quiero ser bueno,
yo quiero ser grande!
Así exclamaba un día
al sentir en mi pecho la alegría
de una nueva ilusión; así, extasiado
ante no sé qué alegres fantaseos,
exclamé, trastornado
por la visión de todos mis deseos....
Mas, sintiendo otra vez sobre mi frente
el peso de la angustia que la empaña,
y que allí donde estoy, está presente,
como una sombra que á mi pié acompaña,
dije llorando: corazón no cantes;
no olvides los rigores de tu suerte;
el himno de la vida no levantes,
¡oh tú que ya eres todo de la muerte!
Yo no puedo luchar! No tengo ardores.
Ni una sola ambición me infunde aliento.
El árbol crece cuando ve fulgores
que lo atraen al azul del firmamento.
Yo no veo fulgores. La tiniebla,
como un castigo, sobre mí se extiende.
¡La niebla que me oculta, es una niebla
donde jamás el sol un beso prende!
Soy un árbol sin savia y sin primores
desde que me sacude la congoja.
¿Para qué brotar flores
cuando no hay una mano que las coja?....
¿Luchar querías, corazón infausto?
¡Qué loco desvarío!
Ir á la lucha, cuando estás exhausto!
Ser llama, cuando sientes tanto frío!...
¿Pretendías lanzarte á la batalla
confiado en tu valor? ¡Vana quimera!
¡Oh corazón incorregible, calla!
No se puede ser brazo y ser bandera.
Dar la existencia tu valor quería
sin saber que anhelaba un desacierto.
¡Ya no la puedo dar, porque no es mía!
¡Ya no puedo morir, porque estoy muerto!

Te hizo creer posible la victoria
de un ensueño feliz el loco alarde.
¡Ya no quiero luchar, ni por la gloria!
¡Ya en nada tengo fe: soy un cobarde!
Ella mató la fe que me alentaba,
y hoy, si entrase á la lid, ya no obtendría
los laureles que otrora conquistaba,
porque ella es mi valor, ¡y ella no es mía!

Ir á la lucha ¿para qué? Si acaso
me llevase á vencer un noble intento,
sin que viniese á detener mi paso,
como un profundo abismo, el desaliento,
el desengaño en el instante mismo
de mi inútil victoria surgiría,
y después de salvarme de ese abismo,
en otro me hundiría!...

Luchar! luchar con ánimo sereno
para lograr ser grande, fuerte y bueno,
es gloriosa actitud: la lucha es recia!
pero esa gloria mi pasión no inspira,
que si logro torcer á mi destino,
el desengaño exclamará en mi lira,
viendo que su desdén contra mí arrecia
la mujer que obstinada me zahiere:
ser grande ¿para qué? si no me admira!
ser fuerte ¿para qué? si me desprecia!
ser bueno ¿para qué? si no me quiere!

JULIO HERRERA Y REISSIG (1)

LA ESTRELLA DEL DESTINO.

La tumba, que ensañóse con mi suerte,
me vió acercar á vacilante paso,
como un ebrio de horrores, que al acaso
gustase la ilusión de sustraerte.

En una larga extenuación inerte,
pude medir la infinidad del caso,
mientras que se pintaba en el ocaso
la dulce primavera de tu muerte.

La estrella que amparónos tantas veces
y que arrojara en medio de las preces
un puñado de luz en tus despojos,

hablóme al alma, saboreando llanto:
« ¡Oh hermano, cuánta vida en esos ojos
que se apagaron de alumbrarnos tanto! »

(1) Julio Herrera y Reissig nació en Montevideo en 1873. Es la contradicción más evidente al medio literario en que se agita. De su musa extraña y versátil, de su misantropía literaria, de su rebeldía intelectual, de su *dandysmo* sombrío y trá-

EL BANCO DEL SUPLICIO.

et puis je suis parti, pleurant comme un enfant.
Musset.

A punto de dormirte bajo el ledo
suspiro del arcángel que te guía,
hirióme el corazón tu analogía
con una ingrata que olvidar no puedo.
Reclinada en el banco del viñedo
junto al tilo de exánime apatía,
al iluso terror de que eras mía
me arrodillé con tembloroso miedo.
Partido por antiguo sufrimiento,
sobre tu frente agonicé un momento....
y cuando el sueño te aquietó en el blando
tul irreal de los deliquios suyos,
uniéronse mis labios á los tuyos,
y como un niño me alejé llorando.

EL CAMINO DE LAS LÁGRIMAS.

Citándonos, — después de obscura ausencia,
tu alma se derretía en largo lloro,
á causa de quién sabe qué tesoro
perdido para siempre en tu existencia.
Junto á los surtidores, la presencia
semidormida de la tarde de oro
decíate lo mucho que te adoro
y cómo era de sorda mi dolencia.
Pesando nuestra angustia y tu reproche,
toda mi alma se pobló de noche....
Y al estrecharte murmurando aquellas
remembranzas de dicha á que me amparo,
hallé un sendero matinal de estrellas,
en tu falda ilusión de rosa claro.

---

gico á lo Jorge Brummel, de su rara imaginación, macabra hasta Verhaeren, alegre hasta los copleros populares, de sus canciones de un enfermo sonambulismo, sólo queda en el espíritu una perturbación vaga, un temor lejano de algo desconocido.... Las rimas de Swinburne y de Rossetti, las vírgenes de Fray Angélico, la azulada delicuescencia de los fumistas franceses.... Su obra en prosa es más sólida, más humana; hay allí salud y vida; la imaginación brilla y ríe; y en el fondo hay verdad y ciencia. Cierto que baraja el tecnicismo y las metáforas en una suerte de malabarismo literario, pero hay allí gracia, sugestión é intenso interés. El concepto pesimista de una crueldad refinada, no es más que fruto del medio ambiente; dentro de otra órbita, lo que aquí es artificial, enfermo, resultaría sano y profundamente viril. De cualquier modo JULIO HERRERA Y REISSIG, es un escritor fuerte, el de más intensa personalidad propia entre los de su generación. Sus puntos de contacto con el obsediado por *Zarathustra* no son más que alardes de un *dilettantismo* literario más ó menos raro, más ó menos sincero. Poeta, el más original, el más inspirado; prosista, el más ardiente, el más brillante, es por sobre todo esto y antes que nada, un artista, un iluminado....

DECORACIÓN HERÁLDICA.

Señora de mis pobres homenajes,
Débote amar aunque me ultrajes.
Góngora.

Soñé que te encontrabas junto al muro
glacial donde termina la existencia,
paseando tu magnífica opulencia
de doloroso terciopelo obscuro.

Tu pié, decoro del marfil más puro,
hería, con satánica inclemencia,
las pobres almas llenas de paciencia
que aun se brindaban á tu amor perjuro.

Mi dulce amor que sigue sin sosiego,
igual que un triste corderito ciego
la huella perfumada de tu sombra,

buscó el suplicio de tu regio yugo,
y bajo el raso de tu pié verdugo
puse mi esclavo corazón de alfombra.

LA GOTA AMARGA.

Soñaban con la Escocia de tus ojos
verdes, los grandes lagos amarillos,
y engarzó un nimbo de esplendores rojos
la sangre de la tarde en tus anillos.

En la bíblica paz de los rastrojos,
gorgearon los ingenuos caramillos
un cántico de arpegios tan seucillos
que hablaban de romeros y de hinojos.

¡Y dimos en sufrir! Ante aquel canto
crepuscular, escintiló tu llanto....
Viendo nacer una ilusión remota,

callaron nuestras almas hasta el fondo
y como un cáliz angustioso y hondo
mi beso recogió la última gota.

LA SOMBRA DOLOROSA.

Gemían los rebaños. Los caminos
llenábanse de lúgubres cortejos;
una congoja de holocaustos viejos
ahogaba los silencios campesinos.

Bajo el misterio de los velos finos,
evocabas los símbolos perplejos,
hierática, perdiéndote á lo lejos
con tus húmedos ojos mortecinos.

Mientras unidos por un mal hermano,
me hablaban con suprema confidencia
los mudos apretones de tu mano,

manchó la soñadora transparencia
de la tarde infinita el tren lejano
aullando de dolor hácia la ausencia.

EL SUICIDIO DE LAS ALMAS.

Mort á mort et vie á vie....
Lamartine.

Sentimos ambos la apremiante y ruda
necesidad de perecer. Turbada
te ví llegar á mí, con la mirada
sin rencor infinitamente muda.

Llenóse la glorieta de una aguda
viudez. Y en el silencio de la estrada
la tarde se inmoló con una helada
y sepulcral insinuación de Buddha.

Llorando luego por una ancha herida,
te dí á beber mis penas con aciaga
lentitud, muerte á muerte y vida á vida....

Y al fin sin fuerzas para tanto exceso,
tal como en una fabulosa daga,
ebrio de Dios, me traspasé en tu beso.

LA NOVICIA.

Surgiste — emperatriz de los altares,
esposa de tu dulce Nazareno,
con tu atavío vaporoso lleno
de piedras, brazaletes y collares.

Celoso de tus júbilos albares,
el ataúd te recogió en su seno,
y hubo en tu místico perfil un pleno
desmayo de crepúsculos lunares.

Al contemplar tu cabellera muerta,
avivóse en tu espíritu una incierta
huella de amor.... Y mientras que los bronces

se alegraban, brotaron tus pupilas
lágrimas que ignoraran hasta entonces
la senda en flor de tus ojeras lilas.

LA AUSENCIA MEDITATIVA.

Je me souviens
Des jours anciens
Et je pleure.
Verlaine.

Tu piano es un enlutado misterioso y pensativo;
hay un sueño de Beethoven desmayado en el atril;
su viudez es muy antigua y en su luto intelectivo
tiene lágrimas muy negras su nostalgia de marfil.

En la abstracción soñolienta del espejo está cautivo
el histérico abandono de tu tarde juvenil;
su metafísica extraña cuenta un cuento extenuativo
á la alfombra, á la cortina y al dolor de tu pensil.

Tus glorietas me abandonan. Hoy los pálidos violines
me anunciaron la agonía de tus últimos jazmines.
Fué mi llanto á la ribera. Mientras el Hada neblina

abdicó frívolamente su corona de algodón,
en el exótico espanto de la vela sibilina
tus ausencias meditaban en mí gran desolación.

DESOLACIÓN ABSURDA

Je serai ton cercueil
aimable pestilence!...

Noche de tenues suspiros
Platónicamente ilesos:
Vuelan bandadas de besos
Y parejas de suspiros;
Ebrios de amor los cefiros
Hinchan su leve plumón
Y los sauces en montón
Obseden los camalotes
Como torvos hugonotes
De una muda emigración.

Es la divina hora azul
En que cruza el meteoro,
Como metáfora de oro
Por un gran cerebro azul.
Una encantada Stambul
Surge de tu guardapelo
Y llevan su desconsuelo
Hácia vagos ostracismos
Floridos sonambulismos
Y adioses de terciopelo.

En este instante de esplín,
Mi cerebro es como un piano
Donde un aire Wagneriano
Toca el loco del esplín.
En el lírico festín
De la ontológica altura
Muestra la luna su dura
Calavera torva y seca
Y hace una rígida mueca
Con su mandíbula obscura.

El mar, como gran anciano
Lleno de arrugas y canas,
Junto á las playas lejanas
Tiene rezongos de anciano.
Hay en acecho una mano
Dentro del tembladeral
Y la supersustancial
Vía láctea se me finge
La osamenta de una Esfinge
Dispersada en un erial.

Cantando la tartamuda
Frase de oro de una flauta,
Recorre el eco su pauta
De música tartamuda.
El entrecejo de Bhudda
Hinca el barranco sombrío
Abre un bostezo de hastío
La perezosa campaña
Y el molino es una araña
Que se agita en el vacío.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Deja que incline mi frente
En tu frente subjetiva,
En la enferma sensitiva
Media luna de tu frente,
Que en la copa decadente
De tu pupila profunda
Beba el alma vagabunda
Que me da ciencias astrales
En las horas espectrales
De mi vida moribunda!

¡Deja que rime unos sueños
En tu rostro de gardenia,
Hada de la neurastenia,
Trágica luz de mis sueños.
Mercadera de beleños
Llévame al mundo que encanta:
Soy el genio de Atalanta
Que en sus delirios evoca
El ecuador de tu boca
Y el polo de tu garganta!

Con el alma hecha pedazos,
Tengo un Calvario en el mundo;
Amo y soy un moribundo,
Tengo el alma hecha pedazos:
Cruz me deparan tus brazos,
Hiel tus lágrimas salinas,
Tus diestras uñas espinas,
Y dos clavos luminosos
Los aleonados y briosos
Ojos con que me fascinas!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Oh mariposa nocturna
De mi lámpara suicida,
Alma caduca y torcida,
Evanescencia nocturna;
Linfática taciturna
De mi Nirvana opioso,
En tu mirar sigiloso
Me espeluzna tu erotismo
Que es la pasión del abismo
Por el Angel Tenebroso!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

(Es media noche). Las ranas
Torturan en su acordeón
Un *piano* de Mendelssohn
Que es un gemido de ranas;
Habla de cosas lejanas
Un clamoreo sutil
Y con aire acrobatil,

Bajo la inquieta laguna,
Hace piruetas la luna
Sobre una red de marfil.

Juega el viento perfumado
Con los pétalos que arranca
Una partida muy blanca
De un ajedrez perfumado;
Pliega el arroyo en el prado
Su abanico de cristal
Y genialmente anormal
Fija el monte á la distancia
Una gran protuberancia
Del cerebro universal.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Vengo á ti, serpiente de ojos
Que hunden crímenes amenos,
La de los siete venenos
En el iris de sus ojos;
Beberán tus llantos rojos
Mis estertores acerbos,
Mientras los fúnebres cuervos,
Reyes de las sepulturas,
Velan como almas obscuras
De atormentados protervos!

¡Tú eres póstuma y marchita
Misteriosa flor erótica,
Miliunanochesca, hipnótica,
Flor de Estigia acre y marchita;
Tú eres absurda y maldita,
Desterrada del Placer,
La paradoja del sér
En el borrón de la Nada,
Una hurí desesperada
Del harem de Baudelaire!

¡Ven, declina tu cabeza
De honda noche delincuente
Sobre mi tétrica frente,
Sobre mi aciaga cabeza;
Deje su indócil rareza
Tu numen desolador,
Que en el drama inmolador
De nuestros mudos abrazos
Yo te abriré con mis brazos
Un paréntesis de amor!

LOS OJOS.

En una senda sombría
vílos y como eran dos
me rendí, pensando en los
riesgos á que me exponía.
Su aventurera hidalguía
me condujo á un torreón;
diéronme un néctar y al són
de mágicos violoncelos,
me aletargué en el divino
tálamo de la Ilusión.
Nadie á perturbarme vino;
ni el generoso ladrón
excedióse en su atención
de echar en mi copa vino....
Mas al despertar, oh cielos,
me hallé sin el corazón,
tiritando en el camino
torvo de los Desconsuelos.

EL PIANO.

Ella se puso muy pálida; yo me quedé taciturno;
fué á suspirar á la luna mi vaguedad metafísica.
Se extenuaba en un sollozo la evocación del Nocturno....
y ella engarzó su cabeza entre sus manos de tísica.
Un frío de tempestades nevó el recuerdo en su frente:
—¡No llores—la dije—ven!
¡Y yo lloraba también!...
—¿Qué te ha herido?
Y en la sombra destacóse fieramente
la dentadura del monstruo que despedazó á Chopin.

EL IDEAL.

Señora:
Tengo sed! Crucé el desierto de tu corazón. Y ahora
Llego á tus ojos. En este
Oasis debo morir.... Si quieres salvarme, llora
Un hilo de agua celeste.

EL SUEÑO.

Pediré, cuando me muera,
Que me pongan por sudario
Tu divina cabellera
Y tu corazón á modo de divino escapulario;
A la fosa de tu alma iré más tarde á soñar.
Llegará el Día del Juicio.... Cuando la trompeta austera
Llame á los muertos — ¡inútil! — yo no querré despertar.

LA ILUSIÓN Y EL POETA.

Di, ¿qué buscas, hermana? Doloroso regreso
Emboscado te aguarda en la cuesta sombría;
Perderás á la vuelta tu blancura de día,
Tus nupciales cortejos y tus vírgenes todas.
¡Vuelve al mundo, que es noche; abandona ese peso
De inquietud y nostalgia!
—Imposible, alma mía!
Yo estoy triste, me alejan vanidades y modas:
¡Oh, yo busco una lágrima en el fondo de un beso
Para hacerla engarzar en mi anillo de bodas!
. . . . . .
. . . . . .
—Y tú, hermano, qué buscas? Eres joven y fuerte
Y en tus ojos, no obstante, suda sangre una herida;
Vamos, seca esas lágrimas.... ¡ah, no quieras perderte;
No demores, ya es noche; perderás de esa suerte
El camino de rosas que conduce á la Vida!
Dame un beso!
—No puedo!
—Sígueme!
—Soy inerte!
—Oh, ¿qué esperas?
—Yo aguardo á mi fiel prometida;
Es puntual; no me engaña.
—¿Quién es ella?
—¡La muerte!

EL VIAJE.

A modo de Heine.

Juntaba rosas, suspensa de la ilusión de un Edén,
é interrumpiendo la alegre balada de sus amores,
me pareció en su sonrisa darme el feliz parabién:
—¿Me dirás, florista ilusa, para qué son esas flores?
—Para tejerle—me dijo—una guirnalda á tu bien.
. . . . . .
De regreso, por el bosque, me hallé con un carpidor.
Al verme dejó la azada, suspiró.... y meditabundo
pidióme al fin el pañuelo para secarse el sudor:
—¿Qué haces, buen hombre—le dije—y ese hueco tan profundo?
—Estoy cavando una fosa para enterrar á tu amor!

LOS CELOS.

Fué en un parque opalescente:
Siguiendo la mariposa del Amor ¡ay! de repente
Me clavé una espina.... En eso
Te ví á mi lado. Si me amas, tú puedes lánguidamente
Quitármela con un beso.

IDILIO ESPECTRAL.

Pasó en un mundo saturnal: Yacía
como cien noches pavorosas y era
mi féretro el olvido.... Ya la cera
de tus ojos sin lágrimas no ardía.

Se adelantó el enterrador. Sombría
estabas tú. Bramaba en la ribera
de la terrible Eternidad la austera
Muerte á la infeliz Melancolía.

Sentí en los labios el dolor de un beso.
No pude hablar. En mi ataúd de yeso
se deslizó tu forma transparente....

Y en la ebriedad de los más dulces mimos,
cayó la tapa y ambos nos dormimos
espiritualizádisimamente!

PLENILUNIO.

En la célica alcoba reinaba
Un silencio de rosas dormidas,
De tímidas ansias, de ruegos callados,
De nidos sin aves, de iglesias en ruina;
Mas de pronto, se siente que salta,
Que salta agitado, que llama ó palpita,
El vital corazón de una virgen:
¡Campana de fuego que al goce convida!

En su lecho, de escarchas de seda,
Cual cisne entre lirios, la virgen dormía:
¡Eran alas de su ángel custodio
Los leves encajes del alba cortina!
En su boca entreabierta mostraba
Una hermosa y extraña sonrisa
Que, la noche anterior, en sus labios
Pensando en un rezo, quedóse dormída!

Miréla, y de pronto quedéme extasiado,
Admirando sus formas benditas,
Y sus senos: las cúpulas blancas
Del templo de carne de Santa Afrodita
¡Besadla, Poeta, me dijo mi Musa,
Panal es su boca, bebed ambrosía,
Y sea la lengua, de ardientes rubíes,
La hostia de fuego de su eucaristía

Su frente tan blanca, tan pálida y tersa,
Semejaba la página nívea
En que Psiquis p ntaba sus sueños
Con sangre nevada de rosas lascivas.
Yo miraba en sus curvas ojeras
Las s ndas que atraen, las sendas prohibidas,
Las manchas sensuales, los arcos de gloria
Que adornan la eterna ciudad de la Vida!

Mi Musa me dijo: pedidle á Cupido
Su flecha de f ego, su flecha divina:
¡En el cuerpo sensual de la virgen
Hay dos aves, muy b a cas, dormidas!
¡Oh, Poeta, la virgen os llama;
Que sea su cuerpo la lúbrica lira:
¡Los r tmos más dulces los tiene su boca;
Su aliento es un verso de blanda armonía!

¡Oh, luna de amores! Fogoso brillante
Radiaba en la noche de sedas bruñidas,
En el bosque de sombra, aromado,
Que el negro cabello tendido esparcía;
Semejando la Venus de fuego,
Esa reina de crencha encendida,
Que es fúlgido faro en el mar de las noches,
Y blanca azucena en la frente del día!

Acerquéme, temblando: La virgen
Ostentaba la misma sonrisa
Que es novia del beso y hermana del llanto,
Que es pena y reproche, palabra y caricia;
Ostentaba las mismas ojeras:
Las sendas que atraen, las sendas prohibidas,
Las manchas sensuales, los arcos de gloria
Que adornan la eterna ciudad de la Vida!

¡Gran Dios! Ya eran ríos de vino mis venas,
Serpientes mis brazos, serpientes mordidas;
¡Mi fatal corazón se agitaba
Cual fiera convulsa sintiéndose herida!
Y, oh! solemne momento, oh! milagro,
Apenas la virgen despierta y me mira,
¡La fiera y las sierpes quedaron sin fuerzas....
Y sólo un arcángel sus alas batía!

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE (1)

LA CORTESANA.

Marchando por la alameda
Va la vieja cortesana,
Toda vestida de seda;
Marchando por la alameda
Con su gran cabeza cana.

La dama de compañía
La sigue penosamente
Llena de melancolía;
La dama de compañía
Que es su sola confidente.

Cruzan la larga avenida
Toda vestida de blanco,
Toda de blanco vestida;
Y al final de la avenida
Toman asiento en un banco.

Y se quedan silenciosas
Mientras las brumas inciertas
Van envolviendo las cosas;
Y se quedan silenciosas
Pensando en las glorias muertas.

En tanto el viejo jardín
Se puebla de ecos lejanos,
De nostalgias y de *spleen;*
En tanto el viejo jardín
Lanza sollozos humanos.

Hasta que la vieja dama
Escucha sonar la hora
Que desde el *manoir* las llama;
Hasta que la vieja dama
Murmura: Vamos, señora.

Y marchan por la alameda
Llena de melancolía,
Y el crujido de la seda
Suena en la larga alameda
Como un llanto de agonía.

Y la vieja cortesana
Es una sombra doliente
Con su gran cabeza cana,
Y la vieja cortesana
Lleva sombras en la frente.

La blancura de su nuca,
La palidez de sus manos
Y su mirada caduca;
La blancura de su nuca
Y sus cabellos ancianos;

Es un resto doloroso
de la gloria de la actriz;
Es un recuerdo piadoso,
Es un resto doloroso
De la Sárah de París.

---

(1) RAÚL MONTERO BUSTAMANTE es el más jóven entre los literatos nacionales que descuellan. Sin embargo en menos de cinco lustros de vida, ha realizado una labor considerable. Prosa y verso. — rimas y cantos heroicos, novelas y dramas, correspondencias y discursos —, hé aqui su bagage literario. El ha ascendido con brioso empuje el camino dificil para descubrir en pleno día la deseada cúspide, para llegar temprano á la obra definitiva. Y no se procure hallar en sus páginas, aún las primeras, impaciente llamado al aplauso. El no declama para las multitudes, él piensa para los selectos y siente con ellos. Sería en vano, por tanto, buscar en sus manifestaciones iniciales la vehemencia amanerada del escolar que cierra los libros de estudio para exteriorizar sus primeros sueños, la expresión enfática con que — siguiendo extraño paralelismo — se singularizó la infancia del siglo al romper el viejo molde clásico. Bien podría decirse, pues, de este escritor, que no ha conocido los balbuceos: su pluma tuvo siempre treinta años entre sus manos de niño. Esto pensará sin duda quien haya seguido al poeta desde sus « *Versos* » hasta el « *Canto á Lavalleja* », que le valió los lauros de un concurso; desde la « *Revista Literaria* » en que Montero se ensayó como Director, hasta « *Vida Moderna* », cuyas páginas le han servido para confirmar sus aptitudes como tal. Hoy el talento de Montero Bustamante se ha lanzado á un campo que le es verdaderamente propicio: « La Prensa » de Buenos Aires. En sus « *Correspondencias* » — ya juzgue un libro, una obra dramática ó un cuadro, ya aprecie la trascendencia de un suceso político —, él sabe mantener sereno el criterio y la expresión amable. Más de una vez he creído descubrir en ellas, aunque bajo forma más ligera, más nerviosa, algo de la elegante bonhomía de De Amicis....

JULIO LERENA JUANICÓ.

LA CATEDRAL

Una iglesia toda llena de negra melancolía,
La luz de una tarde triste en los altos ventanales;
Los monjes en sus sitiales
Con las frentes inclidadas, rezan una letanía.

Stabat mater, y el coro desgarra el silencio hondo,
Se eleva como un gemido sobre la nave desierta,
Y la lamparilla incierta
Alumbra apenas el Cristo que se desangra en el fondo.

En los góticos altares cuelgan los negros faroles,
De las claves de los arcos están los cirios pendientes;
Como fantasmas dolientes
Se agrupan dentro del coro los tallados facistoles.

Stabat mater, y el viento que penetra por la ojiva
Llora en la bóveda incierta, corre por los arquitrabes,
Se desliza por las naves
Y hace parpadear la llama de la lámpara votiva.

Stabat mater, las voces cantan, lloran ó se quejan,
Las confusas resonancias van callando temerosas,
Los perfiles de las cosas
Se borran y se deslien como sombras que se alejan.

Termina el coro, los monjes están todos de rodillas,
Muere la luz tristemente en los azules vitrales,
Las estampas medioevales
Lanzan lúgubres sollozos que surgen de las capillas.

En los largos corredores se oye el rumor del rosario,
Los monjes van por los claustros como muda caravana,
Y el llanto de la campana
Se desgrana sobre el campo desde el alto campanario.

Los muertos en los sarcófagos duermen su sueño ancestral
En los nichos las imágenes han doblado la cabeza,
Y diez siglos de tristeza
Envuelve el sueño de piedra de la vieja catedral.

GRECIA.

Se agrietaron las columnas,
Se desplomaron los templos,
Y sobre la tierra dórica
Reinó silencio.
Vinieron de todas partes
A ver las ruinas del pueblo:
El Partenón mutilado,
El Acrópolis desierto,
Las columnatas caídas
Junto á los plintos severos,
Cual si un vendaval hubiera
Batido al Peloponeso.

La procesión de las razas
Desfiló sobre el desierto
Sin conseguir arrancar
A las piedras su secreto.
Nadie lo sabrá jamás,
Sepultóse con el pueblo,
Duerme con la raza doria
En los regios mausoleos.
En las colinas de Atenas
Solitario, canta el viento,
Y su voz dice: « ¡jamás! »
Y dicen: « ¡jamás! » los ecos.

BEETHOVEN.

En los cristales de la vidriera
Agonizaba la luz difusa,
Era una tarde de primavera
Evocadora como una musa.

El humo azul, de los cigarros
Flotaba apenas en el estudio...
Como un lejano rodar de carros
Brotó del piano nuestro preludio.

El arco sabio rozó las cuerdas,
Gimió la caja llena de angustia,
Palidecimos los dos ¿te acuerdas?
Y tu dobiaste la frente mustia.

Tembló el andante, todos callaron,
Tus stradivarius insinuó el canto
Y nuestros ojos se dilataron
Hipnotizados por el espanto.

Gimió el allegro, lloraba el piano
Como un quejido que se dilata,
Eran sollozos de un llanto humano
Las agrias notas de la sonata.

Las desgreñadas frentes altivas
De los bohemios sentimentales
Caían torvas y pensativas
Sobre los brazos de los sitiales.

Había sombras acurrucadas
Tras las cortinas de los balcones,
Y las estampas alucinadas
Se retorcían en los plafones.

La luz moría, la noche incierta
Llamó en los vidrios con golpe ami-
En las ventanas la tarde muerta go,
Dobló la frente sobre el postigo.

Cuando concluimos y la batista
Enjugó apenas tu frente blanca
Estaba el alma del viejo artista
Adormecida sobre la caja.

SIMBOLISMO.

(Andante).

Una noche oscura...
Una luz extraña que se agita y anda,
La llanura incierta lleña de ansiedades,
Y una sombra errante que aterida pasa.
En el cielo gimen ayes lastimeros,
Notas lamentables de expresión errática
De una sinfonía blanca de Beethoven
Que insinúa apenas una orquesta extraña.
Llueven incesantes pétalos de flores
Que en la sombra brillan como tenues llamas,
Impalpables corren, lúgubres murciélagos
Persiguiendo acaso, restos de esperanzas.
. . . . . .
. . . . . .
Y la luz ignota
Que se agita y anda,
Sigue vacilando su camino incierto,
Sigue temblorosa su agonía larga.
Y la sombra errante
Que aterida pasa,
Corre sin descanso
Tras la luz extraña:
Y es la sombra triste, vaga é impalpable
Que camina, mi alma.
Y es la luz que tiembla, que agoniza y tiembla,
¡Mi última Esperanza!

INICIACIÓN.

El festín está triste y silencioso...
Agoniza en el marco de las caras
En una lividez desesperante,
El horrible albayalde de las máscaras.
Sonríe la ironía de la muerte
Sobre el carmín que se marchita y aja;
Las vacilantes plantas se deslizan
Sobre un montón de flores estrujadas.
La luz lívidamente
Sobre aquella agonía se derrama,
Y vagan al aire, como un sueño,
Las notas de una lúgubre romanza.
Sobre todas las frentes
Una corriente de tristeza pasa,
Y se asoma el fantasma de la Tisis
En unos ojos turbios por las lágrimas.
Las ojeras se encienden,
Todos los labios callan,
Ya no se escuchan los alegres gritos
De aquella enferma juventud romántica...
Y en la vaga,
Como una extraña procesión fantástica,
Entre rojos pudores desgarrados,
Y dulces timideces desfloradas,
Entre un suave tropel de melodías,
De oraciones, de flores y de lágrimas,
Como un ángel caído,
Que batiendo sus alas se alejara,
La virgen Inocencia
Entre las sombras de la noche pasa!

NOCTURNO.

(De Chopin).

Lúgubremente camina bajo la noche angustiada
Como una visión sombría del país de los Ensueños
Lleva la frente agobiada
Bajo el peso de sus sueños.
Lúgubremente camina, á la luz agonizante
De una luna blanca y fría, fría y blanca como un muerto,
Y su sombra delirante
Se extiende sobre el desierto.
Lúgubremente camina, viajero de extraños alares
Por la llanura agitada por negros presentimientos
Con su carga de pesares,
De lágrimas y lamentos.
Lúgubremente camina, camina lúgubremente
Doblegado bajo el peso de cien muertos ideales;
Yo lo miro tristemente
Partir, desde mis cristales,
Es mi espíritu que huye, epiléptico y sonámbulo
A hacer su excursión eterna al país de los Ensueños,
Es mi espíritu noctámbulo
Que va en busca de sus sueños!

DE LOS POEMAS DEL CALVARIO.

Cristo llora....

Et flevit super illam.

Sus lágrimas misteriosas, llenas de amarga ternura
Corren sobre sus mejillas pálidas y desvastadas,
Y en su frente lamentable, el Angel de la Amargura
Bate sus alas malditas, sus alas desesperadas.

Sus ojos llenos de vagos y lejanos resplandores,
Sus ojos llenos de luces y de pálidos reflejos,
Sus ojos llenos de sombras y de infinitos dolores,
Sus ojos llenos de lágrimas, miran mudos á lo lejos....

Sus ojos miran; clavados en la ciudad pecadora,
Húmedos y fatigados, llenos de inmensa confianza,
Y en el monte se levanta la cruz amenazadora
Como una gran esperanza....

. . . . . .

Sobre el Calvario sangriento está el leño desolado
Con sus dos brazos abiertos abrazando al horizonte,
Está el Redentor del mundo en el madero clavado,
Y tiembla como un gigante lleno de pavor el monte.

Ruje la voz de los cielos en un *crescendo* iracundo,
Llora el viento sobre el leño la Balada de la Muerte;
Cristo agoniza, su sangre se derrama sobre el mundo,
Y hay cien suplicios horrendos sobre su cabeza inerte.

Declinan sobre su frente sus mil martirios acerbos,
Está en sus ojos la noche y está en sus labios la calma,
Y á lo lejos se levantan como bandadas de cuervos
Los negros remordimientos de aquella ciudad sin alma.

Está el frío de la muerte sobre su frente angustiada,
El desamparo infinito besa su semblante yerto,
Y el viento grita incesante con su voz desesperada:
¡Cristo ha muerto!

DEL LIBRO TRISTE.

I.

Llegaron los frailes
Vestidos de negro,
La gente enlutada
Fué llenando el templo:
Amigos y extraños,
Parientes y deudos,
Y entre todos tan sólo faltaba
La novia del muerto.

Rezóse un rosario,
Luego un fraile viejo
Pronunció un responso
Y bendijo el cuerpo.

Parientes y amigos
Besaron al muerto,
Y en el viejo portal de la iglesia
Despidióse el duelo.

Al fin quedó solo
Tendido en el féretro,
Alumbrado apenas
Por la luz del templo:
Las manos cruzadas,
El semblante yerto.
Y errando en los labios crispados y fríos
Un dolor supremo.

Las viejas imágenes
Miraban al muerto
Y entre sí cambiaban
Compasivos gestos.
En los ventanales
Sollozaba el viento,
Y el horror de la noche flotaba
En torno del féretro.

Cuando tu llegaste
A rezar al templo
La mañana aquella
Después del entierro,
Yo vi á las imágenes
Llorar en silencio,
Y mirarte postrada de hinojos
Con hondo desprecio.

II.

Pudieron perdonarte,
La absolución te dieron,
Hiciste penitencia
Acosada por cruel remordimiento,
Y risueña, y alegre, y sin cuidado
Te vi salir del templo.

Pero, hija, reflexiona,
No rías de contento,
Que, ¿acaso es solo mármol
Eso que late adentro de tu pecho?
Pero dime, ¿tu sabes desgraciada
Si te perdona el muerto?

VI.

Déjame, no me preguntes
Que siento el alma cansada....
Cómo pretendes que encuentre
Como traducir las lágrimas,
La amargura, los lamentos,
El horror y la desgracia.
Déjame solo, que inútiles
Y sin color, las palabras
No podrían expresar
Lo que el corazón se calla
Y sólo expresan los ojos
En que desbordan las lágrimas.
Déjame, no me preguntes,
Que tengo el alma cansada....
Que hasta olvidarlo quisiera
Si es que el dolor se olvidara.

VII.

No me pidas que te cuente
Lo que el infeliz me dijo,
¿Acaso quieres gozarte
Con su terrible martirio?....
Ah ¿lloras? Llora, que el llanto
Aún es muy poco, poquisimo,
Para pagar todo el mal
Que á ese pobre has inferido.
Quieres que te cuente entonces
Lo que el infeliz me dijo:
Mira, me habló de su madre,
De su dolor, de sus hijos.
Luego te nombró, y tu nombre
Brotó de sus labios lívidos
Como un sollozo supremo,
Como un agónico grito,
Y nada me dijo ya;
Quedó callado y tranquilo
Mirando los limoneros
Llenos de azahares marchitos.
El viento sobre el tejado
Sollozaba como un niño.
El miraba la ventana
Profundamente abstraído.
Tu pasaste por la huerta
Y el mirándote me dijo:
« Las golondrinas se van
Pero vuelven en estío. »

VIII.

Era una tarde fría,
Paseaba por el mudo cementerio,
Leía distraido
Los obscuros letreros,
De pronto sentí un ruído,
Se tornó más helado mi semblante,
Eran los moradores de las tumbas
Que venían en ronda sáludarme.

XX.

Murió, vestiste luto,
Lloraste mucho tiempo,
Mas el dolor no mata, al fin y al [cabo
Tú también te olvidaste de aquel [muerto.
Y hoy, talvez mientras sopla
Sobre su tumba el cierzo,
Mientras acaso rígidos y solos
Se hielan de dolor sus pobres huesos,
Tú, aclamada y hermosa
Sigues por tu sendero,
Sin acordarte que existió siquiera,
¡Sin acordarte de aquel pobre muer- [to!

XXIII.

¡La angustia, en los ojos,
El ruego en los labios,
Le miraste un día, mujer maldecida,
A tus pies temblando!
Hoy mira es distinto,
Hoy mira!.... qué cambio!....
¡El desprecio en sus rudas palabras,
El insulto en sus labios!

XLIX.

Me está golpeando en el alma
Esa música que suena,
Esa alegre serenata
Que pasa junto á mi puerta
Y en la calma de la noche
Tranquilamente se aleja.
Me hace mucho daño el aire
De esa música que suena;
Yo no sé si ya otra vez
Y de distinta manera
Escuché las mismas notas
En una noche de fiesta,
En una noche lejana.
Perdida entre las pavesas
Apagadas del pasado....
Mozos que correis la fiesta;
Rondalla alegre que al alma
Hablais con tanta tristeza;
Serenata misteriosa
Que posais junto á mi puerta,
Como el último recuerdo
De tanta esperanza vieja,
¡Bien hayan esos acordes!
¡Bien hayan esas cadencias!
¡Bendito el aire querido,
Mil veces, bendito sea!
Y sabed que en ese grupo
Que ya en la noche se aleja,
También va mi pobre alma
Donde tan triste resuena
Esa alegre serenata
Que pasa junto á mi puerta.

L.

Ya se ha acabado la fiesta,
Ya descansa la ciudad,
Se han apagado las luces,
La plaza desierta está,
Y los fuegos de artificio
Quemados, duermen en paz
Silenciosos y siniestros
Después de tanto brillar.
Por las calles solitarias
Voy arrastrando mi afán
Y tejiendo mis ensueños
Y mis rimas, al azar.
Las luces en los faroles
Adormiladas están;
Somnolientos, los serenos
Ni me miran, al pasar.
Al fin la calma, de nuevo
Ya recobró la ciudad,
Ya no turban con sus gritos
Tu silencioso soñar
Los grupos desenfrenados,
Has vuelto al fin á la paz.
En el reloj de la iglesia
Las cuatro sonando están,
Duerme, ciudad, que tu sueño
Muy pronto va á terminar,
Mira que ya en el oriente
El alba asomada está.

ASONANCIAS.

¡Alma de mis dolores!
¡Sombra de mi esperanza!
Espíritu que agitas las tinieblas
En que se mueve sin cesar mi alma,
Visión, ensueño,
Nimbo, plegaria....
¿Quién entre la sombría
Noche de mi alma sin temores pasa?

Anhelo de mis noches,
Aurora de mis lágrimas,
Idea arrebatada de mi frente,
Esperanza robada á mi esperanza,
Angel, espíritu,
Eco, fantasma....
¿Quién sobre los dolores
De mi alma triste sin temores pasa?

Alma de mis recuerdos,
Vibración de mi infancia,
Átomo de mi espíritu salido,
Descanso de mi alma fatigada,
Luz, armonía,
Cadencia, llama....
¿Quién sobre las tristezas
De mi alma enferma sin temores pasa?

Vibración de mis nervios,
Célula de mi alma,
Vestigio de un pasado venturoso,
Imposible atavismo de una raza,
Voto, tristeza,
Quejido, lágrima.....
¿Quién entre las tinieblas
De mi alma torva sin temores pasa?

Vida de mis ensueños,
Norte de mis borrascas,
Estrella que en la sombra de mis noches
Brilla como la luz de una Esperanza,
Astro, misterio,
Acorde, aura....
¿Quién sobre los abismos
De mi alma huraña sin temores pasa?

Aliento de mi espíritu,
Fulgor de mi esperanza,
Idea muerta que en mi sér se yergue,
Elegía formada con mis lágrimas,
Lirio, perfume
Leyenda, ansia.....
¿Quién sobre los misterios
De mi alma obscura sin temores pasa?

Yo te vi desfilar como un ensueño
Sobre la turba bramadora y brava,
De todas mis pasiones,
Acallando huracanes y borrascas.
Yo te miré acercarte cantelosa
Hasta lo más recóndito del alma,
Deslizándote inquieta
Como Jesús sobre las verdes aguas.
Yo te miré acercarte entre la noche
De todos mis temoros y mis ansias,
Eras una blancura deslumbrante,
Eucarística flor de una esperanza,
Lirio, perfume,
Voto, plegaria,
Visión, ensueño,
Nimbo, fantasma,
Luz, armonía,
Acorde, lágrima,
Angel, espíritu,
Eco, nostalgia,
Astro, misterio,
Reflejo,
¡Alma!

LAVALLEJA (1)

« He puesto la mano sobre el corazón de la patria, y lo he sentido latir ».

¡Vieja visión de gloria,
Heroica vibración del alma mía,
Que cruzas mi memoria
Como el acorde errante
De lejana armonía
Que envuelve al fatigado caminante!
Detén tu marcha, espera,
Arrástrame en tu rápida carrera
A través de ese cielo constelado;
Que mi alma, en una sola
Ambición de triunfar, á tí se lanza
Llevada por el viento del pasado,
Como encrespada ola
De luz, de inspiración y de esperanza!
¿Por qué te vas? ¿No ves que en mi cerebro
Siento el hervor de trágicos cantares,
Y brillan las estrofas en la sombra
Como estrellas ó rojos luminares?
Crucen sobre mi frente
Esas voces inciertas
Que de los labios de la patria brotan,
Resurrecciones de leyendas muertas,
Cendales de recuerdos
Que en el silencio de la noche flotan.

Gigantesca visión que te detienes:
En mis trémulas manos
Tengo un verde laurel para ofrendarte
Y ceñir á tus sienes,
Y una lira de luz para cantarte!
¡Te alejas otra vez! Son tus visiones
Que se van en tropel desesperado:
¡Lanzas, sangre, banderas, maldiciones,
Cargas, ayes, clarines y cañones,
La Derrota, la Muerte y la Victoria,
Informes procesiones
Que cruzan sobre el cielo y que se pierden
Entre nubes de pólvora y de gloria!
Allá va, confundida
Entre el tropel de trágicos recuerdos
La sombra de la patria
Por todas sus victorias escoltada,
Por todos sus martirios redimida,
Por todos sus trofeos circuída
Y por todos sus héroes custodiada.
¡Artígas, Lavalleja,
Rivera, con su indómito gauchaje,
Todas las glorias de la patria vieja
Como un turbión de inspiración salvaje.

(1) Canto premiado con la medalla de oro en el concurso literario celebrado en Montevideo, el 15 de septiembre de 1902, con motivo de la inauguración del monumento á Lavalleja en la ciudad de Minas.

Declamado por su autor al pie de la estatua.

La victoria primera
En gloria y negra ingratitud manchada,
La leyenda triunfal del año trece,
La tricolor bandera
Que es un lampo de luz que resplandece
Sobre el viejo arenal de la Agraciada!

¡Pero te canto á tí! Mi voz vibrante
Llega á tu augusta eternidad de piedra;
¡Levanta la cabeza poderosa,
Que tu sombra gigante
Surja resplandeciente de su fosa!
Te canto á tí, libertador del pueblo,
¡Héroe de la Agraciada!
A tí, el guerrero de la blanca frente
Por aureola de gloria iluminada.
A tí, que cuando siento en la mirada
El fulgor de tus ojos pensadores
Donde el alma uruguaya resplandece,
Me llenas el espíritu de flores
Y absorta mi existencia se estremece.
A tí, el viejo guerrero
Que acompañaste al héroe del pasado
Cuando cruzó fugaz como el pampero
Sobre el suelo nativo rebelado.
A tí, que entre la gloria de las Piedras
Bautizaste tu alma de patriota,
A tí, que viste su inmortal figura,
Y sentiste la bárbara amargura,
La amargura feroz de su derrota.
A tí, arrojado del paterno nido
A la tierra extranjera
¡Despojo de una bárbara victoria!
Mientras caía el Uruguay vencido,
Rota la frente y de luchar rendido
Sobre el rojo sudario de su gloria.
A tí, viejo adalid, ejemplo mudo
Que te yergues eterno sobre el llano,
¡Padre de la cruzada redentora!
A tí, que estás de pie sobre el escudo
Sangriento del tirano
En el dintel de la primera aurora.
El que pisa la patria sometida
Y hace surgir la libertad del pueblo
Que se irguió vengador, sobre su sangre,
Y levantó la frente en la Florida.
¡Aquél del Arenal!... Sobre las lomas
Pasa el tropel, la rauda cabalgata,
Que es un supremo y trágico latido
Del corazón del pueblo redimido
Que dentro de los pechos se dilata.
¡Los Treinta y Tres... la aurora... la bandera...
La tricolor bandera vengadora
Que flota con delirio
Desplegada á los vientos de la patria,
Como un girón de aurora
Salpicado con sangre de martirio!

. . . . . .

Allá en el Arenal... lejos.... muy lejos
Tras los cerros altivos,
Junto al río que canta y rumorea,
Aun el recuerdo flota,
Aun palpita la esencia de su idea,
Aun se escucha su acento
Como el quejido de una lira rota.
Mirad... mirad... el viento
Trae en sus alas, viajador cansado,
El lejano rumor de esa ribera:
¡Aspirad el recuerdo del pasado,
Sentid en vuestras frentes
La caricia triunfal de su bandera!
Mirad cómo desfila
Al pie del monumento,
Esa visión que vive en mi pupila:
Al frente va el guerrero,
¡Aquél de Sarandí!... pueblo, contempla
Su silueta de luz... transfigurado,
Erguido en los estribos se incorpora:
¡Es la visión gloriosa del pasado!
Brilla sobre su frente
Toda una libertad, toda una aurora,
Todo un sacro poema sobrehumano,
Y está en sus labios el vibrante grito:
« ¡Carabina á la espalda y sable en mano! »

¿Le reconoces, pueblo?... si es el mismo
Que está en tu corazón... si es el patriota
Que redimió á tu madre del abismo,
Del abismo sin luz de la derrota.
El que vive en tu propio pensamiento
Y tu fe y tus ensueños enardece,
El héroe aquel, del santo juramento
Que en el fondo de tu alma resplandece.
El viejo, cuyo nombre misterioso
Nuestros labios de niño, pronunciaron
Junto con las primeras oraciones
Que escalaron el cielo,
Aquél de las canciones,
El coplero ge til de los bastiones,
Aquél de las historias del abuelo!

Pueblo, mírale bien, lleva en tu alma
Impresa la figura del guerrero,
Ese girón de gloria
Arrancado á la historia
Y fundido en el bronce duradero.
No le olvides jamás, desde su solio
El la senda que sigues ilumina,
El preside tu marcha hácia la cumbre,
Apóstol que camina
Guiando á la cansada muchedumbre.
En las horas sin luz del desaliento,
Cuando la noche venga,
Cuando la patria, muda se detenga
E incline la cabeza pensativa
Soñando en la venganza,
El soplará en su frente la esperanza
Y otra vez se alzará, fiera y altiva.

Quinto Medallón

¡No le olvides jamás! desde su gloria
Con sus ojos de luz, te está mirando;
Es un astro que alumbra
La silenciosa noche de tu historia.
Cuando se quede solo,
Cuando el día, muriendo en Occidente,
Deje su beso en la bronceada frente;
Cuando, pueblo, disperso en los hogares
Repitas los cantares
De este día feliz, en que mi acento
Vibra inspirado al pie del monumento,
¡Recuérdale de nuevo!
¡Vuelve á evocar su gloria legendaria!
¡Ten en su sombra tus recuerdos fijos!
¡Y enséñale á tus hijos
A confundir su nombre,
Con los nombres de luz de la plegaria!

MELANCOLÍA DE VERANO.

¡Yo te miré partir! mudo y sombrío,
Agarrado al oscuro pasamano
Quedé lleno de hastío,
Y sintiendo en el alma mucho frío
Aquella ardiente tarde de verano.

¡Te ibas! Y al resplandor agonizante
De la tarde callada y sin rumores,
Tu silueta querida y palpitante
Era un quejido errante
Del alma misteriosa de las flores.

Te ibas en lontananza
Disipando, y en mi alma dolorida
Moría la esperanza,
Y el sueño de tu dulce remembranza
Se perdía en la noche de mi vida.

¡Te miraba partir! Tenue, esfumada,
Ya tu dulce silueta
Se perdía en la sombra desolada
Seguida por la trágica bandada
De todos mis ensueños de poeta.

Temblaba en mi memoria
El recuerdo fugaz de tu romanza,
Como un girón disperso de tu historia,
Un lampo fugitivo de mi gloria
O un cendal de mí última esperanza.

Y las huérfanas notas
Movían de mi espíritu en la calma
Las sombras de mis trágicas derrotas;
Ensangrentadas, con las alas rotas
Caían las quimeras de mi alma.

Todo un sueño de dicha que moría,
Todo un éxtasis dulce que acababa,
Un cielo de ilusiones que se hundía,
Un mundo de recuerdos que partía
Y un mundo de dolores que llegaba.

. . . . . .

La noche me arropó; sobre mis penas
Hubo luz de lejanas lontananzas,
Y el agua que moría en las arenas,
Me habló de fe, de vida, de esperanzas!

ARTÍGAS.

(FRAGMENTOS).

. . . . . .

¡Noche de soledad! Mudos los vientos...
Muda la selva, el horizonte mudo...
¡La inmensidad, desierta!
El horror de la noche
Besa la frente de la patria muerta.

¡Muerta está sobre el llano!
Ya se perdió en el último horizonte
La silueta del último guerrero...
¡Todo está mudo y solo!
No susurran las brisas en el monte,
No murmuran las ondas en las playas,
La soledad, la muerte, y el silencio
Vagan por las colinas uruguayas.

. . . . . .

Tendida sobre el último baluarte
De tu gloria de ayer, ensangrentada,
Tu frente mártir huérfana de lauros
Se ha doblado vencida...
Despertarás en vano,
Y en la noche aterida
Recorrerás el solitario llano,
Y empinada en la última barranca
Del lloroso Uruguay lleno de nieblas
Clavarás la mirada en lo infinito;
Ya se ha perdido su silueta blanca,
No volverá el proscrito.

¡Artígas ya se fué! ¡Ya está muy lejos!
No volverá el caudillo legendario
A pisar tus riberas, patria mía,
Esperarás en vano
Junto al ara sin fuego de tus glorias
La vuelta del guerrero...
¡Ya se fué para siempre!
¡Su estrella se apagó!...
Solo en la noche
Sobre el campo dormido
Se oye un largo gemido...
Es el sueño de Artígas
Que húerfano pasea la llanura

Y sobre el río de la patria flota,
Es el alma del último guerrero
Que pasa cabalgando en el pampero
Envuelta en el dolor de su derrota.
¡Tacuarembo!... Y el eco moribundo
Al sacudir las ramas de la selva
Levanta los quejidos olvidados
Las historias sin nombre,
Girones de recuerdos enlutados:
Las sombras que en las almas descendían,
Alegrías inmensas que callaban,
Esperanzas sin luz que sucumbían,
Resplandores de gloria que morían
Y ensueños que en la noche naufragaban!
¡Tacuarembo!... Sepulcro de la gloria,
Ultimo esfuerzo del valor vencido,
Término de la lucha,
Sollozo acerbo de la patria historia
Que aún á través del tiempo
Sobre los campos sin cesar se escucha.

¡Allí cayó la raza!
Allí dobló rugiendo la rodilla,
Cayó la montonera
Y tiñó con su sangre la cuchilla.
Se desplomó en silencio
Sin lanzar una queja
Sobre el sudario de la noche aciaga;
¡Fué una estrella de fuego que se aleja
O un incendio de gloria que se apaga!
La ahogó la libertad entre sus brazos
Murió, al nacer la patria americana,
La encontró hecha pedazos
La deslumbrante luz de la mañana.
Los cuervos una noche
Agitaron sus alas de tiniebla
En su frente bravía,
Y la encontró la luz del nuevo día
Que brilló sobre el suelo americano
¡Muerta! pero altanera,
Tirada sobre el llano,
¡Envuelta en un girón de su bandera!

. . . . . .
. . . . . .

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA [1]

Á LA IMPECABLE.

Lirio impecable de la gran selva humana,
Fragante efluvio de una divina esencia,
Límpida perla de alguna mar arcana,
Sutil reflejo de una alta iridescencia.
Aurea falena, maestra soberana
En los matices de la psíquica ciencia
Oleo exquisito del ánfora cristiana
Ritmo inefable de espiritual secuencia:
Cristal joyante, rara ave, empírea rosa,
Diáfana estrella, fuente maravillosa,
Alma inviolada como el místico Edén.
Guzla de oro para el más bello canto,
Creo en el Padre, Hijo, Espíritu Santo,
Y en la hostia sacra de tu amistad. Amén.

BERCEUSE.

« Era de noche: yo tocaba
Una *berceuse* de Chopín
Y aun sin mirarlo bien sentía
Fijos en mí los ojos de él.

Cuánto, Dios mío, nos amamos
Cuando escuchábamos los dos
Aquella rítmica armonía
Que nos llegaba al corazón!

Mas yo no sé porqué olvidada
De su presencia aquella vez,
Todas las fuerzas de mi espíritu
En la *berceuse* concentré.

La repetí dos y tres veces
Siempre *pianísimo* el compás
Yo lo llevaba muy despacio
Muy cadencioso, muy igual....

Cuando después que hube concluído
Volví los ojos hácia él,
Hallé los suyos ya cerrados;
Nada me dijo, yo callé.

No sé qué extraño sentimiento
Hizo á mis labios sonreír
Al verlo tan serenamente
Adormecido junto á mí....

¿Fué real su sueño? ¿fué un elogio?
Aun hoy lo ignoro. Sólo sé
Que yo me dije sin despecho,
Fuí más artista que mujer ».

(1) María Eugenia Vaz Ferreira, es sin disputa la primer poetisa de América y la más grande que ha tenido el país. Su personalidad artística sólo puede equipararse á la de Zorrilla de San Martín, por la intensidad del sentimiento, lo hondo de la emoción y lo exquisitamente delicado de su arte Es discípula de Heine y ha formado su estilo en el oscuro germanismo del poeta de Dusseldorf, que ella ha sutilizado al reflejarlo en su exquisito temperamento. Pertenece á la raza de los sensitivos, y sin duda en su emotividad de apasionada, hay una mórbida aspiración de « más allá ». Escribe desde niña y en todas sus composiciones está el sello de su alma poderosa é inquieta.

LA TORRE.

En la desierta orilla de unas playas remotas
Se alza una vieja torre de almenas seculares;
Su alma es íntima amiga del alma de los mares,
De quien conoce á fondo las tragedias ignotas.
Ha escuchado querellas é idílicos cantares,
Sabe mil episodios sobre las barcas rotas,
El cielo, las arenas, las libres gaviotas
Y los maravillosos poemas estelares.
En las noches de luna todos los pescadores
Y las pescadorcitas de los alrededores
Junto á la vieja torre suelen plantar sus tiendas.
Como á una vieja abuela que ha visto muchas cosas
La miran con sus largas pupilas silenciosas,
Mientras ella les cuenta fantásticas leyendas.

INVITACIÓN AL OLVIDO.

Humedecido en mi lloro
Flameó tu blanco pañuelo,
Y calló su ritornelo
Nuestro adiós, largo y sonoro.
Se unió el quejumbroso coro
Del viento á mi acerbo duelo,
Mientras me besaba el cielo
Con sus pupilas de oro.
Resonó el postrer silvido;
Tras el crespón de la bruma
El buque ocultóse al par;
Y brindándome el olvido
En su ancha copa de espuma,
«Bebe!» me decía el mar....

INVICTA.

Sé que eres fuerte, poderoso y bello
Como un soberbio gladiador romano,
Que de las glorias de inmortal destello
El cetro empuña tu gallarda mano.

Sé que tienes de rey la invicta fibra,
La voluntad espléndida y valiente,
Sé que el clarín que ante los héroes vibra
Arrulla con sus cánticos tu frente.

Sé que tus ojos, de hondo poderío,
Como el llameante abismo están abiertos....
Sé que eres grande, indómito y bravío
Como el noble señor de los desiertos.

Sé que ante mí tu imperio se dilata,
Que en tu visión de vencedor me avistas
A la lumbre del rayo que desata
La ruda tempestad de tus conquistas.

Ya tu mirada combatió la mía;
Ya me asestó sus flechas luminosas,
Ya ornar quisiste mi Tebaida fría
Con la efímera pompa de las rosas.

Ya quisiste venir audaz y altivo
Envuelto en la epopeya de tus glorias,
Y llevarme cual pájaro cautivo
Al palacio nupcial de tus victorias.

Pero sé que el corcel de tus deseos
Marcha inminente á su primer derrota;
Que al preciado joyel de tus trofeos
No podrás engarzar mi vida rota.

Sé que si enciendes en la lid de amores
Las pupilas de fuego con que abrasas,
Apagará sus bélicos ardores
El frígido metal de mis corazas.

Sé que no apresarán tus recios bríos
De mi alma libre la triunfal bandera,
La que ostenta la flor de mis desvíos
Cuando hago tremolar su faz guerrera.

Es inútil que el ritmo de tus sienes
Marque el vigor de tu viril arrojo,
Y atado al eslabón de mis desdenes
Los dientes hinques en tu labio rojo.

Es inútil que henchido de coraje
Suelta la garra en pos de tu quimera,
Como el león que acecha entre el boscaje
Des al aire la ondeante cabellera.

Yo soy como la firme roca erguida
Que el oleaje amenaza en su bravura
Y eternamente ante la mar vencida
Su cresta eleva en la gigante altura.

Como la cumbre hundida entre los cielos
Más allá de los astros inmortales,
Que no pueden tocar los raudos vuelos
De las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro
Contra mi pecho tu potencia esgrimas,
Yo tengo un corazón helado y duro
Como la blanca nieve de las cimas.

PARA SIEMPRE.

Aunque los agudos dardos
Me claves de tus desdenes,
De tu luz seré la sombra
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abras
A cada paso que sigo,
Mi vida irá con la tuya
Para siempre, para siempre, dueño mío.

Ve, no más, como un fantasma
Tras el supremo deleite
Del amor y de la gloria
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto
Yo me volveré al olvido,
Y te guardarán mis brazos
Para siempre, para siempre, dueño mío.

RIMAS.

En la desierta calle
Toda blanca del sol de mediodía
Súbitamente un órgano desata
La cadencia de un vals, honda y sencilla.

Mi alma lanza á mi cuerpo
En vueltas locas, á la par que rítmicas,
Una angustia me oprime; es un sollozo
¿Quién podrá consolar esta alegría?

***

«Tú no sabes, tú no sabes
Lo que yo llevo guardado....
Y ayer por reverenciarme
El sombrero te has quitado.

Si lo supieras, mi dueño,
Cuando junto á mí pasaras
Ay! en lugar del sombrero
El corazón te quitaras!»

***

«Perdida la esperanza,
El ensueño perdido,
Soportaba la angustia
De mi agudo martirio»,

«Ven y siéntate á mi lado
Que un sueño triste he tenido;
Pon mis manos en las tuyas
Como siempre, y di, bien mío
Alguna dulce palabra
Bien cerquita de mi oído».

TRIUNFAL

Bardo gentil de rimas aurorales,
De plectro de oro y de gloriosa mente,
Que al entonar tus cánticos triunfales
Tienes nimbos de luz sobre la frente.

Yo soy la musa de candentes ojos,
La de ritmos fantásticos y bellos,
La que en el soplo de sus labios rojos
Tiene chispas y fúlgidos destellos.

Tú vas de las gigantes espirales
Tras el fuego sagrado en que te inspiras,
Para encender estrofas inmortales
En las cuerdas sonoras de tus liras.

Yo soy la de las fúlgidas miradas,
La que entre choques de armoniosas notas
Arranca del laud despedazadas,
En arpegios de luz, las cuerdas rotas.

Tú haces mantos de pétalos dorados,
De adelias blancas y purpúreas rosas,
Que deslizan sus pliegues perfumados
Sobre las líneas curvas de las diosas.

Yo hago palmas de mirtos y claveles,
Coronas de jazmines y de nardos
Tejidas con guirnaldas de laureles,
Para la sien gloriosa de los bardos.

Vamos los dos á desplegar el vuelo
De nuestras ricas y potentes alas,
Hácia el confín donde despliegue el cielo
La magnífica pompa de sus galas;

Donde la nota victoriosa y fuerte
De los clarines, en vibrante coro,
Dando la diana del amor, despierte
Nuestros sueños de púrpura y de oro.

Yo haré latir tus fibrás más hermosas
Con mis hondas y ardientes fantasías;
Tú me darás en rimas vigorosas
De tu voz las soberbias melodías.

Y mientras luzcan su brillante hechura
Tu clámide y mis galas imperiales,
Nuestras canciones rasgarán la altura
Como alage de cóndores triunfales.

Serán cual ondas de cendal brillante,
Suelto al aire, entre bálsamos y efluvios,
De nuestras glorias el pendón flotante,
Mis trenzas negras y tus bucles rubios.

Y encendiendo los mustios arreboles
Con nuestros rayos, fuertes y fecundos,
Viviremos los dos como dos soles
Alumbrando las almas y los mundos.

¿POR QUÉ?

Ha llegado el crepúsculo,
Se obscurecen las sombras,
Los ruidos, que se duermen, me parecen
Un arrullo lejano de palomas...

Vaguísimo, en el aire
Un perfume se siente,
Algo como un olor de flores muertas,
Algo que me entristece.

. . . . . .

Silencio! se ha escuchado
Como un grito de ave:
Es que la luz va á disipar las sombras,
Es que la aurora nace!...

La mañana es espléndida,
En colores y en luz todo florece...
Y ahora, me pregunto,
¿Por qué no estoy alegre?

RIMAS.

XVI.

Como chispas escapadas á algún astro
Que en la noche moribunda se perdieran,
De mi boca, sol de amores
Encendido en tu pupila cenicienta,
Van los besos á perderse, moribundos,
En la undosa noche obscura de tu pálida cabeza.
Mas tú sigues — inconsciente como el pico de las rocas
Que las aguas acarician con sus olas plañideras;
Como el lago en que doblado
Llora un sauce sus cadencias;
Como el nido sin rumores
Donde sólo canta un ave sus nostálgicas endechas...
Mas tú sigues por la luz y por la sombra,
Por el duelo y por el fausto de tu senda,
Inconsciente de los lauros
O el consuelo que te llevan
Esos hijos infelices
Engendrados en las horas desoladas de mi pena!
Como chispas escapadas á algún astro
Que en la noche moribunda se perdieran,
De mi boca, sol de amores
Encendido en tu pupila cenicienta,
Van los besos á perderse, moribundos,
En la undosa noche obscura de tu pálida cabeza.

XVII.

I.

Toda la nieve, toda la nieve de un polo eterno
Siento en el pobre corazón mío,
Grande y obscuro como el Invierno,
Como el Invierno, triste y sombrío
Mientras que afuera su hondo lamento
Siniestra gime la voz del viento.

II.

Arde á mi lado la llama viva
Que al aire tiende sus silenciosos penachos rojos;
Tras de la alada chispa furtiva
Buscando tibias consolaciones se van mis ojos.

III.

Pesan las penas
Sobre mi alma, sobre mi alma mustia y doliente;
Sobre mi vida pesan las horas de angustia llenas;
Sobre mi mano pesa mi frente.

IV.

Quiebra y derrite con su tibieza
La ardiente llama
Nieve y más nieve del mar inmenso de mi tristeza
Que gota á gota por mis pupilas se desparrama...
Mientras que afuera su hondo lamento
Siniestra gime la voz del viento...

***

Ven tú, que tienes el mirar sencillo;
Los ojos claros, llenos de confianza...
Tú que marchas tan firme por la vida,
Lleno de fe, de paz y de esperanza!

Tú que puedes sentir las alegrías
Sereno, sin angustias, tú que esperas
Que vuelva tras las sombras del invierno
El sol de las alegres primaveras...

Tú que si me haces ver que no me amas,
La obcecada visión del bien perdido,
Me das de tu constancia la promesa
Con el cándido rostro sorprendido.

Y si á pesar de la razón yo dudo
Y ves pasar angustias por mi frente,
Con amable y solícita ternura
Me vienes á pulsar, tranquilamente...

***

Como estuches incitantes en las manos de un joyero
Tus dos párpados se abren y se cierran sin cesar,
Y me turba con su brillo luminoso y pasajero
Del esmalte de tus ojos el agudo centellear.

Si yo fuera una princesa de la tierra de la Gracia
Con la barba y las mejillas recortadas en marfil,
Y la frente coronada por la blonda curva lacia,
Te dijera cada ofrenda de mi exótico perfil:

Oh! mi sumo y bello artífice, oh! mi orfebre omnipotente
Que de todo lo armonioso recibiste el sacro dón,
Yo te ruego que me lleves engarzada eternamente
De tus árabes pupilas en el regio medallón.

LA VIEJECTA.

«Allá por el camino, triste y cansada,
La viejecita viene con paso lento
Cantando con voz queda como un lamento
El antiguo estribillo de una balada.
Aunque muere en sus labios ya la tonada,
Aunque es como un suspiro débil su acento,
Concentrando en la estrofa su pensamiento
Ameniza lo rudo de la jornada.
Mas de pronto se nubla su faz serena
Y calla: ¿qué recuerdo le causa pena?
Su semblante se enciende de honda tristeza
Y un sollozo se escapa de su garganta,
Que es la nota apagada con que ella empieza
La balada mas triste de las que canta.

TORIBIO VIDAL BELO (1)

PONTIFICAL.

¡Repiquetean los seis campanarios
el Carnaval de sus pascuas floridas!

Palmas y olivos de paz y orquideas,
iris de amor de los pétalos lilas
de los nenúfares, tejen los regios
sobrepellises del Arca de Asiria—

Amarillea el marfil del relieve
en los estucos de esmalte y de mica
del tabernáculo santo. — ¡Las rosas
sangran su sangre en las copas pulidas!

Coro de voces de bocas angélicas
pule el cristal de las raras antífonas
y en los armonios y en los violoncelos
las aleluyas alegran sus risas —

Van entre estolas y capas pluviales
las elegidas de reino, las ricas
cajas de sándalo y palo de rosa
donde Morcaz y Plessys se confirman.

Carlos Morice y Reguier bajo el palio,
de raso persa y de sedas egipcias,
son la magnífica flor de holocausto
sacrificada á la Diosa Harmonía —

Viste la veste talar del acólito
y orla de mirtos su clásica lira,
Le Cordonnel, el histérico loco,
¡ebrio divino en la roja vendimia!

Sobre el coral y el rubí de las naves,
pintan sus símbolos los simbolistas
y el bello Heredia cincela su heráldica
decadentista.

Bailan en rueda las rubias bacantes;
saltan los sátiros; riman las liras;
suenan los seis campanarios sus kyries,
y arde el altar bajo el sol de las mitras —

Cincelador de los ídolos nuevos
el Gran Verlaine versifica su epístola,
y en el misal de sus *Fiestas Galantes*
reza el Profeta sus cien profecías.

---

(1) De este poeta que pertenece á la última generación, el público sólo conoce las tres exquisitas composiciones que publicamos. VIDAL BELO ha sido talvez el primer divulgador en Montevideo de la escuela de Verlaine y de Darío. Sus composiciones dentro del mórbido *snobismo* que las ha inspirado, poseen la intensidad sentimental y la delicadeza quintaesenciada de la escuela francesa de última hora. Es un poeta misántropo, que como de Vigny se ha refugiado en su Torre de Marfil, donde sin duda cultiva con la pasión de los *egotistas* su raro temperamento.

La hora de orar da el reloj del apóstol,
la hora de orar la oración pontificia;
y la inicial procesión de novicios
canta el ritual de la azul letanía.

Moscas de luz de benjuí y cinamomo
zumban los giros que el verso acaricia,
y en el vidrial ojival de las cúpulas
beben la miel de las místicas misas.

Llenas de incienso se besan las bocas
que las modernas parábolas riman
bajo las naves del griego cenáculo
donde se ofrecen las santas primicias.

Sobre el altar de mosaico de mármol
queda un triunfal florilegio de ninfas,
¡ecos del salmo del Libro Evangélico!
¡anunciación de los nuevos Mesías!

CAEN LAS HOJAS,

Caen los líricos caireles musicales,
Caen los prismas del teclado, las bandurrias de esmeralda,
los timbales de topacio, las sonoras filigranas,
las pequeñas, diminutas mariposas de mosaico.
Llueven lluvias de pistilos, de pistilos y periantos,
de corolas afelpadas, de liliales flores muertas!
Llueven lluvias sobre el lago y el jardin se aterciopela.

II.

Exquisitas manos suaves con sus guantes acarician
la lujosa empuñadura de las dagas merovingias,
de los ricos nacarados estiletos de los Borgias.
Exquisitas suaves manos asesinan á las hojas,
asesinan los pimpollos corazones amatistas:
Y los pajes engalanan y perfuman las vitrinas
de floridos filamentos de campánulas de seda,
de pompones de amapolas y *bouquets* de crisantemas.

III.

En las salas del palacio y en el parque de cristales
galantean las marquesas empolvadas de diamantes
y los duques reverencian á las rubias cortesanas —
— blasonados figurines de condal peluca blanca —
Caen las hojas, caen los prismas del teclado!
y al amor de los balances de los finos contrabajos,
de los dulces mandolinos, de las arpas, de las violas,
bailan rítmicas parejas el compás de las gavotas.

IV.

Retoñaron ¡oh querida! nuestras lindas primaveras....
¡El otoño es en las flores!
Bajo el sol de las glorietas,
entre pétalos difuntos de verbenas y magnolias
vi abrazadas dos estatuas, dos estatuas de rosada *terra-cotta!*

NOCHE BLANCA.

Plenos claros de luna opalizan
la acuarela de un lago de plata,
que en la bruma azogada del cielo
borda el tul de las ágatas pálidas.

Por la tersa epidermis del lago,
bogan cándidas góndolas, diáfanas,
mientras cantan los castos violines
la canción florestal de las almas.

Suenan suaves las risas gris perla
del gentil rimador de las aguas:
y á los golpes del remo se enrulan
las pelucas de espuma de ámbar.

En la barca de nieve de un sueño
va Pierrot con su máscara blanca,
escribiendo en un ala de cisne
la romántica triste romanza:

« ¡Oh la luz de mis lunas nupciales
« en amor de los lirios deseadas!
« Carne tibia de azahares y nardos
« aromada en las mirras de Arabia!

« Quiero arder en tus labios de hostia
« y encenderme en tus líricas ánforas,
« y en tu lluvia de polvos de espejos
« consumirme en neblinas opacas.

« ¡Oh eucarística sangre de cirios!
« ¡Oh la angélica albura soñada!
¿No podrán descansar mis promesas
« hamacando en tu seno sus ansias?

. . . . . .

. . . . . .

Y en la misa orquestal de la noche,
llora y ríe la gris serenata:
mientras suenan los suaves violines
la canción otoñal de las almas.

ARMANDO VASSEUR (1)

NUNCA MÁS....

I.

Aquella noche de bodas
En tu soberbia mansión
Tus amigas fueron todas,
Tus amigos..., menos yo.

Deslumbrarían las gemas
De tu tocado falaz,
Y el nimbo de blancas yemas,
Y el regio velo nupcial.

Palpitarían las pomas
Fraternales de tu sér
Como dos blancas palomas,
Por algo que no diré.

Alguna angustia inefable
Acaso te poseyó,
Cuando el dómine impecable,
Echóles su bendición.

Ningún estremecimiento
Quizá se te percibió;
Pero, allá, en tu pensamiento...
Pero allá, en tu corazón!...

Sonreirías sirenáica
Mintiendo un aire feliz,
Como una vestal arcáica,
Elegida entre diez mil.

Deslumbrarían las gemas
De tu tocado falaz,
Y el nimbo de blancas yemas,
Y el regio velo nupcial.

Aquella noche de bodas
En tu soberbia mansión
Tus amigas fueron todas,
Tus amigos..., menos yo.

II.

Há poco, nos encontramos,
¿No recuerdas dónde fué?
Apenas nos saludamos,
Tú muy grave, yo también.

Después,... pasaron los meses
Sin volvernos á encontrar;
Yo pensaba muchas veces:
¿Nos veremos? *¿nunca más?*

¿Nunca más? ¡qué desenlace
De una tal intimidad!
Y me hostigaba la frase
Como á Póe: *¡nunca más!*

¡Oh, qué sufrir tan profundo
con el recuerdo fatal
Preguntando á todo el mundo
Como un niño: *¿nunca más?*

Y algunos que comprendían
De mi alma la ansiedad,
En secreto me decían:
« Ella le ama », « busquelá ».

Pero los más se alegraban
Con una risa jovial,
Y como el cuervo exclamaban:
« Caballero: *¡nunca más!* »

Y las sombras de la noche,
Y las brisas de la mar,
Y las cosas familiares
Repetían: *¡nunca más!*

Nunca más, me perseguía
Por doquiera, sin cesar;
Hasta en sueños siempre oía
Como un loco, el *¡nunca más!*

¡Cuántas veces, desolado,
Disparábame al azar,
Como huyendo del malvado,
Del horrible: *¡nunca más!*

Y aquella que no se nombra
Complacíase en mi mal,
Pues su sombra era mi sombra
Que evocaba el *¡nunca más!*

(1) ARMANDO VASSEUR, cuyo seudónimo *Américo Llanos* es conocido en España y América, es un poeta joven, de intensa personalidad. Su inspiración dual, ha cantado con igual originalidad, la mórbidas sutilezas de su refinada psicología, ó los tomos objetivos, amplios y universales. Su musa sentimental conoce el secreto de exteriorizar con arte las vagas sensaciones de las almas inquietas. Empezó su carrera literaria en la prensa argentina. Sus versos se hallan dispersos en diarios y revistas del Continente. Es un escritor de estilo que también se ha preocupado de los grandes problemas sociales.

III.

Mas, una noche cansado
De tan maldita obsesión,
Dí, en pasar, embozado
Por la calle de mi amor.

Y al ver la casa cerrada
Y enlutado su aldabón,
Tuve una corazonada
Al pensar: *¿cuál de los dos?*

¿Cuál de los dos? y subí
Ebrio de un afán atroz;
Si era Él ¡qué frenesí!
Si era Ella ¡qué dolor!

Y cuando le ví, tendido,
Con su lividez mortal,
Por tres veces al oído
Susurréle el *¡nunca más!*

Y cuando, toda enlutada,
Ella, al fin, dejóse ver,
Y con su doble mirada
Arrodillóse á mis pies,

Yo, sin saber lo que hacía
Ó sabiéndolo quizá,
Repetí como solía:
¡¡¡Nunca, nunca, nunca más!!!

Á SALOMÉ.

¿Recuerdas cuando ensayabas
La « Saffo » de Massenet,
Y después, cuando danzabas
Para mí solo, el minuét?

¿Recuerdas cuando rociabas
De besos la rosa thé
En tanto que me mirabas
Con ojos ebrios de fe?

¿Recuerdas el tiempo aquel?
¿Las lecturas del « Ariel »
De Schélley en tu « boudoir? »

¿El coloquio largo y solo
Como Franchesca y Paólo
En el divino cantar?

¿Recuerdas el tiempo aquel,
Oh blonda, como la miel?

NADA.....

Él, no quería pedir
Nada al Dios desconocido.

Ni siquiera un elixir
De orgullo, ambición ú olvido,

Poco dábale el vivir
Como hasta entonce aburrido.

Menos dábale el morir
Pues nada le era querido.

¿Quizás habría nacido
Con el dón de no sentir?

¿Quizá le habría perdido
En un supremo sufrir,

Bajo el arco de Cupido
Ó en un Letéo de Ofir?

Yo, lo que puedo decir
Es que vivía aburrido,

Y que solía reír
De sí, con doble sentido.

Mas, no quería pedir
Nada, al Dios desconocido!

Á ATLÁNTIDA.

Numen del Nuevo Mundo,
Díctame la orquestal polifonía
Del tiempo nuevo y de las nuevas razas;
Los rutilantes cantos augurales
Del portentoso porvenir de Atlántida!

—

¡Madre de las Naciones
Quiero tejerte un himno inmarcesible
De armoniosas palabras;
El himno zodiacal de la apoteosis
De florecidas sílabas que cantan;
Quiero soñarte, redimida sierva,
Marcando rumbos á la estirpe humana,
Transfigurando el infeliz presente
Inaugurando la mundial Acracia!

—

Flor de los emergidos continentes,
De pétalos inmensos como patrias,
De cáliz tropical, ebrio de polen,
De néctares y féculas intactas
A cuyo alrededor zumba perenne
En rauda rotación inmigratoria
La enjambrazón hambrienta de las Castas;

—

Crátera convivial de los festines
De la eterna Abundancia
Sea el preclaro sol de tu hemisferio
Zona sagrada;
Crátera convivial de los festines,
Que en la rústica tabla de tus granjas,
Y en la mesa suntuosa de tus urbes,
Con áureo gesto su esplendor derrama!

—

Cofre de los tesoros primordiales,
Joyero mineral del regio Orbe,
Vitrina subterránea,
Desbordante de piélagos preciosos
Que el tiempo inmemorial metalizara;
Reservorio de minas de petróleo,
De sulfurosos surtidores de aguas,
De superpuestas selvas carboníferas,
De áureos Cipangos y Golcondas mágicas;
Batea del sagrado transformarse
De la inefable vida organizada,
Núcleo de siderales energías,
Joven Mesopotámia;
Madrépora nupcial, tálamo cíclico,
Tallado por los ínclitos Titanes
De audacia legendaria,
Para que en él celebren su himeneo
Las floras y las faunas
De los divinos climas cardinales,
Glorias del mundo, de los pueblos alma
Medicinal naturaleza virgen....
Erès belleza, poesía, ensueño,
¡Oh realidad continental de Atlándida!

Visiones de la «tierra prometida!»
Miríficos oásis del desierto,
Los panoramas;
Valles eliseos, formidables ríos,
De soñolientas ó nerviosas aguas;
Selvas pomposas, milenarias selvas
Que nunca hollaron temerarios pioners
Ni oyeron nunca la canción del hacha;
Arduas Babeles, cordilleras mudas
De emocionante arquitección fantástica;
Lagos serenos, como piedras finas,
—Líquidos cielos en el cielo aéreo—
Como escondidos entre las montañas;
Rápidos torrentes, cancioneros libres
De los abismos, que los ecos guardan;
Obras maestras de la gran Natura
¡Oh, arcos-iris de las cataratas!
Frescos, perennes manantiales líquidos.
¡Oh, filtros naturales de los campos,
Paradisial bebida de los dioses,
Suero espontáneo, transparente savia!

—

¡Oh, verdegueante, pastoril miraje,
Gráciles hierbas, trébolares pingües,
Muelle, riente, peregrina grama!
¡Oh, gleba de los búcaros pradiales
Vívida y suave como pulpa humana:
Tú simbolizas la edad de oro extinta,
Tú redivives la belleza arcáica,
Tú justificas los solemnes mitos
De vida solidaria
Que para bien de nuestra estirpe inicua
Mi extravagante arteficción ensalza....
¡Oh maravillas,
Prez de la rica juventud terráquea!

II.

¡Madre de las naciones,
Cráter social, hornaza,
En cuyo hirviente seno desembocan
Las residuales heces planetarias,
Para aclarar sus lóbregas angustias,
Para tensar sus tirantes fibras,
Para saciar sus tempestuosas ansias,
Para cumplir con el impulso eterno
De renovarse y renovar la casta,
Cual trágicos metales herrumbrosos
Que los crisoles funden
Y el Arte trueca en novedosas armas!

—

¡Oh proles venideras!
Seres futuros que el Futuro incuba
Bajo sus vastas alas;
Más grandes que los grandes Cincinatos,
Que las Antíponas, y las Penélopes,
Las Hiparquías y Lucrecias clásicas;
Vidas de luz, de amor, de fortaleza,
Mentes mundiales: almas!

Sororales, varonas redimidas,
Antorchas del saber con cuerpos de ánforas;
De ubérrimos ovarios progeniales,
Bajo la comba maternal y elástica;
De húmedas y policromas pupilas
De nupciales miradas,
¡Oh, cosecheras de organismos ágiles,
Vendimiadoras de amorosos sueños
Dispensatrices de supremas gracias!

—

¡Eximia variedad de los Atlantes:
Gente viril, genial, hospitalaria,
Exenta de infamantes atavismos,
Libre de toda decadente mácula!
Altos designios, ejemplares gestos
Constelarán, el fosforente vuelo,
De sus gallardas horas cuotidanas.
Seráles leve la experiencia escrita,
Cuanto postulan rutinarias « Tablas »;
Sabrán vivir la vida sensitiva,
La plena vida de los hombres dioses
Multiplícando su inmortal prosapia.
¡Oh proles venideras!
Seres futuros que el Futuro incuba
Bajo sus sacras alas!

III.

Madre de las naciones,
Mito glorioso, renaciente Atlántida,
« Obrera la más joven de la Tierra,
« Obrera la más rica, la más sabia »
Si perseveras, te dirán un día,
Las laudatorias lenguas de los pueblos
En numerosas, inmortales, hablas:

—

« Granero de la Especie,
Tienda de las piadosas ambulancias
Abierta á los anónimos dolores
De la fatalida y la desgracia;
Cabecera fratrial del optimismo,
De la tabla redonda del planeta
En el gran festival de la Abundancia.
Salvavidas de todos los caídos,
Estandarte de todas las audacias;
Eje, de los gallardos equinoccios
Y de las « tempestades necesarias »;
Lagar de los fructíferos fermentos,
Cuba de inspiraciones y nirvanas;
Hospicio de Mesías y Dyonisos,
Taller de las empresas majestáticas;
Pórtico emulador de la Sapiencia
Abierto á las eximias tolerancias
Entre cuyas columnas diamantinas
Arde la zarza
De la Fe semita,
Ríen los dioses de la magna Grecia
Y zumba el genio de la ciencia aria;
Cuna, de victoriales campeonatos

En todas las futuras Olimpiadas;
Tierra votiva de la musa Agrícola
Inspiradora de los apogeos
De bienestar é independencia humanas;
Tierra del desdoblarse de los siervos
En hombres libres, en excelsas damas,
Como jamás los continentes vieron,
Como jamás la humanidad soñara....
Tierra filosofal de la Armonía,
Del «Gay saber» y de las artes prácticas:
Tierra de la Amistad y del Amor,
Tierra del Entusiasmo y la Esperanza,
Tierra de la Belleza y de la Fuerza,
Tierra divina para siempre amada,
Haz que el aeda juvenil te admire
—Como en el sueño de Noé, el Arca—
Transfigurando el infeliz presente,
Marcando rumbos á la especie humana,
Embelleciendo la mansión terrestre,
Inangurando la mundial Acracia!

—

Esfera terrenal y selectiva
De transparente atmósfera agraciada,
En cuyo claustro maternal vislumbro
El espejismo de una nueva Raza,
Haz, que el aeda juvenil te admire
Hácia el sublime porvenir, en marcha,
Antes que el tiempo en sus cabellos nieve,
Y la deidad de la suprema Inercia
Rompa el cordaje laudator de su arpa!

—

Torre de los vigías de la Idea,
Torre de radiográficas alarmas,
Torre de fulgurantes reflectores
Torre refugio de las grandes almas!
Colmenar de novísimas ciudades,
Las más fuertes, artísticas y alegres,
Las más ricas, fecundas y magnánimas;
Pléyade de comunas familiares
Cuyo tesoro espiritual irradia
Más luz y poesía que los astros,
Y más fuego interior que las montañas.
¡Aurorales ciudades presentidas!
Sin resguardos, bastiones ni murallas,
Sin catacumbas de menguados ritos,
Sin chozas, sin cadalsos, sin armadas:
¡Oh ciudades!
Más grandes que las grandes Babilonias,
Más bellas y más raras
Que las bellas ciudades de la Hélade;
Más fuertes y más libres
Que las «urbes» romanas;
Que cuantas yacen para siempre ignotas
Bajo las selvas de la antigua Atlántida;
Más impregnadas de virtud divina,
De divino heroismo,
De fraternal unción humanitaria,
Que las Jerusalenes intangibles
Y las Mecas arábigas!

Nebulosa civil en formación,
Archipiélago de «urbes» libertarias,
Pléyades de comunas familiares,
Sociales vías lácteas;
¡Oh ciudades!
Originales líricas y plásticas,
Paganamente llenas
Del Espíritu santo de la Vida,
Cuya embriaguez, maravillosa y rauda,
—Ritmo inefable, medular zig-zag,
Trémolo, fuga, maremoto anímico,
Impetu, fiebre, creadora dádiva,
Loco derroche, aurisolar eclipse
De la potencia y la conciencia avaras—
Cruza, en las noches del Destino Humano,
Como un meteoro entre la sombra arcana!

—

¡Oh ciudades....
Cuyo tesoro espiritual irradia
Más luz, que los gloriosos candelabros
De Salomón;
Más prez que las estátuas
De Fidias, que los mármoles de Scopas,
Y los ritmos heroicos de la Iliada!
Más genio, más valía, más grandeza,
Que todos los estilos y las obras
De las extintas y modernas castas;
¡Oh ciudades, emporios electivos
De los más grande que en el Orbe existe
Desde que existen almas!
Emporios de hidalguías fraternales,
De conciencias afines y plenarias;
Ricos veneros, cerebrales vetas
Del supremo radium «Perseverancia»,
Cuyo electrismo sideral y ardiente,
Es el más grande que en el Orbe existe
Desde que existen almas!

—

Madre de las naciones,
Reverdecida, fabulosa Atlántida,
Haz que el aeda juvenil te aclame
Hija más bella que la bella Europa
Y que la madre Asia!

—

Haz que pueda ofrendarte y lo merezcas
Un himno exaltador é inmarcesible
De armoniosas palabras;
El himno zodiacal de la apoteosis
De floreci as sílabas que cantan;
El himno cuyos ritmos rememoren
Las músicas campestres de tus brisas,
El grave bordoneo de tus playas,
La ronca inspiración de tus torrentes,
La augusta soledad de tus montañas,
El hórrido fragor de tus combates,
El silencio sidéreo de tus pampas,
Los verbos zumbadores de tus pueblos
El lento despertar de tus canallas....

¡Oh madre tutelar de gran futuro!
Mito glorioso, renaciente Arcadia
Ornamento gentil de los océanos,
Pensil inaugural de democracias,
Frontón del nuevo kósmos humanista,
Alto relieve, pedestal del Super
«Duomo» mundial de novadoras Razas!

—

Que los vientos del Norte,
Que los vastos alíseos de los trópicos,
Que el hálito sublime de las pampas,
—Desde el remoto estrecho de Behring
Hasta la cuenca aurífera del Plata—
Hínchen y avienten hácia el gran Futuro
Tus magestuosas velas desplegadas,
—«Santa Santorum» de los pueblos libres—
Nave inmortal, insumergible Atlántida!

ECCE-HOMO.

¡Oh, las celdas solitarias
De la Bohemia ingeniosa,
Con sus trofeos de zarzas,
Y sus cruces incorpóreas!

Y la angustia de esas vidas
Proyectándose en las cosas
Bajo el terrible silencio
De las parálisis locas!

Y los recuerdos de un tiempo
De anunciaciones creadoras,
Destilando sus toxinas
Entre las células mórbidas!

¿Y las páginas en blanco
Del memorial de sus glorias?
¿Y las preñeces macabras,
Y las estúpidas glosas?

¡Bien hayan, los ecce-hömos
Tocados de gracia estóica!
¡No, los Satanes eunúcos
Ni las rastreras babosas!

AGUAFUERTE.

Como un extraño espectro desolado
Suele erguirse del fondo del pasado
La visión de tu mágica presencia,
Como un extraño espectro desolado
Del soñar de mi loca adolescencia.

Y siento que en el fondo de mi vida
Gotea en las tinieblas, una herida
Cuya sangre proyecta tu aguafuerte;
Y siento, que hasta el fondo de la Vida
Nada más que una vez vaya la Muerte!

COMO SOLÍAS TÚ...

Despertéme obsedido
Por una sombra azul,
Que me hablaba al oído,
Como solías tú...

Llovía suavemente,
Y en la noche sin luz
Sentí besar mi frente
Como solías tú...

¡Oh, qué ansiedad más loca,
Qué inefable inquietud.
Cuando sorbió mi boca
Cómo solías tú...

Cuando se echó en mi lecho
Y me clavó en su cruz,
Y me arrulló en su pecho
Como solías tú!...

MARÍA H. SABBIA Y ORIBE (1)

LIDIA.

Envuelta en níveo y vaporoso manto,
plácidamente en languidez sumida,
Lidia reposa, de mortal congoja
libre su pecho.

¿Duerme? Su aliento acompasado mueve
el casto seno, y se comprende al verla
que por el aire, suavemente, pase
tierno suspiro.

¿Sueña?.... Su boca al entreabrir parece
que besa y ríe á su invisible dueño;
ó acaso.... ¿acaso á misteriosa y dulce
voz no responde?

¿Qué ojos amantes de mirar sereno
verá en los suyos reflejar dichosos?
¿Con qué ternura le dirá sus ansias
tímidamente?

Tú que la miras, venturoso amigo,
si con amor alguna vez en sueños
viste pasar una visión querida,
no la despiertes.

No la despiertes y á los cielos pide
que á ella propicios y benignos sean;
pide que viva complacida siempre,
siempre soñando.

(1) María H. Sabbia y Oribe es autora de un libro de versos titulado *Aleteos*, que señalaron á la inspirada poetísa á la atención pública. Desde entonces ha colaborado con éxito en todas las revistas literarias del país y en algunas del extranjero, Sus versos hondamente sentidos y generalmente inspirados en asuntos tiernos ó familiares, han merecido conceptos elogiosos por parte de la crítica.

NAVIDAD.

Son las doce de la noche, y en amplio firmamento
luce un astro milagroso de mirífico fulgor;
en sus alas transparentes y ligeras trae el viento
como un cántico sublime de la casa de Sión.

Hoy se cumplen las excelsas, inspiradas profecías
que, en los montes rocallosos de la gran Jerusalén,
anunciaron á su pueblo los profetas Isaías
y Daniel.

Trasponiendo los confines del Empíreo, en raudo vuelo,
más radiantes que luceros, en magnífica amplitud,
lentamente se despliegan por la senda añil del cielo
los arcángeles envueltos en sus túnicas de luz.

Y una mística y sencilla melodía laudatoria
manifiesta á los pastores que á las puertas de Belén
nació el Justo. Y lo pastores glorifican á la gloria
de Israel.

Van los fieles venturosos en feliz peregrinaje;
y Él, el príncipe divino de la casa de David,
ante el mundo que se inclina presentándole homenaje,
de pobreza y mansedumbre se ha querido revestir.

Humildísimo pesebre es la cuna del infante,
áureo nimbo lo colora con un brillo sideral,
y á sus pies, raro prodigio de virtudes, su triunfante
madre está.

Del Oriente, los tres Magos traen incienso, mirra y oro,
avisados por un astro de mirífico fulgor;
con un séquito suntuoso, á ofrecerle su tesoro
han llegado, y se prosternan en humilde adoración.

Fué así como se cumplieron las antiguas profecías
que, en los montes rocallosos de la gran Jerusalén,
anunciaron á su pueblo los profetas Isaías
y Daniel.

ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG [1]

CORAZÓN.

¡Siga la lucha, siga!
Y corran muchas lágrimas;
Pero no olvides, corazón, tu orgullo,
Y aunque te hieran, calla.

Si sólo decepciones
Hallaste en tu jornada,
Y pagan con envidia y despotismo
El bien que prodigabas,
No importa, corazón: sigue luchando,
Soporta con firmeza tu desgracia.

¡Oh! luchando con fe,
El triunfo, corazón, siempre se alcanza;
Y aquellos que hoy te asedian
Con despótica saña,
No extinguirán la luz sublime, inmensa,
Que alumbra tu esperanza.

¡Siga la lucha, siga!
Y corran muchas lágrimas;
Pero no olvides, corazón, tu orgullo,
Y aunque te hieran, calla!

CREPUSCULAR.

Enviando el risueño Febo
Su último beso al paisaje,
Ocultóse lentamente
Tras los añosos pinares

Los azahares se deshojan,
Las rosas blancas se besan,
Y el ambiente se perfuma
Con jazmines y violetas.

Y van cruzando ligeras
Empañando el azul cielo,
En grupo, las blancas nubes
Impulsadas por el viento.

Aparece entre las nubes
Alguna pálida estrella,
Mientras lanza entre el follaje
El zorzal dulces endechas.

Ya la voluptuosa reina
De la noche se levanta,
Y acaricia con sus flecos
Mi frente ¡ay! tan mústia y pálida!...

Cuánta belleza en el cielo!
Cuánta poesía en la tierra!
Aquí perfumes y trinos,
Allá nubes, luna, estrellas.

Y ante el sublime paisaje
Mi corazón ¡pobre enfermo!
Deleitado se estremece
Y hácia la cumbre alza el vuelo.

(1) ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG ha dispersado al azar sobre los periódicos literarios los versos tiernos é inspirados de su musa doliente. Ha cantado al dolor y á la melancolía y sus composiciones todas llevan el sello de su temperamento triste y apasionado. Es autora de dos libros de versos y prosa, *Lágrimas* (1900) y *Lirios* (1902).

ENSUEÑOS Y REALIDADES.

Yo me soñaba gota de rocío
Que por tí, recogida en nivea rosa,
Fulguraba cual fleco de una estrella
Retratando la luna majestuosa.

Me soñaba celaje en tus auroras,
En tus días el sol resplandeciente,
Horizonte de grana en tus crepúsculos,
En tus noches estrella reluciente.

Yo me soñaba imagen dulce y bella
Que reía feliz en tus ensueños;
Me soñaba en un enviado venturoso
Que te anunciaba un porvenir risueño.

Y me soñaba ser el ángel bueno
En cuyas alas de marfil y armiño
Te dejabas mecer apasionado
Al compás de mi plácido cariño.

Yo me soñaba voz de lo infinito
Que á tu oído arrullando sus amores,
Te ofrecía del mundo sólo dicha,
Sólo ternuras, sólo luz y flores.

Y me soñaba idea en tu cerebro,
En tu memoria célica membranza;
En el centro de tu alma llama intensa,
De tu ambición la única esperanza.

¡Cuánto soñar! Y al revelarte todo,
Me dijiste con voz leda y sentida:
« ¡Te engañas... eres más de lo que sueñas:
Tú eres la vida de mi propia vida! »

JOAQUÍN SECCO ILLA (1)

JUVENTUD.

No encenderé el recuerdo ya olvidado
Para empapar en luz mi pensamiento,
No quiero oír las cuerdas que han callado;
Siempre envuelto en las sombras del pasado
Hay un vago rumor de sentimiento.

—

Cuando vive en las venas, siempre ufana
La bulliḋora juventud, triunfante,
No se inclina la frente soberana;
No palpita el ayer, sino el mañana,
No hay que mirar atrás, sino adelante!

—

Sobre esas horas que rindió aturdido
Del tiempo cruel el vendaval contrario,
Flota una niebla de engañoso olvido;
En el fondo del alma está el santuario
Donde duermen los sueños que han caído!

—

Por eso en el mundo torbellino
Al implantar sus huellas peregrinas
El espíritu va tras su destino,
Llorando sobre el hielo de esas ruinas
Y riendo á las brisas del camino!

—

Que vivir es marchar sobre la tierra
Como soldado en la incruenta guerra,
Como culpable por la ley proscrito;
Débil aliento, que el planeta encierra
Como un átomo audaz del infinito!

—

Marchar como cruzado aventurero,
Talvez sin que el espíritu altanero
La claridad de su misión vislumbre,
Y sin hallar el único sendero
Que va de la ribera hasta la cumbre.

—

Dejando en la fantástica contienda
Del corazón herido los despojos
Como reguero en la escarpada senda,
Sin que una mano con piedad desprenda
La venda que oscurece nuestros ojos!

---

(1) Joaquín Secco Illa pertenece á la nueva generación. Dióse á conocer en las veladas literarias del Club Católico, donde durante algunos años cautivó al auditorio con su recitación elegante y ardiente. Ha publicado poco, pero todas sus composi-

Desde aquel lustro de memoria amarga
En que murió sin flores la inocencia,
La humanidad no lleva en la existencia
Sino el dolor como imposible carga,
Y el estigma del mal en su conciencia.

—

No hay en su angustia olvido ni sosiego,
No fecundíza su labor el riego
De la confianza que el trabajo alienta;
Como en el cráter del volcán el fuego
Sólo el pesar en ese mar fermenta!

—

Y rueda en el eterno paroxismo
Tras las promesas de su vivo anhelo
Arrastrando su mísero ostracismo,
Con los pies en el cieno del abismo
Y en las sienes el hálito del cielo!

—

¡Qué torpes ansias la ilusión congrega
Bajo el tapiz de esa insondable calma;
Qué emblema ingrato el porvenir despliega
Para esa fiel generación que llega
Con alientos divinos en el alma!

—

Falta una voz benéfica que vierta
Su ardor sobre esa soledad oscura,
Sobre esa triste humanidad incierta;
La luz vacila como llama impura,
El cielo mudo... la esperanza muerta!

—

Cuándo abrirá sus túnicas la aurora
Derramando en los mundos su riqueza
Al vibrar de la diana redentora;
Cuándo caerán las sombras de tristeza,
Del corazón que en el destierro llora.

—

Quién romperá las vallas que entorpecen
Del pensamiento soñador los vuelos,
Y esas espinas que en su ruta crecen.
Cómo salvar los enturbiados velos
Que las rudas jornadas oscurecen!...

. . . . . .

—

Vosotros que llevais sobre la frente
El lema azul cual la inocencia puro,
Vosotros juventud resplandeciente
Encendida en las luchas del presente
Para librar las luchas del futuro;

---

ciones son de subido mérito, por lo hondo del concepto y lo correcto de la forma. Generalmente se ha inspirado en los modelos románticos, permaneciendo ageno á las extravagancias de la última escuela literaria. En 1902 recibióse de abogado.

Savia entusiasta que en el mundo brota,
Sangre nueva en el cuerpo de la vida,
Va en nuestros pechos la esperanza ignota
Que ha de arrancar la antorcha desprendida
Del blanco altar que la mentira azota!

—

Si los muros del templo se han quebrado
Y enluta el cielo un resplandor siniestro,
El nuevo día... brillará azulado,
Si esa es la herencia que nos da el pasado,
Ese angustioso porvenir es nuestro!

—

No importa que del mundo en el embate
Mil veces caiga vuestro ardor deshecho,
Que para el alma que el revés no abate
Las hondas cicatrices del combate
Son gloriosa divisa sobre el pecho!...

—

Y cuando ardiendo en redentora saña
Vayais en pos de ideal profundo
Como viajeros de una tierra extraña,
Señalen nuestras huellas en el mundo
El sendero que lleva á la montaña!

HORA NUEVA.

Si el alma como un águila altanera
Hasta el cielo pudiera
Desplegar en un vuelo su plumaje,
Y en la lumbre del sol, símbolo ardiente,
Reconfortar su frente
Como en el fuego de un crisol salvaje;

Talvez podría el corazón sediento
Comprender el tormento,
De este invencible enigma que lo encierra,
Porque al volver traería de la altura
Un rayo de ternura
Con que romper el hielo de la tierra!...

Se ha deshecho la niebla encantadora
De la infantil aurora,
Al despuntar la luz del pleno día;
Al hombre no le basta ya en su empeño
El transparente ensueño
Que en la mente del niño sonreía.

Vuelan hácia el recuerdo acongojadas
Esas notas rosadas
Que aún con delirio el sentimiento escucha,
Obreros en el teatro de la vida
Que al esfuerzo convida,
Ya no hay tregua en las horas de la lucha.

La imagen del deber, dura y austera
Como un hada severa,
Hácia el trabajo nuestro esfuerzo llama;
Y se van del espíritu proscritos,
Los ensueños contritos
Al eco material de su campana!

Sensible el corazón, pura la frente
La ilusión sonriente,
Como en el cáliz de una flor nacida,
Al alcanzar la cumbre suspirada
Siente la brisa helada
De las primeras sañas de la vida.

No se puede soñar!... pasó la hora
De la infantil aurora,
Que el tiempo en su rodar cambia y renueva;
El ángel que nos guía en la campaña
Erguido en la montaña
Señala el porvenir... es la hora nueva!

Fija sus espejismos la existencia;
Lo azul pierde su esencia;
Pero en turbión la realidad clarea,
Pidiéndole al coraje en sus ardores,
En el taller sudores,
O sobre el yunque del cerebro, ideas!

Estigma de dolor y de fatiga
Que el triunfo no mitiga,
Y en los reveses la constancia enfada,
Gravita sobre el riel de nuestra senda,
En la dura contienda,
De conquistar un lauro en la jornada.

Como en la selva oscura del poema,
De mi visión emblema,
Percibe el hombre hácia el dintel profundo
Que la ruta se borra en el pantano,
Que el sentimiento insano
Ha dejado en su marcha por el mundo.

Quiebren el corazón los desengaños;
Los v entos de los años
Marchiten al pasar las energías,
Y rían al vaivén de nuestra suerte
La ventura ó la muerte,
Festejando sus báquicas orgías.

Es forzoso avanzar; giró la puerta
Sobre su gozne abierta,
Para franquear al luchador sus eras;
Y el alma, encandilada la pupila,
Entra al campo intranquila
Con la fe y el valor como banderas.

Ante las grietas del mañana ignoto,
Que en confuso alboroto
Se acerca y bulle con febril desvelo,
El pecho juvenil arma su escudo,
Para el encuentro rudo,
Del hombre con el hombre y con el cielo!

Crecen ya en el contorno las espinas;
Las gotas cristalinas
De sangre joven su furor abreva;
Son escasas las flores del camino,
Implacable el destino...
Mas ya no hay juventud... es la hora nueva.

Leyenda incomparable de la vida!
Esfinge perseguida
Que sólo el alma á comprender alcanza;
Qué fuera del espíritu abatido
En su duda oprimido
Sin el rayo de luz de una esperanza!

EN UN ÁLBUM.

Como envuelto en un sueño, lleno estas hojas, vano, inconsciente;
Pasan sombras azules, suaves aromas sobre mi frente,
Y encendido en la aurora, risueña aurora que se levanta,
Como ave entre las frondas, mi pensamiento se eleva y canta.

¡Oh, vosotras sutiles, brisas azules, auras lijeras,
Espíritus del aire que vivís como dueños por las esferas,
Si venís desde el clelo y en vuestras alas traéis colores,
Derramad en mis versos todo el encanto de sus amores.

Haced de mis estrofas que son apenas luz de esmeralda,
Para adornar sus sienes, una divina, suave guirnalda:
Contad vuestras ocultas, mágicas nuevas, ruinas secretas,
¡Oh, vosotras azules, brisas sutiles, auras iuquietas!

Decíd que allá en la altura, donde entre nubes habeis vivido,
Ante vuestras miradas los enigmas del mundo se han desprendido;
Y en el libro del tiempo que es todo sombra, misterio ardiente,
Encontrásteis escritos blancos augurios para su frente.

Que vísteis de la cima de esta insensible, mentida calma,
En el medio del mundo, cruzar la vida, triunfando, su alma;
Y que en la ruta que acaricia su planta lijera y pura
Sólo crecen ensueños, luz y promesas, dicha y ventura!

Que, al pasar, los arcángeles le hacen alfombra con sus cabellos,
Cubriéndola en los pliegues de sus fugaces, claros destellos;
Y hay hadas que perfuman la suave atmósfera que ella respira,
Con sangre de corolas, néctar de flores, ritmos de lira...

Hablad... sueños del aire, brisas amigas, vivientes tules,
Formad con mis palabras, copas de lirios, vasos azules,
Y alzadlos en los giros de vuestras ondas hácia la altura
Con la esencia del alma: ya canto y sueño, dicha y ventura!

ÚLTIMA SANGRE.

TACUAREMBÓ, 22 DE ENERO 1820.

Se extinguían las ténues claridades
Del mundo azul en el inmenso cielo,
Morían los crepúsculos vencidos,
Y las húmedas sombras descendían
Como un oscuro, impenetrable velo!
Callaban los rumores
Del campo los murmullos envolviendo,
Las selvas y el color, como el olvido,
Tras un manto sin luz, se iban perdiendo!...
¡Aun viven indelebles en el alma
Ecos de aquellas horas de martirio,
Aun alienta insensible su memoria,
Aun arrastran los vientos enlutados
Restos ensangretados
De aquella noche triste de la historia!
Aun guardan los altares
Girones de un emblema, que ha caído
Entre los brazos de la estirpe muerta,
Aun brotan en las ruinas sus fulgores,
Como la sangre de una herida abierta!...
Las visiones de ayer, son como nubes
Que el rojo fuego del amor, colora,
El recuerdo es un ángel, de rodillas
Que en el sepulcro del pasado, llora!...

* * *

Dormía entre las sombras
La Virgen sonrosada,
Envuelta en sus salvajes vestiduras,
Débil y sin amor, como una esclava;
Mas una aurora, al reoorrer las selvas
Encendiendo el calor del patrio nido,
Los destellos de un himno de ventura,
Quemó sus sienes el ardor dormido,
Brotó en sus venas el orgullo muerto,
Abrió los ojos... y á la luz del día
Vió ante su paso el porvenir abierto!
Se extendieron las auras presurosas,
Esparciendo en las lomas dilatadas
Los ecos inmortales de aquel grito,
Despertaron los héroes que dormían
Y ardientes las espadas
Fueron en pos del pabellón bendito!
Después... sobre los lúgubres escombros
De la lucha inmortal, brilló una estrella
Que difundió sus vívidos colores
Para alumbrar las sombras del camino;
Nacieron las eternas realidades
Y subiendo á las nubes, altaneras
Arrancaron girones de sus tules
Para darle color á sus banderas!
Llegaron á las cumbres!...

Para alfombrar la senda de la gloria
Le arrastraba cautiva,
Deshojando laureles la victoria!...

***

Sobre la imagen blanca
La libertad vertía sus amores,
Y embebida en sus mágicos ensueños
Calmaba sus empeños,
Sobre su frente derramando flores.
Y pasaron los tiempos!...
En los grises, lejanos horizontes,
En los últimos montes
Que libertaban mundos libertados,
Se empinaron hambrientos huracanes,
Agitaron sus túnicas siniestras
Y cayeron cual lava de volcanes
Sobre los campos de la patria mía,
Enlodando sus olas profanadas
Las túnicas sagradas
Con que la virgen libertad nacía!
Corrieron á la arena enrojecida
Los corazones de esperanza llenos,
Volvieron al combate los leones,
Viviente de coraje
Brotó del alma el invencible grito;
Sus notas, como flechas encendidas
Incáronse partidas
Sobre la frente del tropel maldito!...
Al través de las negras humaredas
De la hoguera infernal, se irguió un instante
La enseña azul, luchando en su delirio,
Después, cubrióse ensangrentada y rota,
Después... oyóse apenas
Un ruido de cadenas
Y el lejano rumor de una derrota!
Sobre el campo desierto
Quedó el valor, por el poder vencido;
Huyeron los eternos ideales....
¡El *héroe* con los héroes ha caído!
Resonarán los ecos
Mientras la voz en la conciencia vibre;
Se desgarró una enseña venerada...
¡Murió la patria libre!...

***

Se extinguían las tenues claridades
Aquella tarde, en el inmenso cielo;
Las sombras descendían enlutadas,
Como un oscuro velo!,..
Aun viven indelebles en el alma,
Ecos de aquellas horas de martirio,
Aun brotan en las ruinas sus fulgores;
Aun entre los fúnebres despojos
La patria, está de hinojos
Sobre una tumba derramando flores!

MÍSTICA.

(Al recibir el escapulario de la SS. Virgen).

Madre de mis ensueños,
Virgen María,
Hoy se postra á tus plantas
El alma mía;
Busca en tu seno,
Para cruzar la vida
Tu voz de aliento!

Hijo he sido en el mundo;
Hoy, ya soy huérfano...
La madre que adoraba
Se fué, y no ha vuelto;
Aun guardo apenas
El eco cariñoso
De sus promesas.

Y yo busco á mi madre,
Busco sus cuentos,
Yo busco sus caricias,
Busco sus besos;
Y en mi camino
Sólo encuentro pesares
Dolor y frío.

Madre de mis ensueños,
Virgen María,
Préstame tus insignias,
Sé Madre mía;
Dame tu mano
Y ayúdame en la senda
Que estoy cansado.

Dame tu escapulario,
Pónlo en mi pecho;
Asi!... que yo lo bese...
Qué dulces besos!
Cual los perdidos
Que me daba mi madre
Cuando era niño...

Juntas siempre en mi pecho
Lleve tu imagen,
Con la imagen querida
De la otra madre...
Ay! la que ha muerto:
La que envuelta en mis lágrimas
Subió, y no ha vuelto!

Si en la ruda jornada
Tu voz me alienta,
No importa las heridas
Que llevo abiertas;
Que no se parte
El acero que templa
Tu amor de madre!

Sereno hácia la vida
Voy con tu ayuda,
La esperanza encendida,
La faz desnuda;
Tu voz me alienta...
No importa las heridas
Que llevo abiertas!

PEDRO ERASMO CALLORDA [1]

AMOR!

Verbo santo que todos los labios
lo conjugan en todas las patrias;
desde el niño, capullo de un beso,
que pide á la madre gimiendo sus gracias,
hasta el hombre de frente marchita
y nivosa cabeza sagrada,
que en su invierno de vida aun conserva
la fibra que otrora muy tensa vibrara.

Te columbro en la ingénua sonrisa
que en la púdica virgen se graba;
en el hilo, de luz, de un soslayo
que muere entre un fleco de negras pestañas;
y en la curva ideal de dos senos
por un ángel talvez esbozada;
donde duermen dos nítidas tórtolas
luciendo en sus pechos sus picos de grana.

Yo te veo en la frente que piensa;
retratado en pupilas nostálgicas;
traducir tus arranques excelsos,
en blandos suspiros que exhalan las almas.
Y en el talle garboso que ondea
mi hechicera visión de sultana
y en su pié diminuto que mueve
Con ritmos de estrofas y música de alas.

Tu eres nota de idílico canto;
sinalefa de bocas que se aman;
Comunión de dos almas que aspiran
la blanca corona de azahares formada.
Vibración en la célula virgen
de una tierna cabeza monástica,
y oración fervorosa que al cielo
cual blanca paloma levanta sus alas.

Yo te he visto embriagado y radiante
ostentando la clámide blanca,
en el lecho nupcial de la novia
gozando chispeante sus bodas de nacar;
y batir al compás de dos bocas
que preludian alegres sonatas
tus alitas teñidas con púrpura
del cálido vino que aplaca las ansias.

---

(1) PEDRO ERASMO CALLORDA, nació en la ciudad de San José de Mayo en 1880. Hace años que empezó á escribir para el público colaborando asíduamente en *La Revista*, *La Alborada*, *Rojo y Blanco* y en casi todos los periódicos literarios del país. Es autor de un poema, *Marta*, que publicó en 1903. Ha cultívado con éxito el género erótico y en su lira hay una cuerda sensual que generalmente anima sus inspiradas composiciones.

Yo te he visto en dos ojos que riman
la pasión de una mente inflamada;
en la curva de brazos que quieren
crujiendo sus nervios cual cintas que se ajan,
y en el arco sediento de un labio
que en sus pliegues oculta la brasa
del placer que dilata las venas
y ensueños produce de sangre que brama.

Del inmenso concierto del mundo
que está escrito en cerúleo pentágrama;
de los astros son notas alígeras
que fugan sus luces con música sacra.
Tú, eres blando raudal de armonías,
un arpegio grandioso que canta:
¡la inmortal epopeya del hombre
que junto con Eva, tus dones alaba!

TU PAÑUELO.

Juega en tu mano seductora y leve
Como paloma en el sedoso nido,
Cuando en tu corazón pára el latido
Entrecortado por un beso breve;
Y si llanto derramas te lo embebe;
Ahoga en su tela el pasional quejido,
Que brota de tu pecho conmovido
Como un chorro de luz de entre la nieve.
Cuando la ausencia nos destiende el velo,
En la que tu alma anonadada queda,
Como bandera de pesar y duelo,
Me trae la brisa vaporosa y leda:
¡El perfume sutil de tu pañuelo
Como un adiós que tu pasión remeda!

MI ABALORIO.

Yo dejaré en la página de tu álbum eucarístico
un copo de dolores;
en donde se entrelazan como un conjuro mágico
un ramo de arreboles.
Serán suaves penumbras flotando en las corolas
de perfumadas flores;
y tintes mortecinos de lirios que se extinguen
en la callada noche;
con llanto asonantados por un ideal lejano,
por un ideal sin nombre;
¡serán mis rimas flecos de dos pestañas negras
donde el insomnio more!

Escúchame: Tu eres un poético capullo,
botón de rosa-cobre,
que ostentas en los pétalos fragantes y sedosos
un poema de rubores.

Eres el haz rosáceo de un lampo de alegría,
que alumbra un alma jóven;
y el traje sonrosado con que los sueños visten
los pobres trovadores.
¡Y eres la blanca página de tu álbum eucarístico;
y eres montón de soles,
que esfumas con los brillos de tus hechizos magnos
las sombras que te dejo cual copo de dolores!

ASDRÚBAL E. DELGADO (1)

ECOS DE UNA SALA.

Año 1901.... Consistorio del Gay Saber. *Montevideo.*

¿. . . . . ?
¡Oh, no, ricura mía!
¿Piensas tú, todavía,
En esas cábalas de alevosa intención?
¿Ignoras que tu boca
No gozadas delicias provoca en mi boca,
Que implora tu boca con mimosa fruición?

¡Cómo no he de adorarte,
Favorita del arte
Del mimo, del beso, del nervioso mirar!
¡Si tus años son míos,
Si tus mimos y besos y ojos son míos,
Favorita del arte de hacerse adorar!

¡Ven, gatita mirrina,
Zalamera extra fina,
No te importe esa charla de pícaro ardid!
Ven, repite la jura
De aquel día..... ¿recuerdas mi vieja armadura
Y la dama ofendida y la espada del Cid?....

¡Ven, deja que mis besos,
Como niños traviesos,
Busquen los tesoros que hay bajo tu corsé;
Czarina de mil Rusias,
Vamos pronto al Kremlin de tus sabias astucias,
Que ya sé nuevos cuentos del sabio Mendés!

(1) De Asdrúbal E. Delgado sólo se conocen algunos versos publicados en periódicos literarios. Nació en el Salto Oriental y cursó jurisprudencia, recibiendo el título de abogado en 1904. Ha figurado en política, tomando parte en la última revolución cayendo herido en la batalla de Cupambaé. Ha ocupado en diversas ocasiones la tribuna política. Sus versos, amables y lijeros, son verdaderos madrigales, de espiritualidad delicada y deliciosa ingenuidad.

¡Oh, ven, boquita inquieta,
Adorable coqueta,
Ven pronto... así, así... muchos más, muchos más!
¡Así, sé generosa,
Oh mi hermosa mimosa,
Sultana, Czarina, reina de cien Sabás.

Bésame; ¡oh los besos!
¡Oh tus besos espesos,
Que saben á fresas de una tierra sensual!
¡Oh, divina, divina,
Que valen los besos de tu boca divina
Mucho más que la patria del viejo Stendhal!

Goza, Goza, bien mío,
Que mi Ruben Darío
Rimará nuestro goce en un verso inmortal.
Ríe, ríe, bien mío,
Que en el verso inmortal de mi Ruben Darío
Será el ritmo tu risa de goce triunfal!

TOUT PASSE, TOUT LASSE....

(En el Album de Ernestina Mendez Reissig).

Mujercita, mujercita,
Bien querida mujercita,
¿Por qué tu voz se marchita?
¿Por qué se arruga tu tez?
Tu garganta ya no canta
Dí, ¿por qué razón no canta,
Si era alegre tu garganta,
Di, mujercita ¿porqué?

¡Cuántos años, cuántos años,
Tras nuestros primeros años!
Y qué grandes desengaños
En los años ¿no es verdad?
Ya no corres por tu huerta....
¡Qué alegre que fué tu huerta!
Y hoy qué triste y qué desierta,
Pobre huerta, cómo está!

Eran tu orgullo las flores
Y en tu huerta ya no hay flores.
Ya no hay en tus tocadores
Ni rosas de Jericó.
Y pensar que en otros días
¡Qué alegres aquellos días!
Con qué cariño decías
« Mis rosas de Jericó! »

Ya no hay luz en tus salones,
Huyeron de tus salones
Las brillantes recepciones
Los escotes y los fracs.
¡Qué triste está la glorieta!....
Aquella alegre glorieta
Donde daban su retreta
Los mirlos de la heredad.

Cuántas veces mujercita,
Bien querida mujercita,
Acudías á la cita
Escondida en la *terrassé*.
Cuántas veces en el piano,
¡Oh los recuerdos del piano!
Buscó tu pequeña mano
Los cantos de la heredad!

¡Qué hermosos fueron tus ojos!
Ya nadie alaba tus ojos;
Nadie observa tus sonrojos
Con indiscreta atención.
No se habla de tu elegancia....
¡Y pensar que tu elegancia
Puso en los labios de Francia
El nombre de tu nacion!....

Mujercita, Mujercita,
Bien querida mujercita,
¡Cómo tu voz se marchita!
¡Cómo se arruga tu faz!
Ya no corres por la huerta....
¡Fué tan alegre tu huerta,
Y hoy qué triste y qué desierta,
Pobre huerta, cómo está!

DE AMORES.

Te adoro,
Al compás de unos lanceros balbuceó mi corazón.
Y tú, incrédula, dijiste repitiendo mi « te adoro »:
Yo no creo en tu cariño, yo no creo en tu pasión.

Te adoro,
Volvió luego á sollozarte, temblando mi corazón,
Y esta vez tú sonreiste sin repetir mi « te adoro »
Y sin decir que dudabas de la verdad de mi amor.

Te adoro,
Mi corazón anhelante poco después repitió....
Y por fin mirando al suelo, dijiste « también te adoro ».
Pero entonces, alma mía — perdóname — dudé yo.

Á MI PRINCESA.

Mi princesita de ojos azules
Dime ¿qué tienes?
¿Por qué me miras con tanto enojo,
Con tanto enojo si es que me quieres?
¿Te han dicho, acaso, que no te adoro
Con toda el alma?....
¡Mírame alegre, mi princesita,
Mi princesita de ojos azules
Como las aguas!....
Que me sonrían llenos de gracia
Tus lindos ojos,
Y me acaricien tus largos rizos,
Tus largos rizos de seda de oro!
Y me repitas á cada instante
Que me idolatras....
¡Cuánto te quiero, mi princesita,
Mi princesita de ojos azules
Como las aguas!....

HORACIO QUIROGA (1)

LEMERRE, VANIER Y C.ª

Bajo la curva, la noche plomo;
sobre el aliento, vapor de bromo
ata en el cuello fino calambre
con invisible, rígido alambre.
Por la ventana que está entreabierta
la Luna muestra su faz de muerta,
desfigurando, tras los cristales,
algunas piedras filosofales.
Se angustia el vientre de los crisoles
en la insistencia de los alcoholes,
y gime en finos ruidos distantes
como murmullos subcrepitantes.
Sobre los bordes de la campana
suenan las cuatro de la mañana.
Los negros perros, estremecidos,
lanzan al aire largos aullidos.
Chirrian los gonces de un modo adusto,
y á la ventana se asoma un busto:
como los muros—en linea recta—
la Luna en negro disco proyecta
sobre la altura del macadám,
como un curvado, trágico escollo,
la calva frente de Claudio Frollo
bajo la sombra de Nôtre-Dame.

EL JUGLAR TRISTE.

La campana toca á muerto
en las largas avenidas,
y las largas avenidas
despiertan cosas de muerto.

De los manzanos del huerto
penden nucas de suicidas,
y hay sangre de las heridas
de un perro que huye del huerto.

---

(1) Por el año 1900, la prensa literaria del país recojó algunas composiciones firmadas por Aquilino Delagoa, que llamaron justamente la atención. Más tarde, con motivo de un concurso donde se asignó el premio á un trabajo que llevaba esa firma, se supo que el seudónimo, correspondía á Horacio Quiroga. HORACIO QUIROGA nació en el Salto Oriental, viajó por Europa, y en París intimó con algunos literatos franceses. Después de su iniciación en 1900, publicó un tomo de verso y prosa, titulado *Los Arrecifes de Coral*. Radicado más tarde en Buenos Aires, dió un tomo de cuentos;

En el pabellón desierto
están las violas dormidas;
las violas están dormidas
en el pabellón desierto!

Y las violas doloridas
en el pabellón desierto,
donde canta el desacierto
sus victorias más cumplidas,
abren mis viejas heridas
como campanas de muerto,
las viejas violas dormidas
en el pabellón desierto.

CANCIÓN.

Surgen en línea de negras vendas,
con el Asombro sobre las frentes,
las insensatas, mudas Ideas,
como un galope de muertos héroes.

Infla la hipérbole de los deltoides
la curva austera de una Amenaza,
soñando en lacre gritos ó ahullidos
sobre el decúbito de las razas.

La desmedida Comedia Blanca
pi ta, entre risas, frío albayalde
sobre las lívidas caras enfermas,
En una brusca visión de baile.

Mancha de púrpura presagia el cielo
sobre el oriente de los naufragios,
y en El Espanto, las avanzadas
miran la aurora de un día trágico.

Acurrucada sobre los hielos
suelta la Angustia lívida risa,
mientras los muertos huyen del Polo
con la leyenda de sus pupilas.

Esta es la estrofa de ritmo extraño
que entona el pálido cantor del Hambre,
cuando cien garzas cruzan el frío,
sus blancas alas tintas en sangre.

El Cuento del otro. Sus composiciones en verso, sin duda las más audaces publicadas en el país, son una resonancia de las extravagancias del grupo simbolista francés. Pero, el autor, que posee un temperamento exquisitamente artístico, ha sutilizado todos esos vagos estados del alma, creando algunas piezas de verdadero mérito.

LAS PANTALLAS DE FÁTIMA.

Niebla y paisaje. Vago hemisferio
que marca un lírico planisferio;
noche de noches y de zafires
sobre la ruta de los fak res;
luna que azula la lontananza
con las turquesas de su romanza;
cielo que empluma los desanhelos
con la quimera de tardos vuelos:
es el desierto de locas glorias
donde se angostan las trayectorias.
Tienden las brumas en los mirajes
su desabrido guipur de encajes.
Luz indecisa de un asteroide
sobre la negra mancha elipsoide,
y hay un Mar Muerto tras la neblina,
como una gota de tinta china.

TU AGONÍA.

La tarde se moría; y en el viento
la seda de tu voz era un piano,
y la condescendencia de tu mano
era apenas un suave desaliento.

Y tus dedos ungían un cristiano
perdón, en un sutil afilamiento;
la br sa suspiró, como en el cuento
de una melancolía de verano.

Con tu voz, en la verja de la quinta,
calló tu palidez de flor sucinta.
La tarde, ya muriendo, defluía

en tu sien un suavísimo violeta,
y sobre el lago de tersura quieta
los cisnes preludiaron tu agonía.

COMBATE NAVAL.

Flamean en el aire los gallardetes
sobre el vientre vacío de inflados foques,
y aúna el centelleo de sus estoques
la vanguardia marina de los cadetes.

Repercute en el pomo de los floretes
la arterial valentía con claros choques,
y en el salón distante suenan los toques
de un hipnótico dúo de clarinetes.

Y comienzan de pronto las desazones:
Más alto que el reflejo de los cañones
se extienden en la bruma los catalejos;

y más alto que el humo del carbón de hulla
alza el clarín su grito, y el bronce aúlla
á la mancha de sangre que ve de lejos.

ITALIANA.

Finalizando alrededor
de un buen soneto.

Por tres veces, detrás de la alquería,
era grata á mis manos tu pereza;
el sol se hundió, dorado de tristeza,
en un rayo glacial de hipocondría.

La campana sonó el Ave María,
llenóse de balidos la dehesa,
y los bueyes volvieron la cabeza
lentamente, á aquel cielo de agonía.

La tarde descendió, con luces raras,
á tu triple collar de perlas claras.
Bajo los rumorosos naranjales

miramos sin pensar el dios de yeso,
y en el leño sonámbulo de un beso
grabamos nuestras mutuas iniciales.

CON FÚTIL ELEGANCIA.

El agrio cascabel de la locura
martiriza cerebros que son limbos...
Lugones.

Una voz tan seductora
que parece de mujer.
Federico Ferrando.

Con fútil elegancia de modelo
—verdes encajes y caprichos gualda—
la banal compostura de tu falda
prolongó aquella noche en mi pañuelo

su pliegue tenaz. La mueca jalda
de una máscara gris de terciopelo
sollozaba y reía bajo el pelo
sobre el frío versátil de tu espalda.

Los champañas sin alma naufragaban;
y en tanto que tus manos se extraviaban,
sonó, con intranquila conjetura,

en el borde estridente de tu copa
desde el vértigo azul de una galopa,
el sordo cascabel de mi locura.

TU GARGANTA.

El verano perdió su fuego externo;
y á la luz de la tarde postrimera
sonreía á tu enagua, en la ribera,
la displicente gracia del invierno.

Iba á velar contigo la primera
noche violeta de un país moderno;
el mar sonaba, bajo el viento eterno,
la amplitud de su sorda carraspera.

Y como el mar en sus pueriles glosas
prolongara el mutismo de las cosas,
llenó el silencio, como voz que encanta,

en el suave crepúsculo salino,
bajo tu copa de color marino,
el sonoro glu-glu de tu garganta.

LOS PEQUEÑOS VAPORES.

Era un soplo la voz del campanario;
y en el escaso sol de la bahía
como un ala de nieve se perdía
la palida belleza del estuario.

Cantabas, con los salmos del breviario,
vagamente la mística alegría,
cuando era más incauta tu agonía
sobre el ancho paisaje literario.

Y en la tarde propicia de aquel Junio
que azulaba el adiós del plenilunio,
apagó tu fructuosa cantilena

bajo el silencio tibio de mis guantes,
la noche que traía, por instantes,
el lejano clamor de una sirena.

EL MARTES, 24 DE NOVIEMBRE...

El Martes, 24 de Noviembre,
bailamos la romántica gavota.
Las señoras brindaban sobre el hombro
sonrisas. En el raso de las colas,
temblaban los reflejos del vestido;
las sedas repetían sus estrofas
en la cadencia de su muda orquesta;
tus ojos se perdían en la forma
de los verdes jarrones japonistas,
y en la nieve de sangre de tu boca
se abrasaba el país de un abanico.
Desmayaba la niebla de tus blondas
en la infinita languidez del paso.
Tras la arcada gemente de las violas
oímos de una voz el dulce acento:
la noche de Noviembre, venturosa,
inspiraba al pierrot dulces romanzas,
acariciando con su frente angosta
la satinada piel de un guante crema.

Á LA SOLTERONA.

Las luces del quinqué entristecen la estancia
con el cruel recuerdo de una tarde de ayer.
Sobre la tela antigua, un dibujo al pastel
solloza línea á línea su antigua fragancia.

Ella, la dulce anciana, con su gracia de antaño
toca en el clavicordio un scherzo sin fin,
y llena la tristeza de su empolvado abril
de una melancolía que apenas hace daño.

Él, en tanto, sentado junto á su buena amiga
lleva á su boca lánguida una taza de té,
y posa suavemente sobre el tibio corsé
una caricia vieja de los mejores días.

Sin mirarse, pasean. Oh! los viejos señores,
cómo su voz es trémula recordando el jardín:
ella lloraba siempre... él estaba en París,
y es un discreto pío de viejos ruiseñores:
ella llorando siempre... él lejos... en París...

ORELLANA.

Es el grado de las noches incendiarias y crispadas.
Bajo el bronce-cobre-plata de las franjas atrigadas
brama el pújil de cien saltos, de la selva tropical;
repercuten en el borde de los élitros chirriantes
—¡veneciana jaula de oro!—las galvánicas y errantes
vibraciones estridentes de las erres de metal.

Tiembla el golpe de la Luna sobre el dorso de los lagos.
Los jaguares somnolientos de neuróticos amagos
runrunean dulces carnes de montmartres ó de harén,
aguzando la violencia de su antojo desmayado
en sus garras perezosas, como símbolo estrujado
tras la curva sobrehumana de una frente de Rodin.

Recrudecen en la sombra los euforbios agresivos;
hincha el crótalo la bilis de sus dientes expansivos
redoblando á la sordina su fatídico tambor;
bate el bronce de un rujido, replegándose en el viento;
cae la noche; y al ataque de un crepúsculo sangriento
calla el bosque americano, todo lleno de estupor.

JUSTINO JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA (1)

MEDIA NOCHE.

Cómo brillan, cómo ríen, las pupilas soñadoras de la noche;
Cómo ritman sus canciones, los fantasmas que en las sombras,
Embriagaron con el néctar de los dioses, las bacantes,
Las orgiásticas deidades, de supremas ansias locas...

Cómo sufre en las alturas, la viagera solitaria
La abandonada amante de un Rey á quien adora...
Cómo oculta á sus hermanas, la pasión que la consume.
Cuánto sufres, cuánto sufres, — ¡oh viagera solitaria de las sombras! —

Hay un lirio ensangrentado que agoniza en el sendero. —
Al decirle una estrofa, lo hirió con sus agravios, una rosa. —
Ven mi amada, libemos una lágrima de la viagera histérica,
Oh, mi hermosa, mi pálida Julieta! — en la sangrienta copa!

Mira cómo languidecen, cómo se agostan las azucenas
Que con sus corolas, color de cielo, la senda alfombran...
Conmuévelas la noche, con su silencio, con sus misterios,
Con sus fantasmas tétricos de horribles formas...

Qué extraños gritos, qué ruidos lúgubres, parten del bosque.
Los faunos hambrientos, de ansias bestiales, que en sus sombras moran
Celebran sus orgías, sus saturnales, y escancían vinos,
En monstruosos cráneos humanos que se desbordan...
. . . . . .
. . . . . .

Cómo ríen, cómo danzan en la senda, las bacantes!
Cómo brillan, de la noche, las pupilas soñadoras...
Cómo ritman, en el bosque, sus canciones, los espectros!
Cuánto sufres, cuánto sufres, oh viagera solitaria de las sombras!

---

(1) JUSTINO JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA, hijo del ilustre hombre público del mismo nombre, empezó á escribir siendo un niño aún en *La Alborada*. Cuentos románticos, páginas de crítica, versos, todo lo tentó con más ó menos éxito, pero poniendo en sus trabajos una nota personal. Fundó enseguida la revista « *América Literaria* » de vida efímera, y siguió colaborando en la prensa del país. Desviado hácia las escuelas decadentes, exajeró la tendencia, publicando *La Revista*, *La Revista Literaria* y otros periódicos, composiciones de un mórbido sonambulismo, producto de una sensibilidad errática. En *Vida moderna* publicó verso y prosa. Este poeta, que tiene verdadera originalidad, posee la más grande de las virtudes: no se ha embanderado en ningún círculo literario. Parece que su musa, que á las veces es áspera y misantrópica, desdeñara un medio ambiente, donde esa literatura de sensitivos no ha echado raices.

VIBRACIONES DE FIEBRE.

EL PECADO.

En el habla sibilina de mis pálidas canciones,
Oficia su liturgía mi duda silenciosa, —
Sacerdotisa estéril, que rima fatigosa
En lentas agonías, mis rudas oraciones.

La histérica insensible que esgrime las traiciones
Con la inconsciente burla de su alma caprichosa
Rióse de la angustia de mi actitud penosa
Para vivir extrañas, siniestras emociones.

Exacerba, en mi rudo desconsuelo,
El horror de mis noches intranquilas,
El fatídico espectro de mi duelo,

Mis dudas van cruzando en largas filas,
En medio de las brumas de mi cielo,
Severas como espectros de Sibilas.

LOS REMORDIMIENTOS.

Pouvons-nous étouffer le vieux, le long
Remords?

Baudelaire.

La noche obsesionante de mi hastío,
Dijeron con espanto los horrores
La brutal desnudez de tu extravío.
En la audaz rebelión de mis dolores,

Anankée profanó mi desvarío
Y eternizó en mis celos vengadores,
La impiedad criminal de tu desvío
Y la cruel eclosión de mis terrores.

En sabática noche de amargura,
La macabra visión del desaliento
Ritualizó el desdén de tu locura;

Morbosamente audaz, un pensamiento,
Desgarrando una blanca vestidura
Insinuó tu primer remordimiento.

LA PARTIDA.

Nieva sobre mi angustia inconsolable
El adiós de tu larga despedida,
El espasmo mórtal. Interminable
Fué tu adiós silencioso, en la partida.

Aquella tarde cruel, inconsolable
Tu mano se agitó en la despedida.
Y en un largo perdón, interminable
Mi pañuelo oficiaba en tu partida.

Como una tromba de lirismos vanos
Desmayaron mis últimos adioses
En la inconsciencia de mis sueños vanos.

Y el rito del pañuelo en los adioses
Fué silencioso y gris, como en los vanos
Juramentos sin fin de los adioses.

CAÍN.

Depuis l'aube des temps je plaine sur la Vie — Tel un oiseau de proie aux serres de démon.

Saint-Pol, Roux.

Lleva el fardo de tu odio, gran proscripto,
Al través del desierto. Mientras vivas,
Vivirá tu tragedia, y aquel grito
De tu hermano, y la sombra vengativa.

El Crimen quedó atrás. Pero el Delito
Engendra pesadillas agresivas.
Abel te está mirando,.. Estás maldito...
Huye, Caín... Aviva el paso, aviva...

Y ante el asombro mudo del desierto
El hermano de Abel va, lentamente,
Bajo el ojo de sangre de aquel muerto.

Babeó el odio sobre él su gran Pecado,
Y una piedra golpeó sobre su frente
El dolor de aquel ojo alucinado.

SALOMÉ.

En la noche del Sábat, una rosa
En sus tonos caducos diluía
La extraña idealidad de una Utopía
Sobre blanco marfil. Tu misteriosa

Carne de virgen blanca, temblorosa,
Era la más artística teoría
Del pudor. Y dos soles de Etiopía
Desmayaban su sombra voluptuosa

Cual furtiva caricia, en tu blancura.
En tus ojos, dos gotas de Locura
Irritaron al Crimen. La Demencia

Hizo temblar tu carne como un grito,
Y en la ruda obsesión de tu delito
Te escupe Yo Kanaan su indiferencia.

JULIO LERENA JUANICÓ (1)

I.

— Quiero contarte una historia.
— ¿Triste?
— Como la vida.

Ibsen.

Bajo un cielo de niebla
á fines del Otoño
labraba yo mi tierra
y ví con estos ojos

aquel cortejo fúnebre...
Lloraban las campanas
y al oirlas, de bruces,
ella también lloraba.

Luego, — pasado un año —,
cuando al morir la tarde
dejaba mi trabajo,
ví que cruzaba el valle

un cortejo de bodas
con músicas y risas;
y al oirlas, gozosa
ella, también reía,

y era una tarde quieta
hacia la primavera...

II.

Et redoutant la foule aux tumultes de fer
Elle écoute la vie — au loin — comme la mer...

Manos tenues y pálidas que ensayan vagamente
aires de antiguos tiempos en los claves discretos;
risas sobre los labios, sueños bajo la frente,
sueños, risas, sonrisas, quimeras y secretos...

Junto á los viejos triunfos que historian los tapices,
bajo el mirar adusto de cien antepasados
brindan sus reverencias las cabelleras grises
ante la gracia joven de fútiles tocados.

Con su compás galante, la danza preferida
vuelve á los graves nobles hácia l janos años:
recuerdan las abuelas páginas de su vida:
los abuelos, risueños trances y desengaños.

(1) JULIO LERENA JUANICÓ pertenece á la nueva generación. Hombre de letras, su espíritu superior se ha desenvuelto entre las nerviosas inquietudes de la cultura moderna. *Dilettante* á veces, piensa en otras hondamente, y siempre con intensidad. En marcha á través del arte contemporáneo, ha sentido las hondas sugestiones de las escuelas de decadencia, pero su concepto humano de la vida, del arte y del hombre, le ha dado la amplitud del criterio y la comprensión estética suficiente para apreciar y sentir la belleza en todas sus manifestaciones. Hombre de estudio y artista, su labor permanece inédita en su casi totalidad. Apenas si los diarios y periódicos del país, han registrado una que otra vez una composición sutil, de aristocrática delicadeza. Sinembargo es un poeta hondo y subjetivo. Todos sus versos, son producto de una concepción intensa. Derrama en esas piezas, que á veces parecen pueriles devaneos de un espíritu cargado de sueños, un exceso de vida interior, de sentimentalismo y de emoción. Es el más fino y penetrante de nuestros poetas, y sabe sorprender el fondo de poesía que hay en todas las cosas. Ha sido director de *Los Debates* y *Vida Moderna*.

La frívola pavana con su ritmo de seda
á todo un mundo joven arrastra en tardo vuelo.
Pasa el bullicio... pasa... Sólo Griselda queda.
como si un hilo de oro la sujetara al suelo.

Há tiempo ya que vive su alma en el destierro
y nadie aquel misterio consigue penetrar.
Ella teme las turbas, los tumultos de hierro,
Ella escucha la vida — de lejos — como el mar...

LA PARTIDA DE AJEDREZ.

—¡Andad presto! ¿qué os detiene?
—Baronesa, vuestro juego
presta estímulo á mi avance... os doy jaque...
—¡Qué descuido,
me venceis, marqués!
— No tal, pero escuchad, os lo ruego!
quiero hablaros, allegad á mi labio vuestro oído...
—Sois sutil, aunque indiscreto.—
—Perdonadme, mi pasión
hácia vos... mas nos vigilan, acercáos...
—¡Ah! traición!

CHOPIN.

¿Quién le arrastraba así por la vida,
á través de la tristeza? *Gorki.*

Era la tarde y hácia los confines
de un ambiente de sueños
las teclas exhalaban su lamento.
Heríalas la fiebre, y ante el triste

llamado respondían
con efusión de manos dolorosas.
En el parque, —arrancando de las frondas
llantos, blasfemias y estridentes risas—,

despertaban los ecos, uno á uno:
«¡Chopin, divino tísico!», clamaron:
«hijo de la armonía y de los lagos...
¡Oh hermano del crepúsculo!»

CÉSAR MIRANDA (1)

NINÓN.

(Para Raúl Montero Bustamante).

Sonámbula deliciosa de brazos de porcelana;
el manto lila te arropa con una gracia atrayente,
y tu cuerpo curvilíneo de una excelsitud pagana
evoca de Deyanira el fabuloso ascendiente.

Por ti, Ninón, los salterios ríen su risa elocuente;
por ti la orquesta amarilla zumba su grave pavana;
por ti, flor de los insomnios, sollozan junto á la fuente
los silfos enamorados de tu belleza pagana.

En hora crepusculina, belleza de porcelana,
cuando te bese la Eterna sobre el mármol de tu frente,
en hora crepusculina el bronce de la campana
ha de doblar quejumbroso, ha de doblar tristemente....

Hada fugaz que las horas llevarán hácia Nirvana,
quién pudiera entre tus brazos hallar eficaz nepente,
y deteniendo á Saturno en su marcha cotidiana,
sonámbula deliciosa besarte perennemente....

LOS PAQUIDERMOS.

(Para Alejandro de Vedia).

Van por la ruta amarilla los paquidermos antiguos;
siniestramente resuenan sus pasos; en los contiguos
palmares los grandes monos ejecutan sus piruetas,
y en los lagos cristalinos cantan los cisnes poetas.

Van los tardos paquidermos hollando la arena fina
con sus pies; y sus colmillos, de una blancura de harina,
penden; sus enormes trompas van olfateando el suelo;
y sus ojos diminutos, por puntos miran el cielo.

Van los grises paquidermos en dirección á la fuente,
á bañar sus cuerpos. Van caminando lentamente....

El más viejo, que es el guía, se detiene; con su trompa
hace un signo cabalístico en los aires: una pompa
indostánica.—Los otros lo imitan, y nuevamente
mueven sus patas de plomo, tan automáticamente
que parecen maquinarias inverosímiles.

Todos
se apuran; las trompas ya no olfatean el camino,
y vagan al descuido en los aires de mil modos

---

(1) CÉSAR MIRANDA es un espíritu fino y penetrante y un delicado orfebre que percibe la *nuance* y sabe usarla discretamente. Ha leído mucho y posee una cultura ecléctica, erudita en asuntos de Oriente y vasta en cuestiones modernas. Pertenece por inclinación intelectual y por propia extravagancia lírica á la escuela de Ruben Darío. Es autor de un libro de versos titulado *Letanías Simbólicas*, que tuvo resonancia. En el fondo, Miranda es un *dilettante* de la forma. El título de su libro dice bien claramente la tendencia de este poeta, nacido en 1879.

distintos.—Allí, á dos pasos, el sendero cristalino
corre. Las trompas se agitan como siniestras medusas.
Los monstruos saltan alegres; y la Fuente de las Musas,—
así se llama,—tiembla.—Sus patas los elefantes
hunden en la clara linfa, que despierta. No como antes
es transparente; los lodos, que en el fondo dormitaban,
la han vuelto sucia; los cielos, que sus ondas reflejaban
en las tardes amarillas y en las mañanas violetas,
en los crepúsculos lilas y en las noches incompletas,
no se mirarán en ella. Los elefantes nocivos
siguen saltando; parecen, más bien que elefantes, chivos!...

Por la gran ruta amarilla los paquidermos antiguos
vuelven; resuenan sus pasos pesados; en los contiguos
palmares los grandes monos ejecutan sus piruetas;
y en los lagos cristalinos ya no cantan los poetas....

DIÁLOGO GALANTE.

—Amo de tu boca la sutil sonrisa.
—Príncipe, mis labios no la tienen ya,
—No amo de tu boca la cálida brisa.
—Príncipe, mi risa no, pero mi brisa
sé que tú deseas que torne á soplar.

JUAN JOSÉ ILLA MORENO (1)

ESFINGE.

Sarcófago de trágicos dolores,
O caso de una rara psiquiatría,
—No lo sé,—
Evoca los insólitos amores
De mi musa: Pandora de alegría.

Con las alas del ángel tenebroso
Parece cobijara los ensueños
De su fe.
Tiene ese timbre magno y horroroso
De las tétricas aves de mis sueños.

Hay un severo drama en sus pupilas,
De sombras, de colosos espectrales
Y de luz.
Han besado á su cuello las sibilas
Y á su frente las calmas siderales.

Una angustiada flor hay en su boca
Dolorosa, como en la de la santa
De la cruz.
Y una expresión de misteriosa loca
De sus cabellos en la oscura manta.

En los signos arcaicos de sus cejas
Hay dos menguantes lúgubres del cielo
Del dolor.
Y dos brocales forman sus parejas
Pestañas en los antros de su duelo.

Y lucen en sus místicas ojeras
Del cuerpo de Jesús crucificado
La flor.
Y surgen de su pecho dos austeras
Fuentes de un ideal mistificado.

---

(1) Juan José Illa Moreno ha encauzado su espíritu en la corriente de las modernas tendencias literarias. Después de una rápida peregrinación por las escuelas de decadencia que tanto influjo ejercen sobre los jóvenes, ha creído encontrar en el simbolismo sentimental de sus versos la orientación definitiva de su espíritu. Es de los que esperan mucho del porvenir; pertenece á una generación recién nacida á la vida literaria, cuyos esfuerzos, ambiciones y esperanzas, se exteriorizan en esa producción híbrida, sin objeto y sin fin, pero llena de nervio, que llena las revistas juveniles del continente.

Sarcófago de trágicos amores
O ensueño de una extraña hipno-
Es así, [grafía,
Se glisan por su mente los dolores
Que alientan á mi lóbrega elegía.

Y aunque la he visto rara y tenebrosa
Como el arbusto donde grazna el
Le dí [buho,
El corazón, y grave y misteriosa]
Me acompañó en el fervoroso duo.

De sus rizos las sierpes irisadas
Adoré y de sus éticas ojeras
El cardal.
Y también á sus labios: carminadas
Amapolas que encienden mis hogueras

Fuí el sugestionado por la ciencia
De sus lesivos ojos halconados.
E imperial
Fué la reina en mi tétrica existencia
Y en mis versos, por ella hipnotizados.

Sarcófago de trágicos dolores
O caso de una rara psiquiatría.
—No lo sé—
Evoca los insólitos amores
De mi musa: Pandora de alegría.

HISTERIA CREPUSCULAR.

En un banco del fondo del camino
Que una lila glisina protegía
Cual dosel de capricho bizantino,
La ví sufrir su cruel melancolía.

Era lila su traje de hilo fino,
Una lila sus ojos envolvía,
También lila el sudario vespertino
Que ofuscaba á la luz en su agonía.

Psiquis mirando, el languidente drama
Que alumbró escasa aquella lila llama,
Sintió nostálgia de pasadas horas,

Probó entonces histérica gardenia,
Y embriagando las ansias soñadoras
Fatalmente imperó la neurastenia.

RAMÓN MONTERO BROWN (1)

EXCELSIOR.

Me he puesto en pié
Y se ha hecho el silencio alrededor.

Desperté del sopor.... Suena en la mente,
Cual zumbido de insecto bullicioso,
El eco del festín.... Alcé la frente,
Y, al contemplar el cielo refulgente,
Vibró en la lira el canto religioso.

(1) Ramón Montero Brown se reveló poeta de inspiración y de empuje lírico, en el Concurso internacional de la Biblioteca Pública de La Plata de 1904, donde conquistó el primer premio con su composición *Exelsior*. Hasta ese día su nombre había permanecido ignorado. Montero Brown es un modesto salesiano que ha cursado sus estudios en el Colegio Pío de Villa Colón, donde actualmente reside. Su lirismo, hondo y subjetivo, la profundidad del concepto y la corrección del verso, hacen de él un poeta de personalidad propia. De este poeta laureado sólo conocemos la composición aludida en esta nota.

Ya no quiero en las báquicas orgías
Mis vestiduras arrastrar beodo,
No quiero venenosas alegrías,
No quiero mancillar las alas mías,
Ni vegetar parásito en el lodo.

Y, pues la tempestad troncha las flores
Que sin arrimo en el erial se mecen,
Amo cual cedro cumbres y fragores,
Y á la fe divinal pido fulgores
Hoy que las sombras de la duda crecen.

Sé que es mi vida viaje de un momento;
Que polvo soy, pero de Díos hechura;
Y no abandono mi bandera al viento,
Ni al vicio el libre corazón sediento
De lumbre celestial.... ¡Sueño en la altura!

¡Arriba corazón!... En esa altura
El aquilón esforzará tu grito:
Cuanto más crece la tormenta obscura,
El relámpago alígero fulgura
Con mayor brillantez en lo infinito.

¡Arriba corazón!... marca tus huellas
Con trozos de bandera ensangrentados;
Muere vertiendo luz, cual las estrellas
Que al surcar el espacio, son más bellas...
¡Busca ensueños de gloria perfumados!

Cruzarán en redor turbas ligeras
Las bellotas del vicio disputando...
Déjalo perseguir vanas quimeras
A ese turbión de sucias calaveras
Que á la entreabierta fosa va rodando.

¿Les dirás que la vida es armonía,
Y que está la creación de encantos llena?
¿Que el hombre no nació para la orgía,
Para huellas dejar de sólo un día
Como reptil en la movible arena?...

¿Qué le importa rodar al precipicio
Al que tiene por patria el bajo suelo?
Clamará de la orgía en el bullicio:
Una madre sin Dios me enseñó el vicio
¡Y una escuela sin fe robóme el cielo!

Les dirás que en la tumba soporosa
No dormirán el sueño del olvido;
Y que el alma, radiante mariposa,
Al cielo volará desde la fosa
Como el ave de noche, al patrio nido?

¿Que espíritu inmortal mueve este cieno;
Que es fábula el placer humo y vileza;
Que el mundo está de sinsabores lleno;
Que rompa el cáliz del festín ameno,
Porque la vida en el sepulcro empieza?...

¿Qué le importa sorber una por una
Las negras horas de letal beleño
A quien subió del vicio á la tribuna;
Si en torpe bacanal rodó su cuna,
Y en lúbrico festín concilia el sueño?

Desprecia tú los goces terrenales
Soñando siempre en inmortal destino;
Suspira por los bienes eternales,
Y, en vez de señalar con bacanales,
Señala con estrellas tu camino.

Yo no quiero pasar como esas flores
Que á la tarde ludibrio son del viento...
En la tumba que oculte mis dolores
Espero ver la Cruz de mis amores
Para mirar por ella el firmamento.

Yo no quiero en el fango del camino
Revolcar mi sublime vestidura.
¡Reflejo soy de resplandor divino!
¡Recuerdo mi montaña!... Hoy, peregrino
En un valle sin luz, sueño en la altura!

Que me place gozar en alta cumbre
De más amplio y magnífico horizonte;
Rodearme allí de esplendorosa lumbre
Y contemplar la loca muchedumbre
Adorando un becerro al pie del monte.

Pláceme oír bramar los aquilones,
Y el retumbo escuchar de errante trueno,
Y, junto á mi bandera hecha jirones,
Conmover con mi acento á las naciones
De inspiración y de entusiasmo lleno.

Pláceme oír ¡oh sol resplandeciente!
Que, envuelto en nubes de encendida grana,
Me digas, al hundirte en occidente:
Alza, poeta, la abatida frente,
Que lumbre eterna lucirá mañana.

Yo escribiré con sangre á la subida
Mis gigantes esfuerzos de victoria,
Y allá en la cumbre vendaré mi herida
Y soñaré otra vez con la partida
Bajo mi verde pabellón de gloria.

¡Gloria! ambición del alma soñadora
Que de zarzas del valle hace una lira
Y vuela á una mansión encantadora
Do junto á fuente azul, murmuradora,
Bajo eterno laurel vive y delira.

¡Gloria, sediento el corazón ansía
Que eternices la huella de mi paso!
¿Podrá el pigmeo agigantarse un día?
Sí; vislumbrando mares de armonía
En esta sed de gloria en que me abraso.

Fijé á la Cruz la espléndida bandera
Emblema de mi estirpe soberana...
Luz de mi sér remóntase ligera
Y escribe audaz en la anchurosa esfera:
No cantas hoy para morir mañana.

Y yo quiero cantar. Dale tu aliento,
Gigante fe, al exhausto peregrino;
Duerma el lodo en oscuro monumento;
Yo no, que ansío en la región del viento
Señalar con estrellas mi camino.

PABLO MINELLI GONZÁLEZ [1]

Á LA DUQUESA DE X.

Duquesa, sois exquisita,
y por vos siente un Poeta
una ternura infinita.
— Duquesa, sois exquisita.

Vuestros ojos japoneses
son largos y me intimidan
como mil numerotreces.
— Vuestros ojos japoneses.

Vuestro cuello es fino, albino
y pone en mis labios besos
dignos de un Rey bizantino.
— Vuestro cuello es fino, albino.

Vuestras manos son mi Loto
y noble estirpe pregonan;
yo las besara devoto.
— Vuestras manos son mi Loto.

Vuestro pie, una miniatura
para mirar angustiado
é hincarle la dentadura.
— Vuestro pie, una miniatura.

Oh! Sed mi Reyna de SABA
para esas noches de fiebre
que de pecar no se acaba.
— Sed mi Reynita de Saba!

Duquesa, sois exquisita,
y por vos siente un Poeta
una ternura infinita.
— Duquesa, sois exquisita.

RETRATO....

Ven retrato — ven retrato;
solo estoy, pálido, y
mis ojos verdes de gato
quieren abismarse en tí.

Ven retrato á que te cuente
cómo mi pasión es cruél;
ven, quiero besar tu frente
y tus ojos de papel.

UN AIRE DE CHOPIN.

A Madame la contesse Le-Broyart, en Paris.

La semi-oscuridad de la antesala
tiene un rayo de Sol por parroquíano,
y la blonda Mimy llora en el piano
un aire de Chopin, triste y *lontano*....

Mi mirada en Mimy mustia resbala,
y mis párpados caen con desgano
en un ensueño pálido y lontano;
y lloramos: — Chopin, Mimy, yo — el piano...

(1) PABLO MINELLI GONZÁLEZ, es el último poeta que ha surjido en estos diez años de fiebre lírica, y su iniciación ha sido singular, llena de raro *snobismo*. Llega recién, y llega con una personalidad formada, poniendo en todas sus estrofas el sello poderoso de una inteligencia nueva y de una inspiración más nueva aún. Empezó á escribir siendo un niño, en revistas literarias, luego marchó á Europa y de allí volvió con un tomo de versos extraños que él tituló *Mujeres flacas*. Era un libro curioso, escrito en idioma internacional, pero lleno de delicadeza, de esprit y de hondo sentimiento artístico. Sus versos son una mezcla de Verlaine y de Baudelaire, de ironía y tristeza, de ensueño é inquietud. Su musa es la mas extravagante de las musas nuevas. Minelli, nació en 1883.

AFFICHE.

Parecida á Mimí; Mimí Pinson.
Sus ojos son dos líneas de carbón;
su pelo color rojo-oro-salmón;
cabello parisién (*Paris-Fashion*).

La cara toda blanca; enfarinada
como una Colombina trasnochada;
La nariz provocante, respingada;
la boca es una mueca ensangrentada.

Viste un batón de encajes verde-malva,
y su mano derecha luenga y alba
se crispa cual la garra de una fiera.

—Un *affiche* de Paris que alumbra un foco!
¿Quién ha sido el artista? Un pobre loco.
¿Quién sirvió de modelo? Una quimera....

LA ARTISTA.

Les sanglots longs — Des violons — De l'automne. . . . . .
Verlaine.

Hay un átomo de esplin
en los ojos de Ninón,
que suspira en el violín
un sueño de Mendelsson.

En su histérico mirar
se lee un débil mal de Amor,
y su bucle, por azar,
cubre el diamante traidor
que argentino en su alba piél,
de su párpado ducal
cayó; é incrustóse fiél
en la ojera episcopal.

Y toda blanca d'esplin,
la transparente Ninón,
nos dice con su violín
que le duele el corazón.

LAS OBRERITAS.

CHANSONETTE.

A M.lle Louisette Hugot du Quartier Latin.

Pasan ligeras las obreritas,
que son chiquitas,
que son bonitas,
y todas tienen aire feliz —
Pasan ligeras, pasan ligeras,
como visiones, como quimeras,
las obreritas que hay en PARÍS.

Son algo flacas, descoloridas,
y bien vestidas,
son distinguidas
con cierto aire de meretriz —
Pasan ligeras cual golondrinas;
son respondonas, son parlanchinas,
las obreritas que hay en PARÍS.

Ellas trabajan, aunque sin ganas
largas semanas;
y cuando dejan á sus tiranas
están expuestas siempre á un desliz-
Aman ó sueñan un Estudiante,
y casi todas tienen amante
las obreritas que hay en PARÍS.

Son unos diablos, cuentan brava-
y las hay castas y timoratas, [tas,
todas baratas,
pues las más caras piden un Louís
Aman el baile — oh, las cuadrillas!
y todas muestran las pantorrillas
las obreritas que hay en PARIS.

¿Quién en Invierno no se conmueve
viéndolas tristes entre la nieve,
blanco el pié breve,
y amoratadas boca y nariz? —
Pasan ligeras como visiones;
tienen las manos con sabañones,
las obreritas que hay en PARIS.

Pasan ligeras las obreritas,
que son chiquitas,
que son bonitas,
y están expuestas siempre á un des-
Pasan ligeras, pasan ligeras, [liz
como visiones, como quimeras,
las obreritas que hay en PARIS.

OFRENDA

Matronas graves de cabellos viejos
como pelucas de Trianones canos,
que en el argento gris de sus reflejos
rostros de Otoño habeis, tibios, lozanos;

Matronas adorables cual madonas
antiguas, de misal vetusto y místico;
Versallescas, espléndidas matronas,
de aristrocracia azul, gesto eucarístico;

Matronas que inspirais amor y miedo
con vuestras amplias frentes aureoladas,
de ojos cansados que acarician quedo
y labios de sonrisas desmayadas;

Vengo á ofrendaros el ritmar süave
en frases vizcondesas, cristalinas,
como el volar olímpico de un ave,
como tenues sonatas florentinas.

Duquesitas de pálidos corpiños
que guaridan quimeras inocentes;
que en los ojos llevais blancos cariños
y en los labios pasiones florecientes;

Duquesitas; — crishántemos de Almhanta,
que amais las ruinas de la vieja Grecia;
que orais en la celeste tierra Santa
y soñais en la histérica Venecia.

Duquesitas, — süaves crishantemas
que aprendeis versos y olvidais los rezos;
que teneis los bombones y las gemas
y deseáis los suspiros y los besos.

Vengo á ofrendaros el ritmar süave
en frases vizcondesas, cristalinas,
como el volar olímpico de un ave,
como tenues sonatas florentinas!

LLUEVE....

— Il pleure dans mon cœur
comme il pleut sur la ville....
Verlaine.

Llueve, llueve — el ruído leve
de la lluvia en el cristal
enlividece y conmueve:
es un llanto que hace mal.

Alguien llora — llueve, llueve....
¿hay quién se atreva á negar
qué lágrimas, lluvia y nieve
todo es lo mismo: llorar?

Llueve — llueve — llueve — llueve,
todo es triste, todo es leve,
sólo la pena es verdad.

Todo es triste sin razón
y llora en mi corazón
como llüeve en la ciudad.

DIÁLOGOS GALANTES.

I.

— Cómo nieva, Condesa! Y cómo pesa
esa racha invernal sobre mi espalda!
— Tomad, viejo barón, un lazo gualda
que se parece al Sol.
— Gracías, condesa.

—

— En vuestros ojos hay una infinita
ansiedad de morir....
— En vuestra mano,
al trasluz del crepúsculo lejano,
un violáceo marfil que se marchita.
Y sin embargo sois, Condesa, hermosa!
— Vuestra voz, gris barón, vale un poema....
Besad esta otoñal rosa suprema.
— Vos sois también, una suprema rosa....
— Si me diéseís el pecho como armario....
— Si me diéseís el alma como llave....
Oh, mi rosa suprema, tibia, suave!....
— Oh, mi pálido valetudinario!....

II.

— Lirio, os espera en el piano
el espectro de Chopín.
Vamos á un mundo lejano
de utopias; quereis?
— Bíen.
— Vibrad algo taciturno,
desmayado, suave, gris....
— ¿Os interesa un *Nocturno?*.....
— Oh! más que un sueño de *hatchís*.
— Oíd: Si.... do.... re.... la.... si....
— Loco, de Chopín en pos
voy, Lirio, y muero por ti!
— Silencio!
— Y sufro por vos.....
— Fa.... mi....
— Qué delicadeza!
— Do.... re.... sois todo un esteta.
— Estais pálida, condesa!
— Estais pálido, Poeta!

DIÁLOGO.

— Vuestro labio colorado
es un rincón del Infierno.
Vuestro cabello empolvado
es un paisage de Invierno.

Es vuestro cuello exquisito
tallo de una flor de Loto.
Vuestros ojos infinitos
dos carreteras de Kioto.

Vuestra boca es una mueca
de risa funambulesca.
Vuestra mano de muñeca
una brevedad chinesca.

Vuestro pie, niño que inquieta,
lo envidiara Cendrillón,
Vuestro corazón....
— Poeta!
Yo no tengo corazón....

COMPOSICIONES VARIAS [1]

LECTURAS.

De la dichosa edad en los albores
Amó á Perrault mi ingenua fantasía,
Mago que en torno de mi sien tendía
Gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
Fué Lamartine mi cariñoso guía.
« Jocelyn » propició, bajo la umbría
Fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda
Al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,

Amé á Cervantes. Sensación más ruda
Busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña
Vuelvo á Perrault, me reconcentro, y río!...

José E. Rodó.

TROPICALES.

Vive en mi mente soñadora el fuego
De tu amoroso y lánguido mirar,
Como en el fondo del celeste abismo,
De los astros los rayos del cristal;
Pero estos al surgir el nuevo día
Se arropan en su manto de zafir,
Mientras la luz de tu mirada excelsa
Nunca se oculta ni se apaga en mí.

—

Surge en Oriente la risueña aurora
Besando con su lumbre el cielo azul,
Como surgen en mi alma tus sonrisas
Para inundarme de celeste luz;
Pero las nubes de Occidente vienen
De la aurora las tintas á cubrir,
Mientras la luz de tus sonrisas, mi alma,
Nunca ha dejado de brillar en mí.

—

Corre silente perfumada brisa
Cantando entre el ramaje del verjel,
Como canta en el fondo de mi pecho
El eco de tu voz, bella mujer;
Pero al tender la noche sus crespones
Aléjase la brisa hasta el confín,
Mientras que amante el eco de tu acento
Nunca se aleja ni se apaga en mí.

(1) Las poesías que insertamos en esta sección, pertenecen á escritores que sin haberse caracterizado como poetas, han escrito composiciones de mérito en ocasiones determinadas, ó á jóvenes que se inician, y que aún no han desenvuelto su personalidad literaria.

Graba en la arena de la playa el agua,
De las sirenas el celeste amor,
Como tu imagen de nereida amada
Grabada tengo aquí en mi corazón;
Pero otras olas tempestuosas borran
Lo que aquéllas llegaron á escribir,
Mientras tu imagen tempestuosas dudas
Nunca lograron desterrar de mí.

—

Y es que tu imagen, tus sonrisas bellas,
Tus miradas y el eco de tu voz,
Son la vida de mi alma solitaria,
La sangre de mi triste corazón;
Es que si tu recuerdo un solo instante
En mi pecho dejara de latir,
El frío de la muerte por mis venas
Sólo hallarías al tornar á mí.

***

Cuando tomo la pluma y al trabajo
Consagro unas cuartillas de papel,
Sólo acierto á escribir una palabra,
Que es tu nombre gentil, mi dulce bien;
Y si escucho tu voz idolatrada,
Si vivo con tu aliento de jazmín,
Si mis ojos no ven sino tus ojos,
Es que tú, más que yo, vives en mí.

—

Despierto te contemplo seductora
A mi lado, dejándote adorar,
Y en sueños te adivino como un hada
Que embarga el corazón con su beldad;
Y está unida á mi mente tanto, tanto,
Tu rostro encantador de serafín,
Que no puedo tener un pensamiento
Sin que haya de pensar, mi bien, en ti.

—

¡Oh mi amada gentil! Si también sientes
Este fuego que vibra aquí en mi sér;
Si á mi acento despiertas y me escuchas
Soñando con las glorias del Edén....
Oyeme: no me digas que me adoras
Ni que es mío tu excelso porvenir,
Pues tal felicidad me mataría
¡Y así no pensaría más en ti!

—

¡Oh! ¡No pensar en ti! ¿Oyes, mi amada?
Si la vida, négandome su luz,
Hiciera que mi mente se olvidara
De que aun existes en la tierra tú,
Llega, entonces, un día hasta mi tumba,
Y, al sentirte á mi lado discurrir,
Aunque Dios no lo quiera, ni los cielos...
Yo me alzaré para pensar en ti.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

CAVE NE CADAS.

De la vida social en el barullo,
la mente observadora sólo halla:
arriba, las miserias del orgullo;
abajo, la ambición de la canalla.
Daniel Martínez Vigil.

La humanidad á comprender alcanza,
En el mar de la vida turbulento,
Que es cada acto infantil una esperanza,
Y cada acción senil un desaliento.

Mas, cual Anteo que recoge abajo
Vigor para arrostrar la cruda guerra,
El hombre, que nació para el trabajo,
Se enardece al contacto de la tierra.

No desmayar! no desmayar! La vida
Vale fuerza, poder, ardor, combate.
Para mí es un mortal que se suicida
El que en la triste adversidad se abate.

No hundir la noble frente entre lo impuro
Por no ver del triunfar la hora cercana!
¡Siempre se muestra el cielo más obscuro
Cuando viene el claror de la mañana!

Quien es honrado, altivo, diligente,
No se somete á yugos ni cadenas,
Y es cada pensamiento de su frente
Vibrante pabellón en las almenas!

De este mundo al pisar la encrucijada,
Hay que aprestar los vírgenes aceros.
¡La vida es una lucha despiadada
De lobos disfrazados de corderos!

Hay que sufrir, en lucha gigantea,
Los amargos y rudos sinsabores.
Cobarde no es quien teme la pelea:
Es cobarde quien huye los dolores.

No hay que temer el mundanal barullo,
Sino pelear con ínclitas bravuras,
¡Por algo lleva el hombre con orgullo
La frente dirigida á las alturas!

La vida no es para quien gime y llora;
La vida no es para quien sufre y calla.
¡Hay que aturdir al mundo hora tras hora!
¡Hay que aplacar á gritos la canalla!

Con la virtud por única trinchera,
Valientes combatamos mucho, mucho...
¡Hay que pelear al pie de la bandera
Hasta quemar el último cartucho!

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

MAL DE MUCHOS.

Avalancha de eróticas legiones
son las ideas de su pobre mente,
cuando copia el furor incandescente
de Salomé en sus lúbricas pasiones.

Visionario infeliz, hace girones
su cerebro fundido en lava hirviente,
y en el pecho infernal dice que siente
los espasmos de cien generaciones.

¡Gran insensato! la Razón injuria
cuando quiere probar que no es pigmeo,
que hay alientos de cíclope en su furia!...

Y no es más que un lascivo Prometeo
atado con cadenas de lujuria
á la maldita roca del Deseo!...

ALFREDO VARZI.

RAPSODIA.

Sueño de oro de la época querida,
Pasad sin hesitar,
Porque la noche triste de la vida
No tiene despertar.

—

Pensamiento de giro soberano
Y forma escultural,
No dejéis al capricho casquivano
Vuestro sello genial.

—

Ilusión vaporosa que cruzabas
Como estrella fugaz,
No vuelvas, que la musa que animabas
Era sombra falaz.

—

Almas gigantes que cruzais el mundo,
Detened vuestro vuelo,
Y escuchad el lamento gemebundo
Que no llega hasta el cielo.

—

Corazón luchador, aguijoneado
Por dudas y dolores,
Vence ó cae, que el camino está sembrado
De espinas y de flores!

JULIO MAGARIÑOS ROCCA.

FRÍOS DE OTOÑO.

Caen arrolladas las amarillas
Y mustias flores de las acacias,
Y en los jarrones de tus jardines
Tristes dormitan las rojas dalias.
No hay aleteos en los juncales;
En los guayabos duermen las auras;
Cubren el trébol de verdes hojas
Las titilantes gotas de escarcha.

Todo se muestra como la novia
De dulces ojos y veste blanca;
Hay en el cauce de los arroyos
Trozos de nieblas inmaculadas.
Ya balancean las madreselvas
Sus trepadoras desnudas ramas,
Y en los esteros de la laguna
Pliega el zancudo sus grandes alas.

Caen arrolladas las amarillas
Y mustias flores de las acacias,
Y el ave negra de las tristezas
Hace su nido dentro del alma.
En los rosales de tus jardines
Se han deshojado las rosas pálidas;
Es que la fría brisa de otoño
Sus tersos pétalos acariciara.

Todo se muestra como la novia
De dulces ojos y veste pálida,
Y en sus murmullos las casuarinas
Remedan tristes cadencias de harpas;
Pero la alondra de mis ensueños,
La que en mi pecho perenne canta,
Tiene canciones desconocidas
Que arrullan siempre mis esperanzas.

Bajo la copa de los ombúes
No se oye el ritmo de la guitarra,
Que adorna amante la linda rubia
Con verdes ramos y cintas blancas;
Ya no modula la grata endecha
Que tiene arpegios de notas mágicas,
Porque la fría brisa de otoño
Sus finas cuerdas acariciara.

Entre el ramaje de la arboleda,
Los gruesos troncos de añosos talas
Parecen grises formas gigantes
Que el ángel frío las desnudara.
Ya no se escuchan las notas regias
De los boyeros y las calandrias,
Ni hay aleteos en los juncales,
Y en los guayabos duermen la auras.

En los florones del camalote
Se ha marchitado la flor morada,
Y los vaivenes de la corriente
Columpian sólo sus hojas anchas.
De las gaviotas se ven las plumas
Vogar errantes sobre las aguas,
Y en el barranco las margaritas
Lucen su traje de desposadas.

Cuando las sombras crepusculares
Cuelgan sus velos en mi ventana
Y mueren tristes en los jardines
Las azucenas de alburas castas,
El ave negra de las tristezas
Hace su nido dentro del alma,
Y tiende el vuelo mi pensamiento
A otras regiones con locas ansias.

GONZALO LARRIERA VARELA.

TRISTE.

Amada: cuando te alejas
Hácia tu paterno hogar,
Vas triste, porque me dejas,
Y son amargas tus quejas
Como las aguas del mar.

Vas triste, cual el proscrito
Lejos del suelo natal:
Llevas en la frente escrito
De tu dolor infinito
El poema sin igual.

Vas triste, cual los judíos
Cuando cautivos se ven,
Siervos de reyes impíos,
A orillas de extraños ríos
Y lejos de su Salén.

Del amor mío sospechas
Tú, que se extinga el volcán:
Me dejas tiernas endechas,
Diciéndome que sus flechas
Los celos te arrojarán.

Por eso, mi bien, vas triste
Y es sin lindes tu dolor:
Tu alma de luto se viste,
Porque ignoras que resiste
Todas las vallas mi amor.

Amada: porque me quieres
Como siempre te querré,
Con crueles dardos te hieres
Y amargas quejas profieres,
Entre la duda y la fe.

AURELIANO G. BERRO.

MIS HIJOS.

Fuente perenne de concordia y dicha,
Lazo de unión entre el Creador y el hombre,
Semilla que engarzais con el futuro
De la pasada vida nuestro nombre:
Con vosotros se avivan los recuerdos
De aquella confidencia
Que arrulló cariñosa nuestra cuna
En la bendita edad de la inocencia.
Todo en vosotros vive, amor, fortuna,
Placeres y promesas y esperanzas,
Y hasta los sueños de color de Luna.
Ah! dejadme que cante y á porfía
Repita vuestros nombres adorables;
Los digo tantas veces en el día
Lleno de amor y de emoción y encanto,
Que no extrañeis que á la memoria mía
Refluyan cuando lloro y cuando gozo,
Cuando lucho en la vida y cuando canto.

Oh! si la voz de vuestros labios siento,
Mezcla divina de pureza y risas,
Es tan hondo, tan tierno el sentimiento
Que en mi cabeza y corazón palpita,
Que si el alma ante el mundo desfallece,
Por vosotros de nuevo se estremece
Y hasta mis canas su emoción agita....
Ya sabeis, hijos míos, como cruzan
Las horas de mi vida;
Las departimos juntos sin recelos,
Mi suerte con la vuestra confundida,
Juntando en el crisol de la inocencia
Mis afanes, mis glorias y mi ciencia.
Así al vaivén de la fortuna vária
Navego entre borrascas y entre brisas,

Sin escuchar de amor otra plegaria
Tan íntima tan tierna y candorosa
Como aquella que imprimen vuestros labios
En el puro dosel de las sonrisas.
Venturosa oración que me embriaga,
Que inquieta mi cerebro y me ennoblece,
Que mi cansado corazón halaga
En las horas más negras del destino
Cuando braman las olas vencedoras
Sacudiendo la nave que gobiernan
La esperanza y la fe del peregrino.
Yo sueño, hijos del alma, con auroras,
Con Lunas y con Soles que abrillante,
Y encuentro, desgraciado, en mi camino
Sólo desiertos de espinoso acanto.
Yo vi la realidad de la desgracia,
Sobre las ondas de la suerte impía
Crecer, llegar y lastimar mi frente;
Y ante el Nemea que mi pecho hería
Con el ¡ay! de un suspiro, de un lamento,
Mi espíritu crujió bajo las alas,
Bajo las negras alas del tormento.
Mas en la lucha que sostuvo el alma,
Buscando entre las breñas su alimento,
Me encontré con vosotros tremolando
De mis ensueños y ambición la palma,
No es Edipo el que gime y va buscando
La paz, la salvación de su conciencia;
En los lindes talvez de mi existencia
Yo anhelo las caricias de mis hijos,
Porque batallo y sufro,
Palpando de la Duda la inclemencia
Al quebrar el vigor de mis penates
Con los fueros augustos de la ciencia
En acerbos y en hórridos combates.
Ah! en esa lucha digladiante y fiera,
Que mi altivez sostuvo,
Yo ví la ingratitud en el camino
Levantar sus columnas altanera,
Ví el vicio en las alturas, y en el llano
La honradez, como burla del destino,
Queriendo derribar una barrera
Con el aliento de su esfuerzo vano;
Ví primar las miserias de la vida
En las justas más nobles de la idea;
La amistad mancillando sus laureles
Con el brillo fugáz de una presea....
Es por ello que busco entre vosotros,
Seguro de encontrarlos,
Los placeres del fin de mi carrera:
Vosotros sois mi Dios, sois mi esperanza,
Y entre el rumor de una amistad sincera,
Luciente pedestal de mi confianza.....
Ah! cuando acudan á plegar mis ojos
Las horrorosas leyes del Arcano,
Borrando para siempre mis arrojos,
Mis Lunas, mis auroras y mis Soles
Que hoy brillan en los fondos de mi cielo

Con esmaltes de estrellas y arreboles;
Y perciba ya el fondo de la huesa,
Fatídica mansión de tanto anhelo,
Con vuestro propio porvenir sembrado
De luto, de mentiras y de duelo;
Y ya mis secos labios no pronuncien
Los nombres de mi culto, el más sagrado:
Ay! en presencia de un amor que espira
Salpicando de lágrimas mi frente
Con los ojos caldeados por el llanto
Y un lapso de placer siempre presente;
En medio al estertor de esa agonía,
Ultimo aliento del que os quiso tanto,
Deploraréis la falta del cariño,
De ese inmenso cariño, hijos del alma,
Que vibra apenas en mi humilde canto.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

MEDITACIÓN.

¡Dios sólo es grande! El soplo de su labio
Puede hundir en la nada al Universo.
¡Dios sólo es Dios! La noche está en su mano,
En sus ojos la luz del firmamento.
Cuando pasa la nube amenazante,
Surcando de relámpagos el cielo
¿Va en ella acaso el ángel de sus iras,
El ángel Izrafil, el justiciero,
En tromba de violentos huracanes,
Tocando el arrebato de los truenos?
Cuando la tierra en ondas trepidantes
Agita su corteza con estruendo,
Y alza ó sumerje los antiguos montes,
Seca los ríos y vomita fuego,
¿Es que un rayo perdido de su enojo,
Rayo que con Satán cayó al Averno,
Pugna por quebrantar su oscura cárcel,
Y volver de la luz al foco inmenso?
¿Qué sabemos nosotros los humanos
De nuestro porvenir, de los misterios
Que envuelven esta vida miserable,
O esta esfera de arcilla encierra dentro,
Del peligro que esconden las tinieblas,
Del abismo que el mar guarda en su seno,
De las furias que surgen del espacio,
Cabalgando el ciclón de alas de viento,
De cuanto nos rodea ó nos acecha?
¿Que sabemos nosotros? ¿Qué sabémos?..
¡Ay! tan sólo lloran sobre las ruinas
De nuestro corazón ó las del suelo,
Claman piedad al Dios á quien en vano
Quisiera adivinar el pensamiento,
Dar llanto al mar, suspiros al espacio,
Y á la tierra insaciable nuestros muertos.
Sólo una luz de dulces resplandores,
En medio á tantas sombras un reflejo

Con brillo sideral á veces luce
De nuestro propio corazón surgiendo;
Y esa luz sacrosanta y misteriosa
Que al alma enseña su camino eterno,
Eres tú, *Caridad,* iris hermoso
Que tras la tempestad brotas inmenso,
Reflejando tus vívidos colores
De los que sufren en el llanto acerbo,
Y en parábola hermosa de diamantes
Con tu fúlgido lazo unes los pueblos,
Trasfundiendo el amor y la esperanza
A través de los mares y los cielos.

NICOLÁS GRANADA

Á ÉL.

Llegan las dulces horas de la tarde
Sumiendo el alma en celestial ensueño,
Los pesares se borran
Tras los fulgores de irisados velos.

Frente al bello esplendor de la campiña
Que baña el sol en vívidos reflejos,
En enjambre divino
Brindan las Ilusiones, su misterio.

En esas horas de sin par dulzura,
De eterna languidez, cuando en el cielo
Se reclinan las nubes,
Y es todo acá en la tierra, paz, silencio...

Cuando las flores con amor extienden
La tenue seda de sus níveos pétalos,
Y en el aire hay perfumes
Suaves y puros, de azahar y trébol.

Mi alma te llama; sus potencias todas
Vibran unidas en ferviente anhelo,
El de posar los ojos
Sobre los tuyos de mirar sereno.

. . . . . .

Pasan las dulces horas de la tarde
Como aves bellas en pausado vuelo,
La luz en la onda muere,
La sombra extiende sus crespones densos.

No dejes que la lúgubre tristeza
Tienda los suyos en mi amante pecho,
De tu mirada pura
La luz divina cual caricia quiero.

Quiero tu dulce amor y con delirio,
Como los siento en mis más dulces sueños,
Sentir como palpitan
Sobre mi frente, tus ardientes besos.

CLARA GIANNETTO.

VOLUPTUOSA.

Yo quisiera mirar en tus ojos,
donde luces muy lánguidas brillan
coronadas de azules reflejos,
radiosos fulgores de llama lasciva.

Yo quisiera á tu carne, que es mansa,
trasmitir el ardor de la mía
y á tus labios, delgados y tibios,
prestarles el fuego que mi alma calcina.

Yo quisiera poner en tu seno,
donde amores virgíneos anidan,
el incendio voraz de las ansias
de goces sensuales y ardientes caricias.

Porque entonces hallara en tus brazos
no las de ora ternezas sin vida;
no los besos que ideales engendran,
no el casto deleite, mi blanca odalisca.

Que atrofiadas las fibras de mi alma,
por exceso de puras delicias,
la materia ardorosa se impone,
pidiendo placeres, que espasmos terminan....

¡Qué feliz, si trocaran tus labios
dulces besos de aroma divina,
que ilusiones dormidas despiertan,
en besos que fueran cual lava encendida!

¡Qué feliz, si te viera, anhelante,
inflamadas las tiernas pupilas,
cuando loco en mis brazos te oprimo,
al lúbrico influjo mostrarte rendida!

¡Qué feliz, si entregada á mi anhelo
de tu cuerpo la flor purpurina,
en su gruta de amor, misteriosa,
mi lujuria quedara vencida—
y al vibrar de tu carne incitante
de nuevo surgiera, viril, infinita!...

JUAN CARLOS MENÉNDEZ.

POEMA ROMÁNTICO.

El cantor de la rimas coquetas
Ritmó un canto á los ojos violetas;
Y escogiendo una flor una núbil divina,
En la huerta muriente á la luz vespertina,
Hé ahí que escuchó del cantor de las rimas coquetas,
El sedeño, el extático canto á los ojos violetas.

Deshojando los pétalos rojos
De esa flor, retratóse en sus ojos
Un poema romántico, bello poema
Que en su faz diluyó resplandor de diadema:
Esa luz tan sutil, más nivosa que polen de flor
Que se filtra y germina en las almas, naciendo el amor,

En la mesa la niña mimada,
No ostentaba la flor encarnada,
El contraste del blanco mantel y la rosa
No bebía esa noche la vista afanosa.
Más, ¿qué importa, si había en sus ojos la luz de diadema
Que cantaba un poema romántico, bello poema?

Por oír el divino cantor
Ella vuelve á escoger una flor,
Mas trascurre la tarde en la huerta muriente
Y no escucha... ¡ya más!... al gentil confidente
Que elevara en sus ritmos perlados de rimas coquetas,
El sedeño, el extático canto á los ojos violetas.

Otra flor, esa tarde, deshoja,
Mas, su alma, febril, se acongoja,
Pues la flor que deshoja es su misma ilusión...
Ya se extingue en sus ojos la dulce canción,
El poema romántico, bello poema ha cesado,
Y semeja una herida la rosa en su pecho nevado.

FRANCISCO G. VALLARINO.

LAS FATALIDADES DEL AMOR.

En los tardos crepúsculos, Clarisa
solía visitarme, cual si fuera
una joven hermana de enfermera
á quien condecorase una sonrisa.

Y la cosa fué así, su primavera
vertió sobre mis ojos su indecisa
y ortodoxa pasión de profetisa
que se ha iniciado por la vez primera.

Y fué tan triste el caso, cuando una
amiga de nosotros, importuna,
le narró la verdad de mi tristeza,

Que Clarisa ha vestido de viuda,
y en los tardos crepúsculos se muda
el ligero crespón de su cabeza.

ELISEO RICARDO GÓMEZ.

NOCHE.

Desmenuza, al pasar, la flor del loto
Con sus dedos finísimos la brisa,
Y el crepúsculo afecta una sonrisa
Dibujada en los labios de un ignoto

Semblante. Las gavillas señoriales,
Abaten sus cabezas gravemente,
Y un instante de luz hiere en la fuente
El agua de prismáticos cristales.

El toque militar de los clarines
Ensayan los ejércitos alados,
Y maniobran, en línea desplegados,
Hácia la vaguedad de los confines.

Uniforman sus rudas cabelleras
Los sauces somnolientos y lejanos,
Y desbórdase el germen de los granos
En las innumerables sementeras.

En la paz de la noche comenzada
Acogen el misterio los ramajes,
Y con lujo de blondas y de encajes,
Hebe pasa en silencio y empolvada,
Ante la reverencia de sus pajes.

IT. EDUARDO PEROTTI.

OJOS NEGROS.

Yo adoro las tinieblas de la noche,
y las horas solemnes del misterio,
y adoro las sombrías sepulturas,
y todo lo que es muerte y lo que es negro.

Yo adoro los abismos insondables,
y los antros profundos del Averno,
y adoro, como Poe, la negrura,
de las alas fatídicas del cuervo.

Yo adoro las tinieblas de la noche,
y todo lo que es muerte, y lo que es negro,
y adoro los abismos insondables
porque me acuerdo de tus ojos bellos.

IT. EDUARDO PEROTTI.

ROMANCESCOS.

Vibró en la noche una guzla
bajo el gótico ajimez,
y á su ritmo un dulce canto
de amorosa languidez.

Asomó una forma esbelta
como á un conjuro de amor!
se oyó suspirar un nombre...
y enmudeció el trovador.

Se vió una escala un instante
desde el alféizar colgar...
y envuelta en hondo misterio
volvió la calle á quedar.

EDUARDO GANDOLFO.

ANHELOS.

I.

Con dos pétalos de rosa
Hacer nuestra embarcación,
Y por la mar tempestuosa
Cruzar en célica unión.

II.

A la luz resplandeciente
De intenso rayo lunar,
Poner en tu blanca frente
Un racimo de azahar.

III.

Y seguir en la barquilla
Como Julieta y Romeo,
Hasta llegar á la orilla
En delicioso fraseo.

IV,

Después... de la lucha diaria
Correr el ancho camino,
¡Entonando una plegaria
al príncipe del Destino!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

TU Y YO.

Tú tienes la hermosura de María
Y del zorzal el rítmico fraseo,
Yo el alma varonil de Prometeo
Y del laúd la dulce melodía.
Tú eres el Hada virginal que un día
Me brindaste de Amor el devaneo,
Transportándome en alas del deseo
A un mundo de soberbia fantasía.

Yo soy el trovador que se enamora
Desde el rayo primero de la aurora
Al postrimer reflejo vespertino,
Y quien en ruda lucha con la suerte
¡Besaría los labios de la Muerte
Por tapizar de flores tu camino!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

LA VIRGEN MUERTA.

I.

Hácia su hogar encaminé mi paso
Y al verla muda, rígida y tendida
En el revuelto lecho, ya sin vida
Su entusiasta y amante corazón,
Sentí que el fuego de sus negros ojos
Se retrataba tenue en mi mirada,
Como cediendo al alma desolada
Luz para la postrera inspiración.

¡Estaba tan hermosa! Por sus labios,
Príncipes del amor y la poesía,
Vagaba la sonrisa todavía
Con que les dijo ¡adiós! para partir;
Y su pálido rostro era la imagen
De la Venus de Milo dormitando
En un lecho de plumas, y rasgando
Con su ingenio el capuz del porvenir.

Al mirarla de nuevo sentí que algo
Me arrebataba sin cesar la calma,
¡Era la despedida de su alma
Compañera de mi alma al despertar!
Entonces comprendí que hay un instante
En que triunfa la suerte caprichosa:
¡Ya no iría conmigo aquella diosa
A doblar su rodilla ante el altar!

Y me alejé convulso y pensativo
La fe perdida, el corazón deshecho,
Resonando en el fondo de mi pecho
El eco melodioso de su voz;
Y al pensar en mi amor sin esperanza
Cruzaron por la mente mil visiones,
Semejando una furia de aquilones
Que fuera á destronar al mismo Dios.

II.

Al cementerio encaminó mi paso
Cuando del sol el postrimer reflejo
Bañaba el prado. — El fúnebre cortejo
Ostentaba una hermosa palidez:
Blanco era el traje de la virgen muerta,
Blanco el cajón, y blanco era el vestido
De las jóvenes damas: Todo unido
Tenía del lirio la alba desnudez.

¡Aun el recuerdo sin cesar me apena!
Un sacerdote de cabello cano
Echó el responso con que siempre humano
Despide á los que van hácia el Señor;
Y luego el pertinaz sepulturero
El féretro llevó donde aun reposa,
Lloré un instante, y en aquella fosa
Quedó encerrado mi primer amor!

¡Oh! esa sultana de las trenzas de ébano
Fué la ilusión de mi amoroso anhelo,
La triunfal alborada de mi cielo
Y el suave aroma de un soñado Edén;
Ella templó las cuerdas de mi lira
Y arrulló mis eróticos cantares,
Soñando coronar con azahares
Su blanca frente y mi amorosa sien.

Y hoy que su imagen á la mente acude
Como el gran sol que iluminó mi infancia,
De esta flor la dulcísima fragancia
Vaya á besar al bello querubín;
Que en los días sin luz de mi existencia
Yo seguiré su nacarada estela,
Para escalar su trono de Graciela
Y ser dichoso, aunque soñando... al fin!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

FIN.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Acuña de Figueroa. (Francisco) . . . . . *Pág.* 13
Acha. (Francisco Xavier de) . . . . . » 71
Araucho. (Manuel) . . . . . » 28
Arrascaeta. (Enrique de) . . . . . » 74
Arreguine. (Víctor) . . . . . » 215
Becchi. (Constantino) . . . . . » 162
Behety. (Matías) . . . . . » 112
Bermúdez. (Pedro P.) . . . . . » 70
Bermúdez. (Wáshington P.) . . . . . » 170
Bernárdez. (Manuel) . . . . . » 225
Berro. (Adolfo) . . . . . » 30
Berro. (Aurelio) . . . . . » 97
Berro. (Bernardo P.) . . . . . » 49
Busto. (José G. del) . . . . . » 205
Callorda. (Pedro Erasmo) . . . . . » 338
Castell. (Adela) . . . . . » 240
Delgado. (Asdrúbal E.) . . . . . » 340
De María. (Alcides) . . . . . » 154
Dufort y Alvarez. (Anacleto) . . . . . » 120
Fajardo. (Carlos A.) . . . . . » 81
Fajardo. (Heraclio C.) . . . . . » 78
Fernández y Medina. (Benjamín) . . . . . » 218
Ferreira y Artigas. (Fermín) . . . . . » 76
Flangini, hijo. (Alberto) . . . . . » 157
Fragueiro. (Rafael) . . . . . » 140
Frugoni. (Emilio) . . . . . » 275
Gómez. (Juan Carlos) . . . . . » 37
Gordon. (Eduardo G.) . . . . . » 91
Guerra. (Ubaldo Ramón) . . . . . » 258
Herrera y Reissig. (Julio) . . . . . » 285
Herrero y Espinosa. (Manuel) . . . . . » 152
Hidalgo. (Bartolomé) . . . . . » 24
Illa Moreno. (Juan José) . . . . . » 355
Jiménez de Aréchaga. (Justino) . . . . . » 349
Kubly y Arteaga. (Enrique) . . . . . » 214
Lamberti. (Antonino) . . . . . » 87
Lapuente. (Laurindo) . . . . . » 89
Lerena Juanicó. (Julio) . . . . . » 352
Maciel. (Santiago) . . . . . » 201
Magariños Cervantes. (Alejandro) . . . . . » 61
Martínez Vigil. (Daniel) . . . . . » 242
Melian Lafinur. (Luis) . . . . . » 115
Méndez Reissig. (Ernestina) . . . . . » 328
Mendoza. (José Román) . . . . . » 118

Minelli González. (Pablo) . . . . . *Pág.* 359
Miranda. (Cesar) . . . . . » 354
Montero Brown. (Ramón) . . . . . » 356
Montero Bustamante. (Raúl) . . . . . » 294
Montes. (Victoriano E.) . . . . . » 93
Moratorio. (Orosmán) . . . . . » 163
Pacheco y Obes. (Melchor) . . . . . » 56
Papini y Zas. (Guzmán) . . . . . » 253
Passano. (Ricardo) . . . . . » 230
Piñeyro del Campo. (Luis) . . . . . » 113
Quiroga. (Horacio) . . . . . » 343
Ramírez. (Carlos María) . . . . . » 107
Ramírez. (Gonzalo) . . . . . » 110
Regules. (Elías) . . . . . » 164
Rivera. (Enrique) . . . . . » 249
Rodriguez. (Guillermo P.) . . . . . » 238
Roxlo. (Carlos) . . . . . » 175
Sabbia y Oribe. (Maria H.) . . . . . » 326
Salgado. (José) . . . . . » 264
Salterain. (Joaquín de) . . . . . » 148
Sánchez. (Ricardo) . . . . . » 210
Santiago. (Ramón de) . . . . . » 82
Secco Illa. (Joaquín) . . . . . » 330
Sienra Carranza. (José M.) . . . . . » 104
Varela. (José Pedro) . . . . . » 91
Vasseur. (Armando) . . . . . » 318
Vaz Ferreira. (María Eugenia) . . . . . » 308
Vidal Belo. (Toribio) . . . . . » 315
Ximénez. (Rafael) . . . . . » 85
Ximénez Pozzolo. (Pedro) . . . . . » 166
Zorrilla De San Martín. (Juan) . . . . . » 122
Zuviría. (Alfredo) . . . . . » 247

COMPOSICIONES VARIAS.

Berro. (Aureliano G.) . . . . . *Pág.* 368
Gandolfo. (Eduardo) . . . . . » 374
Giannetto. (Clara) . . . . . » 371
Gómez. (Eliseo Ricardo) . . . . . » 373
Granada. (Nicolás) . . . . . » 370
Larriera Varela. (Gonzalo) . . . . . » 366
Magariños Roca. (Julio) . . . . . » 366
Martínez Vigil. (Carlos) . . . . . » 365
Menéndez. (Juan Carlos) . . . . . » 372
Pérez Petit. (Victor) . . . . . » 364
Perotti. (It. Eduardo) 373-374
Piaggio. (Nicolás N.) . . . . . » 368
Rodó. (José Enrique) . . . . . » 363
Torterolo. (Leogardo Miguel) . . . . . » 375
Vallarino. (Francisco G.) . . . . . » 372
Varzi. (Alfredo) . . . . . » 366

ÍNDICE

Pág.

PRÓLOGO. - La poesía del Uruguay. Sus orígenes y su desenvolvimiento 5

Francisco Acuña de Figueroa.

Nota 13
Himno Nacional de la República Oriental del Uruguay 13
Super Flumina Babilonis . . . 14
Lamento patriótico 15
El Ajusticiado 17
A un coplero plagiario 20
Un calvo peludo 20
No perdonar ni al demonio . . 20
Empadronamiento 20
Toráida bombástica 21

Bartolomé Hidalgo.

Nota 24
Diálogo patriótico 24

Manuel de Araucho.

Nota 28
A la batalla de Ituzaingó . . . 28

Adolfo Berro.

Nota 30
El esclavo 30
El azahar 32
La ramera 32
El ruego de una madre 34
Canto de la prostituta 34
Dolor 35
La virgen bañándose 36

Juan Carlos Gómez.

Nota 37
¿Te asusta mi existencia? . . . 37
A..... 38
A la esperanza 38
Desconsuelo 39
A la esposa de mi hermano . . 39
El tiempo 40
Ida y vuelta 40
Ruega 41
Reminiscencia 41
¿Te olvidarás de mí? 43
La libertad 43
For ever 48

Bernardo P. Berro.

Nota 49
Epístola á Doricio 49

Pág.

Melchor Pacheco y Obes.

Nota 56
El cementerio de Alegrete . . . 56
¡Adiós! 59

Alejandro Magariños Cervantes.

Nota 61
¿Se fué? 61
Lo que sintió mi alma al divisar la costa uruguaya volviendo de Europa 65
Almas hermanas 67
En las piedras 68
La palma del sacrificio 69
Duda 69
Al pié del monumento de los 33 en la Agraciada 69

Pedro P. Bermúdez.

Nota 70
El charrúa 70

Francisco Xavier de Acha.

Nota 71
Mater dolorosa 71
A la juventud uruguaya . . . 73

Enrique de Arrascaeta.

Nota 74
Alabanza al Señor 74
A una niña 75

Fermín Ferreira y Artigas.

Nota 76
Rosa 76
María 76
Brisas 77

Heraclio C. Fajardo.

Nota 78
La maga 78
30 de octubre 79

Carlos A. Fajardo.

Nota 81
Pon en tu espíritu hielo . . . 81

Pág.

Ramón de Santiago.

Nota 82
Doloroso recuerdo 82
Audacias del genio 82
Flores de viejo 84

Rafael Ximénez

Nota 85
Fragmentos 85

Antonino Lamberti.

Nota 87
¡Dame más! 87
Siempre 87
Rima 88
La tocadora de arpa 88

Laurindo Lapuente.

Nota 89
El honor de la Francia 89
Perú y Méjico 89

Eduardo G. Gordon.

Nota 91
El trabajo 91

José Pedro Varela.

Nota 91
Indice del hombre 91
*** 92
A..... 93

Victoriano E. Montes.

Nota 93
El tambor de San Martín . . . 93
El pintor de batallas 95

Aurelio Berro.

Nota 97
Al monumento 97
A Rivadavia 100
Pan y lágrimas 101

José M. Sienra Carranza.

Nota 104
A una paraguaya 104
Imposible 106
*** 107

Carlos María Ramírez.

Nota 107
La guerra 107
Escritos en « Los Castigos » de Víctor Hugo 108
En las poesías de Berro 108
A un poeta cristiano 109

Gonzalo Ramírez.

Nota 110
Saludo á la esperanza 110
A mi mejor amigo 111

Pág.

Matías Behety.

Nota 112
María 112
Las dos almas 112

Luis Piñeyro Del Campo.

Nota 113
El canto de la calandria . . . 113
Voces 114

Luis Melián Lafinur.

Nota 115
Sarandí 115
Date Lilia 117

José Román Mendoza.

Nota 118
Esperanza 118

Anacleto Dufort y Alvarez.

Nota 120
Presentimiento 120
En el álbum de mi hermana . . 121
Vaguedad del deseo 121

Juan Zorrilla de San Martín.

Nota 122
Fragmentos de Tabaré 122
El sueño de Artigas 126
La muerte de Zorrilla 128
En un álbum 129
Contrición 130
En el Coliseo 130
Bólidos 130
Noche en las ruinas 131
La leyenda patria 132
Tu y yo 139
La soledad 139

Rafael Fragueiro.

Nota 140
Ultima ofrenda 140
Rondel 140
Media noche 141
Allegretto 142
Brindis 144
Recuerdos viejos 145

Joaquín De Salterain.

Nota 148
Souvenir 148
Flores de Otoño 149
Otoñal 149

Manuel Herrero y Espinosa.

Nota 152
Rima 152
A una monja 153
El beso 153
Brumas 153

Alcides De María.

Nota 154
En la tumba de Artigas 154
El arriero y su mula 156

Pág.

Alberto Flangini (Hijo).

Nota 157
El beso maternal 157
Horas de duelo 158
¡Llorando! 159
Once años 160
¡Imposible! 160

Constantino Becchi.

Nota 162
Al sol de la libertad 162

Orosmán Moratorio.

Nota 163
Flor del monte 163
Camperita 163

Elías Regules.

Nota 164
Mi tapera 164
Sin derechos 165
Flor del campo 166

Pedro Ximénez Pozzolo.

Nota 166
Laureles 166
Puntos del sol 168
Transformación 168
Improvisación 169

Wáshington P. Bermúdez.

Nota 170
¡Anatema! 170
Los treinta dineros 172
La banda oriental 173
La vida 173
Canción 174

Carlos Roxlo.

Nota 175
Un cuento de Andersen 175
Las doce 180
¡Calla! 181
Inri 181
Intima 182
Sic transit 182
La tarde 183
Sin título 183
A solas 184
Gajos de yedra 184
En plena dicha 185
Sin nombre 186
Ella 187
En el camalote 187
Sin rumbo 188
Immer Bei Dir 188
Noche de marzo 190
Andresillo 193
Las dos invasiones 195
Fides 201

Santiago Maciel.

Nota 201
Introducción 201
Paisaje otoñal 202
Psiquis 205

Pág.

José G. Del Busto.

Nota 205
Rima 205
Moraima 206
Lágrima y beso 206
El ideal 207

Ricardo Sánchez.

Nota 210
¿Por qué estás triste? 210
La eterna canción 211
Entre los míos 211
A Manuela Guido 213

Enrique Kubly y Arteaga.

Nota 214
Los Dioses caídos 214

Víctor Arreguine.

Nota 215
Catoniana 215
Poesía 216
Tarde de Grecia 216
El poeta 217

Benjamín Fernández y Medina.

Nota 218
Imelda 218
Chacarera 219
Campera 220
Primavera 221
Hortus conclusus 222
Madrigal 223
Noche árabe 224
¡Oh labios! 224

Manuel Bernardez.

Nota 225
Luz 225
Los héroes 226
Risa 227
Selva-madre 228
Frío 229

Ricardo Passano.

Nota 230
Intangible 230
Ruego 231
El pimpollo de rosa 232
¡Allá va! 232
Vida nueva 233
Cosas infinitas 235
¡Ni aún así! 236
Mi primer beso 236
Escoria 237
¡Si te amo!... 237

Guillermo P. Rodríguez.

Nota 238
Pretéritas 238
Intima 240

Adela Castell.

Nota 240
Rima 240
Tus ojos de esmeraldas 241
*** 241

Pág.

Daniel Martínez Vigil.

Nota 242
¡Ni muerto! 242
Gladiatoria 243
Pasionales 243
Varroniana 244
Murria 244
¡En pie! 245
Perjurio 245
Roma y Cartago 246

Alfredo Zuviría.

Nota 247
Flores enfermas 247
Faroles apagados 248

Enrique Rivera.

Nota 249
¡Ven! 249
Mi sombra 250
Mi corazón 250
Contraste 250
Pasión 251
Mi venganza 251
A una muerta 252
Profesión de fe 252
Mi cruz 253

Guzmán Papini y Zas.

Nota 253
Pordiosero de amor 253
Mi uruguaya 254
Ofrenda lírica 255
A la adorable 256
¡Apártate! 257
Entonces... 257
Una enseñanza 257

Ubaldo Ramón Guerra.

Nota 258
Junto á los mirtos 258
Nieblas 259
Sevillana 260
¡A la novia muerta! 261
A su balcón 263
Primavera 263

José Salgado.

Nota 264
Sombras 264
Invernal 265
La idea 266
Recuerdos 267
A Lavalleja 268
Canto á la paz 271

Emilio Frugoni.

Nota 275
Salmos de la ira 275
Postrera 279
A la diosa 280
Donna celeste 281
De mis amores 281
Tus pupilas 282
Soneto 283
*** 284

Pág.

Julio Herrera y Reissig.

Nota 285
La estrella del destino 285
El banco del suplicio 286
El camino de las lágrimas . . . 286
Decoración heráldica 287
La gota amarga 287
La sombra dolorosa 287
El suicidio de las almas 288
La novicia 288
La ausencia meditativa 288
Desolación absurda 289
Los ojos 290
El piano 290
El ideal 290
El sueño 291
La ilusión y el poeta 291
El viaje 291
Los celos 292
Idilio espectral 292
Plenilunio 292

Raúl Montero Bustamante.

Nota 294
La Cortesana 294
La catedral 295
Grecia 295
Beethoven 296
Simbolismo 296
Iniciación 297
Nocturno 297
De los poemas del Calvario . . 298
Del libro triste 298
Asonancias 300
Lavalleja 302
Melancolía de Verano 305
Artigas 306

María Eugenia Vaz Ferreira.

Nota 308
A la impecable 308
Berceuse 308
La Torre 309
Invitación al olvido 309
Invicta 309
Para siempre 310
Rimas 311
Triunfal 311
¿Por qué? 312
Rimas 313
La viejecita 314

Toribio Vidal Belo.

Nota 315
Pontifical 315
Caen las hojas 316
Noche blanca 317

Armando Vasseur.

Nota 318
Nunca más 318
A Salomé 319
Nada.... 319
A Atlántida 320
Ecce homo 325
Aguafuerte 325
Como solías tú 326

Pág.

María H. Sabbia y Oribe.

Nota 326
Lidia 326
Navidad 327

Ernestina Mendez Reissig.

Nota 328
Corazón 328
Crepuscular 328
Ensueños y realidades 329

Joaquín Secco Illa.

Nota 330
Juventud 330
Hora nueva 332
En un álbum 334
Ultima sangre 335
Mística 337

Pedro Erasmo Callorda.

Nota 338
¡Amor! 338
Tu pañuelo 339
Mi abalorio 339

Asdrúbal E. Delgado.

Nota 340
Ecos de una sala 340
Tout passe, tout lasse 341
De amores 342
A mi princesa 342

Horacio Quiroga.

Nota 343
Lemerre, Vanier y C.ª 343
El Juglar triste 343
Canción 344
Las pantallas de Fátima . . . 345
Tu agonía 345
Combate naval 345
Italiana 346
Con fútil elegancia 346
Tu garganta 346
Los pequeños vapores 347
El Martes, 24 de Noviembre . . 347
A la solterona 348
Orellana 348

Pág.

Justino Jiménez de Aréchaga.

Nota 349
Media noche 349
Vibraciones de fiebre 350
Caín 351
Salomé 351

Julio Lerena Juanicó.

Nota 352
I. 352
II. 352
La partida de ajedrez 353
Chopin 353

César Miranda.

Nota 354
Ninón 354
Los paquidermos 354
Diálogo galante 355

Juan José Illa Moreno.

Nota 355
Esfinge 355
Histeria crepuscular 356

Ramón Montero Brown.

Nota 356
Excelsior 356

Pablo Minelli González.

Nota 359
A la Duquesa de X 359
Retrato 359
Un aire de Chopin 359
Affiche 360
La artista 360
Las obreritas 360
Ofrenda 361
Llueve 361
Diálogos galantes 362
Diálogo 362

COMPOSICIONES VARIAS . . . . 363 á 376

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
8516
M6
cop.2

Montero Bustamante, Raul
El Parnaso oriental

[redacted]

[redacted]

FRANZ C
70 FIFTH
NEW Y